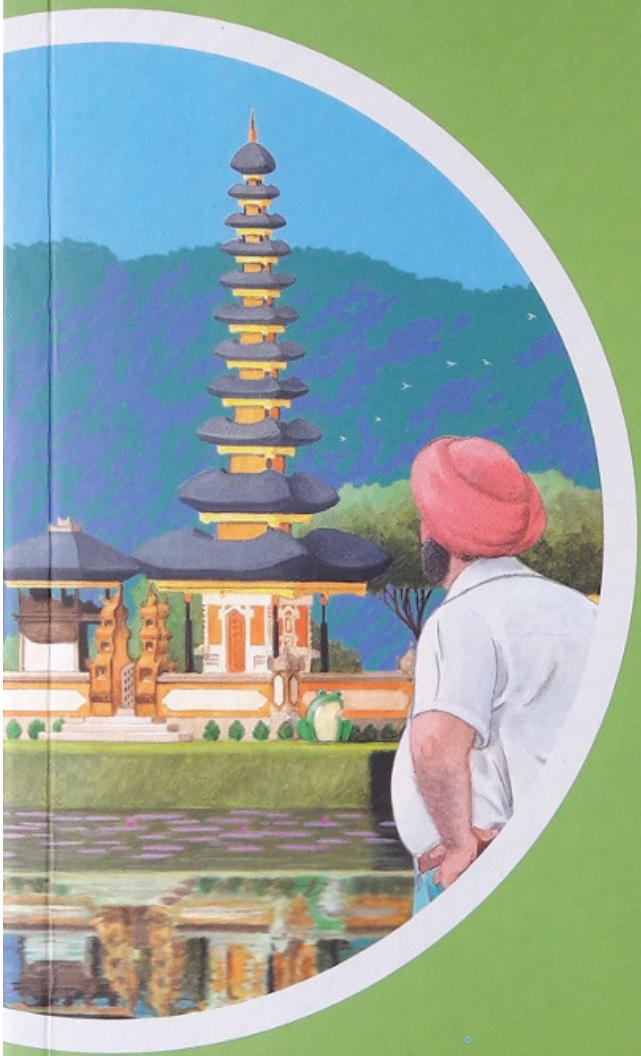
Una infame conspiración en Bali

Shamini Flint



Serie El inspector Singh investiga

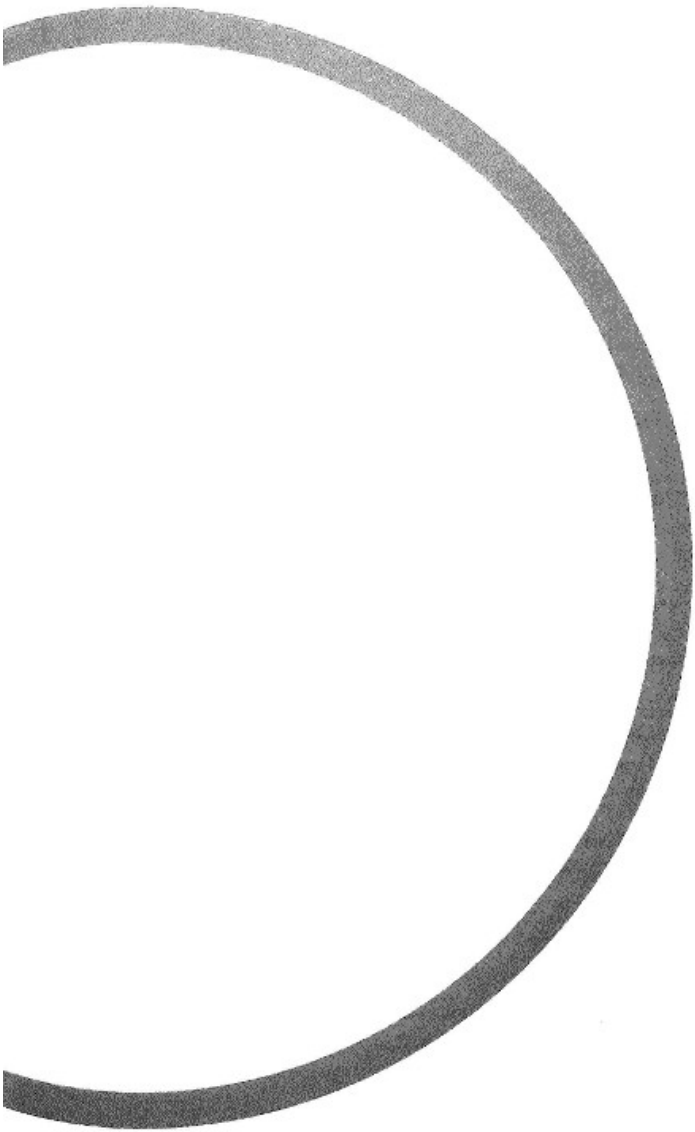
AMOK EDICIONES

El inspector Singh vuelve a la acción, pero esta vez en Bali, donde ha sido enviado para colaborar en la lucha antiterrorista después de un atentado. Solo hay un pequeño inconveniente: Singh no sabe nada de terrorismo, ¡lo suyo es investigar asesinatos!

Por eso, cuando entre las víctimas aparece un cadáver con indicios de haber sido asesinado antes de que estallasen las bombas, Singh se frota las manos y se lanza a buscar al culpable, con la ayuda de una voluntariosa policía australiana.

Pero un simple crimen nunca es tan simple como parece, y este tiene consecuencias con alcance mundial.

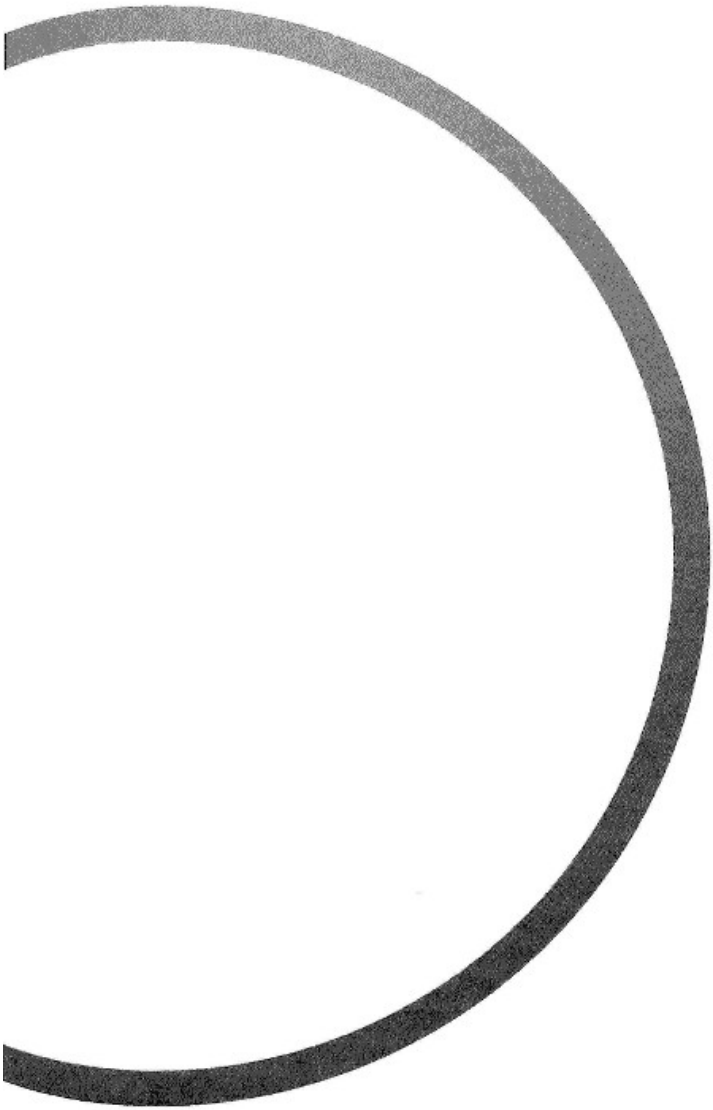
Te presentamos la segunda entrega del inspector Singh, un policía de Singapur adicto al curry, con sobrepeso, sudoroso, poco elegante y descaradamente irrespetuoso. Sus jefes buscan constantemente fórmulas creativas para echarle del cuerpo, y le mandan en misiones complicadas por todo Asia, pero Singh es bueno. Muy bueno.



AMOK
EDICIONES

Una infame conspiración en Bali

Shamini Flint



AMOK
EDICIONES

Una infame conspiración en Bali.
Serie *El inspector Singh investiga.*

Título original: *Inspector Singh Investigates: A Bali Conspiracy Most Foul.*
© 2009, Shamini Flint
Publicado por primera vez en el Reino Unido en lengua inglesa en 2009 por Piatkus, un sello de LittleBrown Book Group.
ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones
C/Salustiano Olózaga 18, 4°D.
28001 — Madrid — España
comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, febrero de 2023.
© 2022, Marta Vázquez Heredia, por la traducción.
Agustín Ferrer Casas, por la ilustración.
Natalia Martínez, por la maquetación.

Dirección creativa y de arte de la colección:
Madre, Espacio de Contenidos Creativos.
www.madrenohaymasqueuna.com
Diseño gráfico de este título:
Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-14-9
Depósito legal: M-30300-2022
Impreso por Leitzaran Grafikak
Impreso en España — Printed in Spain

Para el comandante

Prólogo

Jimi tenía las manos sudorosas, podía ver las marcas de humedad en la funda de polipiel que cubría el volante.

El motor de la pequeña furgoneta blanca pareció atragantarse. Jimi miró el indicador de la gasolina; le habían dicho que dejase el motor en marcha, no se fiaban de que fuese capaz de volver a arrancar el vehículo, ni siquiera tenía carné de conducir. Jimi ya se lo había dicho: él quería participar pero, ¿no sería mejor que fuese otro, Amrozi o Idris, quien condujese la furgoneta?

Todos le habían asegurado que su misión no tenía ninguna complicación y que tendría tiempo de practicar un poco. Iban a dejarle alineado con su objetivo para que no tuviera que girar en ninguna calle, ni detenerse y volver a ponerse en marcha. Era un trayecto muy corto hasta los libros de historia.

Las instrucciones se las sabía de memoria: tenía que esperar hasta que uno de ellos llamara por teléfono y luego levantar el pie del freno. Se lo habían repetido muchas veces porque les preocupaba que se adelantara. Pero Jimi lo había entendido, tenía que esperar y hacer lo que le habían dicho. Así se había pasado toda su corta vida, esperando y haciendo lo que le decían, ya fuera su padre, sus hermanos o el imán de la mezquita.

Jimi estaba tan tenso que tenía calambres en la pierna. Pisó con fuerza el freno de la pequeña Mitsubishi blanca para asegurarse de que no se movía, aún no era el momento. No tenía ninguna duda sobre lo que iba a hacer. Los demás le habían asegurado que estaba haciendo lo correcto. Era la yihad, la batalla final y definitiva.

Iba a ser rápido, eso lo sabía, con la cantidad de explosivos que habían metido en el maletero… pero, ¿le dolería? En realidad, lo que más le preocupaba era que sus padres no podrían recuperar su cuerpo para enterrarlo; no sabía si eso estaba bien: todo musulmán debe ser sepultado de lado, con el rostro hacia la Meca. Pero si no había cuerpo ni nada que enterrar, ¿no estaría cometiendo un pecado? Jimi se consoló pensando que seguramente su sacrificio compensaría las pequeñas infracciones.

No dejaba de mirar la discoteca que estaba enfrente, el Sari Club. En los últimos días había pasado por delante un par de veces acompañado de los otros. Jimi apenas había podido echar un vistazo rápido, aunque lo que se veía era suficiente sacrilegio para inflamar de furia los corazones de sus hermanos de armas: chicas y chicos bebiendo y bailando, las chicas casi desnudas. A Jimi le habría gustado haber visto a las chicas, ¿estarían casi desnudas de verdad? Aunque él recibiría pronto su recompensa: setenta y dos vírgenes lo esperaban en el Paraíso; con suerte no irían vestidas con burkas.

Oyó sonar el teléfono pero no lo tocó. Levantó el pie del freno y sujetó con firmeza el volante, colocando las manos en las diez y en las dos, como le había enseñado Amrozi.

El vehículo comenzó a rodar lentamente.

1

El inspector Singh podía oír el croar grave de las ranas y el chirrido agudo de los grillos. Los sonidos de Bali eran muy distintos del ruido de las obras y el barullo del tráfico que estaba acostumbrado a oír en Singapur. El policía se quedó pensativo rascándose la barba canosa; esa algarabía nocturna le resultaba familiar… le recordaba las airadas cantinelas de su esposa cuando volvía a llegar tarde a una cena con sus parientes o cuando se tomaba algunas cervezas de más en la cafetería china de la esquina.

Singh respiró hondo y reconoció el especiado aroma del *ikan bakar*, el pescado envuelto en hojas de banano que preparaban en la barbacoa del hotel. Una excitante vibración le recorrió los pelillos de la nariz: estuviera donde estuviera, el olor de la comida siempre era una tentación. Singh hizo una mueca; incluso siendo tan comilón, le parecía desconsiderado pensar en cenar tan pronto en aquellas circunstancias. Su generoso estómago protestó al instante retumbando como una tormenta lejana; el policía se encogió de hombros y pidió una cerveza Bintang bien fría y un plato de *nasi goreng*[1]. Al fin y al cabo, tenía que alimentarse, no iba a conseguir nada saltándose las comidas, y pensó un poco triste que de todas formas tampoco estaba haciendo nada útil.

Singh contempló el mar y la espuma luminiscente de las olas que rompían al acercarse a la costa. La playa estaba desierta, igual que el cenador del hotel junto al agua. Se imaginó que los pocos turistas que quedaban habrían recurrido al servicio de habitaciones, ahora nadie quería salir en grupo, ni siquiera para comer. Tras el atentado, esos extranjeros tan sociables se habían convertido en ermitaños temerosos y suspicaces que miraban de reojo a los desconocidos.

Por fin llegó su *nasi goreng*, un hemisferio perfecto de arroz frito rematado por un huevo frito con la yema resbalando por los lados como la lava amarilla de un volcán cuando despierta. El plato incluía un muslo de pollo, seis brochetas de *satay*[2] acompañadas de *acbar* —la clásica ensalada de verduras en salmuera— y unas cuantas rodajas de pepino, todo artísticamente repartido por el borde del plato

rodeando el arroz. Comió con deleite hasta el último bocado, incluyendo el pequeño cuenco de *chilli padi*, los chiles verdes laminados servidos con salsa de soja.

Singh intentó no pensar en la grasa que se estaría acumulando en sus arterias con esa comida. El médico le había advertido que las consecuencias serían funestas si no mejoraba su dieta y su forma física. El policía le había escuchado solo a medias, asintiendo para demostrar que se tomaba en serio los consejos y señalando que estaba dispuesto a hacer ejercicio, como demostraban sus deportivas blancas de marca. Al salir de la consulta había ido a Komala Villas, su restaurante favorito de Serangoon Road —la calle principal del barrio Little India en Singapur— para tomar un té dulce y algún *ladoo*, un pastelillo indio que era una bomba calórica. Cuando hablaba de hacer ejercicio siempre le entraba hambre.

Al acordarse del *ladoo* le entraron ganas de tomar postre. Hizo una seña a un camarero para que le trajese la carta del restaurante, la estudió despacio y la dejó soltando un suspiro. El inconveniente de esos lujosos hoteles de Bali eran sus menús, diseñados exclusivamente para turistas occidentales. En lugar de una buena selección de platos y postres locales solo ofrecían los clásicos platos europeos, como espagueti a la boloñesa y fritura de pescado con patatas. La comida asiática que servían era una pobre imitación de la original; así los turistas podían probar los sabores de oriente sin tener que salir corriendo al cuarto de baño.

La carta de postres tampoco incluía opciones asiáticas, solo había tarta de chocolate o *crème brûlée*.

Singh pidió otra cerveza.

La terraza del restaurante estaba poco iluminada y acercó un poco la vela flotante que había en la mesa; la flor blanca de frangipani[3] que decoraba el cuenco cayó sobre la llama, se arrugó y ennegreció, y su deliciosa fragancia se transformó en el desagradable olor de la materia orgánica al quemarse.

Sus reflexiones sobre la fragilidad de la naturaleza se vieron interrumpidas bruscamente.

—¡Por fin lo encuentro! He estado buscándolo por todas partes, tendría que haberme imaginado que estaría en el restaurante.

Una mujer de pelo castaño vestida con pantalones color caqui y camisa de hombre se acercaba lentamente hacia él.

El inspector Singh le dio un trago a la cerveza apreciando el cosquilleo de las burbujas de gas en la garganta; una capa de espuma

le adornaba el bigote.

—Cada vez que lo veo está agarrado a una Bintang como si fuera su peluche favorito.

Singh se limpió la espuma con el dorso de la mano; la única muestra de su incomodidad fue un breve mohín con su carnoso y rosado labio inferior. Esa mujer era tan cargante como una reunión con sus parientes sijs, siempre regañándole por sus malos hábitos y comentándolos entre sí. Se llamaba Bronwyn Taylor y era miembro de la AFP, la Policía Federal Australiana, que había enviado agentes a Bali para colaborar en el dispositivo de seguridad y la lucha antiterrorista después del atentado. Al inspector Singh del cuerpo de Policía de Singapur le habían despachado a Bali con la misma misión. Si discutía con los australianos iba a tener problemas con sus jefes; sabía perfectamente que sus superiores dedicaban muchas horas a buscar alguna excusa para echarlo del cuerpo, y no pensaba ponérselo fácil.

Bronwyn, que trabajaba en el equipo de relaciones públicas de la AFP, se dejó caer en la silla que estaba enfrente de él.

—Bueno, ¿qué plan tenemos mañana? ¿Qué vamos a hacer para proteger la democracia en el mundo?

Singh ya había deducido que su actitud frívola disimulaba un carácter altamente sensible y decidió ignorar sus preguntas.

—¿Alguna novedad en la investigación? —le preguntó.

Ella asintió.

—Un pequeño avance: han identificado restos del explosivo en una moto abandonada que debió usar alguien implicado en el atentado.

—¿Y ahora qué van a hacer? ¿Buscar al dueño?

Ella asintió, y se apartó con impaciencia los mechones de pelo que le cayeron sobre la frente.

Singh se fijó en los rasgos de Bronwyn: la boca, la nariz y los ojos apiñados en el centro del rostro y rodeados por franjas carnosas; los lóbulos de las orejas eran grandes y parecían estar engullendo unos pequeños pendientes de oro.

—La moto debe ser robada —añadió ella—. No habrán sido tan tontos como para comprarla aquí en Bali.

—Nunca subestime las limitaciones de la mente criminal —replicó Singh, encantado de decir la última palabra por una vez.

—¿Has sabido algo de él?

Sarah Crouch negó con la cabeza. Parecía una colegiala nerviosa: estaba despeinada, con la melena rubia sin el brillo habitual, sentada en el borde de una silla de teca y rompiendo en trocitos minúsculos una servilleta de papel.

Las dos parejas que compartían la mesa con ella la miraban con distintos grados de simpatía y preocupación.

—Es increíble que haya desaparecido así —dijo una de las mujeres, Karri Yardley—. ¿Crees que…? En fin, que pueda haber otra mujer. Es lo típico, ¿no?

Su marido la miró furioso. Karri estaba requemada del sol; esta semana llevaba el pelo teñido de negro y un gran tatuaje falso de un ave del paraíso en uno de sus delgados brazos marrones.

—No hay ningún motivo para sospechar algo así —dijo Tim Yardley con la voz un poco ronca, y agarró una mano de Sarah entre las suyas.

Karri tenía ganas de discutir y, aunque los demás la miraban enfadados, continuó:

—Sarah ya nos dijo que la relación no iba bien, que Richard apenas le hablaba y que salía mucho solo; seguro que ha ligado.

—Habló la experta —dijo con desdén su marido, alisándose el poco pelo con una mano mientras seguía agarrando la mano de Sarah con la otra.

Sarah retiró la mano. No quería verse envuelta en una de las interminables peleas entre la pareja de australianos. Notó que Tim buscaba su mirada, pero ella miró hacia otro lado.

—¿Estás segura de que no había ido al Sari Club? —preguntó Julian Greenwood en voz baja y reconfortante.

Karri soltó una carcajada y enseguida se tapó la boca con la mano en la que lucía unas garras rojas.

—Perdón —dijo—, ya sé que no es cosa de risa, pero imaginarme a Richard en una discoteca…

Julian la fulminó con la mirada y dijo:

—Puede ser que estuviera en esa zona… pasando por delante o algo así.

Sarah seguía callada; todos la miraban menos Emily, la esposa de Julian, que estaba concentrada en su copa de vino mirando el líquido entre sorbito y sorbito como si fuera un espejo mágico.

—Ya estuve en la morgue —dijo Sarah estremeciéndose—. Fue horrible, había muertos por todas partes… y esa peste… Pero no estaba. Les dije que Richard había desaparecido y les di una foto; me

pidieron los informes de su dentista en Inglaterra, y no he sabido nada más.

Julian quería animarla, y se le escapó el acento *cockney* barriobajero que siempre procuraba ocultar:

—Ya han entregado la mayoría de los cadáveres para que los entierren…, a lo mejor ya no tienes que preocuparte por esa posibilidad.

Emily Greenwood levantó la cabeza al oírlo; tenía cara de buen humor y parpadeó un par de veces tratando de enfocarlos con sus ojos grises.

—Cuando venía esta mañana, he visto un funeral; era precioso, con montones de frutas y de flores, y todos iban tan bien vestidos…

—¡Estás borracha! —dijo ásperamente Julian.

Emily soltó una risita.

—Solo un poquito achispada, cariño.

Tim se levantó tan rápido que le dio un empujón a la mesa con la tripa.

—Joder, Emily, podías tener un poco de consideración con Sarah y no emborracharte por una vez, ¡que su marido ha desaparecido!

—Qué suerte —susurró Emily guiñando un ojo a su propio marido y apoyando los pechos sobre su brazo.

Sarah estaba distraída pero vio que Julian apretaba los dientes y agarraba el vaso de cerveza como si lo quisiera romper, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, pero no quitó el brazo. Habría sentido lástima por él, pero con ese bigote en forma de herradura entre la nariz gigante y la boca casi sin labios le parecía patético.

Karri no dejaba de mirar a Sarah.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó.

Sarah cerró los ojos con un gesto de cansancio que le llenó la cara de arrugas.

—Seguir buscando, supongo… ¿Qué más puedo hacer?

Su esposa era más alta que él, y se alejaba del restaurante con elásticas zancadas masculinas; Tim Yardley iba casi corriendo a su lado, jadeando del esfuerzo y con los rollizos muslos rozando uno contra otro bajo sus holgados pantalones cortos. Se secó el sudor de la frente con la manga y lanzó una mirada asesina a su esposa; estaba furioso con ella, harto de esa crueldad frívola que llevaba sufriendo tantos años.

—¿Cómo puedes reírte en un momento así? —le preguntó con rabia.

Karri se había parado delante de un escaparate para mirarse y se estaba arreglando el pelo metiendo sus largos dedos entre los rizos negros como si revolviese una ensalada.

—Es que me entró la risa al pensar en Richard Crouch bailando y de juerga toda la noche en el Sari Club.

—Sabes de sobra que no se trata de eso, estoy preocupado por Sarah y tú deberías preocuparte también. ¡Es amiga nuestra!

Ella terminó de colocarse el flequillo y se quedó mirando el reflejo difuso de su marido en el escaparate.

—Ya te preocupas tú bastante por los dos. Además, Richard me caía fatal, me da igual si ese imbécil está tirado en una cuneta por ahí, era insoportable con esa actitud de superioridad moral.

Karri se giró para mirar a su obeso marido.

—Aunque cuidaba de su aspecto, eso sí.

Tim estiró los faldones de su camisa y los remetió en los pantalones intentando cruzarlos para que no se le viera la tripa por la rendija. Las pecas que le cubrían los brazos parecían una ligera salpicadura de barro.

—No hace falta que te pongas tan desagradable —dijo él. Un reguerillo de sudor le recorrió la nariz hasta la punta y una gota cayó al suelo como si fuera una lágrima—. Tengo algo de sobrepeso, no lo puedo evitar.

—Podrías comer menos y beber menos.

Tim se giró para alejarse con los hombros encogidos, como protegiéndose de la siguiente humillación.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Volver corriendo a cogerle la manita a Sarah? —se burló Karri.

Tim se dio la vuelta lentamente, preguntándose por qué se enfrentaba con su esposa si había salido perdiendo de todas las discusiones desde que se casaron hacía quince años. Poco después de la boda descubrió que el hecho de tener razón no acallaba los comentarios hirientes de Karri, ni impedía que al terminar cualquier discusión se sintiera tan machacado y dolido como si le hubieran dado una paliza en un callejón.

—No sé qué tienes contra Sarah… —dijo en voz baja, tratando de mostrar algo de dignidad, y continuó titubeante—: Es buena persona, una mujer amable que necesita nuestra ayuda y nuestro apoyo. Y yo quiero ayudarla, ¡eso es todo!

—Eres patético… rondando a esa mujer que parece un palo reseco.

—¡No es verdad! —respondió él con la cara congestionada.

—No me quita el sueño —dijo despectivamente su esposa—, esa no te tocaría ni con el palo de una bandera balinesa.

Tim respiró hondo y metió la tripa todo lo que pudo.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dijo sacando el pecho.

Karri soltó una carcajada.

Nuri salió a caminar por Denpasar.

No podía seguir sin hacer nada en el apartamento donde llevaba viviendo un mes. Había pasado las últimas horas muy inquieta, jugueteando nerviosa con un hilo de su blusa y retirando continuamente las cortinas mugrientas para mirar por las ventanas resquebrajadas.

Nuri les había dicho a sus hermanos —Abu Bakr y Ramzi— que salía a comprar algo para la cena, y les había pedido que se lo dijeran a Ghani cuando él volviese. Su marido estaba buscando un local para la escuela religiosa que pensaban fundar en Bali. A Nuri le extrañaba su empeño en continuar con el proyecto; después del atentado, una escuela de doctrina islámica seguramente sería un fracaso. Había intentado plantearle sus dudas a Ghani, pero él le había explicado sonriente que Alá solo estaba poniendo a prueba su fortaleza, y que no se iba a detener ante el primer obstáculo que encontrase en el camino. Entonces ella había bajado la mirada asintiendo sumisa. Qué fácil era parecer una esposa obediente, volver a la rutina de sometimiento a su marido, pensó Nuri, después de todo ya llevaba un año representando ese papel sin planteárselo, desde el día de su boda con ese hombre mayor de pelo cano.

Hasta que fueron a Bali Nuri nunca había salido de Sulawesi[4], una isla grande con forma de hombre sin cabeza que es una de las zonas más despobladas del archipiélago indonesio. Había viajado con su marido y sus hermanos en un ferri viejo y abarrotado que los llevó a Java; allí hicieron una breve visita al *pesantren* de la ciudad de Solo, el internado donde Ghani había estudiado cuando era niño, para consultar con sus líderes espirituales, y finalmente llegaron en autobús hasta Bali.

La isla mostraba una realidad desconocida para una jovencita de pueblo, ¡tanto alcohol, tantas drogas y tanto contacto entre hombres y mujeres! Le había dado asco y vergüenza; las demostraciones de

afecto en público le hacían apartar la vista, y cuando pasaba delante de las discotecas y los locales de masajes aceleraba el paso con la mirada fija en el suelo. Había tenido que regañar a Ramzi, su hermano pequeño, porque no era capaz de apartar los ojos de las chicas ligeras de ropa.

Nuri era muy guapa: tenía la piel luminosa y unos ojos almendrados bastante separados que le daban un aire de curiosidad infantil; su pelo era negro y brillante, aunque lo llevaba recogido y cubierto con un pañuelo. Mientras estuviera en Bali no iba a llevar su hiyab, el guardapolvo negro que le cubría desde la cabeza a los pies y que incluía un velo para la cara. Ghani había insistido en que llamaría demasiado la atención; Bali se había convertido en un lugar incómodo para los musulmanes después del atentado. Ella había accedido con la condición de que le permitiera cubrirse con un pañuelo pero, a pesar de llevar el pelo oculto bajo la tela, le daba mucha vergüenza exponerse así —se sentía tan desnuda como las mujeres occidentales con bikini que había visto tumbadas en las playas, exhibiendo su cuerpo bronceado ante cualquier desconocido que pasase. Nuri sacudió la cabeza al recordarlo y se le escapó un mechón de pelo que volvió a meter cuidadosamente bajo el pañuelo. Ella había llevado la severa vestimenta islámica desde la pubertad; en Sulawesi, su padre siempre le decía que las mujeres tienen un papel secundario en la sociedad, supeditado al de los hombres de su familia, y Nuri había aceptado las imposiciones de su padre como si fueran el orden natural de las cosas. Siendo la única chica en una familia con trece hijos de las cuatro esposas de su padre, sabía bien lo agresivos y complicados que eran los chicos. Nuri estaba más tranquila sabiendo que no se exponía a despertar los deseos de los hombres: su padre la había educado así, pero también era por decisión propia.

Sus pasos sin rumbo la condujeron hasta una pequeña caseta de madera con tejado de hojalata que anunciaba comestibles en indonesio. Nuri entró y pidió un bote de pasta de chile, eso convencería a su marido y sus hermanos de que necesitaba comprar algo para la cena.

Los clientes solo hablaban del atentado y la investigación, pero no les prestó mucha atención. Nuri no tenía una opinión clara sobre el tema, Ghani solo le había dicho que los balineses habían convertido su isla en un burdel… Pero lo que sí sabía, y lo había aprendido por sí misma en Bali, era que incluso con una estricta educación religiosa y conociendo la diferencia entre el bien y el mal, un corazón rebelde

resultaba difícil de controlar.

2

El inspector Singh había tenido una fuerte discusión con sus superiores. Lo último que se les había ocurrido para librarse de él era enviarlo a Bali como asesor en lucha antiterrorista.

«Pero si yo no tengo experiencia en ese terreno», había protestado con determinación, cruzando los brazos sobre la enorme barriga para subrayar que no estaba dispuesto a ir a Bali.

«¡Qué tontería! Un atentado terrorista no es más que asesinato a gran escala. Y el asesinato es tu especialidad».

El veterano policía había pronunciado la última frase como si revelase un secretillo vergonzante que el inspector quisiera ocultar. Singh no se sorprendió, en el cuerpo de Policía de Singapur lo respetable era dedicarse a desmantelar organizaciones de narcotraficantes. Las medallas y los ascensos se concedían por resolver delitos de guante blanco cometidos por gente elegante. El delito de asesinato era vulgar y carente de *glamour*. Sus autores eran personas corrientes que acababan con la vida de otros impulsadas por la codicia, el amor o la venganza. La visión de un cadáver en la morgue era una realidad demasiado cruda para estos policías que tanto sabían de informática y tanto ignoraban sobre la naturaleza humana.

El inspector Singh era una reliquia de la vieja escuela: fumaba mucho, bebía mucho y trabajaba aún más. Su talento para atravesar la maraña de enredos y mentiras que rodean un crimen, investigando minuciosamente hasta descubrir al culpable, suscitaba entre sus veteranos jefes una especie de admiración burlona. Singh pensó que le trataban como si fuese un perrito de circo: sus superiores parecían decir «¡Buen truco!» pero no entendían su motivación.

Entonces había vuelto a preguntar: «¿Pero por qué yo?», esta vez en un tono algo lastimero.

Su jefe tuvo entonces un momento de honestidad: «Necesitamos aquí a nuestros expertos en terrorismo, para proteger Singapur. Pero tenemos que aparentar gran interés en ayudar a un vecino tan importante como Indonesia. Y tú tienes fama de pillar siempre al malo. En Bali creerán que les hemos enviado a nuestro mejor

experto».

Singh seguía rememorando la deprimente conversación cuando lo abordó un empleado del hotel de Bali. El portero, uniformado con un elegante traje balinés de color hueso, le preguntó amablemente: «¿Coche, señor?», en un tono más optimista que convencido. Para consternación de Singh, desde que empezaron a colaborar, Bronwyn Taylor se había negado a utilizar los coches del hotel, insistiendo en que era absurdo pagar esas tarifas cuando había tantas alternativas de transporte.

Singh consideraba que confiar sus voluminosas hechuras a un chófer desconocido, con gafas de sol envolventes y un coche cuyo historial de reparaciones debía ser secreto de Estado, no era la mejor manera de empezar el día. Pero no había conseguido convencer a la australiana de que no tenían que ser tan austeros cuando los gastos los pagaba el Gobierno de Singapur.

Bronwyn se había mostrado inflexible. «No importa de quién sea el dinero, no debemos malgastarlo. Además, ¿cómo vamos a averiguar algo sobre Bali si usamos solo los coches del hotel? Tenemos que hablar con gente corriente para saber qué piensan los balineses».

«Pues se están preguntando cómo han pasado de oasis para ricos a isla desierta. No necesito ir por ahí metido en una trampa mortal para averiguar eso».

Singh ya estaba viendo a la mujer australiana atravesar rápidamente el vestíbulo, saludando por sus nombres a los empleados del hotel. Respondió al portero moviendo la cabeza con desaliento. Si pedía un coche, ella lo cancelaría sin más. Aunque él podría insistir, claro está, pero suponía que después ella estaría sacando el tema hasta hacerle arrepentirse de querer mostrar su firmeza. Su esposa usaba la misma táctica para salirse con la suya…, será que las mujeres tienen un gen especial para la insistencia, y por eso no se cansan de repetir las cosas.

Frente al hotel, en el arcén del otro lado de la carretera, grupos de hombres jóvenes algo desaliñados permanecían en cuclillas a la sombra poco espesa de los ceibos[5], con las suaves flores rojas desprendidas de los árboles formando una alfombra bajo sus pies. Todos tenían allí cerca un Kijang, un monovolumen grande, para llevar a los turistas a recorrer Bali por poco dinero. Singh miró con desconfianza a los conductores y señaló a uno que le pareció menos siniestro que los demás. El hombre se deshizo en sonrisas al instante. Apagó su *kretek*, el cigarrillo aromatizado con clavo tan popular en

Indonesia, y se acercó corriendo.

—¿Quieren chófer? —preguntó.

Singh asintió.

—Vale. ¿De dónde son?

El inspector de Singapur ya estaba más que harto de la curiosidad insaciable de los balineses.

Bronwyn respondió por los dos:

—Él es de Singapur y yo soy australiana —dijo jadeando ligeramente por el calor.

—Bien, bien. Muy contento vosotros venir a Bali. —Como se quedaron callados, continuó—: ¿A dónde, jefe?

Singh miró inquisitivamente a la australiana.

—¡Al cuartel general de la Policía de Bali, en Denpasar! —dijo ella con energía.

—Sí, ibu[6].

Arrancó el coche y salió marcha atrás a la calzada, esquivando por poco a una familia apiñada sobre una pequeña moto. Se disculpó con un gesto de la mano y ellos le devolvieron un saludo con dos toquecitos del claxon.

Singh sacudió la voluminosa cabeza. Nunca había pensado lo singapurense que era. Estaba acostumbrado a las calles anchas, al tráfico ordenado, y a no ver casi nunca esas motos horribles que eran el principal medio de transporte de las familias balinesas.

El Kijang circulaba a toda velocidad por una calle con mucho tráfico tocando el claxon continuamente. Toques suaves de aviso para que los motoristas dejasen paso, y pitadas más agresivas para otros conductores de Kijang que no se dejaban adelantar y forzaban el motor expulsando densas nubes de humo gris. Con un tremendo bocinazo, el conductor espantó a un perro sarnoso dispuesto a cruzar la carretera.

El vehículo se detuvo de repente. Singh estiró el cuello para ver qué pasaba.

—Lo siento, jefe —dijo el conductor—. Tener que esperar. Hay un funeral delante.

Singh abrió la puerta y salió para contemplar la lenta procesión de gente; mujeres con cestas de fruta y otras ofrendas en precario equilibrio sobre la cabeza, hombres portando largas sombrillas blancas con flecos, todos vestidos con sus mejores trajes de gala. El inspector se preguntó si el funeral sería por una víctima del reciente atentado, y sintió una profunda tristeza. El brutal atentado de Bali

había causado muchas muertes y acabado con el sustento de miles de personas. Las noticias hablaban sobre todo de los turistas extranjeros fallecidos, pero también habían muerto muchos balineses.

Singh volvió a subir al coche con dificultad.

Bronwyn se remetía un mechón de pelo detrás de la oreja, como reteniendo un pensamiento errante.

—¿Cree que los turistas volverán a Bali? —preguntó ella en tono sombrío.

Singh miró a través de los cristales tintados del Kijang.

—No —dijo—. Creo que este sitio está acabado.

Nuri siguió caminando por Jalan Legian hasta que llegó a las barreras de la policía; no pensaba tomar ese camino pero algo la había arrastrado hacia el Sari Club, el epicentro del atentado. Aunque no creía que un musulmán devoto como Abdullah estuviera cerca de la discoteca cuando explotaron las bombas, le extrañaba no haber sabido nada de él en sus ansiosas escapadas buscándolo por Bali.

Nuri se quedó pasmada al ver el alcance de los destrozos: de los edificios solo quedaba la estructura renegrida y había bastantes coches quemados. Cada pocos metros había un policía con el semblante sombrío; ya no podían impedir la masacre, solo evitar que los curiosos y desesperados contaminasen la escena del crimen.

Se fijó en una mujer indonesia de mediana edad que lloraba en silencio; Nuri se apartó unos pasos con discreción, pero la mujer pareció darse cuenta del gesto de la joven.

—¿Tú también estás buscando a un familiar? —le preguntó.

Nuri se había propuesto no pensar siquiera en la posibilidad de que Abdullah estuviera entre las víctimas del atentado, le inquietaba la idea supersticiosa de que sus palabras quizá tuvieran el poder de convertir en realidad sus peores temores.

—No, solo he venido a ver —dijo, aunque enseguida se avergonzó de parecer una mirona y bajó los ojos fijando la vista en sus pies, castamente enfundados en calcetines negros para ocultarlos de la curiosidad masculina.

La mujer siguió hablando desconsolada:

—Mi hermano, no lo encontramos… Hemos estado en los hospitales y la morgue en Sanglah…

Nuri reconoció su acento.

—¿Es usted de Java?

Ella asintió, sonriendo a través de las lágrimas.

—Sí, de Jakarta; nuestra familia es pobre y vinimos a trabajar aquí, mi hermano fregaba platos en el Sari Club y yo hago masaje en un hotel —la voz se le quebró pero continuó—: Y mire lo que ha pasado ahora…, no lo encontramos.

Se giró para mirar hacia el final de la calle pero Nuri veía que estaba cegada por las lágrimas.

—Espero que encuentre a su hermano —le dijo bastante apurada.

—Sé que está muerto, lo noto en el corazón —respondió la mujer con amargura—. Dicen que esto es obra de musulmanes, ¡terroristas musulmanes! No puedo creerlo, ¿por qué iban a matar a inocentes, a otros musulmanes, a gente joven que no les había hecho ningún mal?

Nuri sintió una profunda compasión, esa mujer estaba buscando a alguien que amaba, como ella misma, pero la desconocida estaba afrontando la realidad de que su hermano estaba entre las víctimas del atentado mientras que ella aún tenía el consuelo de la ignorancia. Nada le impedía seguir pensando que Abdullah estaba en algún lugar de Bali, esperando el momento adecuado para volver con ella y cumplir las promesas que le hizo agarrando con firmeza sus manos antes de despedirse apresuradamente.

Nuri rodeó con su brazo delgado los hombros de la mujer y contempló la devastación de aquella calle estrecha; habían saltado los cristales de las ventanas a cientos de metros del lugar de la explosión, todo estaba cubierto de ceniza, olía a quemado y aún salía un poco de humo que le estaba irritando los ojos.

La mujer siguió la mirada de Nuri y juntó las manos como suplicando.

—No puedo creer que alguien hiciera esto en nombre de Alá —dijo.

Singh se dirigió a uno de los policías.

—¿Cómo va todo?

El policía balinés hizo un gesto de desaliento, su tersa piel marrón le daba un aire infantil.

—Estamos en un callejón sin salida, hemos examinado todo veinte o treinta veces, tenemos aquí a los australianos, a la CIA, todos quieren ayudarnos… Incluyéndolo a usted —añadió educadamente.

Singh asintió agradeciendo la deferencia y deseó por millonésima vez tener algún talento que fuese de utilidad en la investigación.

—¿Qué pasa con la moto? —preguntó.

—Hemos averiguado que la compraron nueva aquí, en Bali. Eran tres hombres, los vendedores se acordaban bien porque no regatearon el precio… Algo poco habitual en Bali —añadió con una leve sonrisa.

—¿Podemos identificarlos?

—Sí, ¡pero cuando los cojamos! Los australianos van a enviar a sus expertos en retratos robot.

Singh era bastante escéptico, nunca había creído que esos bocetos fuesen de mucha utilidad: los testigos siempre parecían recordar a los sospechosos como hombres con aspecto descuidado y ojos de loco. En su experiencia, cuanto más grave era el delito más superficiales y malévolos resultaban los retratos; no le extrañaría que los vendedores del concesionario describiesen a los sospechosos del atentado con cuernos y rabo.

Singh se rascó la frente bajo el borde del turbante con un dedo rechoncho.

—¿Y la furgoneta, el coche bomba?

—Hemos repasado cada centímetro de lo que queda del vehículo. Todos los números de serie están limados o alterados, no corresponden a ningún fabricante. —El balinés le hizo un gesto a Singh—: Venga conmigo, se lo enseñaré.

Lo guio hasta otro edificio, mostró su placa al vigilante de la entrada y cedió el paso al policía de Singapur; un potente chorro de aire acondicionado golpeó a Singh convirtiendo la humedad de su frente en un refrescante paño frío.

—¡Mire! —dijo el policía balinés.

Singh observó los trozos de metal quemados y retorcidos que cubrían las mesas instaladas sobre caballetes; estaban perfectamente alineados e identificados con etiquetas. Había varios policías y peritos forenses examinando fragmentos con microscopios.

—Eso es todo lo que hemos encontrado de la furgoneta —dijo el policía balinés—. Pero aquí no hay ninguna pista. El General Pastika está tan frustrado que se ha ido a recorrer los templos a rogar por algún progreso. ¡Es nuestra última esperanza! —Singh enarcó sus gruesas cejas consternado, pero consiguió callarse su opinión sobre los policías que abandonan el procedimiento de investigación racional para pasearse por los templos implorando asistencia divina. Después de todo, ¿qué estaba haciendo él, aparte de distraer de sus tareas a la policía balinesa? Hasta ahora había conseguido los mismos resultados que si se hubiera dedicado a invocar a gritos a los dioses balineses.

El inspector se fijó en un hombre que miraba cabizbajo un montón

de barras retorcidas que parecían piezas de un chasis. Tenía cara de frustración pero algo llamó su atención de repente:

—¡Esta la han soldado! —exclamó, y llevó el trozo de metal hasta una mesa de trabajo donde empezó a separar las piezas usando un martillo y un cincel.

Singh se acercó con curiosidad, impresionado por la destreza y la determinación del hombre.

La pieza superpuesta había protegido de la explosión un número de serie grabado en el metal que había debajo.

—¡Tenemos algo! ¡Gracias a dios, tenemos algo! ¡Las plegarias del general Pastika han sido escuchadas! —dijo el investigador con la voz temblando de emoción.

Sarah Crouch metió en el bolso la pequeña suma de dinero que acababa de sacar del cajero y caminó rápidamente hasta uno de los minitaxis que esperaban enfrente. Se sentó en el asiento de atrás, captando por un instante en el retrovisor unos ojos con los párpados enrojecidos; el conductor la miraba con curiosidad, pero viendo su palidez y sus ojeras reprimió sus ganas de conversación. Ella le dijo dónde quería ir en un tono tan seco que no invitaba a ningún comentario, y se recostó contra el respaldo mugriento. Sarah cerró los ojos; últimamente no podía dormir; todas las noches se acostaba en esa cama demasiado blanda y se quedaba mirando al techo durante horas, escuchando los extraños chasquidos que hacían las pequeñas salamanquesas marrones mientras cazaban moscas y mosquitos por las paredes y el techo de su habitación.

Ojalá Richard hubiera accedido al divorcio; estaba convencida de que a él le habría encantado alejarse del espejismo que era su matrimonio para intentar ser feliz en otra parte. Ella ya llevaba mucho tiempo deseando liberarse de las ataduras de su relación; se habían casado precipitadamente y se había arrepentido poco después. Hizo una mueca; era Richard quien no quería terminar la relación, insistiendo con su exagerado sentido de la responsabilidad en que no podían rendirse sin hacer un último esfuerzo para arreglar las cosas. La escapada a Bali había sido idea suya…, quizá pensaba tapar las grietas de su matrimonio con las fotos de las vacaciones.

Sarah suspiró; la iniciativa estaba condenada a fracasar desde el principio. Un matrimonio solo tiene arreglo si hay afecto, y hacía mucho que ella despreciaba a su marido y ansiaba una relación más

dichosa. Él había hecho amigos al llegar a la isla y se pasaba casi todo el tiempo con ellos, mientras que ella solía reunirse con el grupito de expatriados que había conocido, como los Yardley y los Greenwood. Las pocas veces que había convencido a Richard para salir a cenar con ellos, él había estado callado toda la noche con cara de antipático, se le notaba el desdén que le inspiraban sus amigos. Y nunca había mostrado interés en que ella conociese a sus amistades. Sarah frunció el ceño; el gesto la hacía parecer mayor y revelaba el descontento que solía pasar desapercibido bajo sus facciones armoniosas y el ligero maquillaje con el que disimulaba sus arruguitas.

—Hemos llegado, ibu —dijo en voz baja el conductor.

Sarah contó el dinero exacto para pagar el trayecto, no pensaba darle propina simplemente por hacer su trabajo. No se podía permitir malgastar su pequeño montón de rupias, ya le quedaba poco dinero. Tenía que encontrar de inmediato alguna solución. Se preguntó si se atrevería a decírselo a Tim Yardley, ¿cómo reaccionaría? Sarah apretó con rabia sus pequeños puños, no tenía ni idea de qué iba hacer ahora.

Bronwyn apareció en la puerta y le hizo un gesto a Singh, que se acercó silencioso con sus deportivas blancas.

—Me acaban de llamar de la morgue de Sanglah, en Denpasar. Quieren que vayamos —le dijo.

—¿Quién era? —dijo Singh desconcertado.

Ella sacudió la cabeza.

—No estoy segura. ¿La AFP? ¿La policía de Bali?

Singh suspiró.

—En fin, no tengo nada mejor que hacer.

Había un coche esperándolos fuera; el conductor era un policía que se cuadró para saludar en cuanto vio acercarse al inspector sij. Las cejas de Singh se arquearon por segunda vez esa mañana, y se sentó en el asiento trasero junto a Bronwyn tratando de imaginar la razón de su repentino cambio de estatus. Había pasado de figurante a personaje importante con una cita urgente y coche con chófer. Algo había ocurrido y no tenía ni idea de qué podría ser.

Bronwyn llevaba la perplejidad grabada en la frente, y debía estar pensando lo mismo que él:

—¿Qué estará pasando? —le preguntó.

—¡Ni idea! —dijo Singh.

El inspector se recostó y miró por la ventanilla, el cielo estaba despejado y con un color azul tan intenso que hacía lagrimear. Era un día muy caluroso y el aire acondicionado no ayudaba a pesar del ruido que hacía. Singh se secó la frente con un gran pañuelo blanco y se pasó un dedo por debajo del borde del turbante, intentando que el aire frío le refrescase la cabeza. Ojalá alguien inventase una versión ligera de los cinco metros de tela de algodón que se había enrollado esa mañana alrededor de la cabezota, pensó. Por supuesto, bastaría con prescindir del turbante, como habían hecho hacía tiempo muchos de sus amigos sijs debido al calor y a los códigos de vestimenta modernos; él no llevaba la pulsera de hierro que también es preceptiva en el sijismo porque le provocaba un sarpullido en la muñeca, pero el turbante lo había llevado demasiados años y Singh sabía que se sentiría desprotegido e indefenso sin él: era su casco de seguridad.

Miró a Bronwyn, tenía la cara roja del calor y algunos pelillos pegados a la frente; los poros de su pequeña nariz resaltaban como si fuesen los cráteres de la luna, y la humedad que cubría su labio superior parecía un bigote transparente. El clima de Bali no les sentaba muy bien a los australianos de piel blanca, pero ella al menos no llevaba turbante. La mujer se dio cuenta de que la estaba mirando y le sonrió, revelando un hoyuelo en una de sus mejillas que hacía contagiosa su sonrisa. Singh tuvo que hacer un esfuerzo para no devolvérsela; prefería evitar cualquier demostración espontánea de simpatía, ya le estaba costando bastante mantener las distancias con esa mujer tan amigable.

No tardaron mucho en llegar a la morgue del hospital de Sanglah. Singh salió del coche con desgana; estaba acostumbrado a ver cadáveres de personas que habían muerto por heridas de bala, acuchilladas, ahogadas o estranguladas, pero nunca había visto el resultado de una masacre como la del atentado de Bali.

Un hombre con bata blanca los estaba esperando en la entrada; era alto y rubio con el pelo casi hasta los hombros.

—¿Es Singh? —dijo con un imperativo *staccato.*

El inspector asintió, optando por no darle importancia al tono antipático del hombre; a juzgar por sus ojos enrojecidos y la vena que le latía en la frente, debía estar al borde del colapso.

—Soy el doctor Alex Barton, me ocupo de los restos humanos calcinados que tenemos aquí.

—¡Qué suerte! —murmuró Singh para sí mientras le estrechaba la

mano, que le pareció áspera y reseca. Seguía sin saber qué querían de él en la morgue, pero esperaba que no fuese algo en lo que no tuviera experiencia. Aunque sus jefes de Singapur hubieran exagerado sus talentos ante los balineses no creía que le hubieran descrito como perito forense.

El médico parecía querer decir algo pero no terminaba de decidirse. Metió las manos en los bolsillos de la bata, miró a Singh como para hablarle y debió cambiar de opinión porque inclinó la cabeza y se quedó mirando con cara de perplejidad las zapatillas blancas del policía.

—Será mejor que me acompañen —dijo de repente.

Intrigado por su aire de misterio, Singh se apresuró a seguirlo, aunque cada paso del otro era como dos de los suyos. Bronwyn caminaba sin esfuerzo a su lado, era casi tan alta como el patólogo y llevaba zapatos con suela de goma que parecían cómodos. Singh pensó que la australiana estaba mucho más callada que de costumbre, ¿le estaría ocultando algo? Pero le estaba costando mantener el ritmo de los otros, y dejó de pensar en qué le pasaría a Bronwyn para concentrarse en el esfuerzo físico.

Alex Barton no se detuvo hasta que llegó a un gran congelador de acero; abrió la puerta y les hizo un gesto para que mirasen el interior. Singh se asomó con desgana y vio que sus reparos estaban justificados: había pequeños montones de restos humanos y extremidades calcinadas.

—¿Tienen dificultades para identificar a estas víctimas? —le preguntó con cierta inquietud al médico australiano.

—Sí, pero acabamos de empezar. Aún estamos esperando las muestras de ADN, los historiales odontológicos y la información sobre marcas personales, ya sabe: cicatrices, tatuajes y ese tipo de cosas.

—Qué trabajo tan difícil —dijo Bronwyn compasiva.

—Las chapuzas que hicieron después de las bombas lo han complicado más —dijo el médico con amargura.

—¿A qué se refiere? —preguntó el inspector Singh con su voz ronca de fumador.

—Aquí no había suficiente espacio, el congelador de la morgue está diseñado para diez cadáveres y trajeron más de doscientos. Los restos los dejaron metidos en bolsas en el jardín; estaban tan quemados que la descomposición empezó antes de lo normal; he estado en zonas de guerra pero esto era peor. Y lo más surrealista es que cualquiera podía entrar a buscar a sus familiares, la gente reclamaba los cuerpos

basándose en la identificación visual…, algo imposible dadas las circunstancias.

—¿Quiere decir que los familiares han reclamado cuerpos equivocados? —preguntó Bronwyn horrorizada.

—Y no solo eso —dijo el médico con un suspiro—. Algunos de los voluntarios que vinieron a ayudar no tenían formación y mezclaron los restos. Hubo contaminación cruzada en muchas muestras de ADN.

—¡Entonces habrá víctimas que no se podrán identificar! —exclamó Bronwyn.

El médico asintió; la preocupación y el cansancio eran evidentes en sus profundas líneas de expresión.

Los tres se quedaron callados unos instantes.

Singh rompió el silencio.

—¿Y para qué quería verme? —preguntó—. Porque lamento decirle que yo no tengo experiencia en asuntos forenses —añadió.

Antes de que el doctor Barton pudiera responder se les acercó otro hombre que parecía la versión caucásica del inspector Singh: bajo de estatura, rechoncho y con la cabeza enorme; solo le faltaba el turbante. El hombre le estrechó la mano a Barton, se giró hacia el policía y le preguntó:

—¿Es Singh?

Singh ya se estaba cansando de tratar con australianos sin modales, y le contestó sin tratar de ocultar su irritación.

—Sí, ¿quién lo pregunta?

—Soy el capitán Atkinson, de la AFP.

—¿Y qué quiere de mí? —preguntó Singh.

El australiano se giró hacia el forense.

—¿No se lo has dicho?

—No, justo iba a hacerlo cuando has aparecido.

—Vale.

Atkinson miró al policía sij como estudiándole; Singh pensó que su aspecto no debía inspirar mucha confianza: era bajo y gordo, llevaba demasiados bolígrafos en el bolsillo de la camisa, y sus deportivas blancas contrastaban con el enorme turbante azul que llevaba en la cabeza. Tenía el labio superior estrecho y el labio inferior carnoso, rosado y un poco saliente, y llevaba barba y bigote, ambos bien recortados y salpicados de canas.

—¿Es musulmán? —preguntó Atkinson.

Entonces Singh se enfadó de verdad.

—No es asunto suyo, pero le diré que no —le respondió.

—¿Y por qué lleva ese pañuelo enrollado en la cabeza?

—Porque soy sij y nuestra gente ya usaba turbante siglos antes de que sus antepasados británicos salieran de la cárcel.

Atkinson soltó una carcajada como un ladrido.

—En eso quizá tenga razón, hombre.

Singh no dijo nada, aunque mostró su malestar frunciendo los labios.

—Me da igual si es sij, cristiano o un maldito musulmán —continuó el australiano—, pero el atentado es obra de un grupo de fanáticos con trapos en la cabeza, por eso quería preguntárselo.

Bronwyn intervino con firmeza, mostrando esa capacidad para la insubordinación que la mantenía casi al margen de la investigación:

—Creo que la pregunta no estaba justificada en ningún caso, señor.

El médico les interrumpió sorprendido por tanta hostilidad:

—Oigan, tengo el congelador lleno de restos humanos carbonizados, más de veinte individuos esperando a que los convierta en personas. A ver si se ponen de acuerdo, porque yo tengo que trabajar y me están haciendo perder el tiempo.

Atkinson le hizo un gesto al médico.

—Enséñaselo —dijo en tono conciliador.

Barton levantó una ceja poco poblada y asintió; cuando abrió de nuevo la puerta del congelador, una bocanada de aire frío con un ligero olor a carne podrida se abrió paso entre ellos. El médico sacó una pequeña bolsa de plástico negro.

A Singh le pareció una versión reducida de la bolsa en la que sacaba la basura todas las noches.

Barton la llevó hasta una mesa alta con ruedas giratorias y la vació cuidadosamente sobre la superficie de acero pulido. Contenía unos fragmentos renegridos que al inspector le parecieron iguales que las piezas calcinadas del chasis que le habían enseñado por la mañana.

El médico se puso unos guantes de goma y rebuscó entre los fragmentos.

A Singh le entraron náuseas; los huevos con beicon, los tallarines fritos y las tres tazas del fuerte café balinés que había desayunado le rebullían en el estómago, —«como si estuvieran centrifugando», pensó. Le extrañaba porque no era algo habitual en él, que tenía fama entre los policías jóvenes de Singapur por su estómago de hierro durante las autopsias. ¿Por qué le estaban afectando más las víctimas de un atentado suicida que los cadáveres que había visto durante toda su carrera como investigador de homicidios? Singh siguió dándole

vueltas mientras miraba al médico… ¿Sería porque en todos los crímenes que había investigado la víctima y el asesino tenían un vínculo personal? Fuera cual fuese el motivo —despecho, codicia o ira — siempre había algún tipo de conexión entre ambos. Muchas veces la intención del crimen era acabar con esa relación, aunque solía tener el efecto contrario: el asesino terminaba atado a su víctima para siempre. Pero en este caso no había ninguna relación entre el asesino y sus víctimas, que habían muerto simplemente por estar en ese lugar a esa hora; no las había elegido un criminal, sino la mano azarosa del destino.

Barton encontró lo que estaba buscando y se acercó a ellos mostrándoselo en la palma de la mano.

Era un trozo de hueso plano chamuscado por los bordes.

—¿Es parte de un cráneo? —preguntó Singh.

—Sí, eso creo —asintió el doctor Barton—. Del hueso frontal —añadió, dándose unos golpecitos en la frente.

—¿Y por qué es tan importante? —Singh estaba desconcertado—. Supongo que habrá muchos huesos frontales, occipitales y demás en ese muestrario macabro que tienen ahí.

Barton levantó el hueso para que pudieran verlo bien y metió el dedo índice por un agujero redondo que había en el centro.

El inspector Singh suspiró.

Bronwyn lo miró inquisitivamente.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Un agujero de bala —respondió el policía de Singapur.

3

—¡No lo entiendo! —exclamó Bronwyn agarrándose el pelo con las dos manos—. ¿Es de una víctima del atentado?

—Sí y no —respondió el doctor Barton—. Sí porque los restos proceden del Sari Club, y no porque quien fuese ya estaba muerto cuando explotó la bomba.

—¿Eso como puede ser? ¡Alguien habría visto el cuerpo, la discoteca estaba abarrotada! —replicó Singh, dejando claras sus dudas.

—Resulta incomprensible, es verdad, pero el Sari Club quedó tan destrozado que no sabemos si habría algún almacén o algún rincón donde se pudiera esconder un cadáver.

—¿Está seguro de que es un orificio de bala? ¿No podría ser de metralla, o de clavos o algo así? —preguntó Singh en tono belicoso, tratando instintivamente al médico como si fuera un testigo al que había que presionar para verificar su versión de los hechos.

El doctor Barton no perdió la compostura.

—Es buena teoría pero la bomba del Sari Club no contenía ningún tipo de metralla. Además, he analizado el tejido carbonizado del borde del agujero —dijo levantando su grotesco trofeo—, y aunque las muestras de huesos quemados se parecen mucho unas a otras, les aseguro que este fragmento tiene residuos de pólvora en torno al orificio.

Singh resopló inflando los carrillos.

—¿Me está diciendo que en plena masacre hubo también un asesinato?

—Bueno, todo es asesinato —replicó Barton.

Singh lo miró frunciendo el ceño, con las espesas cejas casi juntas sobre su narizota.

—Ya sabe a qué me refiero, hubo un asesinato individual en medio de un asesinato masivo.

—La cuestión es… ¿qué relevancia tiene? —dijo Atkinson, planteando la pregunta como un académico desde su torre de marfil.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bronwyn con voz apagada.

—Estamos en mitad de una investigación internacional por un atentado terrorista. ¿Tenemos tiempo y recursos para investigar un asesinato?

—¿Sugiere que lo ignoremos? —preguntó Singh enfadado.

—Digo que quizá deberíamos hacer la vista gorda, ¡es un asunto menor comparado con el atentado! —respondió Atkinson estirando el cuello y sacando la barbilla con actitud agresiva al ver que estaba en minoría.

—¿Y por qué nos lo enseña si quiere fingir que no ha ocurrido? —preguntó Bronwyn.

Singh asintió respaldando la pregunta. Bronwyn tenía la perspicacia natural que él siempre había atribuido a las mujeres. La forma de actuar de Atkinson era incongruente con su opinión.

—Es culpa mía —dijo el doctor Barton—, yo creo que no deberíamos ignorar a este desgraciado.

—Por eso está usted aquí —dijo Atkinson mirando al policía sij, y le sonrió de repente mostrando una hilera de dientes pequeños y afilados.

Singh ya se estaba imaginando que no le iba a gustar lo que venía a continuación.

—Se decía que su Gobierno nos había enviado un experto en seguridad sin experiencia.

Singh se encogió de hombros, negarlo no tenía sentido.

—Por eso —añadió Atkinson—, se nos ocurrió que podría hacer algo útil buscando al asesino.

Singh se rascó la barba.

—Lo veo imposible, estoy fuera de mi jurisdicción, no tengo asistentes…

—Puede quedársela —dijo grosero Atkinson, señalando con un dedo a la policía australiana.

Bronwyn pareció sorprendida pero no dijo nada.

Singh estaba atónito.

—No sabría por dónde empezar —dijo casi suplicante—. Me refiero a que solo tenemos un trozo de cráneo con un agujero, ¿cómo vamos a proceder, si ni siquiera sabemos quién es la víctima?

—Vaya, ¿se me había olvidado decírselo? He identificado el cadáver —dijo Barton muy ufano, y levantó el fragmento de cráneo dándole vueltas con un dedo metido en el agujero de bala—. Les presento a Richard Crouch, residente de Bali estos últimos seis meses.

—¡Buen trabajo! —dijo Atkinson.

Barton se giró hacia Singh y Bronwyn:

—Ya sé que va a ser casi imposible resolver este crimen pero he convencido a Atkinson de que debemos intentarlo, hacerlo por este hombre. No está bien que su asesino quede libre solo porque nosotros tengamos mucho trabajo.

—Yo no puedo prescindir del personal del dispositivo antiterrorista, y los balineses tampoco —añadió Atkinson—. Pero pensé que teniendo aquí a un policía estrella de Singapur con fama de descubrir siempre al culpable…, aunque no sepa nada de terrorismo, ¿por qué no meterlo en el equipo? A no ser, claro está, que solo haya venido para pasar unos días en la playa.

Singh no se molestó en responder a la provocación; estaba concentrado analizando la situación mientras mordía con fuerza su carnoso labio inferior. Era evidente que tardaría algún tiempo en volver a Singapur, sus jefes querían mantenerle en Bali como aportación de su país a la causa de la seguridad balinesa. Pero ya estaba harto de no poder colaborar en la investigación y de rondar por ahí con su niñera australiana, intentando ocultar —sin éxito— que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Y ahora podía ser útil, los crímenes eran su especialidad y aquí tenía uno con tantas incógnitas como los más difíciles de su carrera. Ningún policía orgulloso de llevar zapatillas blancas renunciaría a un caso como ese.

Además, el médico tenía razón: fuese quien fuese, Richard Crouch merecía algo más que la identificación, merecía justicia, y procurar que se hiciera justicia era el deporte favorito de Singh.

—Lo haré —dijo con la voz ronca.

—Deberíamos irnos, mi amor.

Emily Greenwood ignoró a su marido, se pasó un dedo por la barbilla para detener una gota de vino y se limpió la punta con un rápido lengüetazo; apreció por un instante su manicura, con las uñas pintadas en un suave color cereza y agitó imperiosamente una mano para llamar al camarero, que estaba atento y se acercó rápido para rellenar la copa con un vino de intenso color rubí.

—Ya llevas muchas, cariño. Vámonos a casa —Julian se avergonzó de sí mismo por el tono suplicante de su voz nasal.

Emily bebió un sorbito de vino y sonrió a su marido mirándolo divertida con sus enormes ojos grises ya vidriosos y algunas mechas rubias escapando de su moño.

—La última para el camino, mi amor —respondió.

Incluso estando borracha hablaba con la autoridad y el tono

engolado de los británicos privilegiados, y Julian, que tenía que esforzarse mucho para conseguir un acento parecido y ocultar sus orígenes de obrero londinense, sintió una fuerte punzada de envidia.

¿Por qué habría nacido esta mujer en cuna de plata? Aunque parecía que la hubieran acunado en una barrica de roble, pensó enfadado.

Había conocido a Emily en Bali hacía seis meses, la cortejó y se casó con ella convencido de que le esperaba un buen vivir pero no había sido así. A pesar de su estilo de vida tan hedonista, porque solo se dedicaba a disfrutar de los placeres que Bali ofrece a los ricos, no aflojaba en absoluto el monedero.

Julian se quedó mirando la pequeña mano que sujetaba el tallo de la copa de vino, pensando en cómo podría sacarle algo de dinero.

Era un asunto urgente…

Incluso le había pedido un préstamo a ese puritano, Richard Crouch. Con Tim Yardley ni lo había intentado porque andaba siempre sin un céntimo. Julian se acordó de la cara de lástima que tenía Richard cuando le explicó que moralmente no podía ayudarlo con sus deudas, «Estoy en contra de las apuestas, ¿sabes? —le había dicho en tono amable con su voz grave—. ¿No deberías buscar ayuda para tu adicción?».

Julian estuvo a punto de contestarle a gritos; el otro se había quedado ahí, mirándole con esa expresión amable y compasiva. ¿Qué se había creído? Él no tenía ninguna adicción, simplemente le gustaba pasar el rato con la gente de allí en las peleas de gallos y había tenido mala suerte en un par de apuestas, eso era todo. No necesitaba terapia pero tenía que encontrar la manera de que no le rompiesen las piernas o algo peor.

Con la irritación se le había puesto roja la punta de su larga nariz de patricio; Julian se preguntó si debería contárselo todo a su esposa, ¿tendría suficiente valor? ¿Lo ayudaría o lo abandonaría?

Julian miró a Emily intentando acordarse de si alguna vez había sentido verdadero afecto por ella. Se había casado con ella por su dinero, claro, pero lo había hecho encantado: era una mujer menuda y atractiva, con unas curvas exageradas. Su generosidad espontánea había sido muy útil al principio de la relación, y él admiraba la naturalidad de su gran estilo; siempre le habían gustado las mujeres de mayor nivel social. Julian era alto y delgado, tenía el rostro como esculpido, parecía un aristócrata y disfrutaba representando ese papel cuando tenía suficiente dinero para llevar a la tintorería su traje de

lino color crema y vestirse como un dandi tropical. Aunque le faltaba esa seguridad en uno mismo que solo se consigue con dinero. Emily había aparecido en su vida ofreciéndole la oportunidad de convertir en realidad toda esa comedia, y se había aferrado a ella con las dos manos.

Cuando se casaron ya sabía que Emily bebía, pero no le había dado mayor importancia: le gustaba tomarse unas copas, como a muchos de los expatriados que viven en Bali. Después de todo, ¿qué otra cosa podrían hacer en una isla paradisiaca donde los voluntariosos sirvientes balineses se ocupan de todo lo necesario para el día a día?

Julian recordó que incluso había decidido abandonar sus queridas peleas de gallos hasta estar más seguro de su relación con Emily y de su afecto por él, pero no había podido resistir la tentación de probar suerte y ahora estaba desesperado por conseguir dinero. Una estela de perfume caro le hizo mirar al otro lado de la mesa; Emily tenía la cabeza apoyada en los brazos y roncaba suavemente.

El doctor Barton estaba detrás de un escritorio de teca tallado con adornos muy elaborados que desentonaba por el estilo y el tamaño en aquel despacho diminuto y abarrotado. El suelo estaba sembrado de montoncitos de papeles hasta tal punto que era difícil encontrar un hueco donde poner los pies sin mancharlos. Singh se fijó en los libros amontonados casi hasta el techo en una gran estantería, los títulos eran todos de medicina forense. El aire acondicionado estaba encendido aunque la ventana estaba abierta, y el policía notaba entrar la brisa caliente de la tarde mientras un chorro de aire frío le daba en la nuca; finalmente estornudó. Barton lo miró con mala cara cuando se sonó la nariz con un gran pañuelo blanco que sacó bien planchado de un bolsillo del pantalón.

Singh avanzó un poco más, pero se encontró demasiado cerca de Bronwyn, que era casi un palmo más alta que él incluso con zapatos bajos. Por lo menos no era de las que llevan tacones, pensó irritado, él ya destacaba bastante por su poca estatura.

—¿Cómo ha identificado el cadáver? —preguntó Bronwyn mientras el inspector singapurense seguía moviéndose por la habitación intentando encontrar dónde ponerse, sin poner en práctica sus dotes de sagaz detective.

—Por el historial odontológico —dijo Barton—. Por suerte la mandíbula estaba intacta, lo demás eran solo fragmentos.

Eso llamó al instante la atención de Singh.

—¿La identificación es definitiva? —preguntó.

—Bueno, considerando la fragmentación, la carbonización y contaminación con otros restos, me atrevería a decir que tenemos una identificación positiva. Los datos *ante mortem* y *post mortem* coinciden con bastante detalle, no hay discrepancias inexplicables, y tenía pocos arreglos dentales pero eran muy peculiares. Teniendo en cuenta el estado de las muestras que tenemos, está muy bien. Extraoficialmente: estoy seguro de que es un tal Richard Crouch, caucásico, de unos cuarenta años —explicó Barton en un tono muy profesional.

Singh no estaba muy convencido y le preguntó:

—¿Pero cómo puede estar seguro de que el cráneo y la mandíbula pertenecen al mismo cuerpo? Usted mismo dijo que hubo mucha confusión cuando explotaron las bombas.

Barton asintió.

—Tiene razón, pero el ADN de los dientes coincide con el de ese trozo de cráneo que les he enseñado.

Singh se sorprendió: tras el mal genio del médico y su manera de tratar los huesos se ocultaba una integridad y un grado de atención al detalle que eran asombrosos dadas las circunstancias.

—¿Y el historial odontológico? ¿Es que tenía familia aquí? —le preguntó.

—Sí, su esposa. Tengo que precisar que los datos de la edad y la raza se basan en la fotografía que ella nos dejó; vino a la morgue buscando a su marido después del atentado, y parecía creer que la foto podría ayudarnos en la identificación.

—La pobre mujer —dijo Bronwyn.

Singh asintió pensando lo mismo. Resultaba un poco cómico aunque era muy trágico que la esposa pensara que habría suficientes restos de su marido para permitir la identificación visual.

—¿No ha podido determinar la raza por la forma del cráneo? —preguntó Singh.

—No hay ningún trozo lo bastante grande para la identificación racial —explicó impaciente Barton—. ¡Además la esposa debe saber si su marido era blanco!

—Todo lo que ella diga hay que tomarlo con mucho escepticismo —dijo Singh muy serio.

—¿Por qué? —saltó Bronwyn, ofendida en nombre de la mujer desconocida.

—Porque es la única sospechosa que tenemos hasta ahora.

Como ella no replicó, Singh le preguntó al médico:

—¿Se lo ha dicho ya?

Barton negó con la cabeza.

—Todavía no he informado a la familia. El agujero de bala ya lo había visto: sé desde hace días que hubo un asesinato en medio de este desastre, pero acabamos de realizar la identificación odontológica, y luego nos ha llevado un tiempo asegurarnos de que el ADN de los dientes coincide con el del cráneo. La viuda aún no sabe que hemos identificado el cadáver, ni que a su marido le pegaron un tiro en la cabeza antes de que explotara en pedazos.

Barton se interrumpió un momento y luego añadió:

—Aunque lo cierto es que solo se muere una vez. —Cogió una carpeta del escritorio y se quedó mirando a Singh—. Entonces ¿va a ocuparse del caso? —le preguntó.

—Eso creo, sí —respondió Singh.

Extendió una mano velluda y el médico le entregó la carpeta.

—El asesino casi se sale con la suya —comentó Singh.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bronwyn.

—Bueno, si el doctor no hubiera encontrado ese fragmento de cráneo con el agujero de bala no se habría descubierto el asesinato. No es habitual que unos terroristas se compinchen con un asesino para encubrirle.

—¿Y supongo que no hay manera de saber cuándo mataron a Crouch? —preguntó Bronwyn mirando al médico con curiosidad.

Barton negó con la cabeza.

—Lo que ha quedado de él no es suficiente para averiguar el momento de la muerte con un análisis; no encontré indicios de descomposición en sus restos pero eso tampoco nos sirve de mucho. Es probable que llevase poco tiempo muerto cuando explotaron las bombas, pero es una suposición, los indicadores de la descomposición podrían haberse calcinado.

—Entonces, ¿es posible que el asesino también haya muerto en el atentado? —preguntó de nuevo Bronwyn.

—¿Que hubiera disparado a Crouch y fallecido después por la explosión? Sí, supongo que es posible.

Singh dejó caer la mandíbula, estaba decepcionado: él quería encontrar a un asesino, no identificar otro cadáver.

Bronwyn se dio cuenta y quiso animarle:

—Seguramente el asesino, o la asesina, estará en la playa bajo una sombrilla bebiendo piña colada, contemplando la puesta de sol y

pensando en la suerte que tiene —le dijo alegremente, con el hoyuelo bien marcado.

A Singh se le iluminó la cara.

—¡Espero que tenga razón! —dijo.

Tim Yardley estaba sentado sin camisa bajo una sombrilla de paja en la playa, apoyado contra el grueso poste de madera, con los pechos reposando sobre el estómago y su espeso vello agitado por la constante brisa marina como si fuera césped.

La luna estaba llena pero muy baja, y alumbraba tan poco como un farolillo de papel. El mar se veía oscuro como el ébano bajo el azul profundo del cielo, iluminado únicamente por los reflejos de la luna en las crestas espumosas de las olas, que llegaban a la playa como hilos plateados en una serie infinita. Había paz.

Tim intentaba no pensar en los insultos de Karri, que cada día se volvía más desagradable y hería sus sentimientos por capricho, como un niño pequeño que arranca las alas de una mariposa. Su esposa había estado burlándose de sus debilidades y haciéndole sufrir con sus comentarios desde que se casaron, pero decía que solo eran bromas, que no había maldad, que él era demasiado sensible.

Llevaban casi quince años de matrimonio; la había conocido allí, en uno de esos hoteles de Bali especializados en paquetes de vacaciones para taiwaneses y viajes de incentivos de bajo presupuesto. Había ido a un congreso de ingeniería y estaba esperando a sus compañeros en el bar, tomando una Bintang y haciendo equilibrios sobre un taburete, cuando ella se le acercó muy segura de sí misma y empezó a hablar con él. Se acordó de cuánto le había gustado aquella mujer vivaracha y delgada con peinado exótico.

Media hora después se había despedido de los ingenieros y estaba sentado detrás de Karri en un escúter alquilado agarrándose con delicadeza a su estrecha cintura. Fueron a un par de bares con luz estroboscópica y ambiente de discoteca; él estuvo tomando unas cervezas y mirándola bailar, muy orgulloso de ser su acompañante. Acabaron en su habitación del hotel, y fue la primera vez que se acostó con una mujer sin tener que pagar primero.

Tim recordó lo seguro que estaba entonces de que no podía dejar escapar a esa criatura tan dinámica; le horrorizaba tener que volver a su soporífera vida anterior y al trabajo de siempre en Gamberra, sin nadie que lo esperase en casa aparte de su anciana madre, que

dependía de él tanto como lo despreciaba.

En su desesperación, le había soltado una propuesta de matrimonio y luego se había echado a temblar pensando que ella lo rechazaría espantada. Karri se había dado la vuelta sobre la cama con el pelo revuelto y le había agarrado con fuerza por la tripa; él se había avergonzado de su físico: estaba fofo y bajo de forma comparado con ella, con su piel morena y sus músculos fibrosos.

Para su gran sorpresa, ella había empezado a reírse a carcajadas y le había dicho «¿por qué no?».

Tim había redactado inmediatamente su dimisión para enviarla por fax desde el hotel a su empresa en Gamberra. Las manos le temblaban de emoción al entregar la carta al empleado de la recepción: era un hombre nuevo embarcándose en una nueva vida. Se había casado con el mismo traje que había llevado para el congreso, aunque pensaba quemarlo después de la ceremonia como una ruptura simbólica con los reglamentos y la monotonía de su vida anterior. Vestiría ropa cómoda, polos de algodón y bermudas de surfista, se pondría en forma y se broncearía corriendo por la playa. Tim recordó que se había parado frente a un espejo justo antes de la ceremonia, mirando su frente cada vez más despejada y preguntándose si los balineses tendrían alguna poción mágica para devolver la línea del pelo a su lugar inicial. Durante algún tiempo había creído de verdad en los milagros.

Cuando llegó a la oficina del registro civil, Karri lo estaba esperando vestida de blanco, con un traje confeccionado con el famoso encaje de Uluwatu, y le pareció maravillosa. El padrino era un compañero de oficina que también asistía al congreso; Tim lo había reclutado en el último momento, decidido a que su novia —una mujer poco convencional que se burlaba de las formalidades— tuviera toda la parafernalia de una boda tradicional.

Una semana después, encontró a su reciente esposa en la cama con el padrino de la boda.

Recordó que al encontrárselos se le había aflojado el vientre de la impresión, y que a pesar de su desolación lo que más le preocupaba era no mancharse los bermudas nuevos.

Karri parecía realmente sorprendida por sus expectativas de fidelidad; Tim movió pesaroso la cabeza, todavía sentía una puñalada en el estómago al recordar lo que le había dicho mientras el padrino agarraba sus pantalones y salía corriendo envuelto en una sábana como en las comedias de alcoba: «Tim, yo me he casado contigo pero

no eres mi dueño y no vas a decirme cómo vivir mi vida».

4

A la mañana siguiente, el inspector Singh estaba contemplando el mar. El agua de color azul verdoso brillaba con los reflejos del sol en los rizos de las olas, como si un dios generoso hubiera hecho llover diamantes sobre el océano para adornar el magnífico paisaje de Bali con un detalle espléndido.

Era temprano, el sol seguía cerca del horizonte y aunque su resplandor auguraba otro sofocante día balinés, todavía se notaba el frescor de la noche.

El inspector Singh tenía los zapatos llenos de arena y podía notarla entre los dedos de los pies y raspándole los talones; era una playa con arena gruesa de color amarillo, no el fino polvo de coral que él se había imaginado, quizá otras playas de Bali no fueran así, pensó.

Al menos la playa estaba limpia, algo que había sorprendido mucho al inspector por la cercanía de la isla con el mar Meridional de China, el vertedero de Asia. El misterio de la limpieza se había resuelto el día anterior; Singh había bajado a contemplar el mar más temprano de lo habitual tras pasar una mala noche, y había visto un tractor enorme que recorría la playa una y otra vez arrastrando la capa superior de arena con toda la basura humana que los océanos habían vomitado durante la noche. Llevado por una curiosidad morbosa, Singh se había acercado lo suficiente para echar un vistazo a la enorme pala del tractor: botellas de plástico vacías, condones usados, cristales rotos —muchos del color verde claro de las botellas de cerveza Bintang—, un zapato de piel mohoso, una jeringa… Singh dejó de mirar.

Se preguntó dónde tirarían toda esa basura, ¿en otra playa con menos turistas extranjeros? ¿Tirarían también la arena? A ese ritmo pronto se quedarían sin playa, después de todo, las rocas y piedras de la costa tardaban millones de años en deshacerse hasta convertirse en los granos de arena que le llenaban los zapatos.

Los turistas, los pocos valientes que no se habían dejado coaccionar por el atentado, empezaban a bajar a tomar el sol; los más veteranos ya tenían la piel curtida como el cuero y en general estaban todos bastante bronceados; «muy atractivos hasta que empiece el cáncer de

piel», pensó Singh sombrío. Él siempre llevaba camisas de algodón de manga larga, iba protegido, concluyó, mirándose muy satisfecho los brazos cubiertos hasta la muñeca con la tela almidonada.

Singh se fijó en un hombre alto con todo el cuerpo rojo como un cangrejo excepto las nalgas blanquísimas que dejaba ver el tanga; mientras lo miraba, el hombre extendió sobre la arena una enorme toalla de rayas y se tumbó con precaución, se colocó un sombrero sobre la calva enrojecida y se dio la vuelta para colorear también su impecable trasero.

Algunos balineses comenzaban a acercarse despacio hacia los turistas. Un niño de piel avellanada estaba montando cometas; ya había varias flotando en el aire atadas a una estructura de bambú, y terminó enseguida el muestrario: tenía desde las cometas clásicas con forma de rombo hasta las más modernas, con dibujos muy detallados de aves de presa. A Singh le gustó mucho una de colores primarios que tenía forma de barco y volaba con las velas hinchadas, tironeando de su anclaje como si tuviera prisa por zarpar.

Dos balinesas de cierta edad, a juzgar por su rostro arrugado y su ropa —porque llevaban *sarong* y *kebaya*, el pareo y la blusa tradicionales—, se habían sentado en cuclillas sobre la arena y ofrecían masajes baratos a los turistas. A medida que los paseantes se alejaban, las mujeres iban bajando los precios con un parloteo constante, mostrando sus dientes picados y manchados de mascar nueces de areca envueltas en las picantes hojas de betel, la planta que allí llaman *sirih*. Singh podía oler un aroma de jazmín y aceite de coco que llegaba desde la bandeja con frascos colocada en la arena.

El inspector se dio cuenta de que estaba llamando mucho la atención: un hombre con turbante, completamente vestido y mirando al infinito, inmóvil como una estatua en una playa de Bali resultaba bastante sospechoso. Sabía que muy pocos occidentales distinguían a un sij de un musulmán que llevase la cabeza cubierta, y en Bali todo musulmán era un posible terrorista desde que pusieron las bombas.

Singh comenzó a caminar lentamente alejándose del mar, llegó hasta el hotel y se dejó caer en un banco de madera decorado con complicados relieves. En Bali todo estaba tallado con relieve, «era incomodísimo», pensó irritado. Se frotó la espalda, se sacó las zapatillas pateándolas, y se agachó para quitarse los calcetines resoplando un poco por el esfuerzo; tenía arena pegada entre los dedos y en los copetes de pelo canoso que le crecían en las falanges.

El policía vació la arena de sus deportivas blancas, las chocó una

contra otra para quitarles el polvo, y empezó a sacudir los calcetines contra uno de sus pies. Un atento balinés con chaqueta sahariana blanca, *sarong* marrón y sandalias —el uniforme del personal del hotel —, se acercó corriendo para ofrecerle su ayuda.

—Puedo hacerlo yo solo —dijo Singh en tono cortante.

Se fijó en el bulto cuadrado que tenía el hombre en el bolsillo y levantó dos dedos como si sujetase un cigarrillo. Encantado de poder serle útil, el balinés sacó el paquete, le dio unos golpecitos por debajo con mano experta, y le ofreció los cigarrillos que asomaron. Él sacó uno, se lo puso entre los labios y el hombre le acercó al instante la llama de su mechero; Singh inhaló profundamente para encenderlo y el hombre le sonrió. Las diferencias culturales se superan rápido entre adictos al tabaco.

Singh cogió el expediente que llevaba bajo el brazo durante su paseo por la playa y lo miró entornando los ojos; la ceniza del cigarrillo cayó sobre la carpeta y la limpió con el dorso de la mano. Ya había perdido bastante tiempo contemplando el mar, haciéndose a la idea de su nueva misión, y ahora tenía que ponerse a trabajar en lo que mejor se le daba: la caza del asesino.

Julian Greenwood decidió coger la moto, podría haber ido en coche con el apacible chófer balinés pero no quería que Emily se enterase de dónde iba; los empleados sabían muy bien quién firmaba los cheques a final de mes.

Iba zigzagueando entre los coches; conocía muy bien Bali y circulaba por las estrechas carreteras sin temor al tráfico caótico. Conducía sin casco, con la ancha frente despejada por el viento, que echaba hacia atrás su fino cabello castaño y hacía que los lados del largo bigote en forma de herradura se le metieran en la boca.

Se mantuvo en la carretera principal siguiendo la línea del telégrafo hasta que pasó la zona de restaurantes y *boutiques* de lujo de Seminyak. Se desvió por un camino de tierra pocos kilómetros después del cruce de Oberoi y tomó un sendero que se adentraba en los arrozales. Siguió adelante unos minutos, esquivando charcos de agua pestilente hasta llegar a una zona de bosque bajo donde se veían muchas motos aparcadas entre los matorrales. Había llegado a su destino, podía oír un jaleo de gritos y silbidos procedentes de una pequeña hondonada en el terreno y se dirigió hacia allí.

Julian sintió cómo se le aceleraba el pulso al abrirse paso entre

aquella multitud de hombres sudorosos y vociferantes, y se mareó un poco con el olor de tantos cigarrillos de clavo. Ese era el Bali que a él le gustaba; no la fachada apacible y servil, sino esas muestras repentinas de energía y pasión que afloraban por las grietas de la sociedad con la efervescencia de un géiser. Una mujer que vendía comida le ofreció algo pero la rechazó con impaciencia moviendo la cabeza. No había ido para eso.

El reñidero era un círculo formado por una pequeña valla desmontable de rejilla; había dos gallos en extremos opuestos del recinto, uno era rubio y blanco y el otro moteado negro y verde, ambos con largos penachos de plumas en la cola y el cuello cubierto por una gola acampanada. En las patas llevaban atado el *taji* —una espuela de acero como una daga de unos diez centímetros— y les estaban preparando para el combate: les alborotaban el plumaje, les tiraban de la cresta y les daban masaje en los muslos. Había un gran alboroto, la gente jaleaba como loca a sus favoritos, cruzaban apuestas por gestos de lado a lado de la arena y especulaban a gritos sobre el resultado de la pelea.

Julian buscó en el bolsillo de su camisa y sacó un billete de diez mil rupias que había robado del bolso de su esposa, habría cogido más pero no se atrevió por si lo notaba; inspiró profundamente y se metió en la refriega con el billete en la mano.

Los entrenadores soltaron a los gallos, que saltaron uno contra otro con una furia ciega y lucharon en un remolino de plumas y patas por el aire tratando de clavarse los espolones tuneados con las crueles *taji*. En pocos segundos la sangre comenzó a salpicar la arena del ruedo y a teñir de rojo las plumas blancas del herido. El juez pitó y los entrenadores corrieron a separar a los pájaros. El dueño del gallo rojo y blanco miró al árbitro y movió la cabeza, no iba a seguir peleando; lo metió en un cesto con bandolera tejido con hojas verdes y se lo colgó del hombro. Su jornada había terminado; su animal había perdido en la primera pelea.

Los billetes pasaban de mano en mano y volaban en pequeños fajos hacia los ganadores de un lado a otro del recinto. Julian había duplicado su dinero y sonreía pensando que volvía a tener suerte.

Una mano ágil le arrebató los billetes arrugados que tenía entre los dedos; se dio la vuelta rápidamente y se detuvo al instante al ver quién era.

El balinés, un hombre con la camisa desabrochada y el pecho lampiño, le dijo:

—Estupendo, yo también he apostado por el moteado, el verde y negro, ahora me debes dos millones de rupias menos esto. —Y agitó las ganancias de Julian bajo su larga nariz.

Julian sacó pecho y adelantó la barbilla intentando mostrar confianza.

—Te lo pagaré pronto.

El balinés sonrió mostrando una gran separación entre los dientes.

—Más te vale…, solo tienes otra semana.

Las primeras páginas eran los resultados del análisis forense de los restos dentales que habían permitido identificar al muerto como Richard Crouch. Singh vio que el historial odontológico procedía de Inglaterra; eso significaba que era un historial fiable y que Crouch probablemente sería inglés. Tendría que confirmarlo luego con la esposa.

Una fotografía asomaba de la carpeta; Singh la sacó y vio a un hombre joven que sonreía apoyado en un coche, con los brazos cruzados sobre el pecho; tenía el pelo castaño claro, rizado alrededor del cuello, y una barba descuidada algo más oscura; llevaba una camiseta blanca de manga corta y pantalones vaqueros desgastados por las rodillas. La fecha que había en la esquina era de dos años antes; a Singh le extrañó que la esposa hubiera llevado una fotografía tan antigua: estando en Bali lo normal es hacer alguna foto.

En la carpeta no había mucho más: los resultados de las pruebas de ADN, que confirmaban que los diversos restos pertenecían a la misma persona, y fotografías de los restos analizados colocados junto a una cinta métrica que permitía ver sus dimensiones. Singh se fijó en la longitud del fémur: había sido un hombre alto. Colocó la fotografía de los restos carbonizados junto a la del hombre joven y lleno de vida, las contempló unos instantes y luego se recostó lentamente en la silla.

La voz de Bronwyn Taylor lo sacó de sus reflexiones con la potencia de un megáfono.

—Vaya, pensé que había dejado esa hierba diabólica —dijo.

Singh inhaló otra dosis de nicotina pensando que no le gustaban nada las mujeres corpulentas con brazos rollizos, muslos grandes y pantalones de mala confección. Observó la silueta de la australiana y su prominente estómago ceñido por la fina camiseta de algodón, que le quedaba estrecha: le faltaban al menos dos tallas. Al bajar la mirada, viendo su propia barriga se dio cuenta avergonzado de que su

diatriba mental sería una buena descripción de sí mismo. Se merecía una buena patada en su enorme trasero por acceder a formar equipo con esa mujer; él prefería que sus asistentes fuesen tímidos, callados y competentes, y el alegre entusiasmo de Bronwyn Taylor le daba ganas de tumbarse a oscuras con una toalla mojada sobre los ojos.

Singh intentó recordar cómo había acabado relacionándose con Taylor. Al llegar a Bali se había presentado a los coordinadores del equipo de agentes balineses y australianos que investigaban el atentado, y cuando se dieron cuenta de que no tenía experiencia se lo quitaron de encima pasándoselo a Taylor. En aquel momento Singh se imaginó que Bronwyn habría tenido problemas con sus superiores, ¿si no, por qué iban a prescindir de personal para ponerle escolta?

Al levantarse se dio cuenta de que seguía descalzo con los calcetines en la mano, y se sintió tan desnudo como el hombre del tanga que había visto en la playa.

—Ha ido de paseo por la playa, ¿no? Yo también he salido, he estado nadando más de una hora, esta mañana el mar estaba perfecto —dijo Bronwyn Taylor sin bajar casi el volumen de voz a pesar de estar junto a él—. Debería usted probarlo… ¡Aunque no me lo imagino en bañador! —Le sonrió—. ¡Bueno, puede que sí!

Singh estaba horrorizado y no dijo nada, pero ella tomó su silencio como una invitación a continuar y le clavó en el estómago un dedo largo y regordete con los nudillos enrojecidos.

—Perdone que se lo diga, ¿eh? pero no parece que haga mucho ejercicio —le dijo.

Singh se sentó y se puso los calcetines arenosos sujetando el cigarrillo entre sus pequeños dientes manchados de nicotina. Se calzó las zapatillas blancas y ató los cordones con doble nudo.

—¿Ha terminado ya con el expediente? —le preguntó Bronwyn—. Me gustaría echarle un vistazo cuando termine con él. ¡Hoy, si es posible!

Singh inspiró profundamente, no le extrañaba que sus superiores hubieran apartado a esa mujer de la investigación principal, y le entregó la carpeta.

Ella se dejó caer sobre el cojín de un sillón de mimbre, empezó a pasar las páginas y se quedó mirando la foto de aquel hombre joven y sonriente, como él había hecho; Singh observó que abatía los hombros y se imaginó que también le estaría dando pena de Richard Crouch, un hombre con mucha vida por delante reducido a fragmentos.

Mientras seguía cavilando sobre la mujer que tenía enfrente

observó que ella, aunque seguía mirando el expediente, estaba pensando en otra cosa con cara de preocupación. Las líneas paralelas que surcaban su frente le recordaron a las huellas que dejaba el tractor en la playa por la mañana.

Ella levantó la vista y le sostuvo la mirada con sus pálidos ojos azules.

—No tengo experiencia —dijo.

—¿Experiencia en qué?

—¡En asesinatos!

—Vaya, me deja usted más tranquilo.

Ella le dedicó una leve sonrisa de compromiso y le dijo muy seria:

—No tengo ningún tipo de experiencia en investigación de asesinatos.

—Yo tengo de sobra —señaló Singh.

—Eso ya lo sé —replicó Bronwyn Taylor—, pero no creo que yo pueda aportar mucho.

—Puede que en eso tenga razón —dijo Singh en tono jovial.

—Por eso. Si prefiere apartarme del caso lo entenderé perfectamente.

—Aún no hemos empezado ¿y ya abandona?

—No abandono, pero quizá debería buscarse un asistente más capacitado.

—¿Dónde?

—¿Cómo que dónde?

—Pues que ¿dónde voy a encontrar un asistente más capacitado? Aquí en Bali todos los policías están ocupados buscando a los terroristas.

Bronwyn no dijo nada.

—¿Pero cuál es su misión aquí en realidad? —preguntó Singh de repente.

Ella suspiró y se masajeó el lóbulo de una oreja.

—En teoría, ayudar con las comunicaciones, hablo indonesio y me ofrecí voluntaria para venir.

—Eso no explica por qué la han puesto a cuidar de mí.

—Una de las primeras preguntas que me hicieron los periodistas fue si el Gobierno australiano tendría que haberse esforzado más para recomendar a los ciudadanos que no vinieran.

—¿Y qué les dijo?

—Que en círculos radicales se había oído hablar de los australianos como posible objetivo de atentados terroristas… refiriéndose a Bali en

particular.

Singh se quedó mirando a la mujer entre admirado y espantado.

—¿No se dio cuenta de que podía crear un escándalo político?

—La verdad es que no; me habían dicho que fuese sincera, que así la gente no se volvería loca… No se dieron cuenta de que yo tenía acceso a dosieres clasificados.

—¡Es increíble que no la mandasen de vuelta en el primer vuelo!

—No querían echar más leña al fuego, imagínese los titulares: «Valiente mujer policía sancionada y repatriada por decir la verdad». En vez de eso me encargaron que fuese su escudero.

—¿Y usted no protestó?

—No quería formar parte del drama mediático… ni malgastar fondos que se podían destinar a las familias.

Singh asintió; eso podía entenderlo.

Bronwyn sonrió ampliamente mostrando de nuevo el hoyuelo.

—Aunque cuando termine todo esto y vuelva a Australia… ¡A lo mejor me da por contar algunas cosas!

—Bueno —dijo Singh—, pero de momento tenemos que resolver un asesinato.

—¿Lo dice en serio?

El inspector Singh asintió; cualquiera lo bastante valiente o temerario para arrojar luz sobre las actividades secretas del Gobierno merecía un poco de apoyo. Después de todo, como ciudadano de Singapur, conocía mejor que nadie la mano dura del Estado.

5

Bronwyn escogió un taxi, negoció el precio del viaje como un ama de casa con poco dinero para la compra, y llamó imperiosamente a Singh haciendo señas con la mano. Él se había parado bajo la tenue sombra de un frangipani, inhalando el embriagador aroma de las flores blancas y lamentando haber implicado a Bronwyn en el caso. ¡Esa mujer ni siquiera le iba a permitir que eligiese el transporte! Tampoco se achantaba ante la autoridad, y eso podía ser un auténtico problema.

Pero se dirigió obediente hacia ella, caminando con paso cauteloso para no tropezar con tuberías de desagüe sin soterrar, y dando rodeos para evitar alcantarillas abiertas. Singh se preguntó si en Bali habría alguna calle por donde se pudiese andar en línea recta. Consiguió no pisar una de las pequeñas ofrendas que cubrían las aceras —un cestillo de hojas de cocotero con flores y un pastelito en el centro— y trepó al asiento trasero del Kijang.

«Las apariencias engañan», pensó Singh. A pesar del buen tamaño exterior, el espacio para los pasajeros era muy reducido. Estaba incómodo, con las rodillas aplastadas, y cuando Bronwyn se sentó a su lado el vehículo se convirtió en un lugar claustrofóbico. Singh buscó a tientas el cinturón de seguridad, encontró la correa y descubrió que faltaba el broche de la hebilla. Se inclinó hacia delante y le dio un golpecito en el hombro al conductor.

—¿No hay cinturón? —preguntó.

—¡Comprado con hebilla rota! —respondió el hombre con una risita.

Singh vio que el conductor tampoco llevaba puesto el cinturón, aunque el suyo parecía estar bien. Miró a Bronwyn frunciendo el ceño. No le hacían ninguna gracia los taxistas que no consideraban su seguridad personal y la de sus pasajeros como una absoluta prioridad.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Ubud? —preguntó.

—Como una hora…

—No entiendo por qué la viuda de Crouch ha tenido que ir a instalarse en medio de la maldita nada —refunfuñó Singh.

—Le va a gustar Ubud —dijo Bronwyn. Se recostó en el asiento imitación piel, se colocó unas enormes gafas de sol negras, apoyó la cabeza contra la puerta del coche y cerró los ojos.

El conductor arrancó el motor; Singh le indicó con la mano que esperara, salió del coche, lo rodeó y subió trabajosamente al asiento delantero. El cinturón de seguridad funcionaba, y se lo abrochó con cara de satisfacción. El conductor lo miraba inquisitivamente.

—Quiero ver un poco de Bali —explicó Singh.

El conductor asintió con entusiasmo. Su enorme sonrisa hacía resaltar la cicatriz de la operación de labio leporino.

—Me llamo Nyoman. ¿De dónde son?

Singh rechinó los dientes.

—Yo soy australiana y él es de Singapur —dijo rápidamente Bronwyn.

—Yo les enseño todo —dijo Nyoman—. Paramos a comprar regalos. Para su bella esposa, ¿sí? —Hizo un gesto con la cabeza señalando a Bronwyn—. Me lo dice, ¿sí? Y yo paro el coche para usted.

—No es mi esposa —dijo Singh rotundo.

Nyoman asintió con el mismo entusiasmo.

—Sí, okey, compramos regalo para su amiga. Bali muchas cosas bonitas.

Singh gruñó y sacó un mapa.

—No parece muy lejos, ¿por qué se tarda tanto en llegar? —preguntó.

—Sí, jefe. Carretera mucho tráfico. Muchas tiendas artesanía. Muchos turistas, pero ahora no tantos, por las bombas.

Si no hubiera sido por la velocidad espeluznante, y por la cantidad de gallinas, perros, niños y motoristas a los que pasaban casi rozando, Singh habría estado absorto contemplando el paisaje. En vez de eso, ya empezaba a tener espasmos en el muslo derecho de tanto pisar un freno imaginario.

En las afueras de Denpasar numerosas estatuas flanqueaban la carretera como guardianes petrificados. Había deidades hindúes, seres mitológicos balineses con ojos saltones y largas lenguas, apacibles budas barrigudos y figuras modernas, incluso, para pasmo de Singh, un enanito de jardín de tamaño gigante.

—Este pueblo es Batubulan —dijo Nyoman, al ver que miraba por la ventana.

—Aquí mucha gente talla la piedra.

—No me diga —murmuró Singh.

—Las estatuas están talladas sobre ceniza volcánica compactada, «paras», la llaman —dijo Bronwyn desde la parte de atrás.

—Pensé que estaba durmiendo.

—Arrullada por los bocinazos —dijo ella burlona, colocándose las gafas sobre la cabeza. Con el pelo retirado se veía que tenía las raíces grises.

—Entonces, ¿las estatuas no son realmente de piedra?

—No, el *paras* se deshace en el transcurso de una vida humana. Cada generación tiene que reconstruir las estatuas en los templos y los patios. Así se mantienen las tradiciones de escultura del pueblo. Algunas de estas técnicas tienen varios siglos.

Singh levantó una ceja.

—Pues acabo de ver un Mickey Mouse.

Bronwyn sonrió.

—A veces aceptan encargos de occidentales con mal gusto.

—¿Quiere Mickey Mouse? —dijo Nyoman—. Mi primo del pueblo es muy buen escultor. Puede hacer el tamaño que usted quiera. Le llevo allí, ¿okey?

—No, gracias —dijo Singh.

El siguiente pueblo estaba a menos de dos kilómetros. Junto a la carretera entre Batubulan y Celuk se sucedían las joyerías y los talleres de orfebrería de oro y plata.

Nyoman susurró:

—Quiere comprar algo para su amiga, ¿sí? Yo puedo conseguir muy buen precio en Celuk.

—No es mi esposa, y no es mi amiga. Es una compañera de trabajo —dijo Singh en tono tajante.

A Nyoman se le nubló el semblante, pero enseguida se animó otra vez.

—¿Y regalo para llevar a su esposa a casa?

Singh intentó recordar si había vuelto de alguno de sus viajes con un regalo. Su esposa despreciaría la plata, pero estaría encantada con algo de oro. Para ella, una mujer india tradicional, el oro era tanto un elemento decorativo como una inversión por si venía una mala racha. Tenía gruesas cadenas de oro escondidas en distintos sitios de la casa, y las sacaba de vez en cuando para lucirlas en las bodas.

Singh sonrió. Si paraba y le compraba algo, su esposa pensaría que tenía una amante. Jamás creería que un persistente taxista balinés y un pintoresco pueblecito lo habían convencido para cambiar una

costumbre de toda la vida.

Negó con la cabeza mirando a Nyoman.

—Siga —dijo con firmeza.

—El siguiente pueblo es Sukawati —anunció Nyoman un instante después.

—¿Y aquí qué fabrican? —preguntó Singh en un tono algo sarcástico.

—No mucho —dijo Nyoman—. Hay muchos templos. Era ciudad principal del gran reino. Aquí hay muchos *dalang* famosos.

—*¿Dalang?*

—Los maestros marionetistas del teatro de sombras —explicó Nyoman.

—La verdad es que es espectacular —dijo Bronwyn—. Las marionetas se manejan detrás de una pantalla iluminada, y el público solo ve las sombras. El *dalang* cuenta la historia, mueve las marionetas, canta y toca diversos instrumentos. Todo al mismo tiempo, una multitarea impresionante para un hombre corriente.

—¿Cómo es que sabe tanto sobre Bali?

—Estuve aquí de vacaciones hace años. Siempre me ha interesado Indonesia. Soy licenciada en Estudios de Asia Oriental y aprendí el idioma en la universidad.

—El *dalang* —intervino Nyoman—, cuenta historia del bien y el mal. El mal siempre pierde, pero nunca se le puede destruir.

Singh pensó en el caso por primera vez desde que salieron. Se había propuesto no darle vueltas durante el viaje. La idea de tener que decirle a la viuda que habían identificado el cadáver de su marido ya era lo bastante desagradable. Pero tenía que aclararle que no había fallecido en el atentado, además de tratarla como a una posible sospechosa. Era un asunto delicado, incluso para un detective con su experiencia.

—En fin, esperemos que la vida imite al arte —dijo Singh apesadumbrado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Bronwyn.

—Que ojalá el bien triunfe sobre el mal.

Aprovechando la referencia de Singh al arte, Nyoman intervino con entusiasmo.

—¿Quieren arte? El siguiente pueblo es Batuan. Allí artistas muy famosos de Bali.

Singh miró por la ventana. La carretera se había estrechado a su paso por la calle principal, repleta de pequeñas galerías de arte con

escaparates que mostraban una gran variedad de estilos artísticos. Había dibujos a tinta en blanco y negro, óleos con escenas de la vida cotidiana en los arrozales y abigarradas representaciones de las luchas entre dioses y demonios que aparecen en el Ramayana, la antigua epopeya hindú.

Singh se quedó fascinado por una colección de paisajes sicodélicos de Bali pintados con colores chillones.

—Es el estilo «jóvenes artistas balineses» —dijo Nyoman—, aunque ahora los jóvenes artistas ya son abuelos. —Y celebró su propio chiste con una carcajada.

Ya estaban en las colinas: un paisaje ondulante de terrazas escalonadas con arrozales anegados y rodeadas de cocoteros, campesinos agachados sobre los cultivos y banderas verticales largas y estrechas que ondeaban con la brisa.

—Para espantar a los pájaros —explicó Nyoman—. Si no, se comen el arroz.

Singh estaba cautivado por el contraste con Singapur, allí los rascacielos no dejan ver el horizonte.

—Qué belleza…, es un lugar maravilloso —dijo realmente conmovido.

—Es la isla de los dioses —resumió Nyoman con absoluta certeza.

Pasaron Mas, un pueblo famoso por sus sofisticadas esculturas de ébano, sándalo y otras maderas nobles, pero los pasajeros del Kijang ya estaban saturados de artesanía y ni siquiera dijeron nada de los caballos rampantes tallados en tamaño real que había junto a la carretera. Nyoman tampoco se ofreció a llevarlos a la tienda de otro primo suyo que era el mejor y más famoso tallador del pueblo y les haría un precio especial. Quizá estuviera desanimado porque sus pasajeros no querían parar por el camino a ver las tiendas, o deprimido al darse cuenta de que los dioses no habían protegido su jardín en la isla de Bali, pero él también siguió callado el resto del viaje.

Nyoman se detuvo en la entrada de un pequeño complejo de chalés rodeado por un gran muro de piedra.

—Hemos llegado —dijo—. Los espero aquí, ¿verdad? —añadió esperanzado.

Los dos agentes dudaron un momento, se miraron, y luego Bronwyn respondió:

—Sí, por favor. Si no le necesitamos ya se lo diremos.

—*No worries, boss* («No se preocupe, jefe») —dijo Nyoman.

Singh sonrió ligeramente al escuchar esa expresión tan australiana en boca de aquel balinés, estaba claro que Nyoman llevaba años tratando con clientes *aussies* porque hablaba como Bronwyn.

Singh caminó despacio hacia la recepción, iba arrastrando los pies mientras pensaba que había perdido demasiado tiempo mirando por la ventana del Kijang y hablando con Nyoman. El paisaje de Bali le había fascinado y se había distraído; ahora tocaba hablar con la viuda y no estaba seguro de cuál sería la mejor táctica.

El joven recepcionista asintió al instante cuando le preguntaron si estaba Sarah Crouch.

—Sí, pak[7]. Está aquí —dijo—. Aún no ha encontrado a su marido —añadió susurrando en tono confidencial.

Era un chico menudo con marcas de acné, una espesa mata de pelo y los ojos muy separados; no aparentaba más de quince años. La posibilidad de morir por un capricho del destino ni se le pasaba por la cabeza, era joven y todavía creía en su propia inmortalidad, pensó Singh.

—¿Richard Crouch también vivía aquí antes del atentado? —preguntó.

—Sí. Tienen contrato de larga estancia, ya llevan aquí seis meses.

—Me pregunto por qué decidirían trasladarse a Bali —dijo Bronwyn.

—Yo pensé que podían estar de segunda luna de miel… pero no pasaban mucho tiempo juntos, ya saben a qué me refiero —dijo el joven guiñándoles un ojo.

Eso le interesaba a Singh.

—¿Tenían problemas?

—No sé, ¿qué quiere decir?

—El marido y la esposa, ¿no se llevaban bien? ¿Discutían?

—Ah, no. No discutían mucho. Pero no hacían cosas juntos. En el desayuno no hablaban; él leía un libro, siempre el mismo, con las tapas verdes, y ella… bueno, ella miraba al infinito aunque estuviera frente a la pared. —Y se puso la mano extendida delante de la cara para indicar la mirada inexpresiva de Sarah Crouch.

Singh se preguntó si esa infelicidad conyugal ocultaría algo más siniestro.

Como si le hubiera leído el pensamiento Bronwyn murmuró:

—Eso da qué pensar.

—La verdad es que suena muy parecido a cómo desayunamos cada día en mi casa.

—Pero a usted no le han disparado —señaló Bronwyn.

—Dele tiempo a mi esposa —respondió Singh.

Volvió a centrar su atención en el joven recepcionista:

—¿Cómo te llamas?

—Wayan, pak.

—Wayan, ¿qué más puede decirnos sobre la pareja?

El joven Wayan puso cara de preocupación.

—La verdad es que no debería hablar sobre los clientes, pak, ya he dicho demasiado.

—Somos policías —dijo Singh mostrándole su placa del cuerpo de Policía de Singapur.

Wayan no pareció sorprenderse ni ponerlo en duda.

Singh ya había observado ese respeto que tienen los balineses por la autoridad; tendría que pedirle a Bronwyn —la experta en Bali—, que se lo explicara. No se mostraban intimidados, no parecía que fuese por miedo a la represión, era más bien una aceptación natural de la jerarquía social balinesa y del lugar que ocupa cada uno en esa estructura.

Los ojos oscuros de Wayan reflejaban una profunda curiosidad; se imaginaba el motivo de su visita.

—¿Han encontrado al marido?

Singh asintió.

—¿Está bien?

El policía no le respondió.

—¿Está muerto? —preguntó Wayan.

—Me temo que sí —dijo Bronwyn.

—¿En el atentado aquí?

Singh se encogió de hombros y su estómago osciló al mismo tiempo.

Wayan pareció interpretarlo como una afirmación:

—La mujer, pobrecilla. ¿Se lo van a decir ahora?

—Cuando termines de contarme todo lo que necesito saber —dijo Singh cortante. Quería que Wayan se diese cuenta de que no estaba de charla con un turista.

—¿Qué quiere saber, pak?

—¿Solía ir al Sari Club sin su esposa?

—No sé dónde iba, pero siempre salía solo.

—¿Tenía algún chófer habitual?

Singh cruzó los dedos mentalmente, si Crouch tenía contratado un chófer —como muchos turistas en Bali cuando encuentran un conductor con una tarifa razonable y un vehículo en buen estado— sería fácil seguir su rastro.

—No, no. Tiene una moto —dijo Wayan.

«Por ahí no hay nada qué hacer», pensó Singh decepcionado.

—A veces vienen sus amigos a recogerlo —añadió Wayan.

Singh se puso alerta, pero no dejó que el entusiasmo se le notase en la voz.

—¿Amigos? —preguntó.

—Sí, varios hombres…

Singh observó que Wayan titubeaba, parecía querer decir algo pero no acababa de decidirse; el joven iba a continuar cuando se le puso la cara tan roja como las marcas de acné.

—Buenos días, señora Crouch. Ha venido la policía a hablar con usted.

Singh y Bronwyn se giraron al mismo tiempo, Singh con curiosidad y Bronwyn con simpatía.

Sarah Crouch era una mujer menuda y delgada con el pelo rubio cobrizo y los ojos azul claro; llevaba una enorme pamela para protegerse del sol. Aunque había pasado seis meses en Bali seguía teniendo la piel muy blanca, casi translúcida, con tenues venas azuladas visibles en sus mejillas. Singh pensó que debió haber sido guapa de joven y se la imaginó sonriente; con sus delicados rasgos y sus ojos azules seguro que llamaba la atención, pero ahora su aspecto acusaba la angustia de no saber si su marido había muerto. Tenía cara de preocupación, profundas líneas de expresión junto a la boca y las patas de gallo muy marcadas, desplegándose como abanicos. Sus finos labios estaban pálidos y resecos, y sus ojos azules apagados, con lo blanco un poco enrojecido.

—¿Preguntaban por mí? —dijo ella.

—Somos policías, queremos hablar con usted sobre su marido —dijo Singh, y le mostró su placa al mismo tiempo que Bronwyn sacaba la suya.

En este caso no hubo un respeto espontáneo.

—¿De Singapur? ¿Australiana?

—Estamos colaborando con la policía de Bali y nos han asignado el caso de su marido.

—¿Qué ha pasado? ¿Lo han encontrado?

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —preguntó

con delicadeza Bronwyn.

Con eso Bronwyn le había comunicado que no traían buenas noticias, además de darle tiempo para prepararse. Singh no habría tenido tanto tacto: ahora estaba prevenida; él habría preferido darle la noticia de inmediato y sin contemplaciones para observar si la viuda del hombre asesinado mostraba alguna reacción que no pareciese coherente del todo con escuchar por primera vez que su marido había muerto.

—A esta hora no suele haber nadie en el patio —dijo Sarah, y les guio por el hotel hasta una puerta que daba a un pequeño jardín rodeado por exuberantes helechos tropicales y muros de piedra cubiertos de musgo. En el otro extremo, la zona con más vegetación, había una gárgola de piedra sobre un pedestal; la criatura tenía los ojos saltones, los labios retraídos y grandes colmillos; la habían vestido con un *sarong* de cuadros blancos y negros, y sobre una oreja lucía una enorme flor roja de hibisco. A Singh le pareció tan ridículo como si a él le diera por llevar una flor detrás de la oreja. Quizá los hombres balineses, con sus rasgos delicados y sus grandes sonrisas, pudieran llevar flores de adorno, y a las mujeres sin duda les favorecían sobre su cabello negro y sus *sarongs* de colores, pero ponérsela a la gárgola o ponérsela a él era como pintarle los labios a un cerdo.

En un lateral había una plataforma de madera con mesas y sillas y varias sombrillas verdes. Sarah les condujo hacia allí, empujó trabajosamente una silla hasta la sombra y se sentó mirándolos de frente sin pestañear en ningún momento, como atemorizada.

«Demasiado miedo», pensó Singh. Cuando la desaparición de alguien se produce al mismo tiempo que un atentado terrorista, es muy probable que no sea una coincidencia; seguramente ella también habría pensado que eso explicaría su ausencia.

—Está muerto, ¿verdad? —dijo Sarah Crouch, impaciente ante el silencio de los dos agentes.

Bronwyn se sentó enfrente y se inclinó hacia ella manifestando su condolencia.

—Me temo que sí.

Singh observaba con atención a la viuda, que parecía muy tranquila.

—¿Ha sido en el atentado? —preguntó la mujer.

Singh asintió secamente; no era verdad del todo, pero quería estudiar a esa criatura descolorida antes de mostrar todas sus cartas.

Ella suspiró.

—Estaba casi segura, Richard me habría llamado si estuviera bien. Aunque, pensaba…, tenía la esperanza de que hubiera sobrevivido. —Se quedó callada, mirándolos, y continuó—: Pero en el fondo sabía que no era así.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Singh, en un tono más cortante de lo que pretendía.

—Perdone, ¿cómo dice?

—¿Cómo sabía que no andaba perdido por ahí, con amnesia o algo parecido?

Singh veía con el rabillo del ojo que Bronwyn lo estaba mirando fijamente, pero no apartó la mirada de la viuda.

—Estuve en todos los hospitales, me dejaron pasar para ver a los heridos que no habían identificado. En realidad, había tanto caos que nadie me preguntó dónde iba mientras recorría los pabellones buscando a Richard —dijo Sarah.

La mirada se le oscureció.

—Nunca lo olvidaré… No había suficientes médicos, ni medicamentos, ni anestesia… Había familias desesperadas por todas partes, buscando a los suyos entre los vivos antes de ir a la morgue.

Sacudió la cabeza como para desprenderse del recuerdo de las víctimas.

—No estaba allí, Richard no estaba… —La voz se le apagó unos instantes, luego continuó—: Pero ahora lo han encontrado, ¿verdad?

Singh tuvo que ceder:

—Sí, han identificado el cadáver de Richard Crouch basándose en su historial odontológico.

Ella asintió.

—Me dijeron que lo necesitaban y pedí que me lo enviasen de Inglaterra. Richard tuvo los dientes muy mal cuando era niño y aún le daba miedo ir al dentista; yo solía burlarme de él por eso. —El recuerdo la hizo sonreír mostrando unos dientes muy blancos, pequeños y bien alineados.

Singh se planteó si reírse del miedo al dentista que tenía su marido sería un indicio de crueldad, pero sabía que se estaba aferrando a cosas insignificantes en su empeño por descubrir algo de esa mujer que indicase capacidad de matar.

—¿Cuándo me lo van a entregar para enterrarlo? —preguntó Sarah.

—Lamento decírselo, pero quedan muy pocos restos —dijo Bronwyn con tono de disculpa. Singh pensó que era la clase de mujer

que siempre se disculpaba por cuestiones ajenas a su responsabilidad.

—De momento aún no van a entregar el cadáver —intervino Singh.

—¿Por qué? —preguntó la viuda—. ¡Los periódicos decían que ya se están enviando los cuerpos a Australia, y los balineses también han celebrado ya algunos funerales!

—Hay varias razones —dijo Singh evasivo.

—¿Qué razones? Llevo siglos esperando alguna noticia sin poder marcharme de la isla. —La voz se le quebró y empezó a sollozar—. ¡Me estoy quedando sin dinero!

Singh no pareció advertir su llanto.

—Es preferible que no salga del país —le dijo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque está involucrada como sospechosa en una investigación criminal.

—¿Qué? ¿Se han creído que soy terrorista? ¿Están locos?

Bronwyn le dio la noticia:

—A Richard Crouch lo asesinaron, no murió en el atentado.

Sarah la miró inexpresiva.

—Su marido ha muerto asesinado, no falleció en el atentado —explicó pacientemente Bronwyn.

—¿Cómo puede ser? Me acaban de decir que hay muy pocos restos mortales. ¿Dónde lo encontraron?

Singh se dio cuenta de lo complicado que iba a ser el caso; a la viuda le costaba comprender que el crimen había coincidido con el atentado. Y él, ¿cómo iba a encontrar una pista que lo llevase hasta el asesino en medio del laberinto de un acto terrorista?

—Estaba en el Sari Club, pero lo mataron antes del atentado —explicó el policía.

—Pero… pero… eso es imposible —dijo Sarah.

—Digamos improbable, pero el análisis forense lo ha confirmado: a su marido le dispararon en la cabeza con un arma de pequeño calibre, su cuerpo estaba en el Sari Club o muy cerca de allí cuando explotaron las bombas —dijo Singh. Como la viuda guardaba silencio, él continuó—: Por eso está usted incluida como sospechosa en la investigación. Si no tiene inconveniente…, deme su pasaporte, por favor, y el de Richard.

—¿Creen que puedo haber sido yo? —dijo con un tono de incredulidad muy convincente.

Bronwyn hizo un gesto instintivo de negación con la mano.

—No, claro que no. Pero tenemos que seguir el procedimiento,

entiéndalo, sería una negligencia por nuestra parte no considerarla sospechosa… y no pedirle que permanezca en Bali.

Singh contuvo una sonrisa; si eso no conseguía tranquilizar a su única sospechosa para que se confiase, nada lo haría. Parecía que Bronwyn podía ser bastante útil después de todo, aunque tanta compasión y empatía le parecían fuera de lugar.

—Por supuesto —dijo Sarah—, lo entiendo. Es que no me esperaba algo así.

Singh se levantó de la silla.

—Bueno, entonces vamos a dejarla descansar y volveremos esta tarde a las tres.

Bronwyn puso la misma cara de sorpresa que la viuda.

Singh fingió no darse cuenta, giró sobre sus talones como una peonza —tan gordo y con los pies tan pequeños— y se marchó.

Escuchó a Bronwyn despedirse de la mujer y darle las gracias por atenderlos, y luego el fuerte *staccato* de sus pisadas sobre el suelo de piedra cuando se apresuraba para alcanzarle.

Nyoman los estaba esperando enfrente del edificio de recepción.

Bronwyn no dijo nada hasta que estuvieron sentados en el coche.

—¡Sé por qué ha hecho eso! —exclamó de repente.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Marcharse justo en ese momento; quería desconcertarla porque piensa que así podrá sacarle más información, ¿verdad?

—Qué tontería —dijo Singh—, es que es la hora de comer y tengo hambre.

Ghani entró en el apartamento.

Nuri pensó que no había conocido a nadie tan sencillo como ese hombre con el que se había casado. Ghani era de mediana estatura, llevaba unos pantalones vaqueros baratos y una camiseta blanca de manga corta; tenía grandes entradas sobre las sienes y el pelo le nacía muy atrás, formando un semicírculo perfecto, aunque aún le quedaba bastante por detrás de la cabeza. Su rasgo más destacable era la nariz, grande y roja; los labios apenas se le veían bajo la barba y el bigote canosos; tenía los párpados caídos y por eso parecía adormilado a simple vista, pero el brillo de sus ojos negros revelaba su profundo interés por lo que ocurría a su alrededor.

Tenía aspecto de hombre bonachón, decidió Nuri, era como esos parientes que llevan siempre caramelos para los niños y se divierten

con sus travesuras.

Su marido se quitó los zapatos y los calcetines y los colocó bien alineados junto a la puerta. Miró complacido hacia la mesa donde ya estaba servida la comida y le dijo:

—Tiene buen aspecto, esposa. Vamos a comer.

Nuri asintió agradeciendo su comentario.

Ghani miró alrededor.

—¿Dónde está Yusuf? —preguntó con un ligero tono de irritación en su voz ronca.

Nuri había observado que los otros hombres solían enfadarse con Yusuf, y a veces se preguntaba por qué lo habrían traído con ellos a Bali desde su pueblo en Sulawesi; no era experto en las escrituras como su hermano mayor, Abu Bakr, ni tenía el talento de Ramzi para relacionarse con los jóvenes y atraerles a la escuela que pensaban abrir. Yusuf era menudo, inquieto e inseguro, pero a ella le caía bien y suponía que estaría ahí para encargarse de los trabajos ocasionales.

Nuri fue rápidamente hacia el dormitorio pequeño y llamó a la puerta.

Yusuf apareció en el umbral parpadeando nervioso con el pelo de punta, como si lo hubiera tenido mojado al acostarse, y mesándose la barba con expresión de inquietud. Sus gafas redondas reflejaron por un instante la luz de la pequeña ventana que daba a la calle.

—Ya está la comida, Yusuf —le dijo Nuri, y él la siguió hacia el salón.

—Yusuf, esa barba debería medir al menos un puño pero, con lo poco que te crece y lo que te arrancas con esos tirones, no va a llegar nunca —dijo alegremente Ramzi.

Todos se rieron y Yusuf forzó una leve sonrisa para demostrar que no le importaba ser objeto de sus bromas.

La exhortación del Profeta a llevar barba de cierta longitud es difícil de cumplir para los musulmanes asiáticos debido a su escaso vello corporal. De los cuatro hombres, Ghani era el único que tenía la barba larga y bien arreglada; Ramzi iba afeitado y tanto Yusuf como Abu Bakr llevaban perillas poco espesas y bastante más cortas que un puño, salvo algunos pelos sueltos.

Ghani había insistido en que no tenían que ser tan rigurosos con ese precepto religioso cuando Abu Bakr criticó a su hermano pequeño por su decisión de afeitarse: «Desde el atentado, la policía de Bali cree que cualquiera que lleve barba larga puede ser un terrorista. Es mejor no darles motivo para mirarnos mucho en estos momentos tan

complicados».

Nuri pensó que estaba siendo una comida muy difícil. Ramzi, su hermano pequeño, se estaba pasando: no paraba de lanzarles pullas a ella y a Yusuf, que parecía muy alterado. Cada dos por tres Yusuf se quitaba las gafas y las limpiaba con el faldón de la camisa sin apartar los ojos de Ramzi. Su mirada desenfocada le resultaba irritante, así que Ramzi volvió a centrar su atención en ella, ahora quejándose casi a gritos de la comida, el *curry* de cordero y las verduras salteadas con arroz al vapor que Nuri había preparado con tanto esfuerzo en la única placa que tenía la pequeña cocina integrada en el salón.

—Está demasiado picante —dijo Ramzi sacando al máximo la lengua para abanicársela con la mano manchada de *curry*.

—Yo lo encuentro delicioso —dijo fríamente Yusuf.

—Qué tontería —dijo Ramzi—, si parece que estoy masticando chiles crudos. Mi hermana no tiene talento para el arte culinario, no entiendo por qué la hemos traído.

—Su marido no se ha quejado, y es el único que tiene derecho a reprender a Nuri —dijo Abu Bakr.

Ramzi soltó una risita.

—No se me ocurriría regañar a mi querida hermana; ella sabe que al señalar sus defectos solo estoy cumpliendo con mi deber como hermano, como hago siempre.

Nuri miró a su marido, no sabía si había escuchado aquellas críticas. Ghani seguía comiendo, llevándose a la boca el arroz y el cordero con la mano derecha; masticaba despacio y metódicamente, abriendo y cerrando la boca de manera que los demás podían ver la comida en todas las fases del proceso de triturado. Tenía la frente brillante del sudor; «la comida estaba realmente picante», pensó Nuri, pero Ghani estaba absorto en sus pensamientos y no lo había notado. En ese momento sintió una profunda antipatía por su marido, por su manera de estar ausente y ajeno a la tensión que había aunque estuviera presidiendo la mesa. No dijo nada, decidió ignorar a Ramzi y servir más comida a los hombres cuando tuvieran el plato vacío.

Yusuf la estaba mirando con una expresión que era una mezcla de preocupación y admiración; ella contuvo un suspiro, siempre había sabido que ese chico tan ansioso, devoto y desafortunado con las mujeres la encontraba atractiva. El tiempo que llevaban viviendo en ese pequeño apartamento en Denpasar había transformado su admiración en algo muy parecido al amor.

Nuri sonrió con tristeza, olvidando por un momento su enfado con

Ramzi y con su marido. Se dio cuenta de que reconocía los síntomas del enamoramiento por primera vez en su corta vida, sus sentidos parecían antenas que captaban las señales como la radio que había en la cocina de su casa en Sulawesi.

Volvió a centrarse en la comida de la mesa y sin decir nada sirvió más arroz en el plato de Yusuf. Ramzi todavía seguía quejándose de la comida y Nuri sintió un repentino arrebato de furia contra su hermano pequeño, que hacía todo lo posible por sacarla de quicio y no tenía ni idea de lo que ella estaba sufriendo por la desaparición de Abdullah.

De pronto, Nuri se levantó de la mesa sin decir nada, entró rápidamente en su dormitorio y pegó un portazo tan fuerte que todos los hombres miraron hacia allí muy sorprendidos.

En aquella habitación cochambrosa y oscura, apenas iluminada por una bombilla, Nuri se miró en el espejo rajado de la pared y vio su imagen partida en dos, como si aquel cristal fracturado tuviera el poder de reflejar los verdaderos sentimientos de su corazón.

Bronwyn se quedó mirando con incredulidad al inspector:

—No lo dice en serio, ¿verdad?

En lugar de responderle, Singh preguntó:

—Nyoman, ¿dónde se puede comer bien por esta zona?

Nyoman sonrió.

—¿Quieren ir a un *warung* a comer barato, por pocas rupias? ¡O podemos ir al Amandari, con precios en dólares americanos!

—¿Qué es un *warung*?

—Un quiosco de comida —respondió Bronwyn.

—¿Qué clase de comida?

—Cosas como *ikan bakar* o *nasi goreng* —dijo Nyoman.

—Usted conoce Bali, ¿no hay ningún sitio que se pueda recomendar? —le preguntó Singh a Bronwyn.

—¿Occidental o asiático?

—Asiático, claro —dijo él.

—¡Llévenos al Dirty Duck Diner! —le dijo Bronwyn a Nyoman.

Nyoman asintió con entusiasmo.

—No parece un nombre muy asiático —dijo escéptico Singh.

—*No worries* («No se preocupe») —dijo su colega australiana—. Es el mejor sitio para probar el plato más típico de Ubud: el pato. Primero lo guisan con especias locales y luego lo fríen rebozado, se

sirve con arroz al vapor y verduras indonesias.

Singh no parecía muy convencido.

Bronwyn se echó a reír.

—¡Parece más desconfiado que cuando hablamos con la viuda! ¿Siempre trata con esa hostilidad a los familiares desconsolados?

—Solo cuando son los únicos que tenían relación con la víctima. Si esa mujer decide contarnos un montón de mentiras no habrá manera de averiguar la verdad —dijo Singh.

—Supongo que no llevaban aquí suficiente tiempo para tener un grupo estable de amigos o compañeros de trabajo que confirmen o contradigan lo que nos cuenten los testigos y los sospechosos… —comentó Bronwyn pensativa.

—Exacto —dijo Singh—. Estamos en mitad de la nada.

Bronwyn era más optimista:

—Los balineses son curiosos y observadores, más de la mitad de la isla vive del turismo…, al menos así era antes del atentado. Se pasan la mitad del tiempo adulando a los turistas extranjeros y la otra mitad cotilleando sobre ellos.

Singh asintió pensativo, con lentos movimientos de su enorme cabeza y turbante.

—Puede que tenga razón. Ese joven, Wayan, tenía ganas de hablar… —De repente se dio un puñetazo de frustración en la rodilla —. ¿Se acuerda de que estaba a punto de decir algo sobre los amigos de Crouch cuando apareció la viuda? Puede que ella estuviera por ahí escuchándonos…

—Los expatriados enseguida encuentran gente con quien salir —lo interrumpió Bronwyn—. Seguro que hasta esos ingleses tan desconfiados ya tienen unos cuantos amigos en la isla.

—Puede que tenga razón, estoy deseando conocer a esos amiguitos para preguntarles por los trapos sucios de Sarah Crouch.

—Se lo repito una vez más, ella no tiene nada que ver en el asunto —dijo Bronwyn negando rotundamente con la cabeza.

—¿En qué se basa? —preguntó Singh.

—Intuición femenina —dijo ella y se echó a reír al ver la cara de indignación que ponía Singh.

El Dirty Duck y su comida sí que merecieron la aprobación de Singh.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó después de acabar con el crujiente pato y tomarse dos cervezas Bintang bien frías.

—Volver a hablar con la viuda, supongo —dijo Bronwyn.

—Y tenemos que presionar a Wayan.

—Eso se lo dejo a usted —replicó Bronwyn.

—A estas horas la policía de Bali ya habrá terminado de requisar las pertenencias de Richard Crouch, tendremos que ir a revisarlas.

Bronwyn se sorprendió:

—¿Eso cuándo lo ha organizado?

—Los llamé ayer por la noche, pero les pedí que esperasen por ahí hasta que le hubiéramos dado la noticia a la viuda y que luego intervinieran. Vi entrar a dos policías cuando subíamos al coche.

—¿Y por qué quería que fuesen justo después?

—Por si ella intentaba deshacerse de cualquier prueba que la incriminase. Eso sería suficiente para acusarla.

—Esto de los asesinatos es bastante complicado ¿verdad? —dijo Bronwyn mientras se limpiaba la boca dando toquecitos con una servilleta.

Singh movió la cabeza:

—No, en realidad es uno de los delitos más sencillos. El asesinato es algo radical, un paso definitivo que muy pocos son capaces de dar y, entre esos pocos, son todavía menos los que acaban en una situación donde matar a otra persona parece la solución adecuada.

—¿De verdad? ¿Usted no cree que todos seamos capaces de matar en determinadas circunstancias?

—Me refiero al homicidio premeditado. En un ataque de ira, en defensa propia, para proteger a los que amamos… todos seríamos capaces de matar a otro ser humano. Pero planearlo, pensarlo y decidir a sangre fría que el asesinato es lo más conveniente dada la situación… Creo que muy poca gente podría hacerlo —dijo Singh.

—Inspector Singh, ¡es usted un romántico!

El policía miró con mala cara a la sonriente australiana.

—¿Por qué dice eso?

—Porque anda por ahí con cara de mal humor cazando asesinos pero está convencido de la bondad intrínseca de la naturaleza humana.

Singh se levantó y dejó en la mesa un puñado de rupias arrugadas; debido a la inflación, en Indonesia hacían falta muchos billetes para pagar cualquier cosa.

—Vamos a ver a la viuda —dijo secamente.

La viuda de Richard Crouch parecía muy serena; estaba sentada con tanto recato como una mujer victoriana, con las rodillas juntas y las manos cruzadas sobre el regazo. Incluso se había estirado un poco la falda al sentarse para taparse las rodillas.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó como si fuera una visita de cortesía o (por su fría formalidad) una reunión de negocios.

—¡Ayudarnos a encontrar al asesino de su marido!

—Desde luego. Haré todo lo posible pero no sé en qué les puedo ayudar.

—Háblenos de él —intervino Bronwyn.

—¿De Richard? No hay mucho que contar. Es… era hijo único, sus padres fallecieron hace unos cuantos años, murieron en un accidente de coche.

—¿Tenía buena relación con sus padres?

Sarah miró sorprendida a Singh.

—Supongo que sí. Yo lo conocí unos seis meses después del accidente.

—¿Y cuándo se casaron?

—Unos seis meses después de conocernos, hace dos años y medio.

—Un noviazgo bastante corto —comentó Singh.

—Al pensarlo ahora, creo que quería formar una familia para sustituir a la que había perdido —dijo ella.

—Eso significa que su relación no iba bien del todo —señaló Singh.

Ella lo miró con odio, una grieta en su coraza de hielo que revelaba algo turbulento y oscuro.

—Estábamos bien, teníamos alguna discusión, como todas las parejas. Vinimos a Bali pensando que nos vendría bien cambiar de ambiente para reforzar nuestra relación, queríamos alejarnos de todo.

—Parece que él pasaba la mayor parte del tiempo alejándose de usted, antes de que lo mataran quiero decir.

—¡Eso es absurdo! —La voz entrecortada de la mujer no era por la pena, pensó Singh, sino por la furia. Sarah Crouch estaba intentado reprimir un profundo resentimiento, aunque eso tampoco implicaba que fuese una asesina, por supuesto.

—¿Cuál era el problema? ¿Había otra mujer?

—¡Claro que no! Richard trabajaba mucho, eso es todo. A mí me hubiera gustado que pasase más tiempo conmigo.

—¿A qué se dedicaba? —preguntó Singh—. ¿En qué trabajaba, quiero decir?

—Era ingeniero químico, tenía que viajar mucho por todo el

mundo, siempre con proyectos en países remotos.

—Es horrible cuando tienen que ir tan lejos, ¿verdad? —dijo Bronwyn—. Mi exmarido también pasaba mucho tiempo fuera, así es muy difícil mantener una relación.

Sarah no respondió a su muestra de solidaridad.

Bronwyn estaba intentando conectar emocionalmente con la viuda, una táctica que no sabía si estaba bien en teoría, pero en la práctica era perder el tiempo, pensó Singh.

—¿Qué solían hacer aquí en Bali? —Singh no pensaba cambiar su propia estrategia de ser antipático; irritando a la mujer quizá conseguiría que dijese algo más interesante.

—Lo normal —dijo ella—: ir de compras, visitar templos y galerías de arte, ir a nadar, quedar con amigos para comer o tomar algo, descubrir la gastronomía balinesa…

La mención de comida animó a Singh:

—El Dirty Duck está muy bien, se lo recomiendo.

—No tengo mucho apetito —dijo fríamente Sarah.

Singh no pareció darse cuenta de que su comentario estaba fuera de lugar.

—¿Qué amigos eran esos? —le preguntó.

—Bueno, por aquí la mayoría son australianos, ya sabe cómo son… Nos llevó tiempo conocer gente.

Singh vio que Bronwyn estaba a punto de preguntarle qué tenían de malo los australianos.

—Sé muy bien a qué se refiere —dijo al instante Singh—, los australianos son gente de lo más abierta ¿verdad?

—Y les encanta hablar de sus intimidades —respondió Sarah en un tono casi amable.

Singh miró un instante a Bronwyn y vio que tenía roja la punta de las orejas, aunque seguía concentrada en las respuestas de la viuda. Eso estaba bien, un buen agente de Policía debe ser capaz de separar sus sentimientos personales de la información que le están dando.

—Entonces, ¿quiénes eran esos amigos suyos? —preguntó de nuevo Singh.

—Una pareja de ingleses, los Greenwood, y… —se interrumpió con una sonrisa boba—, una pareja australiana, Karri y Tim Yardley.

Singh hizo un gesto rápido con la mano, indicando a Bronwyn que tomase nota de los detalles.

—¿También eran amigos de Richard?

La viuda dudó unos instantes y luego dijo:

—Sí… pero quizá más amigos míos que suyos.

—¿Él tenía otros amigos?

Sarah Crouch juntó las manos sobre el regazo. Singh observó que no llevaba las uñas pintadas pero las tenía bien cuidadas, y echó un vistazo a sus propias manos cubiertas de fino vello negro: tenía las uñas demasiado largas y algo sucias y las frotó contra los pantalones.

A Sarah le temblaban levemente las aletas de la nariz, una señal de que le disgustaba lo que iba a decir.

—Richard era mucho menos exigente que yo…

—¿Le caían mal sus amistades?

La viuda se encogió de hombros sin decir nada.

—¿Pero él salía con ellos sin usted?

—A veces —admitió ella de mala gana.

—¿Sabe cómo se llaman o dónde viven?

—La verdad es que no.

—¿Eran australianos?

—No, y eso era solo un prejuicio que yo tenía al principio. Richard había hecho amigos entre la gente de aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí, la mayoría de las veces que salía sin mí se iba en la moto con los indonesios.

—Eso es bastante peculiar —dijo Bronwyn—. Los expatriados no suelen confraternizar con los balineses.

—Bueno, Richard era un hombre peculiar. Hablaba indonesio.

—¿Y eso?

—Vivió varios años con sus padres en Jakarta cuando era adolescente. Siempre se sentía muy cómodo entre…, bueno, los «nativos», ya sabe a qué me refiero —dijo, señalando las comillas de «nativos» con los dedos índice y corazón de ambas manos.

Singh nunca había visto a nadie haciendo ese gesto en la vida real, y decidió que ya estaba harto de tratar con Sarah Crouch.

—Preséntese mañana en la comisaría de Denpasar para seguir con el interrogatorio —dijo de repente.

Al salir, Singh se dirigió a la recepción y encontró a una mujer joven detrás del mostrador.

—¿Dónde está Wayan? —le preguntó.

—Se ha ido a casa, señor.

—¿Y dónde vive?

—¿Para qué lo buscan? Ya sé que son policías —preguntó con preocupación, arrugando sus finos rasgos balineses.

—¿A ti qué más te da? —preguntó Singh.

—Es mi hermano.

—Estupendo —replicó Singh—. Entonces puedes llevarnos a su casa.

—Tengo que trabajar, es mi turno —imploró ella.

Singh se mantuvo firme, con su corpachón resultaba intimidante, y daba la impresión de poder quedarse esperando ahí para siempre; la recepcionista parecía aterrorizada.

—Seguro que tu jefe lo entenderá, tú misma lo has dicho: somos policías —dijo fingiendo ser simpático.

La chica les guiaba conduciendo un escúter con su larga melena ondeando al viento. Ellos la seguían en el coche de Nyoman.

—¿Por qué son tan dóciles los balineses? —preguntó Singh con curiosidad.

—¿Qué quiere decir?

—Que parecen aceptar inmediatamente la autoridad.

—¿No será que ha asustado a la pobre chica?

Singh sonrió.

—Quizá tenga razón, pero fíjese en el contraste entre Sarah Crouch y esa muchacha, yo no estoy muy seguro de que la viuda aparezca mañana en la comisaría, pero esa chica —y señaló con la barbilla a la hermana de Wayan— está dispuesta a guiar a unos policías hasta su hermano.

—La mayoría de los balineses dependen del turismo de una manera u otra, ya habrán aprendido que si discuten con los extranjeros pueden perder su empleo.

—Es más que eso —dijo Singh frotándose la barba entre el índice y el pulgar—, es como una predisposición natural en favor de la autoridad.

—Es una sociedad muy jerarquizada; a lo largo de su historia, los balineses han estado gobernados por reyes y sultanes, y tienen un sistema de castas bastante rígido dominado por los brahmanes, la casta sacerdotal. Se podría decir que el respeto por la autoridad está integrado en el tejido de la sociedad.

—Como a mí me gusta —dijo complacido Singh. Luego, como Bronwyn no replicó, añadió—: ¡Es verdad que sabe usted mucho sobre Bali!

6

Bronwyn pensó que, a pesar de sus conocimientos sobre Bali, nunca había estado en casa de un balinés «normal»; sus correrías se habían limitado a los museos y las tiendas.

Estaban atravesando un pueblecito alejado de las rutas turísticas; era una carretera pedregosa y llena de baches, y el Kijang botaba como un barco en un día de tormenta. Había pequeños montones de basura cada varios metros, la clásica mezcla tercermundista de bolsas de plástico, botellas y hojas. Alguien había barrido las calles del pueblo juntando ordenadamente la basura para su recogida, suponiendo que hubiera un servicio de recogida.

Vio una perra sarnosa y medio calva con las mamas inflamadas rascándose frenética una oreja, niños descalzos con camisetas demasiado grandes jugando felices en la arena mientras sus madres tendían ropa en unas cuerdas, y grupitos de hombres jóvenes fumando *kreteks*[8].

La casa de Wayan era muy pequeña, pero a pesar de su modesto tamaño era un buen ejemplo de la arquitectura balinesa, con paredes de ladrillo rojo y cemento gris, y un pequeño jardín delante: un cuadrado de hierba exuberante con un altar construido sobre una pirámide de piedra. En la parte superior del altar había una pequeña estructura con tejado de paja y pilares de madera que parecía una elaborada pajarera, pensó Bronwyn, y agradeció el olor del incienso encendido en el altar porque suavizaba el olor a mangos podridos. El árbol que crecía junto a la casa estaba cuajado de frutos dorados y había muchos pudriéndose en el suelo.

La hermana de Wayan aparcó la moto en el jardín, espantando a varias gallinas, y entró corriendo sin mirar atrás para avisar a su hermano de que venía la policía.

Wayan los recibió con la máxima hospitalidad, los hizo pasar y los invitó a sentarse en una variopinta colección de sillas que parecían sustraídas de distintos hoteles de Bali. Entró en la cocina y volvió con cocos enteros ya agujereados por arriba.

Bronwyn le dio las gracias a Wayan, y empezó a sorber su bebida

por la pajita preguntándose cuando terminarían las cortesías y empezarían con los asuntos policiales.

Por alguna razón que no alcanzaba a entender —aunque en realidad no comprendía en absoluto a ese gordo— Singh parecía encantado con aquella conversación trivial.

La hermana de Wayan se había sentado en un pequeño taburete de madera y se balanceaba adelante y atrás, recelosa por aquella reunión tan apacible. Estaba preocupada por haber conducido a la policía hasta su hermano, no creía que hubieran ido para hablar del tiempo o de lo saludable que era el agua de coco.

Al final fue Wayan quien mencionó el motivo de su visita; no podía seguir haciendo el papel de anfitrión ingenuo:

—Quieren hablar del señor y la señora Crouch, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Singh.

Wayan se quedó muy sorprendido:

—¿Por qué iban a venir a mi casa si no? —dijo, levantando tanto las cejas que se le juntaron todos los granos de la frente.

Singh se lo dijo sin dar más rodeos:

—Cuéntanos todo lo que sepas de ellos.

—Ya les he contado todo —protestó Wayan.

—Nos dijiste que no eran felices, ¿por qué tenías esa impresión?

—No entiendo qué quiere decir, pak.

—¿Cómo sabías que no eran felices?

El rostro de Wayan se iluminó.

—Trabajando allí siempre te enteras de cosas de los clientes —explicó—. Si ella está en el patio leyendo, él está en la habitación. O ella está en la habitación y él sale con sus amigos. Cuando comen juntos no hablan, solo miran la comida y… —Wayan se quedó callado.

—Y… ¿qué? ¿Qué más sabes? —preguntó rápidamente Singh.

Wayan puso cara de travieso.

—No duermen en la misma cama.

—¿Cómo lo sabes?

—Su apartamento tiene dos dormitorios y dos camas, y las dos están deshechas por la mañana.

Singh dio una palmada.

—Buen trabajo, serías un buen policía, Wayan —dijo, y mirando a Bronwyn añadió—: Parece que los Crouch no eran un matrimonio muy dichoso.

—Eso no implica que la viuda esté relacionada con su muerte, no

me imagino ninguna situación en la que ella disparase a su marido y lo dejase tirado en el Sari Club —replicó Bronwyn en tono agrio.

Singh suspiró.

—Es poco probable, sí. Pero, ¿y si Crouch tenía una amante y ella les había seguido? Podría haber sido ella si los hubiera visto juntos allí, ¿no cree?

—¿No le parece que habría muerto ella también? ¿Y de dónde habría sacado la pistola?

—Tenemos que volver a Kuta y echar un vistazo al Sari Club, intentar localizar los planos del local, puede que le disparase en el váter o entre los arbustos y tuviera tiempo de alejarse.

Se giró hacia Wayan.

—¿Tenía Crouch alguna amiga?

—No lo sé, pak —dijo Wayan.

—¿Nunca le has visto con otra mujer?

—No, pak.

—No se habría paseado por el hotel con una amiga —señaló Bronwyn.

Singh se frotó los ojos con cara de cansancio.

—Es verdad, claro. Wayan, antes dijiste algo de los amigos de Crouch, ¿quiénes eran?

—¿Se refiere a los blancos con los que salían a veces?

—No, esos eran más amigos de la señora Crouch. Ella nos habló de unos amigos balineses que no le gustaban.

—No los conozco, pero los he visto por Ubud.

En ese momento hasta Bronwyn se dio cuenta de que Wayan se estaba callando algo.

—¿A ti por qué no te gustaban los amigos de Crouch, Wayan? —preguntó al instante Singh.

Él bajó los ojos y se quedó mirando sus pies.

—¿Por qué no me iban a gustar?

—Eso es lo que te estamos preguntando.

—Es una tontería, pak —dijo Wayan de mala gana—. Es que sus amigos no eran balineses.

—¿No eran balineses? —dijo sorprendido Singh—. Pero si su esposa y tú habéis dicho que Richard Crouch no salía mucho con expatriados…

—Así es —dijo Wayan.

—Entonces, ¿qué quieres decir? —Singh ya estaba harto.

Bronwyn reprimió una sonrisa; los balineses podían estar hablando

muy sonrientes y dando la impresión de colaborar, pero sin llegar a decir nada si se lo proponían.

—Sus amigos eran indonesios, pero no balineses, creo que debían ser de Java.

Al contrario que Singh, Bronwyn lo entendió de inmediato.

—Hay mucho resentimiento entre los balineses contra los indonesios musulmanes del resto del país. Los balineses están muy orgullosos de su cultura y de su origen hindú.

—¿Es por eso, Wayan? —preguntó Singh—. ¿No te caen bien los javaneses?

Wayan parecía avergonzado pero le respondió desafiante:

—Nos quitan el trabajo a los balineses, trabajan en la construcción y abren *warungs*. Además son todos musulmanes y los balineses somos hinduistas, es muy importante que Bali sea una isla hindú, ¡si vienen muchos musulmanes pronto habrá más mezquitas que templos!

Hubo un momento de silencio mientras Singh y Bronwyn digerían la información.

—¿Y ve lo que los musulmanes han hecho ahora en Bali? Las bombas las han puesto ellos y ahora todo Bali está de luto.

—Quiero el divorcio.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Tim Yardley observó que su esposa elevaba las finas cejas pintadas con lápiz negro en una expresión de auténtico asombro. Las pupilas de sus ojos gris verdoso se habían dilatado a la luz del crepúsculo.

—No me lo creo, lo dices porque estás enfadado.

Tim suspiró; habría preferido no dar ese paso sin consultarlo antes con Sarah Crouch, pero no había conseguido localizarla, ella estaba hundida en su propia crisis emocional, y él no podía ayudarla ni estar con ella hasta haberse librado de esa mujer que lo miraba con cara de perplejidad. Dirigió los ojos al cielo de color naranja atravesado por las estelas blancas que dejaban los aviones y que seguro eran tóxicas; el sol estaba a punto de ponerse por detrás de un gran banco de nubes, pero los últimos rayos atravesaban los huecos derramando su luz dorada como una bendición. Tim se reafirmó en su decisión, no cambiaría de idea.

—¿Quieres dejar ya de contemplar el horizonte y decirme qué te pasa?

Tim miró de nuevo a Karri, ya conocía ese tono de paciencia infinita; no se lo estaba tomando en serio, debía creer que era un pequeño arrebato que se le pasaría enseguida.

—Quiero el divorcio porque no puedo seguir así, me tratas como a un mierda, te acuestas con otros, has destrozado nuestro matrimonio y casi me has destrozado a mí. Quiero… necesito una oportunidad para encontrar algo de felicidad.

Tim vio que eso la había hecho enfadar: había juntado las yemas de sus largos dedos y las apretaba intentando contenerse.

Ella le habló en tono de burla:

—¿Qué pasa, tienes la crisis de los cuarenta? Pero si tú no tienes valor para vivir solo, por eso llevas todos estos años engañándote a ti mismo y dejando que te engañe yo.

Tim respondió a la provocación:

—¡Pues quizá no tenga que vivir solo!

Karri se echó a reír soltando una larga carcajada ante la idea de que su esposo, con su obesidad y ese pelo planchado de lado sobre la calva, tuviera ya preparada una sustituía.

Su marido llegó a la dolorosa conclusión de que odiaba de verdad a la mujer que tenía delante de él en aquella polvorienta calle de Bali. La brecha entre ellos ya era un abismo, y todos los sueños y esperanzas habían acabado en el fondo.

Tenía que hacerle comprender que estaba hablando en serio; se lo repitió de nuevo intentando proyectar firmeza en su voz:

—Quiero el divorcio.

Legian Road ya volvía a estar abierta para los peatones.

Singh y Bronwyn recorrieron la estrecha calle destrozada. Ya había anochecido, acababan de volver de Ubud y se habían desviado a sugerencia de Bronwyn para ver el lugar del atentado. El alcance de la destrucción los dejó sin palabras, todos los edificios tenían las ventanas rotas, con los restos de cristales asomando en los marcos como dientes afilados en unas bocas monstruosas, y había restos de coches quemados a lo largo de toda la calle.

La calzada estaba alfombrada de escombros, a los lados había largas piezas de tela blanca con mensajes que dejaban los familiares de los fallecidos, los transeúntes, las plañideras balinesas y los turistas. Había muchas flores y coronas, unas mustias y otras recién colocadas, con vivos colores que resultaban estridentes sobre aquel

fondo renegrido. Los montones de flores iban aumentando de tamaño a medida que se acercaban, hasta convertirse en pequeñas montañas de flores en homenaje a los muertos.

En torno al lugar donde explotaron las bombas había fotos de las víctimas colocadas en estelas funerarias improvisadas, algunas eran solo recordatorios pero muchas eran llamamientos desesperados de los familiares preguntando si alguien sabía algo de esas personas desaparecidas desde el atentado.

Al llegar a la entrada de lo que había sido el Sari Club, casi enfrente del Paddy's Bar, vieron un cráter de varios metros de profundidad y lo poco que quedaba del edificio: montones de escombros, restos de pilares de hormigón y trozos de metal fundido y retorcido que necesitarían un estudio forense para determinar su procedencia.

Los policías que hacían guardia con ametralladoras frente a las ruinas del Sari Club apenas se dignaron a echar un vistazo a sus placas y no los dejaron pasar. Poco después Bronwyn reconoció a otro miembro de la AFP que avaló su identidad ante los agentes y los acompañó al otro lado de la barrera.

—Pero no toquen ni muevan nada, por favor —dijo el hombre de la AFP.

—Claro que no —dijo Singh—. ¿Pero no han terminado de examinar todo esto?

—Sí, pero hay que procesar tanta información con la cantidad de muestras que hay que analizar, que si encontramos algo raro quizá tengamos que buscar más pruebas raspando con cucharilla.

Singh asintió; entre tanto destrozo era imposible saber dónde podía haber indicios, si es que quedaba alguno.

—¿Sabe cómo ocurrió? —preguntó Singh bajando la voz.

—Por lo que hemos podido averiguar, un terrorista suicida detonó una bomba en el Paddy's Bar y luego, cuando la gente corría hacia la calle, una furgoneta se detuvo frente al Sari Club y explotó; mató a los clientes del Sari Club y a los que huían del Paddy's —dijo el oficial de la AFP.

Singh se había acercado hasta el borde del cráter y estaba mirando el interior.

—Quedaban muy pocos restos de Richard Crouch, debe haber estado muy cerca de las bombas y quien estuviera a su alrededor podría haber muerto también —dijo.

—¿Quiere decir que el asesino probablemente fuera una de las

víctimas? —preguntó Bronwyn levantando una ceja.

—Es posible, pero tenemos que seguir husmeando.

—¿Sabe cómo era esto antes del atentado? —preguntó Singh dirigiéndose al otro policía.

—Más o menos —dijo el agente de la AFP, que había escuchado con interés su conversación—. El Sari Club era una discoteca al aire libre, había varias zonas de bar con techos de paja y los muros del recinto eran muy altos.

—Eso explica por qué no queda nada —dijo Singh.

—Los que sobrevivieron estaban al fondo o detrás de alguna estructura que los protegió; la bomba era tan potente que la onda expansiva mataría a cualquiera que estuviese cerca —añadió el agente de la AFP.

Singh trató de imaginarse el Sari Club la noche del atentado; estaría lleno de mochileros, surfistas y jugadores de rugby bailando y bebiendo de sus botellas de Bintang al compás de una música machacona que acompañaba a todo volumen las voces de los juerguistas. La luz sería más tenue al alejarse del bar, habría zonas en sombra y rincones oscuros, aunque la pista de baile estaría iluminada con las típicas luces de colores de las discotecas. El ruido habría ahogado las conversaciones, tal vez incluso un disparo.

Y entre todo eso, de repente, la explosión; Singh había leído algunos testimonios de gente que estaba allí esa noche, la onda expansiva les reventó los tímpanos y después los envolvió un silencio desesperante. También afectó al tendido eléctrico y hubo un apagón en toda la zona de Kuta; las víctimas quedaron sumidas en una oscuridad silenciosa iluminada solo por las llamas del incendio.

—¿Cree que esto que estamos haciendo, buscar al asesino de un hombre en medio de este… este horror, es una pérdida de tiempo? —preguntó Singh con la voz ronca por la duda de repente.

—No, claro que no —le aseguró Bronwyn moviendo la cabeza—, Richard Crouch también merece justicia.

Nuri estaba tumbada haciéndose la dormida. Se tapó hasta los hombros con la fina manta y se acurrucó en posición fetal en un lado de la cama estrecha y hundida. Tenía los ojos cerrados pero en su mente seguía viendo el pequeño dormitorio: la pintura blanca desconchándose, cortinas con dibujos descoloridos y una pared manchada de humedad. Había una cañería rota y el agua se filtraba a

través del ladrillo y la pintura; Ghani se quejaba a veces de que le dolían las articulaciones por la humedad del ambiente, entonces ella se acordaba de la gran diferencia de edad, él era mucho mayor y ya empezaba a tener achaques.

Ella casi esperaba que Ghani la siguiera hasta el dormitorio, muchos maridos le habrían exigido una explicación por su arrebato durante la comida, pero no Ghani. Para ser uno de los hombres más respetados de su pueblo, erudito en la doctrina islámica y conocido por su religiosidad, era un hombre discreto y muy poco exigente.

Y la había elegido a ella como esposa entre todas las chicas del pueblo. Nuri estaba encantada y muy agradecida, aunque le sorprendía que fuera a ser su primera esposa. Se habría conformado con ser una de las cuatro esposas que él podía tener como musulmán.

Abu Bakr le había explicado que Ghani no había tenido tiempo de asentarse hasta ahora. «Tu matrimonio con Ghani forjará un vínculo entre nuestras familias. Es importante reforzar los lazos de amistad con este matrimonio», había añadido. Y ella notó que su hermano mayor estaba orgulloso cuando le dijo: «Has hecho bien, hermana».

Reaccionar a la provocación de su hermano pequeño marchándose de la mesa había sido su primer acto de rebeldía. No sabía si le traería problemas; su destino dependía totalmente de Ghani, que solo tenía que decir «me divorcio de ti» tres veces y ella se quedaría en la calle, sin medios para vivir. Sus padres se avergonzarían de ella y no la admitirían en su casa; no tenía formación más allá de sus conocimientos del Corán, y le costaría mucho encontrar un trabajo. Se quedó escuchando atentamente, por el ruido parecía que alguien estaba fregando los platos por ella. Era fácil adivinar que sería Yusuf, el único al que se le ocurriría defenderla encargándose de sus tareas.

Nuri enterró la cara en la almohada casi sin notar su olor rancio, decidida a no llorar. ¿Qué pensaría Ghani si entraba y la encontraba llorando? Pero el sentimiento de pérdida que tenía era abrumador y, aunque estaba apretando fuerte los párpados, las lágrimas se le desbordaron y rodaron grandes y brillantes como perlas hasta la almohada, formando una mancha húmeda que se iba extendiendo bajo su mejilla.

Estaba muy avergonzada, conocía mejor que nadie las obligaciones que tenía con su marido. Le habían enseñado y repetido una y otra vez que Alá no veía con buenos ojos a los que no cumplían con sus obligaciones. Nuri se frotó los ojos con los nudillos como una niña pequeña.

En el fondo sabía muy bien que sus lágrimas no eran por sus fallos y sus defectos; lloraba —ahora con fuertes sollozos— por Abdullah, un hombre que se había despedido de ella prometiéndole el mundo con la mirada y luego no había vuelto.

Emily Greenwood cogió una taza de café solo y bebió un poco.

Julian había observado que las copas de las largas sobremesas le pasaban factura a su esposa al final de la tarde; le habría dado un poco de lástima si no hubiera estado tan preocupado por su propio bienestar.

Su esposa colocó cuidadosamente la taza sobre el posavasos de cuentas hecho a mano. La mesa de teca oscura estaba construida con traviesas recuperadas del ferrocarril, una madera antigua con un pasado visible en su acabado suave y suntuoso. Incluso estando tan cansada trataba sus valiosas posesiones con mucho cuidado, pensó Julian, y no iba a dejar un círculo en la madera posando la taza caliente.

Emily tenía siempre cara de cansancio y ojeras oscuras que destacaban sobre su palidez; procuraba no exponerse al sol a pesar de vivir en Bali: decía que el calor la incomodaba. A Julian ya no le sorprendía, la había visto empezar a brillar como un espejo con el sol reflejándose en sus brazos empapados en sudor mientras recorrían la escasa distancia desde su coche con aire acondicionado y chófer hasta su lujoso chalé en la playa.

Julian respiró hondo, se apoyó sobre la mesa y rodeó con sus dos manos la de Emily, notando una sensación de calor y humedad que le recordó a las pequeñas toallas enrolladas que ofrecen en los aviones.

—Cariño, necesito un poco de ayuda —dijo sin olvidarse de refinar su acento, porque a Emily no le gustaba acordarse de la brecha social de su matrimonio.

Sus ojos, bordeados por pestañas finas y casi invisibles —el rímel había desaparecido tras el largo día— se entrecerraron y apartó la mano. Era solo un pequeño gesto de rechazo pero Julian sabía que significaba problemas.

No tenía más opción que continuar, se estaba quedando sin tiempo y sin excusas. Se rio un poco, y la risa le sonó forzada incluso a él mismo. Volvió a cogerle la mano, ella intentó retirarla, y se entretuvieron unos instantes en un tira y afloja infantil hasta que Julian la soltó.

—No es nada grave —añadió, intentando adoptar un tono despreocupado y tranquilizador.

—¿Cuánto? —preguntó Emily.

Julian sintió cómo se sonrojaba; comenzó a morderse una punta del bigote; su abultada nuez de Adán saltó de alegría cuando consiguió tragar saliva. Su mujer era increíble, tenía más dinero del que podía gastar en tres vidas, pero era tan tacaña como un usurero de pueblo sentado con las piernas cruzadas debajo de una higuera.

—Dos millones de rupias —respondió.

—¿En las peleas de gallos?

Él asintió cabizbajo.

—Era algo seguro, pero luego el pájaro no quiso pelear; creo que estaba amañado.

Emily se echó a reír y enseguida se le empezaron a caer las lágrimas.

—Juegos sucios de gallinas —dijo temblando de la risa, con la papada estremeciéndose alborozada.

Julian se clavó las uñas en las palmas de las manos con tanta fuerza que pensó que se haría sangre. Sabía que tenía que mantener la calma, mostrarse tranquilo. Intentó reírse con su esposa, pero era demasiado difícil. Camufló su intento con una tos seca y luego curvó los labios tratando de aparentar buen humor.

Emily dejó de reírse tan de repente como había empezado; sacó de su bolso de mano un pequeño pañuelo de seda y se secó los ojos y las mejillas con leves toquecitos.

—No pienso prestarte dinero —le dijo en tono firme.

—Es poca cantidad, querida. Te lo devolveré. Solo lo necesito para superar esta mala racha. No volverá a ocurrir, te lo prometo —forzó una risita—. Creo que he aprendido la lección, mi amor.

Ella alzó su bonita cara redonda y lo miró inexpresiva.

—Soy tu esposa, no tu prestamista de última instancia —dijo.

7

Las cosas de Richard Crouch eran realmente poco interesantes, pensó Singh mientras revisaba las bolsas de plástico que la policía balinesa había confiscado a la viuda: varios pares de pantalones oscuros, camisetas lisas y elegantes, y calzoncillos estilo bóxer muy bien doblados. El policía se preguntó quién se ocuparía de mantener la ropa organizada, ¿sería Crouch o su esposa? Por lo poco que sabía de su relación, no podía imaginarse a Sarah Crouch doblando amorosamente los calzoncillos de su marido.

Bronwyn levantó la vista; estaba sentada hojeando el pasaporte del muerto un poco más allá.

—Seguro que lo mataron fuera del Sari Club, quizá en la calle —comentó.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Singh mientras doblaba la ropa interior de Crouch procurando seguir los pliegues anteriores.

—No era la clase de hombre que sabe divertirse, no creo que estuviera en una de las discotecas más modernas de Kuta.

Ahora fue Singh quien levantó la vista muy interesado, pero Bronwyn no añadió nada más.

—Bueno, siga. ¿Cómo sabe que Crouch no sabía divertirse, aparte de la evidencia de su elección de esposa?

Bronwyn arrugó su pequeña nariz.

—No sé por qué le tiene tanta manía a esa mujer. —Singh esperó a que continuase y ella señaló las pertenencias de Richard Crouch—. ¿Qué clase de ropa es esta? ¿Dónde están los bañadores, las camisetas de surfista, las sandalias y la crema solar? ¡Parece que hubiera hecho la maleta para una conferencia de ingenieros en Singapur! Y no hay ni un solo recuerdo.

Singh se dio cuenta de que tenía razón, como equipamiento para el estilo de vida balinés era patético. Miró aquellas cosas, el conjunto tenía un aire familiar pero no sabía a qué le recordaba. Se preguntó si se le estaría escapando alguna pista, odiaba las investigaciones lejos de su propio terreno en Singapur. Nunca estaba seguro de si las discrepancias que detectaba se debían a su refinado olfato para el

crimen o al entorno desconocido, donde se sentía incómodo sin ninguna causa relevante para la investigación.

Revolvió las camisetas: eran sencillas, lisas, de algodón de buena calidad pero sin marca. No había ni siquiera una de esas imitaciones de las grandes marcas que se venden en las zonas turísticas de Bali.

De repente se dio cuenta.

Las pertenencias de Richard Crouch le resultaban familiares porque eran cosas corrientes y estaban bien ordenadas, como el contenido de la maleta que él tenía en el hotel. La observación de Bronwyn sobre la ausencia de bañadores, camisetas de tirantes, sandalias o crema solar podría haberse referido a su propio equipaje. Aunque, para hacerse justicia, lo habían enviado a Bali para colaborar con la policía en la lucha antiterrorista: no había ido a esa isla tropical para vivir como los turistas y los expatriados. Además, prefería las camisas de manga larga a las camisetas.

Singh se imaginó vestido con bermudas de flores y sandalias abiertas, con la tripa colgando sobre la goma del pantalón, el turbante intacto y el pecho peludo salpicado de arena, y soltó una carcajada: llamaría tanto la atención como el turista del tanga.

Bronwyn lo miró con una sonrisa.

—¿De qué se ríe?

Singh sacudió la cabeza, era una imagen mental que prefería mantener en privado. En vez de responder, le preguntó:

—¿Hay algo en el pasaporte?

Era uno de esos documentos gruesos, un cuadernillo de casi cien hojas de color granate, con el escudo dorado de la portada desgastado y casi invisible. En algunos países, pagando una tasa adicional, los que viajan mucho pueden solicitar un pasaporte con más hojas si creen que se va a llenar de sellos antes de caducar.

Singh lo abrió, reconoció el sello verde de la aduana indonesia con el nombre del aeropuerto de Bali, «Ngurah Rai», y fue pasando despacio las páginas. Era como hacer una gira por el tercer mundo, Sarah no exageraba al decir que su marido viajaba mucho. Y parecía que en esos viajes a Sudamérica, India, Pakistán e Indonesia, había disfrutado confraternizando con los lugareños en lugar de vivir como suelen hacer los extranjeros, en guetos de expatriados y evitando el trato con los nativos a menos que fuesen empleados domésticos.

—Bueno, ¿qué opina? —preguntó Bronwyn levantándose y estirando los brazos con un sonoro chasquido de las articulaciones.

—No hay nada que parezca especialmente interesante. ¿Los

ingenieros químicos tienen enemigos relacionados con su trabajo?

—¿Alguien que lo haya seguido hasta Bali? Parece poco probable.

—Necesitamos más sospechosos —dijo Singh—. Mañana vamos a localizar a los supuestos amigos de él y de ella. Richard Crouch estuvo viviendo en Bali seis meses; en ese tiempo se buscó un enemigo dispuesto a mirarle a los ojos y a dispararle a bocajarro en mitad de la frente. Estoy decidido a averiguar quién fue.

El inspector singapurense abrió el pasaporte por la página con la foto de Richard Crouch.

Bronwyn se lo quitó de la mano y estudió el retrato del muerto.

—Parece un hombre tan sencillo…, cuesta imaginarse que alguien lo odiara —dijo.

Agus no temía que su presa lo descubriera, vestido de paisano no parecía un policía. Llevaba el pelo algo más corto que la mayoría de los hombres, pero los balineses suelen ir bien arreglados, no era algo que llamase mucho la atención.

Ese gordo de Singapur le había dicho que vigilase a la mujer, y si salía que la siguiera discretamente para ver si se encontraba con alguien. No sabía por qué le daba órdenes un policía extranjero, pero estaba demasiado abajo en el escalafón como para preguntárselo a sus superiores. Además, a Agus le gustaba la idea de seguir a alguien; era el tipo de trabajo que lo había impulsado a hacerse policía, aunque hasta ahora no había hecho más que dirigir el tráfico. Era una tarea ingrata, nadie le hacía mucho caso en los congestionados cruces de Kuta y Denpasar aunque tocase el silbato como loco y moviese los brazos como si fuera un molino de viento. Dirigir el tráfico balinés era como arrear una manada de gatos.

Después del atentado, Agus se había quedado consternado, como todo el mundo en Bali, pero también había albergado la esperanza de poder colaborar de algún modo en la investigación. Se trataba del peor atentado terrorista de la historia de Indonesia ¿cómo no iban a recurrir a todos los policías que pudieran encontrar?

Pero a él lo habían seguido destinando a dirigir el tráfico con instrucciones adicionales de estar atento a cualquier individuo o vehículo de aspecto sospechoso, y sobre todo a individuos de aspecto sospechoso al volante de un vehículo: temían que hubiera otro coche bomba. Él se había esforzado al máximo, daba el alto a todas las furgonetas cerradas y exigía que le dejasen ver la parte de atrás,

paraba coches al azar y revisaba las mochilas de los motoristas. Considerando el poco tráfico que había después de marcharse tantos turistas, se le había dado muy bien organizar atascos en el centro de Denpasar, estaba claro que había sido un esfuerzo inútil. Para encontrar el vehículo adecuado en el momento oportuno hacía falta mucha suerte, y Agus temía que Bali ya no era una isla afortunada.

Pero ahora le habían asignado un trabajo de verdad; aunque no sabía quién era la mujer ni por qué tenía que seguirla, pensaba hacerlo a conciencia. Era blanca y flaca, con el morro torcido y el pelo amarillo revuelto. Agus no era de esos balineses a los que les gustan las mujeres caucásicas, pero muchos de los jóvenes que trabajan en los hoteles o se buscan la vida en la playa encuentran muy atractivas a las turistas: les encanta su pelo rubio, su bronceado y su actitud de superioridad tan natural. Y también ocurría a la inversa: mientras que a los hombres balineses les atraía la independencia y la asertividad de las mujeres occidentales, a los hombres blancos solía cautivarles la dulce belleza y la actitud discreta de las balinesas. Era poco natural, pensaba el policía, era la atracción de los polos opuestos. Pero ninguno de ellos conocía ni comprendía realmente la cultura de los otros. Era una atracción superficial, válida para un romance de vacaciones, pero sin fundamento.

Pero eso no iba con el joven Agus; él era un hombre serio: su esposa era del mismo pueblo que él.

Volvió a concentrarse en su objetivo, el taxi de la mujer se había detenido en Kuta, delante de un hostal. Era un edificio destartalado a unos cien metros de la playa, en el otro lado de la carretera, uno de esos sitios frecuentados por surfistas de bajo presupuesto mientras disfrutan de las suaves olas de la playa de Kuta.

La mujer se bajó del taxi, caminó rápidamente hacia el hostal y le preguntó algo al portero. El policía estaba demasiado lejos para oír lo que decía, pero vio que el hombre señalaba muy sonriente hacia el mar.

El policía se agachó y fingió atarse un zapato mientras la mujer pasaba a su lado. Ella ni siquiera lo miró, y tampoco lo habría mirado aunque hubiera estado justo en su camino, pensó Agus. Debía ser una de esas mujeres que no eran capaces de distinguir a un balinés de otro y solo veían hombres menudos de piel oscura, pelo negro y amable sonrisa esperando poder ser útiles. El policía trató de controlar su repentina irritación por las hordas de turistas que elegían Bali para pasar las vacaciones y ni siquiera tenían la deferencia de saludar a sus

habitantes. Entonces se acordó del atentado… Aunque estuviera resentido con esos extranjeros, ellos eran el sustento de su pueblo.

La mujer estaba esperando para cruzar la transitada carretera que separaba el hostal de la playa; se lanzó entre el tráfico y una moto tuvo que esquivarla con un peligroso quiebro. Se paró un instante en el arcén y luego echó a correr hacia la playa apartándose de la frente el pelo pegado por la humedad.

El policía la siguió como dando un paseo y observó que miraba hacia uno y otro lado de la costa y luego encorvaba los hombros; la persona que buscaba no estaba allí pero ella siguió escudriñando el horizonte.

De repente, la mujer echó a correr hacia la orilla.

Había un surfista cabalgando las olas, que no eran muy altas pero eran largas y uniformes, y el joven se deslizaba con una elegante naturalidad sobre las crestas blancas, avanzando en diagonal hacia la costa. Cuando estuvo más cerca, la mujer agitó los brazos y gritó algo, pero el viento arrastró sus palabras y las dispersó por la playa. La trayectoria del joven lo llevó más allá de donde ella esperaba impaciente; saltó de su colorida tabla de fibra de vidrio y con el agua por las rodillas se dirigió hacia la orilla a unos cincuenta metros de donde ella estaba.

La mujer corrió hacia el surfista y esta vez el policía pudo oírla: «¡Greg! ¡Greg, estoy aquí!», gritaba.

El surfista por fin escuchó su nombre; Agus, que estaba mucho más cerca, vio que hacía una ligera mueca. Mientras ella se acercaba, él transformó su expresión en una amplia sonrisa y le devolvió el saludo. Cuando estuvieron frente a frente se detuvieron y al momento ella le abrazó por la cintura apoyando la cabeza en su pecho desnudo. El surfista vaciló un instante, se decidió y la rodeó con sus brazos dorados que aún goteaban.

—Lo han encontrado, Greg. Han encontrado el cuerpo.

—¿Dónde?

—En el Sari Club.

—Pobrecillo —dijo aquel joven alto con cierta simpatía.

El policía observó que tenía el pelo rubio casi blanco por el sol y le brillaba como un halo por detrás de la cabeza. El pecho liso y bronceado quedaba en sombra, haciendo un fuerte contraste con la palidez de la mujer.

—Lo que importa es que ahora podremos estar juntos —dijo Sarah Crouch.

Singh miró alrededor de la mesa pensando que había visto muy pocas veces una pandilla tan variopinta.

Vistos de uno en uno eran normales, algunos incluso atractivos. Julian Greenwood le recordaba a uno de esos actores que siempre hacen el papel de señor de la mansión en las telenovelas de época. Su esposa, Emily, tenía un aire autocomplaciente, como el de un felino con pedigrí bien alimentado.

Los Yardley eran menos atractivos. Tim se parecía a un millón de otros hombres de mediana edad con sobrepeso, poco pelo y un aire de discreta desesperación. Su mujer era un poco rara, con la piel requemada como el cuero, delgada y musculosa. Singh pensó que el pelo de Karri parecía un nido hecho por un pájaro descuidado, con ramitas y pajas saliendo por todos lados.

Si los hubiera visto por la calle en Bali o incluso en Singapur no se habría fijado mucho, eran los típicos expatriados ligeramente decadentes. Singh se imaginó que habrían leído a Kipling en el colegio y que habían viajado a Asia cuando se les presentó la ocasión de disfrutar de la superioridad de la «blancura» —aunque no lo digan, la mayoría de los asiáticos asume que cualquier persona de piel blanca tiene muchas más probabilidades de ser rica y culta, y de estar emparentada con estrellas de Hollywood.

El inspector de Singapur se sorprendió por su creciente irritación con las dos parejas sentadas frente a él en semicírculo, como los participantes de un concurso de televisión. Lo miraban en silencio con una expresión hostil que le resultaba enervante; no hacía falta saber mucho sobre la naturaleza humana para darse cuenta de que lo despreciaban por ser «nativo», como habría dicho Sarah Crouch.

Greenwood interrumpió sus reflexiones en tono mordaz:

—¿No decía que quería hacernos algunas preguntas?

Singh le sonrió. Julian no lo sabía, pero el policía sij agradeció que le recordasen que tenía trabajo que hacer, no era momento de generalizaciones culturales sino de estudiar a esos individuos.

Además, si tenía suerte, uno de esos inútiles resultaría ser un asesino.

—¿Pero de qué va todo esto? —continuó Greenwood.

—¡De Richard Crouch! —exclamó Singh.

Vio que todos lo miraban con verdadero interés, todos excepto Tim Yardley, que no levantó la vista al escuchar la noticia. Singh tomó nota de su reacción, o de su falta de reacción, para analizarla más tarde.

«¿Qué pasa con él?», «¿Lo han encontrado?», «¿Dónde está?»… Todos empezaron a preguntar a la vez, todos excepto Yardley.

—Sí, lo hemos encontrado…

Greenwood se inclinó hacia delante, con su larga nariz temblando de irritación por la ausencia de detalles.

—¿Entonces? ¡Díganoslo! ¿Dónde está?

—Tendría que haberles dicho que hemos encontrado lo que queda de él.

Tardaron un momento en asimilarlo; Singh los observó mientras registraban lo que implicaban sus palabras. Las dos mujeres, aunque parecían tan distintas, reaccionaron de la misma manera: poniendo cara de espanto y tapándose la boca con las manos.

Tim Yardley levantó la vista, se encontró un instante con los ojos de Singh y luego volvió a mirar la mesa. Singh se dio cuenta de que tenía las uñas mordidas hasta la carne.

El otro hombre fue el primero en reaccionar:

—¿Aquí en Bali? ¿En el atentado del Sari Club?

Singh asintió un par de veces y el turbante osciló arriba y abajo como trazando un signo de exclamación.

—Pobrecillo —susurró Karri.

Singh se dio cuenta de que a ella no le caía bien Richard Crouch aunque a la vez se compadecía de su suerte.

Emily intervino convencida de que sus palabras tenían el carácter de una orden:

—Eso no explica por qué nos ha citado aquí —dijo con serenidad.

Singh no respondió a la pregunta implícita. No tenía la costumbre de dejarse interrogar por los sospechosos ni los testigos; en realidad, disfrutaba mucho haciendo enfadar a los declarantes, ignorando sus preguntas y revelando poco a poco lo que él sabía cuando le convenía.

Tim quiso meterse también:

—¡Emily tiene razón! ¿Para qué quería vernos? —exclamó indignado.

—Entonces, ¿cómo conocieron a Crouch? —preguntó Singh en tono informal, haciendo caso omiso.

—¿Por qué quiere saberlo? —exigió de nuevo Emily.

—Las preguntas las hago yo —dijo cortante Singh.

De repente se produjo un silencio mientras los dos hombres y las dos mujeres asimilaban el cambio de tono.

Tim Yardley se rindió de inmediato ante la autoridad y pasó a mostrarse conciliador. Singh sintió un poco de lástima al pensar que

Yardley habría sido uno de esos niños que sufren acoso en el colegio. Sin embargo, en el contexto de una investigación criminal resultaba útil tener a alguien que siempre trataba de congraciarse con la persona más enérgica del grupo.

—Nos conocimos en un restaurante de Kuta y… nos hicimos amigos. Aunque, para ser sinceros, teníamos más amistad con Sarah que con Richard.

Singh guardó silencio invitándole a seguir con las confidencias, y Yardley comenzó a hablar muy deprisa para llenar con palabras el amenazador silencio.

—Empezaron a discutir por la cuenta, les querían timar, ya sabe cómo son los balineses…

Singh notó que Bronwyn se revolvía a su lado, y confió en que tuviera el sentido común de no interrumpir a Yardley para defender a los balineses.

—¡Siga! —bramó.

—Sarah estaba montando un escándalo porque les estaban cobrando de más; a Richard no parecía importarle tanto. Nosotros estábamos cenando en la mesa de al lado y ella nos preguntó si pensábamos que la cuenta era razonable… —Tim se interrumpió.

Julian siguió contando la historia:

—Empezamos a hablar y al final se fueron sin pagar. Emily y yo les recomendamos un restaurante indio en Sanur y quedamos en volver a vernos allí… Después de eso empezamos a salir juntos de vez en cuando.

Esta vez Singh no fue lo bastante rápido para impedir que Bronwyn saltase.

—¿Entonces dice que unos cuantos expatriados se pusieron de acuerdo para estafar a un pobre hostelero balinés, y que estaban tan orgullosos de la jugada que se hicieron amigos? —dijo con frialdad.

Bronwyn se estaba burlando, pero Singh sabía que su exageración tenía un fundamento real; él había observado esa misma actitud en Singapur: a veces oía a los expatriados quejándose del mal servicio en los restaurantes y gasolineras, olvidándose convenientemente de los estudiantes malhumorados que trabajan como camareros en Londres o de las gasolineras de autoservicio de Sidney. Estaba claro que para los expatriados era importante poder quejarse de los lugareños, y se dio cuenta de que realmente forjaban amistades sobre esos frágiles cimientos.

—¿Se veían con frecuencia? —preguntó.

—Casi todas las semanas —dijo Julian.

Singh asintió.

—Entonces lo conocían bien, ¡es estupendo! ¿Quizá alguno de ustedes pueda decirme quién lo mató?

La viuda del hombre asesinado estaba en el restaurante del hotel tomando un cóctel, uno de esos brebajes tropicales con zumo de piña, ron negro y una pequeña sombrilla de color rosa clavada en el corazón de una cereza.

Wayan, el encargado de la recepción, se dirigió presuroso hacia ella; en la mano llevaba varias hojas de papel de notas que le tendió respetuosamente.

—Ibu, la han llamado varias veces mientras estaba fuera.

Ella cogió las notas, las llamadas eran de Tim Yardley. Se estaba poniendo muy pesado, se arrepentía de haber salido con él, aunque entonces estaba desesperada, dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad, por pequeña que fuera, para librarse de su marido.

Sarah no lamentaba la muerte de su marido, le daba pena por él, pero era un sentimiento distante, como si hubiera visto un drama en la televisión o leído algo triste en un periódico. No sentía la pena desgarradora que provoca la pérdida de un familiar. El hallazgo del cadáver la había conmocionado, pero también había sido un alivio. En realidad nunca había creído que su marido la hubiera abandonado sin más, Richard no era así, su sentido de la moralidad estaba por encima de todo y de todos.

La muerte de Richard significaba que podía estar con Greg Howard siempre que quisiera. Cuando pensaba en Greg —tan alegre y despreocupado, siempre dispuesto a aprovechar cada día al máximo— las líneas de expresión se le alisaban como si le hubieran pasado una plancha. Le parecía increíble que ahora pudieran estar juntos. Sabía muy bien que Greg no sentía por ella lo mismo que ella por él, pero eso no le importaba. Ahora que tenía su libertad y algo de dinero en efectivo, no tendría problemas para mantener al surfista a su lado. Sarah se sobresaltó al darse cuenta de que era feliz, y sus labios dibujaron una leve sonrisa de satisfacción. Se esforzó por controlar la expresión que empezaba a iluminar su rostro como un radiante amanecer balinés, ¡tenía que mantener a raya sus emociones! No le convenía que ese policía sij de Singapur y su enorme compañera australiana descubrieran que no estaba desolada en absoluto por la

pérdida de su marido. Singh podría llegar a todo tipo de conclusiones fastidiosas. Sus pensamientos volvieron a Greg, y esta vez no pudo evitar que sus labios se curvaran como un arco a punto de disparar. Cuando levantó la vista, Wayan la estaba mirando fijamente con cara de auténtica consternación.

Una ráfaga de viento hizo que las servilletas de papel salieran volando como pequeñas cometas sin hilo; Karri fue la única que reaccionó cogiendo la suya, los demás estaban mirando a Singh con cara de perplejidad, todos excepto Tim, que seguía concentrado en el mantel rojo.

Al igual que Singh antes, Bronwyn se fijó en su reacción: no parecía sorprendido por la pregunta. ¿Lo sabría de antemano? Y si lo sabía, ¿quién se lo habría dicho? ¿Se habría filtrado la información o habría una explicación más siniestra? Por muchas vueltas que le daba, no se imaginaba ninguna situación en la que un hombre como Tim Yardley se viera impulsado a matar a alguien.

Puestos ya a especular, ¿sería que Richard Crouch había tenido una aventura con Karri y Tim lo había matado en un ataque de celos? Bronwyn tuvo que contener una sonrisa, era una hipótesis absurda: a juzgar por lo que había en su maleta, el muerto debía ser rígido, bien organizado y conservador, y sería difícil que alguien así tuviera una relación con esa mujer tan extravagante que seguía agarrando su servilleta como si fuese un trofeo.

El silencio en torno a la mesa resultaba agobiante. Bronwyn miró a Singh, que estaba totalmente absorto limpiándose una uña, intentando extraer una pizca de suciedad. Le extrañó que no estuviera observando a esa gente, ¿acaso no era importante analizar sus reacciones? No acababa de comprender el procedimiento de una investigación criminal… Aunque seguramente lo que no entendía eran los métodos del policía sij.

Tendría que seguir su propio instinto, era imposible imitar al inspector de Singapur o prever lo que haría. Bronwyn contempló a las dos parejas y pensó que sería Emily Greenwood quien hablase primero, parecía la más segura de sí misma. El impacto de las palabras de Singh había despejado su mente de los efectos del alcohol, y se la veía pensativa, no asustada.

Justo en ese momento, y en un tono neutro discordante con sus palabras, Emily preguntó:

—¿De qué demonios está hablando?

—Quisiera saber quién le pegó un tiro a Richard Crouch —respondió Singh de buen humor, como si estuviese entre amigos.

—¿Un tiro?

—Sí, ya sabe —Bronwyn se quedó atónita al ver que levantaba los dedos como un niño imitando una pistola, apuntando con el índice a su propia frente y curvando el dedo corazón para indicar que apretaba el gatillo—. ¡Pum!

Si a Emily le impresionó su crudeza, no lo demostró; solo dijo:

—Pensé que estaba en el Sari Club.

Singh frunció el ceño, tenía la frente arrugada como una alfombra barata.

Bronwyn se imaginó la razón de su enfado: le fastidiaba que le recordasen el insólito vínculo entre el crimen que investigaba y el atentado.

—¡Le dispararon antes! —dijo cortante el policía sij.

Emily se erigió en portavoz de los demás:

—¡Pues en eso no hemos tenido nada que ver! —dijo encogiendo sus rollizos hombros pecosos.

8

—¿No hay noticias de ellos?

Bronwyn negó con la cabeza y respondió tímidamente:

—Ni siquiera es seguro que los amigos de Crouch fueran javaneses.

—¿Qué quiere decir? —gruñó Singh.

—Wayan dijo que eran musulmanes de Java, pero podrían ser de Lombok, Sulawesi o Sumatra. Hay cientos de islas en Indonesia, Bali es la única que no es de mayoría musulmana.

Singh rechinó con frustración sus oscuros dientes de fumador; estaba convencido de que iba a ser imposible reconstruir la vida que llevaba Richard Crouch en Bali si no encontraban a esos amigos suyos. Además, cuando los principales testigos están en paradero desconocido los crímenes no se llegan a esclarecer.

Con Wayan no habían avanzado nada, su descripción de esos hombres no servía para identificarlos entre los balineses, y mucho menos para distinguirlos de otros trabajadores del archipiélago indonesio.

Singh había insistido en llevar a Wayan a Ubud para recorrer las zonas que estaban en obras y los sitios donde solían reunirse los trabajadores javaneses y del resto de Indonesia, pero no había visto a esos hombres por ningún sitio. Lo malo era que no estaba seguro de reconocerlos aunque los viera, según había dicho.

—Eran hombres corrientes, pak —dijo quejumbroso—. Uno era bastante mayor, llevaba barba; otro era más bien joven y bastante guapo, pero no me fijé tanto.

Singh observó a los hombres que fumaban cigarrillos de clavo a la sombra de un samán junto a la entrada del Bosque de los Monos. Había un hombre mayor con barba, aunque la mayoría eran jóvenes y entre ellos había varios que podrían describirse como guapos.

—Vas a tener que esforzarte un poco más, Wayan. Tenemos que encontrar a esa gente.

—A lo mejor han vuelto a Java. Se ha ido mucha gente, no solo los turistas —dijo Wayan en tono lastimero.

Singh sabía que era muy posible que esos hombres se hubieran

marchado de Bali, apenas quedaba trabajo en la isla.

—¡Necesito saber qué hacía Crouch los días antes de su muerte! —dijo haciendo crujir los nudillos.

—Ya nos lo ha contado su viuda —señaló Bronwyn.

—Confiar en Sarah Crouch como única fuente de información es una absoluta pérdida de tiempo —insistió el inspector.

Al ser la única sospechosa que tenían, todo lo que dijese Sarah Crouch había que tomárselo con un grado de escepticismo que encajaba bien con el carácter de Singh, pero no le ayudaba a avanzar con la investigación.

—Además —continuó—, ella tampoco pasaba mucho tiempo con su difunto esposo.

Wayan, que estaba sentado en el bordillo con aspecto sombrío, se animó de repente.

—Hay una cosa, pak —dijo.

Singh lo miró esperanzado.

—¿Te has acordado de que uno de ellos tenía tres ojos?

Wayan se levantó con cara de perplejidad.

—No, pak. Algo así no se me habría olvidado.

—¿Entonces, de qué te has acordado? —dijo Singh, arrepintiéndose de su sarcasmo.

—¡Tenían una moto!

—Eso ya lo sé —dijo Singh, notando que le empezaba a doler la cabeza.

—Era una moto nueva, con mucha cilindrada, y era roja.

Singh echó un vistazo a las filas de motos aparcadas a lo largo de la calle, la mayoría eran viejas, con colores apagados, casi todas negras o grises y con motores poco potentes.

—Oye, eso sí que podría ser útil —le dijo a Wayan, dándole una palmada en la espalda que obligó al radiante muchacho a dar dos pasos para recuperar el equilibrio.

Los hombres estaban fuera, Abu Bakr y Yusuf se habían ido juntos y su marido había salido poco después.

Ramzi había arrancado la moto y había desaparecido entre la clásica nube de polvo balinés. Al salir, había mirado indignado el desorden del apartamento desde la puerta y se había despedido diciendo: «¡Espero que recuerdes tus obligaciones como mujer y limpies este desastre!».

Nuri intentó ver la televisión. Habían detenido a uno de los terroristas de Bali, un tal Amrozi, al que la policía indonesia había localizado en su casa de Solo, en Java. No negaba su participación en el atentado y parecía encantado de poder alardear de ello cuando se lo llevaban esposado. También decían que la policía había encontrado un número de serie bajo una pieza metálica que estaba soldada, y así habían identificado el coche bomba.

Nuri apagó el televisor con fastidio, no le interesaba en absoluto la investigación del atentado.

Pensó en deshacer las camas y buscar una lavandería para lavar las sábanas, pero estaba agotada, con un cansancio que no se debía a la actividad física sino al peso de la fatiga mental y la preocupación.

¿Dónde estaba él, ese hombre al que había tratado tan poco tiempo y al que amaba tan intensamente?

Intentó recordar si Abdullah había dicho algo, insinuado algo que pudiera explicar su desaparición. No se le ocurrió nada, habían pasado muy poco tiempo juntos. Podía recordar todas sus conversaciones palabra por palabra —la cortesía, luego la calidez y después el descubrimiento del amor. No se dieron cuenta al mismo tiempo, pero sucedió tan rápido que no llegaron a sentirse incómodos por la disparidad de sus emociones. Había sido breve y perfecto.

Pensó si al haber estado protegida toda su vida, y casada con un hombre mucho mayor que ella, estaría exagerando lo que había ocurrido. Tal vez tuvieran razón sus padres cuando le advertían que no se puede confiar en los hombres, que son demasiado débiles para resistir la tentación. Por eso, le habían explicado, el deber de una buena musulmana es mantenerse cubierta de pies a cabeza, prescindir del maquillaje y comportarse con discreción y decoro para no provocar en los hombres la tentación de la lujuria o el deseo fuera de lugar.

En su casa nunca se había hablado mucho de amor; entre ellos se hablaba de obligación y de responsabilidad, aunque también de devoción. Nuri había asimilado bien las lecciones: jamás se había planteado si su marido la amaba, ni se había parado a pensar si ella le amaba a él. Para ser honesta, como lo estaba siendo estos días y noches interminables y vacíos, ella respetaba a Ghani —sobre todo por su trabajo en favor de los musulmanes oprimidos. Sentía cierto afecto por él, y sin duda él también sentía algo de afecto por ella, después de todo la había elegido como esposa. ¿Pero el amor? Hasta el viaje a Bali, ella no sabía que el corazón puede saltar literalmente

de alegría, ni imaginaba que al cruzar un instante la mirada con alguien podía sentirse como si se hubieran besado, y tampoco conocía la desesperación de la separación.

Pero ahí estaba, sola en aquel cochambroso apartamento de Bali. El hombre con el que pensaba vivir el resto de su vida se había marchado sin despedirse. Era demasiado para asimilarlo, ¿tan tonta había sido?

Nuri sintió un estallido de energía, iría a buscarle otra vez. Llevaba días saliendo a recorrer las calles con cualquier pretexto: encontrar una carnicería halal, comprar productos básicos, reponer los productos de limpieza… Aunque casi la descubren en varias ocasiones porque lo había olvidado por completo y había vuelto con las manos vacías.

Recordó que el día después del atentado, cuando ya estaba claro que Abdullah no volvía como había prometido, les sirvió a los hombres el pollo que había comprado en un comercio que no era musulmán. Ghani se divorciaría de ella si se enterase, pero si no lo sabía tampoco iba a hacerle daño. Su Dios parecía ser vengativo, pero Nuri suponía que para merecer un castigo había que tener algún conocimiento de la infracción. Pensó que sería ella quien sufriría la cólera de Dios, y se sorprendió al darse cuenta de que no le importaba nada.

Saldría a ver si podía averiguar algo sobre su hombre; racionalmente sabía que era imposible encontrárselo andando por la calle, pero era lo único que se le ocurría hacer. No podía quedarse en aquel apartamento pequeño y claustrofóbico esperando a que su marido y sus hermanos volviesen.

Singh era la viva imagen de la satisfacción.

Bronwyn lo miró sonriente.

—Parece de buen humor, ¿cree que estamos progresando?

Singh se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre el mantel de falso satén color berenjena, y negó brevemente con la cabeza mirando a su colega australiana.

—No hemos avanzado nada. No sé usted, pero yo no tengo ni idea de quién mató a Richard Crouch.

—¿Y por qué está tan contento?

—Comida india —explicó Singh, señalando con la cabezota el menú que estaba estudiando como si fuese una prueba esencial para la

investigación.

—¿Qué?

—Comida india —repitió Singh levantando la voz, optando por pensar que no lo había oído en lugar de que no lo había entendido—. ¡Estoy hasta las narices de *nasigoreng*!

Bronwyn soltó una risita.

—Me extrañaba que le pareciese tan importante ver el restaurante que mencionó Julian Greenwood…

—No sea tan cínica, estoy aquí para avanzar con nuestra investigación, eso es todo. —De repente sonrió y añadió—: Aunque debería admitir que he decidido seguir con la investigación a la hora de comer por razones personales.

Bronwyn miró el menú y se dio cuenta de que tenía hambre. Los olores que llegaban de la cocina le hacían cosquillas en la nariz y parecían muy apetecibles. Probó a meter el pulgar bajo la cintura del pantalón pero no pudo, desde que había conocido al inspector de Singapur no había comido nada que no estuviera frito o llevase salsa de *curry*. A este paso, iba a necesitar comprarse ropa.

Singh llamó a un camarero y pidió una botella grande de Bintang y una selección de platos.

—¿Es que esperamos a alguien? —preguntó Bronwyn en tono insolente.

—Soy un hombre sencillo con gustos sencillos, y estoy famélico.

Bronwyn se quedó mirando al obeso Singh pero se abstuvo de hacer más comentarios.

Echó un vistazo alrededor del restaurante, tenía una cristalera que daba a una de las calles principales de Sanur, y estaba desierto, aparte de un hombre con cara de mal humor tomando una cerveza en la barra. En ese momento, el hombre llamó a una camarera y señaló una mancha que había en el suelo. Bronwyn se dio cuenta de que era el propietario cuando la camarera se alejó a toda prisa y volvió con una fregona gris.

Singh debía haber llegado a la misma conclusión porque le hizo un gesto al hombre para que se acercara.

—¿Es usted el propietario? —le preguntó.

El hombre, un indio de piel oscura con bigote militar y el pelo teñido de negro, asintió.

—La comida huele muy bien.

—Pero se han marchado todos los clientes.

Singh asintió.

—¿Cómo es que ustedes siguen aquí?

—Somos policías —explicó Singh.

El hombre enarcó las cejas y, para consternación de Bronwyn, sacó y volvió a meter con un chasquido los dientes delanteros postizos.

—¿Por el atentado?

—Más o menos…

Si le extrañó la respuesta, no lo dio a entender.

—Llámenme «comandante» —dijo extendiendo hacia Singh una mano surcada por líneas que parecían pintadas con rotulador negro.

—¿Comandante?

—Retirado, de la Fuerza Aérea de Malasia, mi nombre es muy difícil de pronunciar para los expatriados.

—Singh, de la policía de Singapur. Y esta es Bronwyn Taylor, de la AFP.

El comandante acercó una silla, pidió que le trajeran su cerveza y se colocó entre los dientes un cigarrillo sin encender.

—¿Entonces por qué están aquí? —preguntó.

—Investigamos un asesinato…, un tal Richard Crouch.

—¿Un inglés alto? ¿La mujer es flaca y con mala actitud?

Singh cruzó los brazos sobre la tripa y sonrió.

—¡Parece que hemos encontrado al hombre adecuado!

La conversación se interrumpió cuando llegó la comida. A Bronwyn le hizo gracia el respetuoso silencio de ambos hombres ante los alimentos; ella estaba impaciente por escuchar lo que sabía el dueño del restaurante sobre los amigos de Sarah Crouch.

Singh se sirvió una generosa ración de comida en el plato y luego inclinó la cabeza hacia el comandante invitándole a unirse a ellos.

El comandante negó con la cabeza mordiendo la punta del cigarrillo y se dio unas palmaditas en la tripa:

—Esto es de beber con los clientes, si comiera con ellos también…

Bronwyn se fijó en que el hombre desviaba los ojos hacia la barriga de Singh, pero no llegó a decir nada.

—¿Y qué quieren saber de Richard Crouch? —preguntó el restaurador.

—¿Quién lo mató?

El comandante se encogió de hombros.

—No se me ocurre quién tendría motivos, él era el menos cargante del grupo. Crouch y su esposa solían venir con otras dos parejas. La verdad es que Crouch no venía tan a menudo; no bebía y tampoco parecía pasárselo bien…

—¿Y los demás cómo eran?

—La gorda guapa tiene dinero, y su marido parece… el protagonista de una de esas películas inglesas, cara huesuda y ojos claros. El otro hombre parecía un auténtico fracasado y su esposa era muy rara, todo un espectáculo.

—¿Y por qué salían juntos?

El comandante hizo un gesto mostrando las palmas de las manos.

—¿Quién sabe? Les gustaban la comida y la cerveza, escuchaban mis historias de la guerra, y supongo que preferían creer que tenían lo bastante en común para ser amigos… Eso lo he visto ya muchas veces en Bali.

—¿Y qué me dice de Crouch y su esposa? —lo interrumpió Bronwyn.

Su respuesta les sorprendió:

—Llevo en este restaurante diez años y todavía me sorprenden esas parejas que siguen juntas aunque no tengan nada en común y no les quede ningún afecto…

—¿No eran felices?

—Cuando estaban en la barra, se ponían uno en cada extremo… El que andaba siempre rondando a Sarah Crouch era Tim Yardley, como un chucho esperando una caricia.

—¿Que Sarah Crouch ha hecho qué? —exclamó Singh.

Habían vuelto a la comisaría después del largo almuerzo y el sargento Agus les estaba informando de sus hallazgos.

—Como le decía, señor —dijo con paciencia el policía—, seguí a la mujer del pelo amarillo desde su chalé en Ubud; tomó un taxi hasta la playa de Kuta y allí se encontró con un joven.

—¿Averiguaste cómo se llama?

—Ella le llamó Greg. No escuché ningún otro nombre, pero tengo el nombre del hostal donde se aloja, en la playa de Kuta. Es uno de los sitios baratos donde van los surfistas.

Singh se quedó en silencio con aire pensativo.

Le tocaba preguntar a Bronwyn:

—¿Estás seguro de que tenían algún tipo de relación?

Agus se sonrojó y evitó mirar a Bronwyn a los ojos mientras respondía.

—Sí, ibu. Ella… ella, bueno, lo besó cuando se encontraron en la playa… en la boca.

Ahora Bronwyn también se quedó callada.

—Ya me parecía un poco rara la actitud de la esposa, pero no se me había ocurrido que pudiera tener novio. Como motivo está muy bien —dijo Singh.

—Eso no explica cómo acabó el cuerpo del marido en el lugar del atentado —señaló Bronwyn.

—No —concedió Singh—. ¡No hay nada que lo explique! Primero voy a cazar al asesino o a la asesina y luego le preguntaré por qué dejó allí el cuerpo.

—La verdad es que yo tengo una teoría sobre eso —dijo tímidamente Bronwyn.

Singh la miró con curiosidad, elevando casi hasta el turbante las cejas arqueadas.

—A lo mejor el cadáver de Richard Crouch no estaba en el Sari Club.

Las cejas de Singh volvieron a bajar hasta formar una línea recta.

Bronwyn se apresuró a continuar:

—Quizá el cuerpo no estuviera en la discoteca ni en la calle, pero podría haber estado en un coche, quizá en el maletero.

Singh abrió la boca para decir algo —«probablemente algo grosero», pensó Bronwyn—, pero la cerró de nuevo y la miró, se mordió el rosado labio inferior y luego dijo:

—¡Puede que tenga razón! Eso explicaría algunas cosas, es cierto.

—Pero no quién lo mató —dijo Bronwyn con franqueza.

—No, no explicaría quién lo mató —coincidió Singh—. Pero al menos ahora tenemos un sospechoso con un motivo razonablemente fundado.

—Aunque Sarah quisiera huir con su amigo el surfista, ¿por qué no se divorciaba como todo el mundo?

—Está usted pensando de manera racional. En mi experiencia, las personas frustradas por el amor pueden tener un comportamiento bastante errático. Crouch podría haberle negado el divorcio, o quizá ella necesitaba dinero… Tenemos que comprobar su situación financiera, quizá la beneficiase la muerte del marido… —dijo Singh.

—A lo mejor —interrumpió Bronwyn—, el surfista se impacientó y decidió cargarse a su rival para conseguir rápido a la chica.

—Me cuesta mucho creer que alguien matase a Crouch para quedarse con esa mujer tan desagradable y estirada, ¡si parece un palo reseco!

Bronwyn frunció el ceño.

—Quizá no sea de los que juzgan por las apariencias.

Singh soltó una risita.

—No funciona así en la vida real, sobre todo entre los surfistas australianos de veintitantos años. ¡Usted debería saberlo!

Singh se giró hacia Agus; el joven policía seguía esperando educadamente, escuchando muy atento la conversación entre el sij y la mujer.

—¿Parecía Greg tan interesado en ella como ella en él? —le preguntó.

El rostro cuadrado y sencillo de Agus delataba su confusión.

—¿Cómo dice, señor?

Singh empezó a dar golpecitos impacientes con la punta de un pie, como si estuviera tatuando el suelo con su silenciosa zapatilla blanca. Bronwyn estuvo a punto de recomendarle unos zapatos de claqué, pero se contuvo pensando que el policía de Singapur no le vería la gracia.

—¿A quién le gusta más el otro, a la chica o al hombre? —preguntó Singh.

La expresión del policía se relajó.

—A la chica le gusta el surfista, señor.

—¿Y al revés no?

—Bueno, quizá le guste un poco. Pero no parecía entusiasmado cuando ella ha dicho que pueden estar juntos.

—¿Qué le había dicho? —alardeó Singh—. El surfista no está ahí por amor.

—¿Ella notó que él no estaba tan interesado? —preguntó Bronwyn al policía balinés.

El hombre negó con la cabeza.

—No, ibu. Yo le veía a él la cara pero ella no podía verlo porque estaban, ya sabe… —dijo, y formó un círculo con los brazos—: abrazándose.

—El surfista no está en esto por amor, pero le oculta a la chica su falta de interés. Hum… ¡Me huele a dinero! —dijo Singh muy contento—. Bronwyn, compruebe lo del dinero, en Scotland Yard ya habrán averiguado algo sobre Richard Crouch.

—El sitio donde vivían en Ubud no es de los mejores —dijo Bronwyn dubitativa, rascándose la cabeza con ambas manos.

—Sí, pero la cantidad de dinero que incita a cometer un crimen varía de persona a persona. Para nuestro joven surfista, lo que tuviera Crouch podría haber sido suficiente.

Bronwyn se levantó y sin mirar atrás dijo:

—Vuelvo enseguida, voy a ver si ha llegado algo del Reino Unido.

El policía balinés se aclaró la garganta y dijo:

—Disculpe, señor.

Singh lo ignoró.

Agus repitió sus palabras un poco más fuerte esta vez y Singh lo miró sorprendido.

—¿Me necesita para algo más, señor?

—No.

—Entonces volveré a mi comisaría para informar.

Singh asintió con un gesto seco; el policía saludó al instante y se dio la vuelta para irse.

—Lo llamaremos si necesitamos algo más —dijo Singh hablándole a la espalda del joven.

El policía no se dio la vuelta, pero al llegar a la puerta se detuvo y giró la vista hacia el interior de la sala.

—Gracias, señor —dijo.

Caminó ligero por el pasillo y cuando se cruzó con Bronwyn, que volvía sujetando un montón de papeles, le dedicó una amplia sonrisa. Ella lo miró sorprendida pero no se detuvo; no creía que nadie se parase a charlar mientras hacía un recado para el irritable policía de Singapur, y no quería poner a prueba su paciencia entreteniéndose.

Bronwyn entró a grandes pasos en la sala y le tendió el montón de papeles al inspector, que lo cogió de mala gana.

—¿Qué dice aquí? —le preguntó.

—Solo he echado un vistazo rápido —dijo Bronwyn—, pero parece que le iba bastante bien: hay un piso en Brighton, algo de dinero en el banco y un seguro con una póliza de casi diez mil libras.

—Es suficiente para que alguien tuviera la tentación de matarlo —comentó Singh.

—No hay testamento, así que la esposa lo hereda todo como pariente más cercano. La policía británica ha confirmado el dato de que era hijo único. Sus padres murieron en un accidente de coche en España.

Singh comenzó a revisar un fajo de papeles con el logotipo del Barclays Bank en la parte superior.

—Su cuenta corriente es interesante —dijo.

—¿Por qué?

—Ha estado entrando dinero, dólares americanos —dijo Singh recorriendo las anotaciones con el dedo—. Tres lotes de diez mil cada

uno.

—¿Y qué? Será lo que ha cobrado por su trabajo de ingeniero. Supongo que sería asesor o algo así —dijo Bronwyn, mostrando ese respeto que muestra la clase trabajadora ante las misteriosas formas de ganar dinero de los demás.

—Pero retiró esa misma cantidad de dinero, la mitad en Yakarta y la otra mitad aquí en Bali —Singh cogió un rotulador, marcó las transacciones y le pasó a Bronwyn el listado.

Ella se concentró tanto en las cifras que sus ojos parecieron juntarse del todo, y dijo:

—En Bali sacó dinero la víspera del atentado; por lo menos ya sabemos que estaba vivo entonces.

Singh asintió.

—Sí, y no se puede sacar tanto dinero de una vez en el cajero automático. Tuvo que ir al banco, habrá que comprobarlo. Quizá alguien lo vio y lo siguió al salir del banco, le disparó, cogió el dinero, escondió el cuerpo en algún coche y lo dejó en Jalan Legian.

—Podría ser —dijo Bronwyn distraída, mientras seguía estudiando los extractos—. Hay otros reintegros de menor cantidad, unos doscientos dólares cada uno, en varios cajeros automáticos de Bali hasta el día del atentado… ¡Y después también! —añadió cuando pasó la página.

—¿Cómo dice? —gritó Singh enderezándose y metiendo un poco la barriga.

—El último reintegro es de la semana pasada, las bombas fueron el doce de octubre.

Singh se levantó trabajosamente y se acercó a Bronwyn para ver el papel que tenía en la mano. Estaba bastante claro, la tarjeta de Richard Crouch se había usado después del atentado.

—Aunque no podamos precisar cuándo se produjo la muerte, al menos sabemos con certeza hasta cuándo pudo estar vivo: hasta justo después de las once de la noche del día doce —dijo Bronwyn.

—Entonces el muerto es como el fantasma de Hamlet, que vaga errante hasta que se ejecuta su venganza. De acuerdo —dijo Singh golpeando la mesa con las dos manos—, tendremos que vengar la muerte de Richard Crouch.

Bronwyn se quedó callada, no sabía de qué estaba hablando el policía sij. Ella era una persona con una mentalidad práctica y sin pretensiones literarias, solo quería saber quién había estado usando la tarjeta de Crouch.

—¿Cree que tendrán cámaras de vigilancia? —preguntó Singh.

—¿Qué?

—En los cajeros automáticos y los bancos, ¿cree que tendrán cámaras?

—No lo sé —dijo Bronwyn, y al ver que las espesas cejas de Singh empezaban a unirse en un gesto de irritación añadió enseguida—: Lo comprobaré.

Él asintió.

Bronwyn se detuvo en la puerta y se giró de nuevo hacia él, arrugando la nariz respingona como si estuviera junto a una pestilente alcantarilla balinesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Singh.

—¿Estamos más cerca de descubrir quién lo hizo?

El obeso policía respiró hondo y soltó una risita.

—Ha estado viendo demasiada televisión. En la vida real, la investigación de un homicidio es un proceso largo y muy laborioso.

Singh se inclinó hacia atrás en la silla, levantó los pies hasta apoyar sus zapatillas blancas sobre la mesa, y añadió:

—Además hay que patear mucho.

El policía no estaba de servicio pero detuvo la moto y se quedó pensando si debería molestarse en hacer algo, después de todo ya había terminado su jornada. Se decidió con un suspiro y se bajó de la moto moviendo las caderas para despegarse los pantalones de la entrepierna. Le habían dicho que buscaban una moto roja con motor potente, al menos 250 centímetros cúbicos, y aquí había una aparcada en la calle. No podía pasar de largo como si no la hubiera visto, y de todas formas ya llegaba tarde al templo.

La moto no tenía nada de particular, era una Yamaha roja, un modelo bonito. No estaba seguro de por qué le interesaba a la policía, pero no iba a cuestionar las instrucciones que había recibido, él estaba ahí para cumplir órdenes. Siguió caminando mientras sacaba la radio para informar a sus superiores.

La radio hizo ruidos de estática y él comunicó su hallazgo con un susurro. Las órdenes que le dieron eran sencillas: vigilar la moto hasta que lo relevasen. Si aparecía el dueño, tenía que seguir la moto hasta donde fuese.

Media hora después llegó el sargento Agus, sin aliento pero muy decidido, sacando el pecho con orgullo. Estaba encantado de que le

hubieran asignado otra misión en esa investigación. Con la vigilancia de la mujer, Sarah Crouch, había demostrado a Singh que podía confiar en él; estaba tan contento que tenía ganas de dar saltos chocando los talones.

Despidió enseguida al policía fuera de servicio —ahora estaba él al mando— y se sentó debajo de una acacia. Sacó un pequeño peine negro del bolsillo trasero, le echó un salivazo y se lo pasó rápidamente por el pelo: aunque no llevara el uniforme, su aspecto debía honrar al cuerpo de Policía en todo momento. Agus encendió un cigarrillo de clavo, aspiró su intenso aroma con matices de sándalo y de *curry*, y se acomodó para esperar a que volviese el dueño de la moto.

—¡Han encontrado la moto roja! —exclamó Bronwyn con la cara colorada por la emoción.

—Habrán encontrado una moto roja —murmuró Singh.

—¡Nada de eso! —dijo Bronwyn sin perder su entusiasmo—. Hemos buscado por todas partes, y no se ven motos grandes y llamativas. Si han localizado una moto roja y potente tiene que ser esa.

—Bueno, ojalá tenga razón.

—¿Y por qué no se alegra? Esto podría ser un gran avance. Si conseguimos localizar a los amigos de Crouch, sabremos enseguida si tenía algún enemigo, alguien que quisiera acabar con él en esta pequeña isla.

—¿Aparte de su esposa y su amiguito surfista, quiere decir? Por no hablar de esa pandilla de expatriados inútiles que vagan por Sanur. Puede que hayan encontrado la moto, pero tendrá que perdonar a un veterano sabueso cínico si no puede alegrarse por un «avance» hasta que haya algún resultado.

—Un perro viejo y gruñón, eso es lo que es usted —dijo Bronwyn cariñosamente.

Singh prefirió ignorar tanto el insulto como el afecto implícito.

—¿Ha llegado la esposa? —le preguntó.

Bronwyn asintió.

—Está en la sala de interrogatorios pequeña. Se me ocurrió que podría esperar allí un rato y plantearse para qué queremos verla otra vez, y ahora en la comisaría.

—¡Estupendo! —dijo Singh—. Me gusta su forma de pensar. La mejor manera de resolver un crimen es marear un poco a los

sospechosos.

Se puso en pie con esfuerzo, apoyándose en el borde de la mesa, y se quedó muy quieto unos instantes esperando a que se le pasara el vahído que había notado al levantarse. Parecía que los sospechosos no eran los únicos mareados, la verdad es que debería perder peso.

—Oiga —añadió pensativo—, ¿por qué no manda a alguien a buscar al surfista? Podríamos traerlo detenido cuando ella se esté marchando, así tendrá algo más en qué pensar.

—Eso está hecho —dijo Bronwyn.

Salió a toda prisa de la habitación y el policía se quedó preguntándose por qué alguien con un trasero tan grande llevaría las camisas por dentro del pantalón.

Singh se dirigió despacio hacia la sala de interrogatorios, planeando su estrategia. No estaba seguro de cómo tratar a alguien como Sarah Crouch, que parecía tan fría y con tanto dominio de sí misma. Pero si estaba enamorada de un gandul playero de veintitantos años, había mucho que descubrir bajo la superficie. Él no había podido atravesar la fachada, el interrogatorio no era suficiente. Sarah era como una jugadora de póker de alto nivel, tranquila, muy consciente de las cartas que le habían tocado y decidida a sacarles el máximo partido. Y hasta ahora la acompañaba la suerte, ¿cómo explicar si no que la muerte de su marido coincidiera oportunamente con el imprevisible atentado de Bali? Las líneas de investigación del crimen estaban atascadas en el nudo gordiano de un atentado terrorista.

Singh sabía que iba a ser muy complicado llegar a juzgar al asesino de Richard Crouch. Aunque llegase a estar seguro de que lo había matado Sarah, o cualquier otra persona, le costaría mucho demostrarlo ante un tribunal. Habría demasiadas dudas sobre las pruebas forenses.

El doctor Barton, el patólogo, estaba convencido de que el cuerpo era el de Richard Crouch y de que le habían disparado. Singh le creía, pero cualquier buen abogado defensor plantearía la posibilidad de contaminación en la cadena de pruebas entre tanta carnicería.

¿Y qué podrían decir sobre el cuerpo, si fue alcanzado por las explosiones?

Se imaginó al juez preguntando con esa voz seca y sarcástica que tenían todos, como si fuera un requisito para el trabajo.

—Lo más probable, señor… hum… esto… Singh, es que Richard Crouch muriera en la explosión y que el agujero de ese trozo de

cráneo que ha estado agitando con tanto entusiasmo se produjera por accidente.

Singh oyó fuertes pasos detrás de él y se giró para recibir a su ayudante australiana.

—He dicho al sargento Agus que vaya a detener a Greg —dijo ella.

Singh respondió con un gruñido de aprobación y caminó en silencio por el pasillo junto a Bronwyn, ambos pensando en la siguiente entrevista con Sarah Crouch. Hacían una extraña pareja: Bronwyn Taylor era media cabeza más alta que Singh, ella tenía una cabeza puntiaguda y él un turbante puntiagudo, y vestían igual: con pantalones oscuros y camisas blancas metidas por dentro. Vistos por detrás también se parecían en la forma de andar, ambos con el contoneo propio del sobrepeso, los muslos rozándose y los brazos separados del cuerpo, aunque sus grandes zancadas transmitían una determinación que anulaba el toque cómico.

Abrieron la puerta de la sala de interrogatorios y entraron directamente. Sarah estaba absorta en sus pensamientos y dio un respingo. Singh observó el ligero sobresalto con satisfacción, la mujer estaba a la defensiva; esa era la ventaja de dejar a los sospechosos esperando un rato. Por lo general, se sentaban en el borde de la silla nerviosos por la entrevista con la policía. Estaba convencido de que la viuda también lo había hecho, y se imaginó que al poco rato se habría enfadado por tener que esperar. Quizá se había paseado por la sala, mirando de vez en cuando por la ventanilla de la puerta para ver si venía alguien. Después se habría vuelto a sentar y se habría entretenido con sus pensamientos, quizá planeando noches románticas en la playa con su joven surfista… Un buen momento para que aparezca la policía, cómo si él y Bronwyn lo hubieran cronometrado.

Sarah estaba demasiado nerviosa para quedarse callada y empezó a preguntarles de inmediato, con la voz aguda por la crispación.

—¿Por qué me han hecho venir hasta aquí? ¿Han averiguado algo? ¡No me gusta que me, perdone, traten como a una delincuente, yo no he hecho nada!

—¿Como a una delincuente? Señora, habrá vivido usted entre algodones si piensa que esto es tratarla como a una delincuente.

El inspector Singh parecía muy extrañado por su reclamación, porque añadió en tono pensativo:

—No, no, no es así en absoluto. A los delincuentes les ponemos las esposas y a veces las sirenas de la policía. ¿Usted qué opina, Bronwyn?

Bronwyn abrió la boca y la volvió a cerrar.

Singh ignoró su incapacidad para aportar algo a su discurso y siguió hablando absorto:

—Además, les tomamos las huellas dactilares, les hacemos fotos y los metemos en el calabozo con simpáticos maleantes balineses. No, no creo que se pueda decir que la estemos tratando como a una delincuente.

—Está usted loco —dijo Sarah.

Singh se fijó en la expresión de culpabilidad que tenía Bronwyn, seguro que estaba de acuerdo con la viuda. Deseó por un momento que la sospechosa del crimen fuese su ayudante: su rostro era un espejo de sus pensamientos, al contrario que el semblante impasible de Sarah Crouch, que ya empezaba a aburrirle.

—Bueno, la cuestión es que depende de nosotros: podemos tratarla con cierta indulgencia o detenerla como sospechosa de robo o de fraude, como prefiera. No hace falta considerar el asesinato, al menos de momento.

—¿Pero de qué está hablando?

—¿Cómo pagaban los gastos usted y su marido?

—¿Qué quiere decir?

—Cuando salían a cenar o de compras por Uluwatu, ¿cómo pagaban?

Sarah lo miró con desconfianza pero no se le ocurrió ninguna razón para mentir.

—Normalmente en metálico, solo aceptan tarjetas de crédito en los hoteles grandes. Además es una tontería pagar con tarjeta de crédito en moneda extranjera. Los bancos te sacan una buena comisión por el cambio de divisa, y en las tiendas corres el riesgo de que te copien la banda magnética y usen la tarjeta por toda Indonesia antes de que te des cuenta.

Singh asintió, parecía estar de acuerdo.

—Está bien conocer a un turista que no es totalmente ingenuo, pero… ¿De dónde salía el dinero en metálico? —añadió.

—¿El dinero en metálico?

—¡Eso he dicho!

La viuda estaba confusa, pensó Singh, pero respondió:

—Richard trajo algo en dólares americanos y, cuando se le acabó, sacaba dinero del cajero automático con su tarjeta de crédito.

—¿Y usted?

—La tarjeta que yo tengo no funciona aquí.

—No —dijo Singh—, pero usaba la de su marido.

Ella se quedó callada meditando su respuesta unos instantes.

—No, yo no haría eso —dijo finalmente.

—Eso está bien —asintió Singh con el mismo buen humor—. ¿Y si le digo que la tarjeta de su marido se ha utilizado después del atentado?

Ella decidió mostrarse asombrada pero no le salió bien: estaba abriendo demasiado los ojos, y tampoco era una expresión de consternación, pensó Singh, porque en la vida real nadie levanta tanto las cejas.

—¿Está seguro? —preguntó Sarah.

—¡Bastante seguro!

—Vaya, el que lo mató le robaría la tarjeta.

«Es rápida», pensó complacido el inspector; eso le gustaba porque hacía el interrogatorio más interesante.

—Es una buena hipótesis, ¿cómo no se nos habrá ocurrido? —exclamó Singh—. Aunque hay un problema… —añadió en tono afligido.

—¿Qué problema?

—Que encontramos esto en su bolso.

Singh sacó una tarjeta de crédito y se la deslizó sobre la mesa.

—¿Cómo se atreven a registrar mis cosas? ¡No tienen derecho! —gritó ella enfadada.

—Se equivoca, tenemos todo el derecho —respondió Singh—. Sospechábamos que se estaba cometiendo un delito y aquí está la prueba —dijo, y movió la cabeza señalando la tarjeta.

Sarah Crouch no la tocó.

—Vale, mire, le diré la verdad —su capitulación fue completa y repentina—. Tiene razón: su tarjeta la tenía yo, me la dio él para sacar dinero cuando lo necesitase. Decía que él podía ir al banco si le hacía falta efectivo. Además, era yo la que iba a la compra y todo eso, él apenas hacía nada.

—¿Y después de su muerte? —preguntó Singh.

La viuda no se dejaba acorralar con facilidad, puede que fuese inocente, admitió Singh.

—Yo no sabía que había muerto. No volvió esa noche pero no lo relacioné con el atentado porque nosotros vivíamos en Ubud, y las bombas las habían puesto en Kuta. Tuve que sacar dinero, entre otras cosas para pagar los taxis cuando le estuve buscando, y luego saqué un poco más —dijo Sarah.

—Sacó seis mil dólares americanos con la tarjeta, incluyendo lo de después del atentado —dijo Singh.

—No me había dado cuenta de que era tanto —dijo Sarah—. Pero pasaba tanto tiempo sola… —la voz se le quebró—. Supongo que gastaría más de lo que pensaba.

—Muy bien —dijo Singh de repente—, eso es todo lo que queríamos saber. Gracias por haber venido.

Singh se levantó, abrió la puerta para dejar pasar a Sarah Crouch, y salió al pasillo detrás de ella. Bronwyn los siguió, y los tres caminaron en silencio hasta el vestíbulo de la entrada. En ese momento se abrió una puerta lateral y apareció el sargento Agus arrastrando de un brazo a Greg el surfista, que iba esposado con las manos en la espalda y parecía bastante asustado.

Singh señaló con la cabeza hacia el detenido, al parecer sin fijarse en la expresión horrorizada y boquiabierta de Sarah Crouch:

—Mire, eso es tratar a alguien como a un delincuente. Es muy diferente, ¿lo ve? —dijo socarrón.

9

—¿Pero qué has hecho? ¡Dime por qué lo has hecho, cabrón! —La que gritaba era una mujer mayor, tenía el pelo castaño, la cara enrojecida y los ojos hinchados de llorar.

Singh estaba atónito, se había parado en el vestíbulo del hotel mientras decidía si salía a cenar o se daba una ducha primero, y de repente se le había encarado esa mujer. Echó un vistazo rápido a la gente que se había congregado alrededor al oír los gritos, dijo:

—Perdone, señora, no sé de qué me está hablando.

La mujer lo agarró por la pechera de la camisa con manos artríticas como garras.

—¡Has matado a mi hija! ¿Por qué? ¿Qué te había hecho ella a ti o a tu gente?

Singh trató de alejarse, pero ella se aferró a su brazo colgándose de él como un niño que no quiere salir de la juguetería.

—¡No, no te vas a escapar así! ¡Dime por qué lo has hecho!

Uno de los empleados balineses del hotel se armó de valor para intervenir y trató de llevarse a la mujer desquiciada pasándole un brazo por la espalda.

—Por favor, vuelva a su habitación, ibu. Está usted muy nerviosa, el caballero es un huésped del hotel, él no ha hecho nada.

—Mi hija ha muerto. Hoy me han dicho que no quedan suficientes restos para enterrarla. La ha matado su gente, esos musulmanes, a ella y a todos los demás. ¡¿Por qué?!

Singh le habló con el tono más apaciguador que pudo:

—La verdad es que yo no soy musulmán. Sé que el turbante le recuerda al tocado de algunos musulmanes, pero es bastante distinto. Yo soy sij.

La mujer le escupió; un salivazo blanco y espumoso como las crestas de las olas balinesas aterrizó en la mejilla de Singh.

Se escuchó un jadeo de espanto colectivo procedente de los espectadores.

Singh sacó su enorme pañuelo blanco de un bolsillo del pantalón y se limpió la cara tan asqueado que sintió náuseas. Aunque también le

daba mucha pena esa pobre mujer. Él no tenía hijos, sus propios padres eran ya muy mayores, y por su esposa sentía solo un cálido afecto; Singh nunca había sentido ese amor inmenso por imperativo biológico que siente un padre por un hijo, y eso lo entristecía en algunas ocasiones y suponía cierto alivio en otras. Pero ahora ese amor parental se le presentaba encarnado en una madre desconsolada que le tomaba por musulmán y le acusaba del atentado de Bali.

Singh apoyó las manos en los hombros de la mujer.

—¡Escuche! Yo no soy musulmán, no tengo nada que ver con el atentado, ni apruebo lo que hacen esos lunáticos. Son gente cruel y sedienta de sangre, y espero que se enfrenten a la justicia.

—Pareces musulmán, algunos llevan esa cosa en la cabeza —dijo ella tristemente.

—Los sijs también llevamos turbante —replicó Singh en voz baja.

La mujer asintió. Singh no estaba seguro de que lo hubiera escuchado o entendido, y menos de que le importase, pero continuó:

—El atentado fue obra de muy pocas personas, la mayoría de los musulmanes están destrozados por lo ocurrido.

Singh sabía que perdía el tiempo intentando explicarle a esa mujer que no se debe permitir que las acciones de unos pocos descalifiquen a la mayoría, y tampoco estaba convencido de tener derecho a intentarlo. Quizá habría que tolerar su ira aunque estuviera mal enfocada. Su hija había muerto, asesinada al azar por terroristas que sonreían cuando los detuvieron y hacían la señal del «pulgar arriba» ante los periodistas. Pero si se consentía que la imagen de los terroristas triunfantes representase a todos los musulmanes, los malentendidos entre el mundo occidental y el musulmán se agravarían y habría más actos de violencia. Él ya estaba atrapado en ese fuego cruzado profesionalmente, y ahora parecía que también personalmente.

—No son los musulmanes, solo unos pocos locos que serán ejecutados por lo que han hecho.

La mujer le soltó la pechera de la camisa y se quedó mirándolo con los brazos caídos, totalmente inmóvil.

—Han matado a mi hijita —dijo.

Singh no respondió de inmediato; dobló el pañuelo y volvió a guardárselo en el bolsillo. Luego dijo:

—Lamento mucho su pérdida.

La descarga de adrenalina ya había pasado y también el ataque de furia provocado por la visión del turbante de Singh. La mujer le dio

las gracias con un susurro y se alejó despacio con paso inseguro. Un empleado del hotel la acompañó tratando de ser útil pero sin saber cómo hacerlo para no entrometerse en su dolor. La gente se dispersó; varias personas se giraron y miraron con suspicacia al policía de Singapur, seguramente seguían creyendo que era musulmán y además terrorista, pensó el inspector Singh, deseando una vez más que no lo hubieran enviado a Bali.

La puerta de entrada crujió y los hombres se giraron para ver entrar a Nuri.

Ella, perdida en el laberinto de sus pensamientos, no pareció ver a los hombres que la miraban fijamente formando un semicírculo.

—¿Dónde has estado, esposa? Se está haciendo un poco tarde —preguntó Ghani secamente.

Nuri miró un instante a su marido con cara de indiferencia. Dejó caer la bolsa de la compra junto a la puerta y mientras se apretaba el nudo del pañuelo bajo la barbilla le preguntó:

—¿Estabas preocupado por mí?

Era una respuesta tan inesperada, personal y provocativa, que Ghani no respondió y se quedó mirando a su esposa como si le hubiera crecido otra cabeza.

Abu Bakr se apresuró a intervenir:

—Estábamos todos preocupados por dónde estarías y por tu seguridad, Nuri.

—Y no había cena —apuntó impertinente Ramzi, sonriendo de oreja a oreja por tener la oportunidad de molestar a su hermana.

Abu Bakr le hizo un gesto a Ramzi con la mano para que se callara.

—Eso no tiene importancia, hermana. Pero en Bali es mejor que no salgas cuando sea tan tarde, es un lugar inmoral, plagado de malas influencias. Hay muchos hombres andando por ahí, los occidentales seguramente estarán borrachos o drogados, no sabrían respetar el pudor de una mujer musulmana.

—A mí me han parecido educados —murmuró Nuri, lanzando una mirada desafiante a los hombres.

Ghani recuperó el habla.

—Esposa, deberías acostarte ya. No sé qué te pasa, pero tu tono no es el adecuado, debes recordar que estás hablando con tu marido —dijo enfadado.

—¡Y tus hermanos! —saltó Ramzi, que seguía encontrando

divertida la situación.

Nuri se acercó a Ramzi hasta que estuvieron frente a frente, levantó la mano y le dio un bofetón. El sonido resonó en la habitación como el chasquido de un látigo. En voz baja, pero trémula de ira, y con un dedo clavado en el pecho de Ramzi, Nuri dijo:

—Puede que le deba respeto a mi marido, pero no a mi hermano pequeño.

Ramzi se sujetó la cara en el lugar del golpe abriendo tanto los ojos por la impresión que se le veía lo blanco alrededor de los iris marrones. Abu Bakr había dado un paso vacilante hacia ellos tras el tortazo, pero ahora se detuvo y miró a Ghani.

El marido de Nuri se quedó mirando a su esposa con la mandíbula caída y la boca abierta.

Bronwyn apareció en el vestíbulo y se acercó enarcando una ceja.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con su potente voz australiana.

Singh dio un respingo. «Como si no hubiera llamado ya bastante la atención», pensó. Intentó proyectar algo de humor en su voz pero no lo logró:

—Nada, que me acaban de acusar de ser un terrorista.

—Era cuestión de tiempo —dijo Bronwyn con naturalidad.

Él la miró contrariado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Hay mucha ignorancia en todas partes. Seguro que usted ya lo ha visto en su trabajo. En Estados Unidos hubo muchos atentados contra los sijs después del 11 de septiembre.

Singh se sintió obligado a defender a su acosadora.

—Era una madre. Dijo que su hija había muerto en el atentado… Supongo que estaba demasiado alterada para pensar con claridad.

Ambos se quedaron en silencio pensando en la enormidad de semejante pérdida.

Singh cambió de tema tan rápido como siempre, prefería no seguir pensando en el incidente.

—¿Qué pasó cuando me fui de la comisaría?

—Poca cosa. Detuvimos al surfista y lo encerramos en una celda; habrá que acusarlo pronto de algo o dejar que se vaya.

—Que alguien registre su equipaje —dijo Singh—. Seguro que tiene por ahí algo ilegal para fumar, así podremos acusarlo de tenencia de

estupefacientes, eso nos dará ventaja. No está enamorado de la viuda, cantará como un canario si le damos un motivo.

—La verdad es que no deberíamos registrar su equipaje para encontrar algo con que incriminarlo —señaló tímidamente Bronwyn.

—¡No pienso encerrarlo para siempre!

—De acuerdo, lo arreglaré —dijo ella de mala gana.

Singh pensó que Bronwyn iba a tener que morderse la lengua sobre las buenas prácticas policiales y las libertades civiles de los idiotas como Greg Howard. Por su parte, si las reglas reducían sus posibilidades de resolver un caso, lo lógico era reescribir las reglas o tirar el reglamento. Para Singh, las libertades del individuo eran solo una herramienta para hacer presión, algo que él podía otorgar, y no le importaba saltárselas cuando le convenía.

Pensó que Bronwyn seguiría sus instrucciones aunque tuviera dudas y pasó a otro tema que le interesaba.

—¿Dijo algo más Sarah Crouch? —le preguntó.

—Se lo pensó mucho, pero cuando salimos a la calle me preguntó por qué estaba detenido el surfista. Le dije que no lo sabía.

—¿Le preguntó si lo conocía?

Bronwyn asintió.

—Sí, pero ella dijo que no, que lo preguntaba solo por curiosidad.

—¿Y usted qué le dijo?

Bronwyn sonrió.

—Que yo también tendría curiosidad por semejante ejemplar de hombre.

Singh se frotó las manazas, ya había olvidado su desazón anterior porque lo hubieran tomado por terrorista en plena investigación.

—Eso está muy bien, a ver cómo reacciona la afligida viuda con un poco de presión.

Como Bronwyn no decía nada, le preguntó:

—Oiga, ¿va a quedarse ahí contemplándome en todo mi esplendor o piensa mandar a Agus a registrar el equipaje de Greg Howard?

—¡No pueden arrestarme, yo no he hecho nada!

El inspector no se dignó a responder a ese primer argumento de defensa.

Bronwyn se asombró de que los sospechosos fuesen tan poco originales con su declaración inicial, era evidente que el policía gordo podía detener al joven, y el joven lo sabía muy bien.

Los ojos de Greg Howard se iluminaron de repente.

—Soy ciudadano australiano, quiero hablar con alguien de la embajada. No pueden tratarme así —dijo.

Singh estalló en fuertes carcajadas con la barriga retemblando en perfecta sincronía.

Se hizo un silencio mientras el surfista y la mujer policía esperaban a que el inspector Singh se recompusiera y explicara el motivo de su risa. El policía se enderezó en la silla, sacó su enorme pañuelo blanco, y se secó las lágrimas con ademanes teatrales. Bronwyn no se dejó impresionar por su puesta en escena pero decidió que el inspector tenía aptitudes para la pantomima.

—¿Crees que la embajada australiana tiene tiempo para un surfista como tú? ¿Justo ahora, después de las bombas? —dijo Singh en tono muy serio.

Bronwyn pensó que el policía tenía razón. Mientras estuvieran ocupados con las secuelas del atentado, lo más probable era que la embajada australiana no prestase mucha atención a un posible error judicial relacionado con un joven que no parecía tener ni siquiera un par de zapatos.

Greg debió admitir que había algo de cierto en las palabras de Singh porque respondió malhumorado:

—¿Pero qué quieren de mí? Yo no he hecho nada malo. —La voz se le quebró como a un adolescente en la última sílaba revelando su angustia.

Singh lo miró como si fuese un científico observando un insecto bajo el microscopio, haciendo que Greg Howard se revolviese inquieto en la silla.

—Bueno, está esto… —comentó Singh, deslizando sobre la mesa una pequeña bolsita con polvo blanco.

Bronwyn había seguido al pie de la letra las instrucciones del policía y había hecho registrar el escaso equipaje de Greg. Agus había informado de que el joven australiano viajaba muy ligero: una mochila con varios bermudas de surf, un cepillo de dientes, protector solar… y una bolsita de cocaína.

Greg se quedó mirando la bolsita. Bronwyn se dio cuenta de que se había puesto pálido bajo el bronceado.

—¿De dónde han sacado eso? —preguntó el joven.

—De tu equipaje…

—¿Han registrado mis cosas?

—Así es —dijo Bronwyn—. Pero no te preocupes, lo hemos dejado

todo bien ordenado. Nadie se va a enterar de que hemos estado allí.

—¡Pero no pueden hacer eso!

—¡Qué tontería! —dijo Singh cortante—. Podemos hacerlo, lo hemos hecho, y hemos encontrado esa bolsita. Ahora tienes que explicarnos algunas cosas y luego decidiré si te acusamos de posesión… o de tráfico de narcóticos.

10

Al ver sus manos temblorosas Bronwyn se dio cuenta de que Greg Howard comprendía la diferencia, la posesión de sustancias ilícitas supondría un castigo leve pero si lo acusaban de tráfico ya sería viejo cuando pudiera renovar su bronceado, eso si los tribunales balineses no lo condenaban a muerte.

Greg estaba moviendo tanto una pierna por debajo de la mesa que hacía vibrar el tablero, pero no parecía notarlo. Cruzó las manos sobre el regazo para detener el temblor y se inclinó hacia delante sobre la mesa todo lo que pudo.

—No era para vender —susurró—, es muy poquito, para consumo personal…

—La cuestión es —dijo complacido Singh—, que el contenido de esta bolsita es suficiente para poder encerrarte mucho tiempo.

—¿Por qué, no lo entiendo? —dijo Greg en tono quejumbroso—. ¿Qué quieren de mí?

—Tiene gracia que me lo preguntes —replicó Singh—, porque sí que podrías hacer algo por mí, y quizá eso me ayudase a creer que tenías esa bolsita de polvo blanco para consumo personal…

—¿Qué quiere? ¡Haré lo que sea!

Bronwyn sintió lástima por el muchacho cuando le vio levantar la cabeza con un asomo de esperanza en los ojos: la puerta de la cárcel se había quedado entreabierta. Pensó que no era mucho mayor que sus propios hijos; confiaba en que sus chicos no acabasen nunca en las garras de alguien tan avasallador y peligroso como el inspector de Singapur, que podía poner en un aprieto a cualquiera cuando quería algo. Para estar en el bando de los ángeles, Singh era capaz de jugar bastante sucio.

Bronwyn nunca había creído que el fin justificase los medios, ella era una firme defensora del procedimiento reglamentario. No se fiaba de los resultados obtenidos bajo coacción, aunque se tratase de presión mental y emocional en lugar de intimidación física. Aunque tampoco creía que Singh llegase a maltratar a los detenidos. A pesar de su aspecto de bruto, él era demasiado sutil para eso. Pero un

jovencito débil como Greg no era rival para un maestro de la manipulación como Singh.

Singh había cambiado de actitud, ya no parecía indiferente. Se había enderezado sobre el asiento y los botones de su camisa parecían a punto de saltar, estaba claro que había engordado, observó Bronwyn, pero no se sorprendió: lo había visto comer su *nasi goreng* seguido de postre y café azucarado y luego aclararse el paladar con cerveza barata. En Australia conocía a muchos policías orgullosos de mantenerse en forma, pero Singh se limitaba al enfoque intelectual, pensó. Intentó no sonreír al imaginarse a Singh tratando de retener a alguien físicamente, con lo que le costaba levantarse de la silla a veces.

—Háblenos de Sarah Crouch.

Era lo último que Greg Howard se habría imaginado, y se quedó mirándolos sorprendido con la boca abierta y expresión bobalicona. Cuando se le pasó la sorpresa parecía muy aliviado.

—¿Sarah Crouch? ¿Por qué quiere saber de ella?

—Las preguntas las hago yo —bramó Singh.

—Vale, muy bien, pero tampoco sé mucho de ella. Nos conocimos hace un par de meses, hemos salido de copas…, eso es todo, la verdad.

—Entonces, ¿dices que tú no la ayudaste a planear el asesinato de su marido? —preguntó Singh.

—¿Qué?

Singh hizo como si el joven no hubiese oído bien, en lugar de no dar crédito a su pregunta, y la repitió más despacio y más alto:

—¿Ayudaste a Sarah a planear el asesinato de su marido, Richard Crouch?

—¿Asesinado? ¡Ella dijo que había muerto en el atentado del Sari Club!

—Bueno, si hubiera muerto en el atentado del Sari Club, seguiría siendo un asesinato, pero tú no serías uno de los sospechosos —puntualizó Singh en tono pedante.

El surfista parecía confuso.

—¿Pero qué le pasó?

—¡Le pegaron un tiro!

—¡Dios, es increíble! —exclamó acortando las vocales con un acento australiano cada vez más fuerte—. ¿Creen que yo le he pegado un tiro al marido de Sarah? Si ni siquiera conocía a ese tipo.

—Pero te estabas acostando con su mujer —afirmó Singh más que

preguntar.

Greg se revolvió incómodo en la silla.

—Escuche, era un romance de vacaciones, sin mayor importancia.

—¿Y Sarah también lo veía así? —preguntó Bronwyn, participando en el interrogatorio por primera vez.

Greg Howard se quedó callado; era evidente que estaba intentando decidir cuál era la mejor respuesta.

—Puede que ella se lo haya tomado algo más en serio que yo —dijo por fin en voz baja.

—¿Se lo has dicho?

Greg miró a Singh con cara de preocupación.

—No, no sabía bien qué decirle. Como ha muerto su marido, ella piensa que podemos vivir juntos. Me dijo… —Se revolvió incómodo— me dijo que me ama.

—Yo en tu lugar —comentó Singh—, pediría que me encarcelasen y tirasen al mar la llave de la celda. Has caído en las garras de una mujer muy cabezota.

Greg Howard se estremeció.

Bronwyn le preguntó de repente:

—¿Por qué empezaste una relación con ella? ¡Debe ser quince años mayor que tú!

Bronwyn sonaba como una madre enfadada, y Greg respondió como si lo fuera, gimiendo en tono de disculpa:

—Ocurrió sin más, no fue algo planificado.

Singh fue más brutal:

—No te hagas el inocente con nosotros, muchacho. Tú ibas a por esa tabla de surf nueva que vimos en tu habitación del hostal, y seguro que también hubo buenas comidas y largas noches de cervezas por el mismo precio.

Greg abrió la boca para defenderse de las acusaciones, la volvió a cerrar, y luego se tapó la cara con las manos; Bronwyn se fijó en ellas, unas manos grandes y fuertes, bronceadas con un tono dorado.

—Vale, sí, parecía tener pasta y yo le gustaba —dijo Greg—. Ya me estaba cansando un poco de estar a dos velas todo el tiempo. No tenía mala intención.

—Los hombres como tú tienen un nombre —dijo Singh, mostrando su labio inferior con desprecio.

Greg Howard le contestó desafiante:

—¡Oiga, fui un poco irresponsable, pero no tengo nada que ver con la muerte de su marido!

—Eso podría ser verdad, claro —concedió Singh amablemente—. Pero a lo mejor decidiste ser su mantenido para siempre.

—¡A ver, tío, que no estoy tan desesperado!

Bronwyn sintió que su simpatía por el surfista se desvanecía al instante. No era más que un gallito engreído que se aprovechaba de una mujer mayor e infeliz, y luego se burlaba de su credulidad. A pesar de su repentina aversión por Greg, pensó que su protesta sonaba creíble, seguramente no estaba tan desesperado. ¿Por qué se iba a conformar un hombre joven y guapo con ser el mantenido de Sarah Crouch? Quizá para pagarse algunos caprichos durante las vacaciones, ¿pero matar a su marido para vivir de ella a largo plazo? Parecía poco probable.

Singh suspiró y dijo:

—Estoy empezando a creerte.

—Gracias, tío —exclamó Greg.

—Entonces la única duda es si Sarah Crouch estaba lo bastante enamorada de ti como para matar a su marido.

En la sala se hizo el silencio, y fue Bronwyn quien lo rompió:

—¿Crees que podría haberlo hecho ella? —le preguntó a Greg.

Greg Howard movió la cabeza dudando.

—No lo sé, me parecía un poco rara. Estaba callada y melancólica muchas veces aunque de repente se animaba y era bastante divertida. Me dijo que su marido estaba demasiado ocupado y nunca tenía tiempo para ella, pero que le había dado su tarjeta de crédito y que no necesitaba nada más para que nos lo pasáramos bien.

—¿Te contó lo que hacía su marido?

—No, la verdad es que no… Un día dijo algo de que andaba con malas compañías, en realidad era una broma, dijo que ella y su marido andaban con malas compañías, pero que prefería la que ella tenía. —Greg los miró y, por si no estuviera claro, añadió—: Se refería a mí.

Bronwyn lanzó una mirada asesina al surfista; había pasado muy rápido de estar asustado a ponerse presuntuoso.

Greg continuó:

—Se lo juro, no he tenido nada que ver con la muerte de su marido.

—Puede que sea verdad, pero creo que te voy a dejar encerrado una temporadita —dijo Singh.

—Pero… pero ¿por qué? ¡Ya les he dicho todo lo que sé!

—Sí, pero necesito presionar a Sarah Crouch, y además…

Singh hizo una pausa y Greg exclamó:

—¿Además qué?
—No me caes bien.

El teléfono fijo empezó a sonar y acabó con la tranquilidad de la mañana; Wayan, que estaba adormilado tras el mostrador de recepción, se apresuró a cogerlo. Era una llamada para Sarah Crouch. Pasó la llamada al chalé que había sido el hogar de los Crouch durante seis meses y luego, ya despierto, conectó sigilosamente con la misma extensión.

Singh le había dicho bien claro que estaba ayudando a la policía en su investigación, y Wayan no quería hacer enfadar al gordo del turbante ignorando sus instrucciones. La privacidad de los huéspedes no era tan importante como el trabajo de detective. Su rostro se iluminó con una sonrisa que delataba su juventud, jugar a ser policía era mucho más divertido que atender la recepción de un hotel prácticamente desierto.

—Sarah, ¿eres tú? —Hubo un ruido de estática que distorsionó la voz del hombre.

—Sí, ¿quién es? —La voz sonaba apagada y sin eco.

—Soy yo, Tim… Tim Yardley.

Sarah contuvo un suspiro, había conseguido evitar a Tim desde que le dijo que Richard había muerto, aunque él insistía en tratar de consolar a la afligida viuda. Se estaba poniendo muy pesado, tenía que hacer algo para librarse de sus atenciones, quizá debería hablarle de Greg, pensó. Sonrió al acordarse de su chico y rejuveneció diez años. El inspector Singh no habría reconocido a aquella mujer radiante que sujetaba el auricular con desgana.

—Sarah, ¿sigues ahí?

Ella consiguió apartar a su amante de sus pensamientos, un esfuerzo mental que le costó tanto como separarse físicamente de él.

—Sí, Tim. Pero no es buen momento. Han sido unos días muy duros, necesito descansar y estar tranquila.

La voz de Tim sonaba aguda y eufórica, casi infantil:

—Lo he hecho, Sarah. ¡Ya lo he hecho! —dijo.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Decirle a Karri que quiero el divorcio. —Hubo un momento de silencio y luego Tim dijo—: ¿Me has oído? Le he dicho a Karri que quiero el divorcio. ¡Sarah, ya podemos estar juntos!

Sarah cerró los ojos. Los años que la sonrisa le había quitado

aparecieron de nuevo formando profundas arrugas junto a los ojos y la boca.

—Tim, no deberíamos precipitarnos…

Hubo un instante de silencio cargado de dudas seguido de un sonido suave que a ella le pareció un suspiro.

—¿Qué quieres decir, Sarah?

—Es un momento difícil. Ya sé que estuvimos hablando de nuestro futuro, pero necesito tiempo para superar la muerte de Richard y para poner en orden mis pensamientos.

Tim le respondió susurrando con el tono lastimero de un niño cuando un abusón le quita su juguete:

—Pero dijiste que podíamos estar juntos… dijiste que solo Richard se interponía entre nosotros.

—Han seguido la moto roja hasta un apartamento en Denpasar —dijo Bronwyn, que acababa de hablar por teléfono con el policía balinés—. Agus estaba vigilándola y la ha seguido desde Ubud, la llevaba un hombre joven. Aunque no podía precisar si era de Java o de otro lugar, Agus ha dicho que «parecía extranjero».

Singh hizo una mueca.

—¿Hemos identificado al propietario?

—Estamos en ello. Tenemos poco personal entre la investigación del atentado y el dispositivo de seguridad para el ritual de purificación.

—¿Qué ritual?

—Los balineses han organizado una ceremonia para… hum… exorcizar el mal del lugar del atentado, es esta semana.

—¿En el lugar del atentado? ¿Han terminado el estudio forense?

—Eso parece… Creo que también es por razones políticas. La investigación ha sido un éxito, pero eso no ayuda a los balineses, que necesitan convencer a los turistas para que vuelvan a la isla. Por otra parte, no es un espectáculo, ¿sabe? Los balineses son muy religiosos y quieren apaciguar a sus dioses.

—Entonces, ¿qué prefiere que hagamos ahora? —preguntó Singh, tomando nota de que estaba empezando a confiar en el criterio de su compañera australiana.

—¿Qué quiere decir?

—¿Y si vamos a hablar con el dueño de la moto roja?

Bronwyn titubeó.

—No estamos seguros de que sea uno de los javaneses…

Singh se quedó pensativo, mordiéndose afanosamente el labio inferior.

—Ya sé, dígale a ese agente, Agus, que vaya a buscar a Wayan y que se sienten en el *warung* de enfrente. Si Wayan reconoce a esos hombres iremos a hablar con ellos.

—¿Y cómo sabe que hay un *warung* enfrente? —preguntó Bronwyn con curiosidad, sorprendida por su aparente omnisciencia.

—¿No hay siempre uno?

Bronwyn asintió. Tenía razón, claro. Era típico del estilo de vida balinés detenerse en aquellos pequeños puestos para tomar algo y charlar con amigos y desconocidos; por eso había un *warung* cada veinte metros.

Cogió el teléfono y en un instante estaba hablando con el sargento Agus para trasmitirle las instrucciones de Singh.

Escuchó la confirmación, se despidió y colgó.

—Ya está, jefe —dijo alegremente—. ¿Y ahora qué?

Singh entornó los ojos como si estuvieran en la calle bajo la deslumbrante luz de Bali en vez de encerrados en aquel diminuto despacho sórdido.

Bronwyn se quedó pensando que era la primera vez que el inspector parecía desorientado desde que empezaron la investigación. Lo había visto mostrarse cínico, irritado y hasta gracioso en ocasiones, pero nunca inseguro. Supuso que sería algo poco habitual en él pero no entendía qué le ocurría.

—¡Estamos progresando! —dijo ella como dándole ánimo.

Singh estaba cada vez más cabizbajo y ahora arrugaba la frente.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Bronwyn.

—Normalmente, en esta fase de la investigación ya sé quién ha sido.

—¿Suele resolver un crimen en menos de dos semanas? Pero si dijo que eso solo pasa en la televisión.

Singh ignoró el tono sarcástico.

—Puede que en ese tiempo no haya conseguido detener al culpable o la culpable, pero tengo bastante claro de quién se trata. Es cuestión de reunir suficientes pruebas para mandarle a la horca.

—¿Usted nunca se equivoca? —preguntó Bronwyn, sin poder ocultar su irritación ante tanta certeza.

Singh sonrió.

—Ha llegado a ocurrir, pero pocas veces.

Su sonrisa se transformó en un ceño fruncido.

—Seguimos en mitad de la nada. No tenemos suficientes datos sobre el muerto, sabemos que no era feliz con su esposa, que no le gustaban sus amigos expatriados, y que ella tenía un amiguito. Sabemos que había hecho amigos entre los inmigrantes, porque con su trabajo de ingeniero viajaba por todo el mundo y estaba a gusto con gente «nativa». También sabemos que tenía bastante dinero y que sacó una gran cantidad aquí en Bali, pero no sabemos para qué. Quizá se comprase un yate o tuviera una amiga con muchos gastos, quién sabe. Lo que me preocupa es que no tenemos una noción clara de su vida ni su pasado. ¿Cómo era Richard Crouch en realidad? ¿Era un hombre de los que se echan enemigos?

—Sabemos que alguien lo mató —apuntó Bronwyn.

—No es así como hay que mirar las cosas —dijo Singh impaciente —. Para encontrar a un asesino, casi hay que ignorar el hecho de que la víctima está muerta. Tienes que entender su vida, sus relaciones y qué clase de persona era: sus rasgos de personalidad, quiénes eran sus amigos y enemigos… Cuando sabes todo lo que hay que saber sobre alguien, si luego aparece muerto, puedes llegar a deducir quién lo mató.

Bronwyn asintió lentamente.

—Ya veo lo que quiere decir, creo.

Sonó su teléfono móvil y ella lo cogió al instante, destapándolo con un movimiento rápido; se pasó el pelo por detrás de la oreja y acercó el teléfono con desgana.

Singh solo oía un parloteo rápido pero observó cómo se relajaba la cara de cansancio de Bronwyn y se suavizaban sus líneas de expresión. Esperó cada vez más impaciente, acelerando el ritmo de su pie sobre la sucia moqueta sintética.

Ella cerró el teléfono y sonrió abiertamente al inspector.

—Era Wayan.

A Singh le dio un calambre en los gemelos de una pierna y se levantó de un salto, tratando de estirarse y gruñendo del dolor.

—¿Sí? ¿Y qué le ha dicho?

—Que estuvo escuchando una conversación entre Sarah Crouch y Tim Yardley…

11

—«Si Richard no se interpusiera podríamos estar juntos», eso le dijo usted a la esposa de un hombre que ha muerto. ¿Se le ocurre alguna razón para que no lo arreste inmediatamente por el asesinato de Richard Crouch?

Tim Yardley estaba sentado en la misma sala que Sarah Crouch el día anterior. Su peinado había sido lo primero en desmoronarse bajo la presión del interrogatorio policial, y el pelo extendido de lado con tanto esmero le colgaba lacio sobre una oreja, dejando ver la coronilla pelada como una cáscara de huevo. Las tres patas de su taburete de plástico estaban deformadas por el peso, y se veían marcas blancas en las zonas sometidas a mayor tensión. Singh se preguntó si ese hombre, que ahora encabezaba la lista de sospechosos por lo que había dicho, terminaría rodando por el suelo porque si eso ocurría no pensaba ayudarlo a levantarse, seguro que le saldría una hernia.

Yardley se secó las manos en los pantalones y dejó marcas de humedad en la tela color caqui. También tenía húmeda la entrepierna, lo más probable es que fuese de sudor, pensó Singh. Acababan de empezar con el interrogatorio, era demasiado pronto para que el hombre se lo hiciese en los pantalones.

—¿Entonces? —continuó Singh.

—Lo que yo quería decir es que, al estar Richard muerto, ya nada nos impedía estar juntos. ¡Yo no tuve nada que ver con su muerte! —Lo negaba rotundamente, pero con el tono de un niño muy cansado que no espera que lo crean cuando dice que no fue él quien rompió la ventana con la pelota.

—¿Le digo lo que yo pienso?

Tim se dio cuenta de que era una pregunta retórica y agachó malhumorado la cabeza, con la papada arrugada contra el pecho como un acordeón.

—Sarah quería librarse de su marido, fingió cierto afecto por usted, le contó un montón de mentiras y usted mató a Richard Crouch. ¡Ella consiguió su libertad y usted va a acabar en la horca!

—Eso… eso no fue así para nada. Sarah y yo nos enamoramos. Ella

se sentía sola porque Richard nunca le prestaba atención, andaba siempre con gente rara de aquí. Y yo no… yo no era feliz con mi esposa, Karri, desde hacía tiempo. Simplemente nos encontramos el uno al otro.

Era un poco patético que un hombre de más de cincuenta años dijera solemnemente que había encontrado el verdadero amor en una isla tropical.

Singh sintió lástima de Yardley, confiaba en que su propio desencanto con el matrimonio no lo indujera a hacer el tonto de esa manera algún día. Aunque no era el momento de compadecer al sospechoso, pensó sacudiendo ligeramente la cabeza para librarse de esos pensamientos irrelevantes, era el momento de hacer más presión y se inclinó hacia delante con actitud agresiva.

—¡Entonces mató a Crouch para asegurarse el final feliz!

—¡No! Se lo juro, no puedo decir que no lo viera como un estorbo, pero me impresionó mucho que apareciese muerto, casi me sentí culpable, ya sabe, como si yo hubiera deseado la muerte del pobre desgraciado.

Singh se dio cuenta de que casi creía a Tim; con ese carácter era poco probable que hubiera reunido suficiente valor para comprar una pistola y disparar a un hombre en la frente. Aunque no se puede juzgar por las apariencias, y eso Singh lo sabía muy bien, a él lo subestimaban constantemente los que pensaban que un gordo con relucientes deportivas blancas no podía ser un detective de los mejores.

—Entonces, si no ha sido usted, tiene que haber sido Sarah Crouch. ¿Cree que le dispararía ella misma o que contrataría a alguien? —dijo Singh muy serio.

Tim se levantó apoyando las manos en la mesa que los separaba.

—¡Sarah es una mujer dulce y bondadosa que nunca haría daño a nadie! —gritó con la cara roja.

Singh lo miraba con expresión amable, como si se hubiera tomado en serio esa descripción del carácter de la viuda.

—A lo mejor le pidió a su otro novio que lo hiciera —sugirió con parsimonia.

La sangre huyó ahora del rostro de Tim, que se quedó blanco como la cera.

—¿De qué está hablando?

—Venga, se lo enseñaré —dijo Singh en tono jovial.

Guio al hombre por el estrecho pasillo hasta que llegaron a los

calabozos. Greg el surfista estaba tumbado en el catre; llevaba pantalones cortos y una camiseta de tirantes con el logo de Bintang, y tenía cara de aburrimiento. Cuando Singh miró entre los barrotes se puso en pie de un salto.

—¿Me vas a soltar, tío?

Singh negó con la cabeza.

—No, solo quería presentarte a alguien.

Se giró para mirar a su acompañante:

—Tim, este es Greg Howard, el amante de Sarah Crouch.

Wayan y el agente Agus estaban sentados en un *warung* bebiendo té y escuchando los cotilleos de los parroquianos. Algunas semanas antes habrían estado hablando sobre los políticos locales y las rivalidades entre pueblos, o de su preocupación por el tiempo y las cosechas de arroz, pero ahora las conversaciones solo trataban del atentado y de la detención de Amrozi.

Los dos hombres no quitaban ojo a un bloque de apartamentos que había al otro lado de la calle. El edificio tenía tres plantas y estaba muy deteriorado, con grandes desconchones en la fachada como llagas que dejaban ver el ladrillo. La estructura tenía el sello de las construcciones chapuceras del tercer mundo, hasta el hormigón parecía quebradizo. Había ropa secándose en postes que salían por las ventanas y, aunque algunas de ellas tenían cortinas, la mayoría estaban desnudas. Wayan pensó que contemplar las ventanas desnudas era tan inquietante como mirar los ojos de los ciegos; también había varias que estaban tapadas con planchas de madera. En el portal solo se veía el primer tramo de escaleras, no había ascensor; Wayan vigilaba la entrada por encima de su taza de té y aguzó la vista hacia el interior, todo lo que pudo ver fue un pequeño altar en el suelo junto a la escalera.

—¿Cómo sabes que están ahí dentro? —preguntó mientras estiraba las piernas por debajo de la mesa.

—No lo sé —dijo Agus—. Pero vi que uno de ellos entró en ese bloque ayer por la noche, el que conducía la moto roja.

—¿Y viste en qué apartamento entró?

—No, no quería que me descubriesen y me quedé aquí fuera, pero luego eché un vistazo al portal, solo hay seis apartamentos, no tardaremos en averiguarlo si hace falta.

—Pues yo no veo la moto —protestó Wayan, molesto por haber

tenido que faltar a su precario trabajo para pasar calor en un quiosco callejero.

—Puede que hayan salido —señaló el policía—. No hemos llegado aquí tan pronto.

—Eso no es culpa mía —dijo Wayan, picado por lo que consideró una acusación.

—Yo no te estoy culpando, se tarda mucho en venir desde Ubud.

Si han salido solo tenemos que esperar a que vuelvan.

—¿Y qué pasa con mi trabajo?

—Es un asunto policial, tus jefes lo entenderán.

Wayan arrugó la nariz; le parecía increíble el optimismo *naif* del policía.

—¿Estás seguro de que reconocerías a esos hombres si los vuelves a ver?

Wayan pareció dudar y empezó a morderse nerviosamente una uña.

—No estoy tan seguro. Los he visto un par de veces, pero no les presté mucha atención.

—Espero que puedas reconocerlos —dijo el policía—. ¡Si no, todo esto habrá sido perder el tiempo!

Siguieron bebiendo el té en silencio, escuchando el ruido del tráfico y el silbido del fogón de gas cuando el propietario del *warung* freía fideos para sus clientes. Se oían algunos pájaros, pero sus trinos animosos se perdían entre el barullo de los humanos.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Quién? —preguntó el policía balinés, inclinándose hacia delante y apoyando sus musculosos brazos en la mesa de formica.

Wayan lo miró frunciendo el ceño.

—El hombre de la moto roja, ¿quién va a ser?

Agus también puso mala cara.

—Solo lo vi de lejos, vine siguiéndolo desde la carretera del Bosque de los Monos en Ubud. No quise acercarme para que no me descubrieran.

—¡Pero te habrás hecho alguna idea!

—Parecía atractivo, más bien de poca estatura pero estaba fuerte, y el pelo lo tenía bastante largo, por aquí —El policía se llevó una mano al hombro para indicar la longitud del cabello—. Conducía muy deprisa, me costó seguirlo a esa velocidad, y un par de veces pensé que se iba a estrellar.

—Puede que sea el mismo hombre —dijo Wayan optimista.

—¿Por qué? ¿Te suena mi descripción?

Wayan se rascó un grano que tenía en la nariz.

—No, la verdad es que no, pero recuerdo que una vez lo vi salir en moto desde el hotel, iba muy deprisa.

El policía no descartó eso como una coincidencia, al contrario:

—Yo también creo que podría ser el mismo hombre —dijo sonriente.

Los hombres volvieron a quedarse en silencio, absortos en sus propios pensamientos. Varias personas entraron y salieron del portal, pero cada vez que el policía levantaba una ceja mirando inquisitivo al joven sentado frente a él, este negaba con un hosco movimiento de cabeza.

—¿Tú sabes qué han hecho esos hombres? —preguntó el policía al cabo de un rato.

—¿No lo sabes tú? ¡Pensé que eras policía!

El sargento Agus pareció avergonzarse; parpadeó varias veces pero le respondió un poco desafiante:

—Solo me dijeron que siguiera a la moto roja y acabé aquí. Luego me pidieron que fuese a buscarte para ver si tú podías identificarlos.

—¡Ese policía de Singapur —dijo Wayan resentido—, no hace más que mandarle a la gente hacer cosas, él nunca hace nada!

Agus pensó en el inspector sij; aunque no estuviera en presencia del imponente gordo notó que se le erizaban los pelos de la nuca y, sin saber muy bien por qué, se sintió obligado a salir en su defensa:

—Seguro que él también está muy ocupado.

—Su tiempo será muy valioso, pero yo tengo que estar aquí sentado todo el día y arriesgarme a perder mi trabajo —dijo Wayan con amargura.

—Así es el mundo, chaval —dijo el policía en tono risueño—. ¿Crees que serán narcotraficantes, los de la dichosa moto roja?

Wayan negó con la cabeza, alegrándose de tener una pequeña ventaja sobre el representante de la autoridad.

—Eran amigos de un inglés que vivía en uno de los chalés donde yo trabajo.

—¿Y qué?

—¡Pues que lo han matado!

—¿Cómo?

—Le dispararon, y dejaron su cuerpo en el Club Sari justo antes del atentado.

—*Ayoh*! («¡Venga ya!») ¿Y estos hombres son los asesinos? ¿Los viste hacerlo?

Wayan tuvo la tentación de adornar su relato, así el policía lo trataría con algo de respeto, pero decidió de mala gana que esa táctica podría tener consecuencias muy desagradables.

—No te emociones tanto, ese poli gordo solo quiere hacerles unas preguntas.

Agus se encorvó decepcionado y hundió el cuello entre los músculos de los hombros. Había pensado que esta sería su primera detención de unos asesinos; habría sido un gran honor, y habría hecho una visita especial al templo de Tanah Lot en Legian Beach si los dioses hubieran sido tan generosos.

Echó un vistazo a la calle y vio que se acercaba una moto con dos hombres. Era roja, y el conductor era el mismo que había seguido desde Ubud el día anterior, al que iba de paquete no lo había visto antes. La moto se detuvo delante del bloque de apartamentos y los hombres se bajaron. El más mayor miró arriba y abajo de la calle, pero no miró hacia donde ellos estaban.

—¡Es él, el joven! —Susurró nervioso Wayan cuando los hombres entraban al portal—. ¡A veces iba a recoger a Richard Crouch, al otro no lo he visto antes!

El policía sonrió muy satisfecho sin dejar de mirar el edificio. A los pocos segundos se iluminó una ventana del tercer piso.

—¡Ya sabemos en qué apartamento están! —dijo.

Wayan asintió y le preguntó:

—¿Y ahora qué?

—¡A informar de nuestro éxito! —dijo Agus entusiasmado.

Wayan sonrió, puede que la larga espera hubiera merecido la pena después de todo.

—¿Dónde estaba? —preguntó Singh enfadado—. He tenido que interrogar a Tim Yardley yo solo.

Bronwyn ignoró la pregunta y el tono enfurruñado de su oficial superior, que la miraba frunciendo los labios.

—¿Qué dijo Yardley? ¿Cree que lo ha hecho él?

Singh suspiró.

—Sería una buena solución, limpia y sin cabos sueltos. No cabe duda de que Sarah Crouch había contado con él para quitarse de encima a su marido. Pero no creo que Yardley tenga lo que hay que tener para pasar del pensamiento a la acción. Él es más bien un espectador, de los que se sientan en el teatro de la vida con sus

patatas fritas y su refresco a ver cómo otros hombres se echan novia y ganan la lotería.

Su ayudante asintió con tanta energía que su generoso pecho osciló arriba y abajo como un buque atrapado en la tempestad. Singh miró hacia otro lado.

—La primera vez que lo vimos, a mí tampoco me encajaba como asesino, aunque actuaba un poco raro, no parecía sorprendido por la muerte de Richard Crouch —dijo ella.

—Sí, yo también lo noté —murmuró el inspector de Singapur—. Al menos ahora sabemos la razón: Sarah Crouch ya le había dicho que Richard había fallecido.

—Eso tiene sentido —dijo complacida Bronwyn, y continuó con cara de curiosidad—: ¿Le contó lo del surfista?

Singh sonrió maliciosamente.

—¡Se lo presenté!

—¿Qué hizo qué?

—Lo que ha oído…

—Eso es una canallada —dijo Bronwyn muy seria—. Tim Yardley se habrá quedado hecho polvo.

—Tim Yardley podría haber matado a un hombre, disculpe si me parece más importante que haber herido sus sentimientos.

Bronwyn se pasó la lengua por los dientes apaciguándose. No estaba segura de tener esa vena de crueldad que parecía hacer falta para la investigación criminal.

—¿Y cómo reaccionó? —le preguntó.

—Supongo que Yardley estará en la playa con una caja de Bintang preguntándose por qué las mujeres son incapaces de sentir la lealtad y el amor que él ha demostrado tanto a su esposa como a Sarah Crouch.

Singh se colocó un cigarrillo en un lado de la boca y se palpó los bolsillos buscando el mechero. Bronwyn lo fulminó con la mirada y señaló el cartel rojo y blanco con el símbolo de «Prohibido fumar» que había en la pared del pequeño despacho. El inspector sij sacó el mechero, pasó el pulgar por encima y acercó la llama azul y amarilla hasta la punta del cigarro, que ardió formando una brasa de color naranja oscuro cuando inhaló. Luego expulsó una densa nube de humo gris y dijo:

—Necesitamos más sospechosos.

Su superior empezó a mover la mano con grandes aspavientos para apartarle el humo de la cara.

—¡Pues yo tengo uno! —dijo ella de repente.

Singh tenía el cigarrillo colgando de su labio inferior y se movía cuando hablaba.

—¿Quién? —preguntó en tono escéptico, dudando que Bronwyn hubiera encontrado algo que a él se le había pasado.

Bronwyn decidió ignorar la provocación.

—He visto los vídeos de las cámaras de seguridad de varios bancos y cajeros automáticos —dijo—, por eso no fui al interrogatorio de Yardley.

—¿Y…?

—Crouch sacó la mayor cantidad de dinero, diez mil dólares, en la sucursal del Banco Mandiri en Kuta la víspera del atentado. Este hombre parecía estar acechando al fondo —dijo mientras le pasaba sobre la mesa una imagen borrosa de un hombre en blanco y negro—. El inspector la cogió y extendió el brazo para mirarla de lejos; Bronwyn pensó que le vendrían bien unas gafas para su hipermetropía.

—Me suena mucho —dijo Singh frunciendo el ceño asombrado—, estoy seguro de haberlo visto en la televisión.

Bronwyn le pasó las fotos que les había hecho a los amigos de Sarah Crouch después de interrogarlos.

—¡Es Julian Greenwood!

Singh se dio una palmada en la frente.

—No lo reconocía.

Bronwyn sonrió con expresión triunfante.

El inspector gruñó:

—Cuando termine de darse palmaditas en la espalda, podría averiguar si Greenwood tenía motivos para sentirse tentado por los fajos de billetes que Richard Crouch llevaba en los bolsillos.

El piso estaba hecho un desastre, Nuri no había recogido después del desayuno. Las hormigas habían invadido la mesa formando manchas negras que se retorcían sobre las migas de pan y los restos de kaya, la mermelada de coco. Las sillas estaban desordenadas y el salón entero olía mal. Ghani no pudo evitar ponerse de mal humor. ¿Eso es lo que se merecía un marido después de un largo día?

Entró en el dormitorio y vio a Nuri tumbada de lado, completamente tapada, igual que la había dejado por la mañana. Recordó su irritación de la noche anterior, cuando se fue a acostar y vio que su esposa fingía dormir. Se había quedado mirándola: estaba

acurrucada bajo la manta, de espaldas a la puerta y apretando fuerte los párpados. Él se había tumbado y se había dado la vuelta hacia el otro lado, a medio metro de ella a pesar de lo estrecha que era la cama: la imagen universal de un matrimonio con problemas.

Habían pasado veinticuatro horas y seguía acostada; contempló su pequeña silueta sobre la cama y su larga melena extendida por la almohada como un abanico. Era una habitación pequeña, con la puerta y las ventanas cerradas, y entre la humedad y el calor humano olía a moho y sudor rancio.

—¡Nuri! —dijo secamente Ghani; ella no respondió y la llamó un poco más fuerte—: ¡Nuri!

Nuri se dio la vuelta despacio, entornando los ojos deslumbrada por la bombilla pelada que colgaba del techo; Ghani había encendido la luz al entrar.

Ella lo miró fijamente, como si no lo conociera.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó él en un tono más amable.

Ella negó con la cabeza y se incorporó sobre la cama. Él observó que la almohada tenía una mancha de humedad y se preguntó si sería de sudor o de lágrimas. ¿Pero qué razón tendría su joven esposa para llorar?

Él la había mantenido bien. Sus padres, aunque eran respetados en el pueblo por su fe inquebrantable y sus conocimientos religiosos, tenían pocos recursos. Ghani recordó sus visitas a la casa, una pequeña construcción de madera con tejado de paja y suelo de cemento, sin siquiera una esterilla de paja para evitar la humedad. Las habitaciones estaban separadas con madera contrachapada, y los delgados tabiques apenas permitían algo de privacidad. Había un ventilador oxidado para refrescar la habitación delantera y varias sillas de ratán con los asientos muy desgastados y fundas descoloridas. Él le había dado a Nuri una casa mucho más cómoda en su pueblo de Sulawesi. No era lujosa, no podía permitírselo y no habría sido apropiado para alguien que siempre había llevado una vida austera y temerosa de Dios. Pero era una gran mejora respecto a la casa de su familia.

También la trataba con amabilidad. El padre de Nuri había sido un capataz muy estricto y había educado a sus hijos con una disciplina de hierro.

Puede que, al venir de un entorno tan organizado, la libertad que le había dado a Nuri hubiera sido excesiva. Era muy joven, traerla a Bali había sido un error, la isla causaba una fuerte impresión incluso a un

musulmán acostumbrado a la decadencia de los occidentales. ¿Qué efecto habría tenido en alguien tan inocente como Nuri?

La recordó riéndose feliz en el ferri de Java al ver a los niños que pescaban buceando las monedas lanzadas por los pasajeros. Estaba pictórica, encantada por todas las novedades.

Ahora su esposa estaba sentada en la cama mirándolo con los ojos tristes y el pelo suelto, esperando a que la regañara, la golpeara o se divorciara. Qué fácil sería hacer cualquiera de esas cosas: se merecía una reprimenda por el estado de la casa; como marido él estaba en su derecho de aplicarle un correctivo; el divorcio quizá fuese demasiado radical, aunque solo tenía que pronunciar las palabras y dejaría de ser su esposa ante los ojos de Dios. Por un instante se sintió tentado: quería borrar de su rostro esa mirada inexpresiva.

Sintió una punzada de inseguridad, ¿era demasiado viejo y poco atractivo? Aunque fuese veinte años mayor que ella, había estado muy solicitado como marido. Cuando sus maestros espirituales le indicaron que se estableciera, no le costó elegir a Nuri. Se había fijado en ella por su absoluta discreción cuando entraba en la habitación vestida con su hiyab completo para llevarse un vaso o servir algo de comida a los hombres. La reputación de su padre como erudito había llegado mucho más allá de su pequeña aldea. La verdad, era como si su matrimonio con Nuri se hubiera concertado en el cielo: contaba con la aprobación de sus compañeros, de la familia de ella, de sus líderes espirituales y de Alá.

Ella seguía mirándolo. Casi parecía estar deseando que él hiciera o dijera algo hiriente para confirmar su opinión sobre él, pensó Ghani. Su mirada lo trastornaba, así se imaginaba los ojos de las almas que habían perdido la gracia de Alá, nunca había pensado que vería esa expresión de absoluto vacío en el rostro de su esposa. Ghani abrió la boca y levantó la mano como si estuviera a punto de decir algo y enfatizarlo con un gesto, pero luego se dio la vuelta despacio y salió de la habitación. Justo antes de cerrar la puerta, volvió a meter un brazo y apagó la luz. La repentina oscuridad sorprendió a Nuri, que cerró los ojos y se recostó en la almohada.

Ghani se quedó en la puerta. Abu Bakr y Yusuf habían regresado mientras él estaba en la habitación con Nuri. Ramzi estaba sentado en una silla junto a la mesa del comedor, meciéndose sobre las patas traseras.

—¿Va todo bien? —le preguntó Abu Bakr con la voz ronca, tratando de ocultar su incomodidad ante la discordia matrimonial.

Ghani asintió.

Yusuf pareció darse cuenta de que algo no iba bien porque le preguntó acelerado por la ansiedad:

—¿Está bien Nuri? ¿Se encuentra mal?

—Está bien, solo tiene que descansar un poco.

Si los hermanos de Nuri sentían curiosidad por la tolerancia de Ghani ante los cambios de humor de su esposa, tuvieron el tacto de no preguntar, aunque en realidad fue cosa de Abu Bakr, que se llevó aparte a Ramzi para advertirle que no mencionase el tema de su hermana.

Ramzi se frotó la mejilla donde Nuri lo había abofeteado el día anterior y dijo:

—Como quieras, hermano. ¡Todavía me duele la cara!

Bronwyn tenía las mejillas coloreadas por la emoción.

—¡Acaba de llamar el sargento Agus! Wayan ha confirmado la identidad de al menos uno de los hombres. ¡Hemos encontrado a los misteriosos inmigrantes amigos de Richard Crouch!

Singh se rascó el cuello con zarpazos rápidos y repetitivos como un perro pulgoso.

—¿Está Nyoman fuera? —preguntó.

Bronwyn asintió. Nyoman se había convertido en su chófer particular en Bali. Los llevaba a todas partes y cuando no se desplazaban se quedaba fuera del hotel o de la comisaría, fumando sus *kreteks* y charlando con otros conductores. Bronwyn había insistido en que buscase más pasajeros, pero Nyoman se había negado, asegurando que era un privilegio esperar a clientes tan importantes. A ella le había impresionado su lealtad, pero el cínico inspector de Singapur había señalado que Nyoman tenía mucho más que perder si ellos encontraban otro chófer: no estaba siendo leal, estaba siendo prudente.

Se acomodaron en el asiento trasero del Kijang y Bronwyn le indicó la dirección.

Nyoman se rio.

—Un barrio complicado —dijo—. Nada que ver, nada que comprar… ¡Allí no tengo ningún primo!

—Vamos por un asunto policial —lo interrumpió Singh. El constante buen humor de Nyoman le crispaba tanto como el ruido de uñas arañando una pizarra o el entrechocar de los cubiertos de acero.

Le sacaba de quicio, y le ocurría lo mismo con todos los balineses, siempre tan amigables y felices. Incluso con el sombrío ambiente de pesimismo después del atentado no dejaban de preguntarle educadamente de dónde era, si le gustaba Bali, cuánto tiempo iba a estar y otras mil preguntas inocentes parecidas que le repetían todos los días muchos balineses, y que molestaban mucho al taciturno inspector.

Nyoman se giró para mirar a sus pasajeros sonriendo entusiasmado.

—¿Un asunto policial? ¡Qué emocionante!

—No tan emocionante como verte conducir mirando hacia atrás —gruñó el inspector.

Nyoman respondió con una risita, divertido por la ocurrencia del gordo, pero volvió a centrar su atención en la carretera justo a tiempo para esquivar por muy poco a una familia de cuatro personas apretujadas en una pequeña moto.

—Entonces, ¿van a arrestar a alguien? ¿Es por algo del atentado?

—No, nada de eso —dijo Bronwyn—. Solo vamos a interrogar a unos testigos. ¡Si fuéramos a arrestar a alguien relacionado con el atentado iríamos con muchos más refuerzos!

—Qué pena que yo no tenga sirena —exclamó excitado Nyoman mientras aceleraba temerariamente.

Singh soltó un resoplido burlón y el resto del trayecto transcurrió en silencio.

12

Singh estaba delante de la puerta escuchando atentamente, podía oír que hablaban en voz baja. De repente reconoció una melodía publicitaria, tenían puesta la televisión, con suerte estarían en casa, no le apetecía volver a subir tres pisos por la escalera. Singh llamó golpeando fuerte con los nudillos y se produjo un silencio al instante, se había apagado la televisión. Poco después insistió, esta vez aporreando la puerta con su enorme puño. Al ver la cara de enfado de Bronwyn se imaginó que debía parecerle el típico policía bruto.

Antes de que pudiera seguir enfadándola abriendo de una patada sin orden judicial, la puerta se abrió por completo chirriando lentamente. Singh enseñó su placa y, tratando todavía de recuperar el aliento después del esfuerzo de las escaleras, dijo:

—Policía. Tenemos que hacerle algunas preguntas.

El hombre barbudo que había abierto dudó un instante y luego se apartó de mala gana. Los dos agentes entraron en el apartamento.

La primera impresión de Singh fue de extrañeza porque aquellos hombres hubieran hecho amistades entre los expatriados: tenían un aspecto muy descuidado y parecían cansados, como si hubieran trabajado muchas horas o en el turno de noche. Singh pensó que habrían emigrado a Bali para trabajar como peones en la construcción o como mozos de carga. Eran trabajos duros con salarios bajos, pero Bali seguía atrayendo como un imán a muchos hombres con familias que mantener.

Los hombres permanecieron en silencio y parecían estar alerta. Singh no se sorprendió, los policías corruptos solían hostigar a los inmigrantes más vulnerables exigiendo sobornos a cambio de no abrumarlos con trámites burocráticos.

Bronwyn, que parecía acalorada y tenía grandes manchas de sudor bajo las axilas, también había captado esa sensación de inquietud, les habló en indonesio en tono tranquilizador:

—Solo vamos a hacerles unas preguntas sobre un amigo suyo.

Singh entendió sin dificultad lo que decía; la diferencia entre las variantes indonesia y malaya del idioma malayo es sobre todo

cuestión de acento. El inspector se mantuvo impasible, pero estaba irritado porque había que interrogar a esos hombres como testigos, y tranquilizarlos era contraproducente: siempre es mejor que los testigos estén nerviosos por tener que tratar con la policía. ¿Cuándo iba a superar Bronwyn esa necesidad de animar a los sospechosos? La estrategia correcta era ir aumentando la presión hasta que soltasen todo lo que sabían.

—¿Cómo se llaman? —preguntó de repente, en tono beligerante y proyectando la barbilla hacia delante.

El hombre que les había abierto rompió el silencio:

—Soy Ghani, de Java. Estos son mis amigos Abu Bakr, Ramzi y Yusuf.

Los fue señalando con el pulgar y ellos saludaron inclinando la cabeza excepto Ramzi, que se acercó sonriente a Singh y le estrechó la mano enérgicamente para demostrar que la policía no lo intimidaba. Luego saludó a Bronwyn con una amistosa inclinación de cabeza, y se retiró a su rincón de la habitación.

Singh observó a Yusuf, parecía un joven bastante simple comparado con Ramzi, tan seguro de sí mismo. Los miraba como si no estuvieran, con el rostro inexpresivo y los ojos apagados; a Singh le recordó a un animal acorralado, casi podía notar el olor a almizcle. Yusuf debía haber tenido una experiencia traumática con la policía, pensó Singh con cierta benevolencia, eso explicaría que estuviese tan nervioso.

—¿Son todos de Java? —preguntó Bronwyn en tono ligero, como si fuese una ocasión social.

Ghani vaciló y luego dijo:

—No, solo yo. Ellos son de Sulawesi.

—Han venido desde muy lejos —comentó Singh.

—Necesitamos trabajar —murmuró Ghani, confiando en que los otros recordasen la sencilla explicación que habían preparado para casos como ese.

—¿En qué trabajan?

—Normalmente en la construcción, como peones.

—¿Y por qué nos buscaban? —preguntó Ramzi, incapaz de ocultar su curiosidad.

Singh se quedó mirándolo; ya había tratado a otros como él, tipos engreídos con una energía que era puro nervio; los hombres como Ramzi tienden a sobreestimar sus propias capacidades. Según Agus, el conductor de la moto roja era un joven con el pelo negro y ondulado y

el mentón cuadrado. Ese muchacho impaciente vestido con vaqueros ajustados encajaba con la descripción.

Su hermano mayor —porque pareciéndose tanto tenían que ser hermanos— tenía el mismo rostro anguloso, pero llevaba el pelo corto y una barba rala con algunas canas. Abu Bakr estaba mirando al más joven como si le fuese a regañar por hablar cuando no debía o, lo más probable, para que no volviese a hacerlo.

—Estamos buscando información sobre Richard Crouch —dijo Singh suavemente.

Al observar las miradas inexpresivas de aquellos hombres, el inspector sintió un escalofrío de duda. ¿Estarían perdiendo el tiempo?

Ghani respondió con rotundidad:

—No conocemos a nadie con ese nombre.

Singh observó que Ghani y él eran casi igual de altos, aunque aparte de la barba canosa no se parecían en nada más. Singh estaba flojo, en un trabajo intelectual como el suyo los músculos se atrofian. Ghani estaba fuerte, tenía la constitución física de un obrero; sus músculos no eran los de un culturista, pero su corpulencia y su cuello ancho sugerían una gran fortaleza.

—¿Está seguro? —le preguntó Bronwyn.

Ghani asintió varias veces y los demás lo imitaron, todos excepto Yusuf. Singh no consideró su falta de reacción como señal de que Yusuf conocía a Crouch, solo indicaba que estaba demasiado absorto en su monólogo interior como para seguir el interrogatorio.

Singh señaló con el dedo a Ramzi:

—¡Pero a ti te han visto con él, hay testigos que te han identificado! —dijo en tono agresivo.

Los otros hombres se giraron a la vez para mirar a Ramzi, «como nadadores sincronizados», pensó Singh.

Ghani estaba furioso: tenía el semblante desencajado y la mandíbula apretada. Singh se preguntó por qué se habría enfadado tanto.

Ramzi parecía totalmente pasmado, lo miraba enarcando las cejas con cara de auténtica confusión.

Singh se acordó de Wayan; como se hubiera confundido al identificar a los amigos de Richard Crouch, lo encerraría veinticuatro horas con todos los rateros balineses que pudiera encontrar.

—¿Tienes una moto roja grande? —le preguntó, intentando sacar algo en claro.

—Sí —dijo Ramzi con precaución.

—¿Y has estado en Ubud?

—Sí.

—¿Pero dices que no conoces a Crouch?

Ramzi asintió con mucho énfasis.

Ninguno de ellos había oído abrirse la puerta del dormitorio, así que cuando Nuri habló, los hombres se sobresaltaron.

—¿Por qué preguntan por Richard? —dijo con la voz temblando de ansiedad.

Singh y Bronwyn se giraron para mirar a la recién llegada.

Era una mujer delgada con el pelo largo y liso, parecía exhausta y tenía los ojos hinchados.

—¿Por qué preguntan por Richard Crouch? —repitió, esta vez con una nota de pánico en la voz.

Singh fue el primero en responder.

—¿Usted lo conocía? —le preguntó.

Ella asintió una sola vez.

Ghani intervino furioso:

—¿Qué estás diciendo, esposa? Eso es una tontería. ¿Cómo vas a conocer tú a ese Richard Crouch?

Al principio no parecía que lo hubiera oído, pero luego Nuri susurró:

—¿Qué quieres decir? Todos lo conocemos…

La consternación de los otros fue evidente. Ramzi la insultó:

—¡Te has vuelto loca, hermana!

Ghani le gritó:

—¡Cállate, no sabes lo que dices!

Abu Bakr se acercó a la joven para intentar que volviese al dormitorio pero Nuri se mantuvo firme y Singh intervino de nuevo:

—¿Por qué dices que conoces a Crouch? —le preguntó.

—Era nuestro… amigo. ¿Qué le ha pasado?

Bronwyn había estado rebuscando en la carpeta que llevaba, y sacó una copia ampliada de la foto del pasaporte de Crouch.

Se acercó a Ghani y le tendió la foto en silencio. Nuri se le acercó a hurtadillas. A Singh le recordó a un animalito hambriento tratando de coger algo de comida entre los depredadores. Su marido cogió la foto y la miró con curiosidad. El color de su rostro comenzó a desvanecerse al instante.

—Usted lo conoce —afirmó Singh.

Ghani vaciló; su repentina palidez le hacía parecer más viejo. Las líneas de preocupación y la cicatriz que tenía desde el rabillo del ojo

hasta la línea del pelo resaltaban como si un escultor las hubiera repasado con un punzón para darle más personalidad a su rostro. Abu Bakr y Ramzi se acercaron a él, ansiosos por echar un vistazo a la foto.

Ghani trató de insuflar a su voz un tono ligero:

—Sí, lo conocemos. Es amigo nuestro, lo conocimos en Ubud.

Bronwyn no intentó ocultar su desconcierto:

—Entonces, ¿por qué lo negaban?

Ghani contestó en voz baja:

—Nos preguntaron si conocíamos a Richard Crouch, y no conocemos a Richard Crouch. Conocimos a este hombre en una mezquita, nos dijo que se llamaba Abdullah.

Singh soltó aire con un sonido entrecortado que escucharon todos.

A juzgar por su expresión, Abu Bakr y Ramzi también se habían quedado estupefactos, sobre todo Ramzi, que parecía conmocionado: tenía las pupilas dilatadas y la boca abierta, mostrando la punta de unos dientes blancos y uniformes.

—¿Se hicieron amigos? —Singh estaba impaciente por entender cómo se había desarrollado la relación.

No se le escapó la mirada de advertencia que Ghani echó a los demás hombres. Singh decidió dejar que Ghani hiciese de portavoz si quería, siempre podía interrogar por separado a los demás hombres si no le convencía lo que dijera.

Ghani respondió hablando despacio y muy claro. El policía sij sospechó que quería asegurarse de que los demás no lo contradijeran.

—Nos conocimos en una mezquita de Denpasar. Era simpático, y muy buena persona. A veces quedábamos con él para comer en Ubud o venía él a Denpasar; Ramzi iba a recogerlo en la moto.

—¿No es un poco raro que ustedes hagan amistad con los expatriados? —preguntó Singh, mirando alrededor del pequeño y sucio apartamento con cara de incredulidad.

Si Ghani se dio cuenta de que era una provocación, no lo demostró, y respondió sin alterarse:

—Aquí en Bali somos forasteros, a los balineses no les gusta la gente del resto de Indonesia. Dicen que les quitamos el trabajo y profanamos su religión hinduista. Pero nosotros solo estamos aquí para ganar algo de dinero, y nos alegramos mucho cuando conocimos a alguien tan amable como Abdullah, ese al que llamáis Crouch.

La explicación sonaba bien ensayada, pensó Singh, aunque también podía ser verdad.

—¿Y él, qué interés tenía? —preguntó en tono insolente.

Estaba intentando irritar a Ghani pero fue el impulsivo Ramzi quien se ofendió, como tendría que haberse imaginado.

Ramzi respondió apretando los dientes.

—¿Por qué pregunta algo así? ¿Porque es blanco? ¿Cree que es superior a nosotros porque es occidental? —Se volvió de repente hacia Bronwyn, señalándola con un dedo acusador—. ¿Ella también se cree mejor que nosotros?

Abu Bakr se acercó a Ramzi, le puso una mano en el hombro y le dijo con firmeza en voz baja:

—Hermano, deja que hable Ghani. La policía… es su táctica para provocar la ira.

Ghani continuó:

—Abdullah es un musulmán devoto. En Bali tampoco tenía tantas ocasiones para entretenerse un poco.

Nuri intervino de nuevo, mirando al policía de Singapur con todo el cuerpo en tensión.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Abdullah?

Bronwyn y Singh se miraron, parecía ser el momento de las revelaciones, pero ¿cuánto de lo que sabían les iban a contar?

La investigación apenas avanza, pensó Singh, y dejó caer la bomba:

—Richard Crouch, Abdullah, como ustedes lo conocen, ha muerto.

Ghani tomó aire con un breve jadeo, Abu Bakr murmuró algo en voz baja, quizá fuese una plegaria o una maldición, Singh no pudo entenderlo. Ramzi estaba mirando al suelo, aunque al oír las palabras de Singh levantó la cabeza y sus miradas se cruzaron fugazmente, fue un instante, pero Singh tuvo la impresión de que Ramzi tenía algún secreto.

Ninguno de ellos se estaba fijando en Nuri, fue la repentina exclamación de Yusuf lo que llamó su atención: se había desmayado. Yusuf corrió a su lado y trató de levantarle la cabeza.

Bronwyn, siempre eficiente, acudió enseguida y se arrodilló junto a la chica. Le buscó el pulso y abanicó con la mano las pálidas mejillas de Nuri. Abu Bakr le pasó una revista, ella le sonrió agradecida y siguió abanicando a la chica con la revista.

Ghani contemplaba a Nuri perplejo.

—Mi mujer no ha estado bien últimamente —dijo un poco quejumbroso.

—Parece solo un desmayo, ¿podrían darme una toalla húmeda? —dijo Bronwyn.

Ahora estaba funcionando en modo enfermera jefe, pensó Singh.

Fue Yusuf quien se dirigió rápidamente al fregadero con cara de preocupación. Enjuagó cuidadosamente un paño, lo escurrió todo lo que pudo y se lo llevó a Bronwyn, que empezó a pasarlo despacio por la cara de Nuri. Yusuf se quedó a su lado como una gallina clueca, tirándose de la barba de vez en cuando.

Ramzi perdió interés en el revuelo que había en torno a su hermana y preguntó:

—¿Cómo murió?

Como no obtuvo una respuesta de inmediato, repitió la pregunta en tono más apremiante:

—¿Cómo murió nuestro amigo Abdullah?

Singh le respondió como quitándole importancia:

—Ah, le pegaron un tiro en la cabeza.

—Entonces, ¿qué piensa usted?

—¿Sobre qué?

Bronwyn fulminó con la mirada al hombre sentado junto a ella, un gesto inútil porque él seguía absorto mirando por la ventana del Kijang.

Nyoman intervino desde delante con entusiasmo:

—¿Han detenido a alguien?

Bronwyn estaba irritada con su compañero y lo pagó con el conductor:

—¿A ti te parece que hemos arrestado a alguien?

Nyoman se sumió en un silencio malhumorado y Bronwyn se disculpó:

—Lo siento, Nyoman. Lo que pasa es que estamos un poco cansados, nada más.

Ella miró la hora, su reloj tenía un botón para iluminar las manillas, se estaba haciendo tarde. Esperó unos minutos, pero vio que el inspector no se daba cuenta de que le estaba ignorando. Le habría gustado comentar la actitud poco comunicativa de su compañero pero lo dejó pasar y le preguntó:

—¿Cree que ellos tienen algo que ver?

—¿En el asesinato de Richard Crouch, alias Abdullah? —respondió Singh en tono alegre—. ¡Eso sí que ha sido un giro inesperado!

—¿Qué sea musulmán?

Singh no dijo nada, pero asintió con un movimiento perceptible a pesar de la oscuridad.

Al darse cuenta de que el inspector tampoco sabía qué pensar sobre los amigos de Richard Crouch, Bronwyn comenzó a hablar con más seguridad.

—Eso explica la curiosa amistad entre un expatriado y unos inmigrantes.

—Sí —coincidió Singh—. Es casi verosímil que estableciesen una relación basada en sentirse rechazados.

—¿Casi verosímil? ¿Quiere decir que no se lo cree?

—Nunca creo nada sin tener alguna prueba —dijo Singh con suficiencia—. Es la primera regla de las investigaciones de asesinato: ¡todo el mundo miente!

—No creo que eso sea cierto —dijo Bronwyn—, porque si la gente no tiene nada que ocultar, sabe que es mejor decirle la verdad a la policía.

Singh no pensaba así y dio una palmada en el asiento para enfatizar lo que no pudo llegar a decir, porque la nube de polvo que salió de la tapicería le provocó un fuerte ataque de tos.

—Tendrías que pasar la aspiradora de vez en cuando, Nyoman —comentó Bronwyn.

—Como usted diga, ibu —murmuró Nyoman, y no dijo nada más pero la rigidez de su postura indicaba que estaba ofendido.

—¡Solo era una broma, Nyoman! —dijo ella impaciente.

—Sí, ibu. De todas formas limpiaré el coche mañana.

Singh terminó de sonarse la nariz con su enorme pañuelo.

—No volverá a ocurrir —dijo.

Como Bronwyn no añadía nada, le preguntó:

—¿Cree que esos hombres tendrán algo que ver con el asesinato?

Ella sacudió la cabeza poco convencida:

—No me imagino por qué querrían matar a Richard Crouch…

—¿Cree que estaban ocultando algo?

Bronwyn respondió indecisa:

—Parecían estar a la defensiva, pero supongo que siendo inmigrantes es normal. Nos hemos presentado ahí preguntándoles si sabían algo de un expatriado que ha sido asesinado… Se habrán llevado un buen susto.

—¡Desde luego el simplón parecía bastante asustado! —dijo Singh.

Bronwyn fingió ignorar de quién hablaba, no le gustó el término

que había usado el inspector para referirse a Yusuf.

—¿A quién se refiere? —le preguntó.

Singh ignoró la pregunta y siguió cavilando en voz alta:

—Seguro que ese Ramzi sabe algo.

—¿El guapo con mal genio?

—Mal genio sí que tiene, no me fijé en si era guapo.

—«Guapo que te mueres».

—Bueno, si usted lo dice… ¿Pero no le pareció que estaba ocultando algo?

—No, la verdad es que no.

Singh resopló.

—Pues mi larga experiencia laboral me dice que hay algo de ese chico que no encaja.

—La más rara de todos era la chica —sugirió Bronwyn con cierta inquietud, porque Singh solo parecía estar de humor para escuchar sus propias ideas.

—Sí que era rara, ¿y por qué sabía que él se llamaba Richard Crouch y los otros no lo sabían? ¿Y por qué se desmayaría?

—La verdad es que estaba fatal, pobrecilla —dijo Bronwyn—, olía como si no se hubiese duchado, y el pelo tampoco lo tenía muy limpio. Parecía deshidratada, tenía los labios secos y agrietados.

Singh asintió.

—Y que supiera que Crouch y Abdullah eran la misma persona los pilló desprevenidos a los demás, incluso a su marido.

—Eso es que ella conocía al muerto mejor que los otros.

Singh dio una palmada que restalló como un latigazo y sobresaltó a Bronwyn, que le preguntó irritada:

—¿Qué pasa?

—Creo que nuestro buen musulmán tenía una aventura con esa jovencita.

—¡No sea ridículo!

—¿Por qué lo descarta? Piénselo, él no era feliz con su esposa. Nuri es joven, y debe ser bastante atractiva cuando está aseada. Por alguna razón sabe más sobre Crouch que los otros, y actúa como si le hubieran roto el corazón. ¡Está clarísimo!

—Pero… —Bronwyn no sabía bien cómo plantear sus dudas.

—¿Pero qué?

—Pues que parecían gente muy religiosa, conocieron a Abdullah en una mezquita, yo pensaba que los musulmanes están totalmente en contra del adulterio.

Singh se echó a reír divertido, con una carcajada sincera y cordial.

—¡Amiga mía, en mi experiencia, los deseos carnales siempre pueden más que Dios!

Cuando se marchó la policía se quedaron todos en silencio, ninguno se atrevía a hablar. A Nuri, que se había desmayado como un personaje de telenovela, pensó Ghani disgustado, la habían dejado tumbada en la cama. Ghani estaba deseando hablar con ella, era muy extraño que solo ella supiera que Abdullah se llamaba Richard Crouch antes de convertirse al islam. ¿Por qué revelar algo así? ¿Y por qué a su esposa? No había pensado que tuvieran tanta confianza, ni tenía constancia de que hubieran hablado en privado.

Pensó en las visitas de Abdullah, había ido varias veces al apartamento. Nuri estaba presente, había servido la comida y las bebidas, tan discreta y sumisa como siempre. Él no se había fijado en ella, y eso significaba que ella no había hecho nada fuera de lo habitual. Si ella había estado hablando con Abdullah sobre su vida pasada, él no había estado presente en la conversación.

Abu Bakr estaba tan tenso que se le marcaban los tendones del cuello; fue él quien rompió el silencio:

—¿Y ahora qué?

—¿Qué quieres decir? —saltó Ramzi.

Abu Bakr ignoró a su hermano, giró un poco el cuerpo para indicar que le preguntaba a Ghani y repitió:

—¿Y ahora qué?

Ghani estaba irritado; se había sentado en el único sillón del salón y movía frenéticamente una pierna arriba y abajo.

—No tengo ni idea de qué me estás preguntando —le dijo.

Abu Bakr se sonrojó, el rubor tiñó su cara hasta el vértice de los pómulos, pero se mantuvo firme.

—¿Cancelamos nuestros planes?

—¡Pues claro que no! —gritó Ramzi.

Esta vez su hermano no pudo ignorarlo. Todavía rojo, pero ahora de rabia, giró sobre uno de sus talones.

—¿A ti quién te ha nombrado jefe, hermanito? Tu trabajo es esperar y seguir instrucciones. ¡Deja las decisiones a los que son mayores que tú… y mejores que tú!

Ghani intervino:

—¿Por qué íbamos a cancelar nuestros planes? —preguntó en tono

gélido y cortante.

—¿Por qué? ¿Cómo que por qué? ¿Acaso no ha venido la policía a buscarnos a este piso y nos han estado preguntando sobre Abdullah?

—Sí, eso es. Venían preguntando por Abdullah pero no nos estaban buscando. No saben nada de nosotros, ¿por qué vamos a detenernos? —Ghani había ido levantando la voz como quien sube el volumen de un equipo de música, y terminó casi con un grito. Tenía la cara roja como la grana excepto unos círculos pálidos alrededor de los ojos y la boca.

Abu Bakr respiró hondo como si contara hasta diez para calmarse, aunque eso es más propio de otras culturas. Luego empezó a hablar despacio y con cierta pedantería, como si le estuviera explicando algo a un niño o a un loco:

—Han matado a Abdullah; nosotros no sabemos quién ha sido y la policía tampoco lo sabe. Pero no se van a conformar con lo que nos han preguntado, están buscando a un asesino, y eso es preocupante porque lo investigarán a fondo. Mirad cómo nos han localizado, y todo porque al tonto de mi hermano le encantan las motos grandes de color rojo.

Ramzi lo miró furioso.

—¡Sabía que esa moto nos traería problemas! —añadió Abu Bakr—. Aún no entiendo por qué la compraste.

Ghani ya estaba tranquilo.

—Eso quedó en el pasado. Acordaos de que la policía no sabe nada, están buscando a un asesino, nosotros solo somos testigos. Tenemos que mantener la calma.

—¿Mantener la calma? —preguntó Abu Bakr con la voz aguda por la ansiedad—. Tenemos que hacer más que eso, Ghani, porque Abdullah ha muerto. ¡Nuestro artificiero ha muerto!

13

Singh estaba tumbado en la cama completamente vestido, recostado sobre tres mullidas almohadas. Se había colocado en diagonal porque no se había descalzado y, aunque sus deportivas parecían bastante limpias, no se le ocurriría apoyarlas sobre la colcha. Estaba educado para andar sin zapatos dentro de casa y le resultaba raro estar calzado en las habitaciones de los hoteles, pisando con sus zapatillas aquellas moquetas tan claras. Pero no se descalzaba porque sabía que tampoco lo había hecho ninguno de los huéspedes anteriores. Hizo una mueca al pensar en lo que habría dicho su madre si lo hubiera pillado con los zapatos sobre la cama, seguro que le habría hecho probar la caña de bambú reservada para las situaciones que requerían un correctivo inolvidable.

Singh rebuscó a tientas por la mesilla de noche y encontró el mando de la televisión. Había vuelto agotado al hotel, no estaba en forma, pensó, y si pasaba mucho más tiempo en aquella pequeña habitación donde todo estaba al alcance de la mano —desde la nevera cerca de la cama hasta el panel de control integrado en la mesilla de noche—, engordaría aún más. De momento, la tripa no le dejaba ver la parte de abajo de la pantalla. Singh se incorporó un poco sobre las almohadas y cambió de canal hasta encontrar un programa de noticias.

Estaban entrevistando a uno de los autores del atentado de Bali, Amrozi. La policía indonesia seguía aplicando los mismos métodos que en la Edad Media, pero Amrozi no parecía haber recibido una paliza. A pesar de eso estaba cantando como un canario, y parecía muy contento de poder explayarse en la televisión porque estaba justificando lo que había hecho entre risas y bromas.

De repente sonó el timbre de la habitación; Singh se levantó trabajosamente, abrió la puerta y se encontró con Bronwyn, que rellenaba todo el umbral. Se había duchado y cambiado de ropa, y parecía recuperada. Aún tenía el pelo mojado y se le veía más oscuro; algunos mechones finos como colas de rata seguían goteando sobre sus hombros.

Singh se arrepintió de haber estado escuchando las explicaciones de Amrozi sobre la masacre en lugar de ducharse; no se sentía limpio, y decidió que no se quitaría los zapatos mientras Bronwyn estuviese en la habitación, seguro que sus calcetines olían a *belachan*, la pasta de gambas indonesia que los turistas blancos encuentran nauseabunda y hace que se tapen la nariz.

—Bueno, ¿puedo pasar? —dijo Bronwyn.

Singh se dio cuenta de que seguía sujetando la puerta, se había quedado absorto pensando en el estado de sus calcetines. Debía ser el cansancio, no estaba pensando con claridad. Se apartó para dejar entrar a la australiana.

—Su habitación es más grande que la mía —comentó.

Singh miró a su alrededor con desdén; estaba harto de aquello y deseando volver a Singapur. Aunque su esposa lo estuviera esperando con las quejas de todo un mes, tenía muchas ganas de volver a pasearse descalzo por su casa de tres dormitorios. La casa necesitaba una mano de pintura y algunas reformas, pero era tan acogedora y confortable como una manta vieja. La habitación de ese hotel era sosa y funcional; aunque habían intentado incluir en la decoración algunos detalles balineses, como sillas de teca decoradas con relieves y ranas que soltaban agua por la boca en vez de grifos, ni siquiera eso le daba algo de carácter.

La televisión seguía encendida; Bronwyn miró la pantalla con cara de disgusto.

—He estado viéndolo un rato en mi habitación —dijo.

Singh gruñó.

—No entiendo por qué exhiben a ese payaso en la televisión.

—Para que la gente vea que había indonesios implicados en el atentado, ha habido mucho escepticismo.

—Tiene sentido, supongo —admitió Singh de mala gana. Cogió el mando a distancia y apagó la televisión—. Suficiente. Vamos a pensar qué hacemos mañana.

—¿Por dónde quiere seguir?

Singh se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Primero por Julian Greenwood, no vamos a olvidarnos de los sospechosos iniciales solo porque hayan aparecido los nuevos. Agus llamó y dijo que Greenwood le debe bastante dinero a un matón local, una deuda de juego. Puede que le tentase el montón de billetes que Crouch estaba sacando del banco.

—¿Y luego?

—¡Hablar con la chica a solas!

—¿Qué chica?

—La chica indonesia que estaba enamorada de Crouch.

—La chica indonesia que quizá estuviera enamorada de Crouch —dijo Bronwyn—. ¿Quiere que la arrestemos?

—No, todavía no. Pero pida que alguien vigile el piso mañana; cuando los hombres se vayan a trabajar haremos otra visita.

—Aunque la chica tuviera una aventura con él, no pensará que lo mató ella, ¿verdad?

Singh negó con la cabeza.

—Al enterarse de que había muerto tuvo una auténtica conmoción, ese desmayo no era fingido.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Bueno, es bastante fácil cerrar los ojos y dejarse caer al suelo, pero no es posible ponerse pálido a voluntad. Y ella estaba blanca como un muerto.

Bronwyn entrelazó las manos y apoyó la barbilla sobre ellas con aire de resignación.

—Vale, la interrogamos. Pero si sabemos que ella no lo hizo, no sé qué esperamos averiguar, solo vamos a conseguir alterar a la muchacha.

—Tiene que superar sus reticencias sobre disgustar a la gente cuando esté investigando un crimen —dijo el inspector en tono mordaz—. Tratar a los testigos con guantes de seda no nos ayudará a encontrar al asesino.

Bronwyn suspiró.

—Es que me parece una crueldad, esa chiquilla estaba destrozada.

—Por la muerte de Richard Crouch.

—Supongo que tiene razón.

—¡Claro que tengo razón! Piénselo, si la chica tenía una aventura con él se abren nuevas posibilidades.

—¿Cómo qué?

—Le da otro motivo a Sarah Crouch: los celos. O podría haberlo hecho el marido de la chica, parece un tipo duro. —Singh sonrió de oreja a oreja, olvidando su nostalgia y sus calcetines apestosos—. ¡Estamos progresando, Bronwyn!

Bronwyn parecía incómoda.

—Estaba pensando en pedir algo de tiempo libre.

—¿Tiempo Ubre? —preguntó Singh juntando las cejas con cara de asombro—. ¿Por qué quiere tiempo libre?

—Solo pasado mañana…

—¿Se va de picnic? ¿O piensa darse un bañito cuando estamos a punto de conseguir algo?

—No —dijo Bronwyn riéndose—. Ya le conté lo del ritual de purificación por las víctimas del atentado que han organizado delante del Sari Club. Es que tengo la sensación de que debería asistir.

—Se honra a los muertos encontrando a sus asesinos, no dedicándose a cantar y quemando incienso —dijo Singh secamente.

Bronwyn se mostró inflexible.

—Me gustaría ir.

—Mire, tampoco se lo puedo impedir, no soy su oficial superior, pero como cierre el caso mientras usted pierde el tiempo por ahí, me llevaré todo el mérito, se lo advierto.

Ghani observó a sus soldados, los soldados de Alá.

Ahí estaba Yusuf, nervioso y dubitativo, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, moviendo los ojos de un lado a otro tras sus enormes gafas como si estuviera viendo un partido de tenis imaginario.

Ramzi era fuerte y atractivo, por lo menos parecía un soldado. Estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, menos nervioso que el resto, saboreando la adrenalina del peligro.

Ghani sabía que Abu Bakr era su único aliado fiable, y tenía mucha fe en su criterio. Abu Bakr había demostrado su valía durante los combates en Mindanao y como asesor de los jóvenes voluntarios, a los que recitaba con gran efecto diversos pasajes del Corán cuidadosamente elegidos.

Y luego estaba su esposa; Ghani no había querido revelar sus planes a Nuri, no creía que pudiese entender que el atentado de Bali era parte de la guerra contra los infieles que había comenzado en Afganistán y en Irak. Era mejor para todos que ella creyera que estaban en Bali para fundar una escuela religiosa.

Ghani sintió una punzada de impaciencia al recordar cómo se había desmayado Nuri al oír que Abdullah había muerto. Confiaba en que lo superase rápido, de otro modo sería una auténtica carga para el equipo.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Ramzi haciendo crujir los nudillos como preparándose para pelear a puñetazos.

—Sentaos a la mesa —dijo Ghani con severidad.

Ramzi no le mostraba suficiente respeto. Un soldado no puede ponerse bravo mientras su capitán está sentado en un chirriante sillón de ratán, ni interrumpir sus reflexiones con preguntas impacientes. Ghani decidió pasarlo por alto; eran pocos, ahora no podía permitirse perder a nadie. Ya refrenaría a Ramzi si tenía que hacerlo, pero aún no era necesario.

Ghani se levantó del ruidoso sillón y se dirigió hacia la mesa, se sentó en la cabecera y Abu Bakr se colocó a su derecha. Yusuf se quedó dudando inquieto, hasta la decisión de dónde sentarse en torno a la pequeña mesa era demasiado para él. Al final eligió la silla que estaba frente a Ghani y se sentó despacio en el borde. Ramzi dio dos zancadas y convirtió el acto de sentarse en una muestra de su individualismo, dándole la vuelta a su silla y sentándose con las piernas abiertas y los brazos apoyados en el respaldo.

—Estamos en la cuenta atrás para el siguiente ataque —dijo Ghani.

Ramzi se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—¡Ya era hora! ¿Cuál es el objetivo?

Ghani no le hizo caso y siguió hablando:

—Tenemos que armar la bomba.

Los demás lo miraron en absoluto silencio. Abdullah era su artificiero, pero había desaparecido sin dejar rastro después de preparar los explosivos para el primer ataque, y ahora resultaba que había muerto. Tendrían que arreglárselas sin él.

—Abu Bakr aprendió técnicas militares de fabricación de bombas en los campos de entrenamiento afganos. Él construirá la bomba.

—Por la gracia de Dios encontraré la fuerza y el conocimiento para hacerlo.

De nuevo fue Ramzi el que interrumpió.

—¿Dónde está el material?

—En un piso franco —respondió Ghani.

—¿Por qué no lo tenemos aquí? —preguntó Yusuf con curiosidad, su primera aportación a la conversación.

—¡Porque es mejor no pasar mucho tiempo cerca de cosas que explotan! —resopló Ramzi.

Yusuf volvió a meterse en su caparazón, y fue un proceso visible: encorvó la espalda, hundió el cuello y agachó la barbilla. Su instinto de huir del agresivo Ramzi se reflejaba en su postura.

Abu Bakr intervino atajando otros comentarios desdeñosos.

—¿Cómo vamos a colocar la bomba?

—En cualquier vehículo cerrado…

—¿Y nuestro joven Yusuf va a ser el conductor? —preguntó Ramzi.

Ghani respondió sosegadamente:

—Sí, Yusuf ha sido elegido por Alá para el máximo sacrificio y la máxima recompensa.

Yusuf esbozó una sonrisa, parecía estar a punto de hablar, pero cambió de opinión y dirigió su mirada hacia el suelo.

—Yusuf, te escuchamos con mucho gusto —le dijo en tono amable Abu Bakr.

Yusuf murmuró algo que nadie pudo entender.

—Habla fuerte, Yusuf. ¡Si nadie lo va a oír! Necesitas un poco de autoestima. ¡A este paso, las setenta y dos vírgenes que te esperan en el cielo ni siquiera te van a mirar!

Ramzi se rio a carcajadas de su propia broma.

Ghani lo interrumpió enfadado:

—Basta ya, Ramzi. Mi paciencia tiene un límite. Alá recompensará a sus mártires como se merecen. —Se volvió hacia Yusuf y le preguntó —: ¿Qué decías, Yusuf?

Yusuf susurró:

—Espero que esta vez haya más americanos que en el primer ataque.

Ghani asintió.

—Tendremos en cuenta tu deseo, Yusuf. Buscaremos un objetivo de ese tipo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó impaciente Ramzi—. ¿Puedo ir yo también a buscar un objetivo?

Abu Bakr y Ghani se miraron.

Ghani se decidió y dijo:

—Ramzi, usa esas malas artes que aprendiste de pequeño y roba una furgoneta blanca sin marcas.

—¿Puedo llevarme la moto? —le preguntó Ramzi.

—Vale.

Abu Bakr refunfuñó:

—Ojalá la moto no fuese roja.

Ramzi respondió de buen humor:

—Qué tontería, a mí me encantan las motos rojas. Además, no las hacen de color verde islámico.

Ghani gruñó para sus adentros por semejante frivolidad pero no dijo nada.

—Ten cuidado, hermano —dijo Abu Bakr—. Esa moto que te has

comprado ya nos ha traído bastantes problemas.

Ramzi vio las líneas de preocupación en la frente de su hermano mayor y le dijo:

—No te preocupes, seré tan prudente como lo serías tú.

—No podemos pedir más —dijo Ghani.

—Muy bien, capitán —dijo Abu Bakr—. Si es tu decisión que procedamos, lo haremos. Construiré la bomba mañana con ayuda de Yusuf.

—¡Claro que sí, en realidad no necesitábamos al artificiero! —exclamó Ghani exultante.

—Y aunque lo necesitásemos parece que le han pegado un tiro en la cabeza —señaló Abu Bakr—. Me pregunto quién habrá sido.

A Ghani no le interesaba el tema, su mente estaba totalmente centrada en lo que había que hacer a continuación.

—Nunca lo sabremos —dijo desdeñoso.

Ramzi no estaba dispuesto a dejar correr el asunto.

—Pero es raro, ¿por qué lo habrán matado? ¿Crees que habrá sido la primera célula? Quizá les falló de alguna manera o pensaron que era un riesgo para la seguridad.

—Es posible, supongo —dijo Abu Bakr sin mucha convicción—. Pero su trabajo lo hizo bien, las bombas explotaron. Eso es todo lo que se puede pedir a un artificiero.

Ramzi siguió especulando muy entretenido.

—O quizá fuera la esposa…

—¿La esposa? —preguntó sorprendido Ghani.

Los demás asintieron.

—La trajo como tapadera, para pasar desapercibido entre el resto de los expatriados de Bali. Pero ella no era musulmana —le explicó Abu Bakr.

—¿Sí? ¡Entonces seguro que fue ella! —dijo Ghani con desprecio.

Tim Yardley se estaba mordiendo las uñas; la televisión del pequeño chalé estaba encendida y parecía hipnotizado mirando la pantalla. Era una película en blanco y negro: una historia de valor y lealtad, de amor y sacrificio. El héroe era alto y corpulento, con la sonrisa ladeada. La mujer era guapa y rebelde, y estaba consagrada a su hombre. Quizá los finales felices solo existieran en la televisión, pensó, o puede que las cosas solo acabaran bien para los altos y guapos con cuerpo de atleta.

Sabía muy bien que se había precipitado al casarse con Karri; no la conocía lo suficiente, en realidad no la conocía en absoluto cuando le pidió matrimonio. Entonces le había parecido un gesto tan atrevido y caballeroso —pensaba atravesar el umbral llevándola en brazos— igual que en las películas.

El vaquero de la televisión cabalgaba ahora hacia el sol poniente, rodeando por la cintura con su brazo musculoso a la chica sentada de lado delante de él. A lo mejor se casaron al llegar a casa y luego resultó que su esposa era una arpía grosera y cruel… Quizá por eso las películas antiguas casi nunca tenían secuelas.

Se había equivocado con Karri, pero había llegado a creer que la vida le estaba dando una segunda oportunidad. Recordó que al conocer a Sarah lo primero que le gustó de ella fue su peinado; su melena rubia estilo *bob* era tan sobria y elegante comparada con los pelos que llevaba su esposa… Le había fascinado su manera sosegada de hablar y su desenvoltura, se había solidarizado con ella y le había cogido afecto cuando se hizo evidente que algo no iba bien en el matrimonio Crouch. Se notaba que Richard y Sarah estaban distanciados, aunque el fracaso de su relación se manifestaba como frialdad en lugar de crueldad. Él pensaba que Richard era un imbécil por no apreciar a su esposa.

Pero nunca habría pensado que pudiera tener alguna oportunidad con ella —nunca habría tenido el ánimo o el ego suficiente para creer que ella tuviera interés en él— si Sarah no se hubiera insinuado sutilmente en tantas ocasiones. Los momentos que habían pasado juntos le vinieron a la mente como si fueran una película muda de sonrisas discretas y roces de manos. Con el tiempo, ella había empezado a confiar en él, contándole que estaba deseando recuperar su libertad, empezar de nuevo con un buen hombre que la tratase con amabilidad y consideración. Mientras decía eso lo miraba batiendo las pestañas igual que la mujer de la película. Quizá debería haberse dado cuenta de que todo era puro teatro, los hombres como él nunca conseguían a la chica. Cuando le preguntó que por qué no se divorciaba de Richard, una pequeña lágrima había rodado por su mejilla: Richard se negaba a concederle el divorcio, la estaba castigando por querer dejarlo. Ella empezaba a tenerle miedo, cada día estaba más raro y a veces se ponía como loco, aunque nunca en público, claro.

Tim no iba a dudar de lo que tanto le convenía: ella quería un hombre amoroso y normal, alguien como él, pero además necesitaba

un héroe, y quizá él podría ser ese hombre también.

A ella no se lo había dicho, pero se había encarado con Richard el día del atentado por la mañana. En muchos aspectos, para Tim las explosiones solo fueron el colofón sonoro de aquel largo día.

Recordaba que Richard se había girado y se había parado a esperarlo con expresión amable pero algo impaciente cuando lo llamó al verlo por la calle. Tim no sabía por dónde empezar hasta que Richard dijo «perdóname, pero tengo un poco de prisa», entonces fue cuando lo soltó:

—¡Quiero hablarte de Sarah!

Crouch se quedó mirándolo atónito.

—¿De Sarah?

—Sí, ¿por qué no le das el divorcio? ¡Está desesperada de lo infeliz que es contigo!

Crouch negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que te habrá contado mi mujer, pero no te fíes demasiado.

—¿Le darás el divorcio?

—No.

Después, Richard le dio la espalda y se alejó.

Tim el héroe había salido tropezando detrás de él, decidido a decir lo que tenía que decir para sacarse del pecho su preocupación y para proteger a Sarah. Yardley el de siempre se levantó y se acercó despacio a un espejo. El hombre que lo miraba tenía los ojos legañosos, la tripa tensando a tope el elástico de los bermudas, y gruesos brazos flácidos asomando de una vieja camiseta de tirantes.

Le vino a la mente la imagen que llevaba evitando todo el día: el joven rubio de brazos musculosos y bronceados —igual que el tipo de la televisión—, incorporado en el catre sobre un codo y mirando esperanzado entre de los barrotes de la celda con sus radiantes ojos azules.

Tim cerró la mano y le dio un puñetazo al cristal; una lluvia de esquirlas afiladas como cuchillos cayó al suelo, y la sangre de los nudillos comenzó a chorrearle por la mano goteando sobre el espejo roto.

Ghani entró en el dormitorio para encararse con su esposa. Necesitaba saber qué estaba pasando. ¿Cómo sabía ella que Richard Crouch era Abdullah?

Estaba tumbada en la cama, dándole la espalda a la puerta… y a él.

—Quiero hablar contigo —exigió secamente.

No hubo respuesta ni movimiento, y Ghani se preguntó si se habría vuelto a desmayar.

—Quiero hablar contigo —dijo una vez más.

Nuri se removió pero no se giró. Él esperaba, notando crecer la ira en su interior, una pequeña llama que amenazaba con consumirlo.

Rodeó la cama y se quedó a su lado observándola. Ella sabía que él estaba allí, vio que parpadeaba, pero aun así, no quería mirar a su marido.

Agarró con fuerza la manta y se la quitó de un tirón.

Nuri abrió los ojos cuando le quitó la manta y le clavó la mirada sin mover ni una vez sus largas pestañas. La desesperación que vio en ellos le sorprendió pero también le enfureció.

—¿Qué es lo que te pasa? —le gritó.

—Nada.

—¿Cómo puedes decir que no te pasa nada? No estás cumpliendo tus obligaciones como esposa; es horrible cómo hueles.

—No me encuentro bien, eso es todo. ¿No pueden ponerse enfermas las buenas esposas musulmanas?

Ghani se quedó consternado al darse cuenta del odio que había en su voz. No podía entenderlo, ella parecía feliz, al menos contenta, hasta que llegaron a Bali.

—¿Por qué sabías cómo se llamaba Abdullah?

—Porque me lo dijo él.

—¿Hablabais con frecuencia?

Ella se encogió de hombros, un gesto espontáneo que expresaba una absoluta indiferencia por su opinión.

—Sí.

—¿Cuándo?

—¿Qué importa?

—¡Pues sí que importa! —respondió escupiendo las palabras—. Como marido, quiero saber en qué circunstancias hablabas con ese hombre.

Nuri se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero mirándole. A Ghani le dolió notar de nuevo su aversión.

—Éramos amigos —dijo ella.

—Eso es absurdo. No existe la amistad entre un hombre y una mujer; los hombres son criaturas lujuriosas. ¡Hay que mantenerlos a distancia! ¿Me estás diciendo que tú no lo hacías?

Ella no respondió. Agachó la cabeza y su larga cabellera, que solía mantener oculta bajo el hiyab, le cubrió la cara.

Ghani se acordó de que había salido de la habitación para ver a la policía sin cubrirse siquiera con un pañuelo. Se había presentado ante un varón no musulmán vestida de manera impúdica.

—¿Pero qué te ocurre? —gritó—. ¿Por qué has olvidado tus obligaciones como musulmana?

Nuri respondió despacio y con frialdad, mirándolo sin temor:

—No eres nada para mí.

Él la pegó. Abrió su mano callosa y la abofeteó con todas sus fuerzas. Ella giró la cabeza intentando esquivar el golpe pero estaba a merced de su furia incendiaria. Nuri cayó de lado sobre la cama, sujetándose la mejilla y la mandíbula. Él la golpeó de nuevo, ella gimió de dolor y él la volvió a pegar. En lugar de desahogarse, con cada golpe parecía enfurecerse más.

Por fin, cuando su esposa estaba hecha un ovillo sobre la cama y ni siquiera intentaba protegerse de los golpes con sus finos brazos, consiguió detenerse.

Ghani vio que le había hecho sangre, le había partido los labios Si hubiera cerrado el puño le habría saltado los dientes. Se imaginó que tendría el cuerpo marcado por su estallido de cólera. Vio las lágrimas de rabia anegando sus ojos y regando sus mejillas como una inundación monzónica.

Ghani contempló a su maltrecha esposa y consideró fracasado su matrimonio. Se le encogió el corazón. Estaba convencido de haber elegido esposa siguiendo sus propios criterios prácticos: quería una chica devota de una familia religiosa con contactos en la organización para consolidar así la alianza entre las familias. Pero la verdad era que había visto a esa joven, la delicada hermana de Abu Bakr y Ramzi, y se había casado con ella por amor, por esa sensación de paz y merecido descanso de su vida como soldado.

Ghani se preguntó por qué su Dios le estaría poniendo a prueba de esa manera. Volvió a mirar a Nuri, ahí tumbada sobre la cama con la boca ensangrentada, indiferente a su poder sobre ella. Parecía apreciar el dolor físico como distracción de su sufrimiento mental.

Ghani salió del dormitorio con la lentitud y el paso vacilante de alguien que pisa por primera vez la cubierta de un barco.

Los demás habían hecho un esfuerzo para mantenerse ocupados. Yusuf estaba en cuclillas contra una pared, leyendo su Corán, recorriendo las líneas con un dedo mientras recitaba los pasajes para

sí mismo.

Abu Bakr estaba fregando los platos con mucho ruido de cacharros.

Ramzi estaba tirado en el sofá viendo en la televisión las noticias sobre la investigación del atentado de Bali.

Ghani suponía que, aunque parecían estar muy entretenidos, sus compañeros habían estado escuchando para intentar averiguar lo que ocurría entre él y Nuri.

Fue Abu Bakr quien le preguntó mientras se secaba las manos al terminar de fregar:

—¿Va todo bien?

Ghani le respondió alto y claro:

—Sí, todo va bien.

En la televisión aparecían ahora los responsables del atentado de Bali ante los medios de comunicación, y los hombres se giraron para ver las noticias como si tuvieran una sola mente.

Abu Bakr asintió mirando la pantalla.

—Esos hombres son unos valientes —dijo—. *Insha Allah*, Dios lo quiera, nosotros seguiremos su ejemplo.

Ghani sintió una fría y agradable descarga de adrenalina recorriendo sus venas. Cerró los ojos y saboreó la sensación de hormigueo que le recorría la columna. Era como si Alá estuviera inyectándole valor directamente en el cuerpo. Se sentía fuerte y capacitado, había llegado el momento, lo tenían todo planeado. Arengó exultante a sus hombres:

—Casi hemos llegado, soldados. Con vuestra valentía y determinación daremos un golpe que el mundo nunca olvidará.

14

Julian Greenwood parecía inquieto, le temblaban las puntas del bigote y apretaba con fuerza sus manos entrelazadas. Estaba sentado muy tieso en una silla del salón del lujoso chalé que compartía con su esposa. Singh permanecía de pie a su lado. Si hubieran estado en sociedad no se habría acercado tanto a Greenwood: esa proximidad física era una invasión del espacio personal. Pero en esta ocasión, después de exigir ver a Greenwood diciéndole que tenía preguntas sobre Richard Crouch que no podían esperar, lo que estaba haciendo Singh era intimidar.

Cuando Julian le preguntó, Singh se acordó de la famosa serie de televisión *Arriba y Abajo* porque, estando bajo presión, su acento era más de abajo que de arriba.

—¿Qué es… qué quería preguntarme? —dijo echando un vistazo fugaz hacia la puerta.

Singh pareció no haber escuchado la pregunta y paseó la vista por el salón.

—Muy bonita su casa —dijo admirando el lujoso mobiliario, el patio con vistas al mar y los jarrones de cristal con lirios frescos que creaban un ambiente embriagador.

—Gracias —dijo Julian, y luego volvió a su tenso silencio. Desenlazó las manos y las colocó sobre las rodillas que mantenía apretadas con actitud virginal.

—¿Y por qué no vende alguna de estas cosas? Seguro que ese cuadro vale un montón. —Singh hizo un gesto con la cabeza señalando una abigarrada escena de dioses balineses en colores oscuros.

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Julian.

—Para pagar sus deudas de juego, claro. Me han dicho que dentro de unos días le van a partir las piernas…

Julian no tuvo ocasión de negar que tenía deudas de juego o de cualquier otro tipo.

Una voz les interrumpió desde la puerta:

—Él no puede vender nada porque todo eso me pertenece…

Emily Greenwood entró en el salón con sus zapatillas de andar por casa —unos conejos de peluche rosa con las orejas lacias—, por eso no la habían oído al acercarse.

Singh la saludó muy cortés y sonriente:

—Señora Greenwood, me alegro de volver a verla.

—Igualmente —respondió ella, y se acomodó en un sofá invitando a Singh a hacer lo mismo con un elegante ademán de la mano.

Él se sentó y comenzó a hundirse en el mullido sofá como un elefante en arenas movedizas; forcejeó unos instantes para sentarse erguido y luego abandonó la batalla. Se imaginó que debía parecer un escarabajo del revés intentando enderezarse, y tomó nota de que Emily era una mujer inteligente. Antes, cuando estaba de pie frunciendo el ceño, había conseguido poner nervioso a Julian pero ahora, hundido en los cojines, debía tener un aspecto ridículo.

—¿Qué ha hecho ahora mi querido marido? —preguntó Emily.

Singh adoptó su tono más oficial.

—Como ya sabe, estamos realizando investigaciones preliminares sobre el asesinato de Richard Crouch. Tenemos razones para sospechar que su marido podría estar implicado.

—Nada de lo que haga me sorprende ya, pero matar a Richard…, ¿por qué iba a hacer algo así?

Singh abrió mucho los ojos; en este caso no iba a haber ese apoyo espontáneo que suele mostrar una amante esposa. Intentó enderezarse un poco para mostrar su interés, pero era imposible vencer la fuerza de gravedad y volvió a hundirse en el sofá. Singh observó a Julián preguntándose si diría algo para defenderse; estaba mirando a su esposa como hipnotizado, como miraría una serpiente a una mangosta que está a punto de saltarle a la yugular.

—¡Para robarle! —exclamó Singh.

—¿Pero Richard tenía dinero? —preguntó ella con el tono sorprendido de los ricos cuando se enteran de que otros también ocultan sus ahorros.

—Llevaba diez mil dólares americanos cuando su marido lo siguió al salir del banco, el día antes de que su cuerpo apareciera en el Sari Club.

Singh pensó que debía ser la primera vez que interrogaba a un sospechoso que se quedaba callado mientras su esposa hablaba por él. Julian los miraba con los labios fruncidos como si las palabras tuvieran tanto valor como el dinero.

Emily se dirigió directamente a su marido por primera vez:

—Esa cantidad te habría venido bien, Julian.

—Yo no lo maté…

—Tenía el motivo y la oportunidad —señaló Singh—. ¡En mi experiencia, eso suele identificar al culpable!

—Tenéis que creerme, yo no lo he matado. Es que había ido al banco… —los miró con expresión suplicante— para intentar conseguir un préstamo, no lo voy a ocultar. Vi a Richard por casualidad, no sabía que iba a estar allí. Me fijé en que sacaba mucho dinero, no tenía ni idea de que estuviese forrado… Lo seguí y… le pregunté si podía prestarme unos cuantos dólares.

Julian se quedó callado, incapaz de seguir con la historia.

Singh observó que Julian dirigía sus excusas a los dos, a él y a su esposa, aunque parecía más preocupado por la opinión de su mujer que por las sospechas de la policía. Era una curiosa inversión del orden de prioridades. Controlando su economía, Emily tenía un grado de influencia sobre su marido casi impensable para la mayoría de las mujeres —exceptuando a su propia esposa, desde luego. Singh se distrajo un instante recordando a la mujer que le organizaba los ratos libres y le regañaba por no pasar más tiempo en casa.

Emily reanudó el interrogatorio con toda naturalidad.

—¿Qué dijo Richard cuando le pediste dinero?

Singh volvió a centrar su atención en el asunto.

Julian no pareció notar que ahora era su esposa la que se ocupaba del interrogatorio, y respondió en voz baja:

—Que no aprobaba mi afición por las apuestas, y que el dinero lo necesitaba para un proyecto en el que estaba trabajando.

—No me imaginaba que Richard Crouch fuera un hombre tan sensato —comentó Emily sin dirigirse a nadie en particular.

Agus, que estaba vigilando el apartamento, informó de que los hombres habían salido. Dos se habían marchado en la moto roja y los otros dos iban andando por la calle, aunque no sabía si habrían cogido un taxi a la vuelta de la esquina. No había visto salir a ninguna mujer, así que estaba seguro de que su objetivo seguía dentro.

Singh y Bronwyn llamaron a Nyoman y se dirigieron al cochambroso apartamento. Nyoman conducía deprisa y en silencio, seguía molesto porque la noche anterior Bronwyn había sugerido que limpiase la parte trasera del taxi. Era un alivio para los dos policías, que ya empezaban a cansarse del constante parloteo de Nyoman.

Singh sabía que para los balineses era la forma de ser amable, pero no estaba seguro de si sería una tendencia natural o una habilidad perfeccionada por las exigencias del mercado turístico. Suponía que los turistas estarían encantados con tanta cordialidad e interés por los detalles de sus vidas, y que volverían a casa hablando con auténtico entusiasmo de aquella isla tan civilizada y sus amables pobladores.

Singh ya había tenido suficiente ración de simpatía y preguntas indiscretas. Primero había intentado guardar un absoluto silencio ante la curiosidad de Nyoman, luego había probado a responderle secamente con monosílabos, y ahora ya solo gruñía.

Bronwyn era más sociable que él, y al principio había respondido con todo detalle a las preguntas de Nyoman. Por eso Singh sabía de ella mucho más de lo necesario para garantizar una buena relación laboral, aunque preferiría no haberse enterado de que decidió no tener un tercer hijo porque su matrimonio iba mal, o de que no le gustaba la novia de su hijo pequeño. Se alegró al comprobar que Bronwyn recurría a respuestas cada vez más breves ante la incesante charla de Nyoman: ella también tenía sus límites.

Singh observó el tráfico por la ventana; era la hora punta de la mañana al estilo balinés: la carretera repleta de motos, vehículos todoterreno, furgonetas destartaladas y coches con bandas de competición tratando de adelantarse unos a otros.

Bronwyn interrumpió sus pensamientos:

—Están bajando las cancelaciones de reservas hoteleras en Bali…

—¿Y eso?

—Parece que la rapidez con la que han detenido a los terroristas ha tranquilizado a los turistas.

«La investigación había avanzado a un ritmo fabuloso», pensó Singh. Muchos analistas afirmaban que la organización terrorista había quedado desmantelada, y algunos insistían en que el atentado de Bali había sido un hecho aislado, algo que los terroristas no tendrían ocasión de repetir. A él todo eso le parecía un nuevo exceso de confianza.

—Espero que no pretendan minimizar el peligro —murmuró Singh.

Siendo policía, sabía lo fácil que era preparar un atentado como el de Bali: mientras hubiera hombres jóvenes, y quizá mujeres, adoctrinados en la filosofía yihadista desde pequeños en las madrasas y los *pesantren*, solo hacía falta reunir los materiales y fabricar una bomba. Había leído en los periódicos que el clorato potásico utilizado en las bombas del atentado de Bali se había comprado en una tienda

de productos químicos de Surabaya, en teoría para usarlo como fertilizante. Ni siquiera había que arriesgarse a comprar explosivos en el mercado negro o a través de algún oficial corrupto del Ejército.

Pensó de nuevo en su misión de investigar un crimen aislado mientras todos los demás estaban ocupados con un asesinato masivo. Suspiró. Estaba haciendo lo que mejor sabía hacer; no tenía los conocimientos necesarios para rastrear a los terroristas, eso requería infiltrarse en las organizaciones, hacían falta análisis forenses y operaciones de vigilancia en aeropuertos y muelles. No era una búsqueda personalizada porque la furia de un terrorista no tenía un objetivo concreto, no le importaba a quién mataba. El método habitual de estudiar la vida de la víctima para localizar al asesino no servía de nada. Esa era su especialidad, dejar hablar a los muertos, pensó Singh. Pero los muertos del atentado de Bali no conocían a sus asesinos y no tenían nada que decir sobre ellos.

Singh miró a la mujer sentada a su lado: tenía los labios apretados formando una delgada línea y las arrugas muy marcadas alrededor de la boca, parecía envejecida.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Nada de particular —respondió ella—. Es que tengo una sensación rara, como una preocupación agobiante, pero no sé por qué.

—Quizá sea por algo que haya comido —sugirió Singh, que recibió a cambio una mirada furiosa y luego una carcajada a pleno pulmón.

—Tiene razón, es verdad, parezco tonta —dijo, y se sacudió como un perro mojado, intentando librarse físicamente de su aprensión.

—Hemos llegado —dijo fríamente Nyoman.

Singh y Bronwyn se miraron e intercambiaron una sonrisa, fue un momento de compañerismo. Bronwyn era buena gente, pensó el inspector, aunque demasiado corpulenta y testaruda para que él se sintiera totalmente a gusto.

Bronwyn abrió la puerta, y mientras salía del coche le preguntó:

—¿Entonces seguimos alguna táctica o vamos a improvisar?

Singh creyó detectar cierto sarcasmo y le respondió tranquilamente:

—Desarrollaremos una estrategia sobre la marcha basándonos en el análisis permanente del testigo y su actitud ante las preguntas.

—Vale, entonces vamos a improvisar —dijo Bronwyn, y cerró la puerta del coche con elegancia.

—Lo siento Sarah.

La mujer sentada en la playa sobre una gran toalla multicolor no parecía haber escuchado el murmullo de disculpa.

Estaba mirando al mar. Las nubes de tormenta que había en el horizonte formaban una densa masa oscura que componía un curioso contraste con el radiante cielo azul sobre sus cabezas. El viento soplaba desde el océano, así que la tormenta no tardaría mucho en llegar. Le pareció oportuno que la meteorología reflejase su vida, aunque pensó que resultaba un poco teatral: era uno de los recursos que se usan para crear ambiente en las películas de bajo presupuesto.

Recordó que los días que estuvo buscando a Richard había hecho un tiempo espléndido. Pensó que tenía que estarle agradecida, Richard había demostrado ser más leal y estar mucho más comprometido con su matrimonio que ella, y había sido él quien sugirió trasladarse a Bali para intentar arreglar su relación medio rota por su creciente religiosidad. Ella, por el contrario, se había embarcado en su gran romance con el surfista australiano y no había vuelto a pensar en su marido.

Miró al joven surfista tumbado en la arena con sus bermudas de surf, apoyado en un codo para mirarla, con el vello dorado del pecho salpicado de finos granos de arena. Su tabla de surf estaba tirada en la playa un poco más allá.

Ella había accedido a su propuesta de verse en la playa, y había llevado un desayuno con champán que había empaquetado con sus propias manos, imaginando una mañana romántica que aliviaría la tensión de sus hombros y marcaría el comienzo de su nueva vida con Greg. Había sentido su rechazo al intentar abrazarlo: él no la había rodeado con sus brazos como hacía siempre, simplemente se dejó abrazar hasta que ella retrocedió y le preguntó: «¿Qué pasa, Greg? ¿Te ocurre algo?».

Él se había negado a mirarla a los ojos, mirando por encima de su hombro, hacia el mar, a cualquier parte excepto a ella. Al final se había dejado caer en la arena como un personaje de telenovela y había dicho: «Se acabó».

—¿Qué quieres decir? —Sarah se extrañó de poder articular las palabras porque sentía que le faltaba el aliento, como si hubiera corrido un kilómetro sobre la arena seca.

—Mira, tía, ha sido estupendo estar juntos. Yo te admiro mucho, pero… verás, con el tema de la policía y todo eso…, en fin, que quiero dejarlo.

—¿Dejarlo?

—Sí —esta vez él la miró—. Nuestra relación ha terminado —Y luego, como si ella fuera incapaz de entender sus sencillas palabras, continuó—: No quiero seguir viéndote.

Ella se había quedado callada y entonces él había pronunciado esas palabras frívolas sin sentido: «Lo siento, Sarah».

Sarah miró otra vez la tabla de surf. Cualquier esperanza de hacerle cambiar de opinión, se desvaneció ante la visión de aquella lustrosa tabla adornada con motivos de olas. Ese hombre al que amaba con pasión de adolescente se había traído la tabla para lanzarse a cabalgar las olas en cuanto terminara la fastidiosa tarea de sacarla de su vida. Para él, ella ni siquiera había sido un romance de vacaciones, solo una benefactora que pagaba en los bares y restaurantes, aunque, pensándolo bien, la flamante tabla de surf también la había pagado ella.

Se preguntó por un momento por qué no estaba gritando, exigiéndole que cambiara de idea, rogándole que la amara, intentando convencerle de alguna forma para que siguiera con ella. La tremenda magnitud de su ingenuidad estaba actuando como aislante contra la conmoción y el dolor; sabía que volvería a sentirlo pronto, pero esos instantes de tregua eran una bendición. Miró de nuevo las nubes de tormenta; estaban mucho más cerca, seguramente Greg no surfearía mucho rato. Se puso en pie despacio, sintiéndose como una anciana; recogió su toalla, se la enrolló recatadamente alrededor del cuerpo, y comenzó a caminar alejándose del mar con los pies hundidos en la arena. No miró hacia atrás, Sarah Crouch sabía que ahora su futuro estaba en su pasado.

—Yusuf, ¿estás preparado para salir? —preguntó Abu Bakr.

—¿Adónde?

—A la fábrica de bombas, hombre, ¿a dónde iba a ser?

Abu Bakr se arrepintió inmediatamente de haberle hablado mal a Yusuf.

—Venga, vamos —dijo en un tono más amable.

Yusuf lo siguió obediente hasta la puerta; Abu Bakr dudó si decirle que sería mejor que primero se duchase: el hombre apestaba a sudor seco y a miedo. Torció el gesto al ver que Yusuf tenía las uñas muy sucias y la ropa manchada de comida; lo había visto antes con otros jóvenes que estaban a su mando. Algunas veces, cuando la certeza de

la muerte se convertía en una carga insoportable, los soldados jóvenes comenzaban a olvidar las rutinas de la vida cotidiana, y había notado que la higiene personal era siempre lo primero que descuidaban. Era un error, solía explicarles a sus hombres: en un mundo complejo y cambiante, con amenazas desconocidas y misiones peligrosas, la rutina era imprescindible hasta el final. Eso era lo que mantenía el miedo a raya: distraerse con lo cotidiano. Iba a tener que sermonear a Yusuf; ya no tenía que aguantar mucho tiempo, pero Abu Bakr no quería problemas hasta entonces.

La fábrica de bombas estaba en un chalé aislado, rodeado por altos muros de piedra y alejado de la carretera. No estaba lejos de la calle principal de Sanur y esa mezcla de hoteles de cinco estrellas, tiendas de recuerdos horteras, hostales baratos para mochileros y puestos ambulantes tan típica de Bali.

Abu Bakr y Yusuf fueron en taxi hasta allí, pero se bajaron lejos del chalé: no era el momento de arriesgarse a que alguien los viera entrar.

Abu Bakr abrió la puerta muy despacio; la casa olía a humedad: hacía mucho que no iba nadie, y las puertas y ventanas estaban bien cerradas. Una fina capa de polvo cubría todas las superficies.

Yusuf entró detrás de él y le preguntó con un susurro:

—¿Dónde está la… bueno, las cosas para la bomba?

Abu Bakr atravesó lentamente el vestíbulo, que estaba completamente vacío, y se asomó por un arco que daba acceso al resto de la casa.

Si él usase analogías pecaminosas habría dicho «bingo», pensó Abu Bakr, y se apartó para que Yusuf pudiera mirar.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Yusuf abriendo y cerrando la boca como un pez en una pecera, con la voz entrecortada por los nervios.

Abu Bakr comprendió el asombro de Yusuf al ver el surtido de cajas, cables, pitilleras metálicas y contenedores de plástico bien ordenados en el centro de la habitación.

Sacó una navaja del bolsillo y abrió una de las cajas de cartón: estaba llena de pequeñas latas de gasóleo; miró en otra caja: había rollos de cable, temporizadores, pinzas de cocodrilo y un par de teléfonos móviles nuevos.

—Esto es todo lo que necesitamos para fabricar una bomba —le dijo a Yusuf.

—Espero que encontremos un buen objetivo, la verdad es que no quiero matar musulmanes ni a nadie aparte de los americanos —dijo Yusuf bastante melancólico.

Abu Bakr lo miró atentamente.

—Debes recordar, Yusuf, que los musulmanes que no están comprometidos con la yihad como está escrito en el Libro Sagrado también son infieles.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Yusuf intentando cambiar de tema.

Abu Bakr estaba desenrollando un cable y extendiéndolo por el suelo como una serpiente interminable.

—Este cable estará conectado a la bomba, le voy a colocar algo que sirva como detonador —explicó.

Yusuf se quedó callado, sabía quién tenía que accionar el detonador. Se dio cuenta de que no tenía muchas ganas de hacerlo; aunque fuese a conseguir una merecida recompensa en el cielo, primero tenía que volarse a sí mismo en pedazos y eso no debía ser muy agradable.

Además, echaría de menos a Nuri.

Le dijeron a Nyoman que esperase y cruzaron la calle polvorienta en una carrera alocada, esquivando el trasiego habitual de coches, motos y perros callejeros. Singh llegó al otro lado jadeando y se apoyó en la sucia pared del edificio con una mano en el corazón, notando el martilleo contra su pecho. Su físico no era compatible con ese esprint repentino.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Bronwyn con cara de preocupación.

Él asintió pero de momento no podía hablar.

Ella esperó a que recuperase el aliento y luego le dijo en tono mordaz:

—Necesita ponerse en forma, ¿de qué sirve esquivar los coches si le da un infarto al llegar al otro lado?

Singh frunció el ceño y entró muy decidido en el bloque de apartamentos; al llegar a las empinadas escaleras se detuvo y se giró hacia Bronwyn con cara de arrepentimiento.

—Puede que tenga razón.

Comenzó a subir despacio, agarrándose a la barandilla.

De día el edificio se veía aún más decrépito que por la noche. Las paredes estaban mugrientas y la pintura se estaba cayendo; había basura amontonada por las esquinas, sobre todo bolsas y botellas de plástico. En un escalón vio una salamanquesa muerta cubierta de

pequeñas hormigas negras. El hueco de la escalera olía a moho, muerte y orina. Entre la peste y la escalada, Singh estaba empezando a marearse.

—Más le vale estar en casa.

—Estoy segura de que está ahí —afirmó Bronwyn en tono apaciguador—. El sargento Agus dijo que solo habían salido los hombres. Estaba bastante seguro de eso.

Singh decidió no desperdiciar energía con una respuesta escéptica y se concentró en el último tramo de la escalera. Los ojos le ardían con el sudor y parpadeó varias veces tratando de aliviar el escozor con las lágrimas. Se preguntó por qué le habría parecido más fácil la noche anterior; quizá por la diferencia entre el aire fresco de la noche y el calor sofocante del día en esa escalera claustrofóbica.

Bronwyn había subido dócilmente dos tramos detrás de él, pero luego le había adelantado y esperaba frente a la puerta. Singh se alegró de que no hubiera mirilla, así Nuri no podría negarse a hablar con ellos sin abrir primero la puerta. Y en cuanto la puerta se abriese un poco, pensó Singh fanfarrón, él era un maestro metiendo el pie en la rendija para evitar que cerrasen de repente, y sus voluminosas zapatillas amortiguaban el posible golpe.

Bronwyn hizo ademán de llamar a la puerta y miró con gesto inquisitivo al inspector. Singh asintió, ya era hora de preguntar a la joven sobre su relación con el inglés cuyos restos mortales yacían en el depósito de cadáveres con los de otros asesinados por alguien con menos inquina personal.

Bronwyn llamó a la puerta con los nudillos. A Singh le gustó su estilo, ligeramente autoritario, no como una agente de Policía, sino como alguien que va a leer el contador o a pedir los datos para el censo. Sonaba convincente para que una joven abriese la puerta estando sola, pero no hubo respuesta. Singh estaba escuchando atentamente pero en el apartamento no se oía ningún ruido. Bronwyn volvió a llamar, esta vez más fuerte, sonaba a asunto oficial urgente. El inspector apoyó en la puerta su enorme oreja peluda y cerró los ojos; seguía sin oír nada en el interior.

Singh decidió pasar a la acción, era el momento de las amenazas. Empezó a aporrear la puerta con un puño enorme y a gritar: «¡Policía! ¡Abran la puerta!». No hubo respuesta, así que volvió a dar golpes y a gritar. Singh siguió haciendo lo mismo cada poco tiempo durante varios minutos y luego abandonó con un último puñetazo de frustración.

Comenzó a rebuscar en sus bolsillos.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Bronwyn.

—Buscando algo que me sirva de ganzúa…

—¡Pero no puede hacer eso!

—Ya lo verá —dijo Singh con su habitual desprecio por el protocolo policial.

Bronwyn acercó la boca a la puerta y gritó:

—¡Nuri! Sabemos que estás ahí dentro. Solo queremos hacerte unas preguntas sobre Richard Crouch. No tengas miedo, no hay ningún problema.

Singh habló en voz muy baja, pero el sarcasmo era perceptible.

—¿Está bien mentir a un testigo, pero no está bien irrumpir en una casa donde sospechamos que se ha cometido un delito? —dijo.

—No sospechamos de ella —respondió Bronwyn susurrando también.

—¡Yo sí!

El sonido de un cerrojo interrumpió su discusión.

La puerta se abrió un poco y el rostro acorazonado de la chica indonesia se asomó por la abertura. Los miró con temor y luego se decidió, abrió la puerta del todo y se apartó para que entrasen.

Nuri les hizo pasar al pequeño salón y les indicó que se sentaran, entró en una habitación y salió unos instantes después con un pañuelo atado flojo cubriéndole el pelo.

Tenía los labios partidos, observaron los dos agentes; la sangre coagulada sobre la herida formaba una línea irregular entre un labio y otro, y los cardenales oscurecían la tersa piel de su mandíbula.

Singh se llevó la mano a la cara como preámbulo y le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

Nuri no tenía interés en hablar de sus heridas.

—¿Qué le ha pasado a Abdullah? —susurró afligida, moviendo los labios con dificultad.

—Lo mataron; le pegaron un tiro en la cabeza.

La crudeza de Singh al exponer los hechos la afectó: la chica se encogió, se abrazó las rodillas e inclinó la cabeza unos instantes. Cuando se irguió los cardenales destacaban más aun por la palidez de su rostro, y tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no se derrumbó.

Singh había visto pocas veces semejante esfuerzo para dominar los sentimientos. Reconoció que la chica era dura: estaba abrumada por una desgracia terrible pero era capaz de funcionar, aunque en ese momento lo hiciera solo con un objetivo que parecía ser obtener

información.

—¿Quién fue? ¿Quién lo mató? —preguntó Nuri.

—Eso es lo que intentamos descubrir —dijo Singh sin rodeos.

Ella se quedó en silencio un rato, parecía estar tratando de decidir qué hacer o qué preguntar. Singh dejó que considerase su siguiente paso: a un testigo así no se le podía acosar o intimidar, por lo menos todavía no.

—Tiene que averiguar quién lo hizo —dijo ella con voz clara y firme.

Singh hizo crujir los nudillos y ella retrocedió ligeramente. La paliza que le había marcado la cara también la había vuelto asustadiza.

—¿Puedes ayudarnos? —preguntó él.

—¿Cómo los voy a ayudar? Yo no sé quién lo mató.

—Cuéntanos todo lo que sepas de él. Tenemos muy poca información y es difícil encontrar al asesino sin saber qué enemigos tenía Richard Crouch.

—Yo tampoco lo conocía mucho…

Singh se inclinó hacia delante, apretando la barriga contra la extensa meseta de sus muslos, y dijo con voz de asmático:

—Tú lo conocías mejor que los demás, tu marido y tus hermanos. Ellos ni siquiera sabían que se llamaba Richard Crouch.

Nuri cambió de tema al instante. Se volvió hacia Bronwyn y le preguntó:

—¿Tiene la foto esa?

Bronwyn se quedó perpleja, arrugando la cara con expresión de curiosidad, y Nuri respondió a la pregunta implícita:

—Esa foto que nos enseñó ayer, la de Abdullah.

Bronwyn buscó en la carpeta y sacó la foto ampliada del pasaporte. El joven sonriente le devolvió la mirada con sus pálidos ojos azules, y ella se acordó de que lo único que había visto de él era un trozo de cráneo chamuscado con un agujero de bala.

Nuri le arrebató la foto de la mano antes de que Bronwyn pudiera ofrecérsela.

—¿Puedo quedármela? —preguntó.

—¿Por qué quieres quedártela? —preguntó Singh.

Ella seguía con los ojos clavados en la fotografía, mirándola con tanta intensidad como una colegiala adolescente contemplando el póster de su cantante favorito.

—No tengo nada más —respondió con un susurro.

Singh se levantó y se acercó a la ventana. Corrió la cortina con cierto reparo —estaba mugrienta—, y echó un vistazo al exterior. La calle tenía bastante tráfico; enfrente había un *warung* muy concurrido que anunciaba refrescos importados y delicias locales, debía ser el mismo desde donde Wayan y Agus habían estado vigilando el apartamento. «En mitad de la peor tragedia —pensó Singh—, la vida seguía igual que siempre para todos los demás». El dolor era una emoción tan personal que no se podía compartir. Sabía que esa joven indonesia de tez clara y ojos color ámbar estaba muy afligida, y estaba seguro de conocer la causa.

Desde la ventana, sin darse la vuelta, Singh le preguntó con un matiz de simpatía en su voz ronca:

—¿Estabas enamorada de él?

Bronwyn levantó la vista hacia su compañero, pero él seguía mirando por la ventana, y se giró hacia Nuri observando su expresión mientras pensaba la respuesta.

Cuando respondió fue tajante y directa:

—Sí —dijo ella—, amaba a Richard.

—Cuéntanoslo —dijo Bronwyn suavemente.

15

Las calles estaban casi desiertas. Unas nubes rosadas como el algodón de azúcar de las ferias cubrían el cielo. Normalmente, a esa hora la calle estaba llena de juerguistas comenzando lo que sería una larga noche de copas y baile. Pero hoy, como todos los días desde el atentado, solo había algunos balineses tristes sentados en taburetes delante de sus tiendas junto a sus gatos colilargos tallados en madera y sus polvorientos carillones de viento. La multitud que solía abarrotar las calles había desaparecido.

Ghani iba dando patadas de impaciencia a las piedras y acertó a meter una en una alcantarilla cercana. Se detuvo y se frotó el cuello por detrás, la tensión le estaba pasando factura, notaba los músculos agarrotados bajo la piel. Hasta ahora la operación no había ido bien.

Ghani se rascó la barba, que siempre le picaba con la humedad de la tarde. Reconoció que estaba asustado, aunque eso no le importaba mucho: había aprendido a canalizar el miedo de manera que jugase a su favor. El miedo aumentaba su concentración y le agudizaba la vista y el oído, andar por la calle dándole la mano al miedo era casi como llevar un compañero, un segundo par de ojos.

Eso también le ocurría en Afganistán. Tenía cuarenta y cinco años y ya había estado en tres misiones. Cada vez que pisaba la tierra reseca del oeste de Afganistán, sentía como si hubiera vuelto a casa; le embriagaba el olor de la pólvora y la tierra roja, pero nunca bajaba la guardia. Ghani era un yihadista: estaría encantado de dar su vida por la causa y ser glorificado como mártir en esta vida y en el más allá pero, ante Alá, tenía la obligación de no sacrificar su vida a bajo precio.

Ghani frunció el ceño. Todo eso era irrelevante si no conseguía encontrar un objetivo adecuado.

Caminó lentamente hacia un folleto pegado en una farola y su interés fue aumentando a medida que lo leía. Ghani echó un vistazo a su reloj digital y luego miró a ambos lados de la calle. El corazón se le aceleró de la excitación, los latidos le martilleaban en los oídos mientras consideraba la magnitud de su idea. Sus pálidas cicatrices

resaltaban en la penumbra sobre el rostro encendido por el aumento del flujo sanguíneo. Intentó pensar con claridad pero le costaba mucho. El plan se le había metido en la cabeza con tal integridad que le resultaba difícil analizarlo objetivamente para comprobar los puntos débiles y los riesgos. ¿Funcionaría? Las dificultades eran enormes, seguro que habría fuertes medidas de seguridad. Pero aunque Bali fuese ahora una isla desierta, aquello se llenaría hasta los topes de posibles víctimas.

Ghani aceleró el paso hasta la mezquita que frecuentaba en Bali. Era un edificio pequeño y deteriorado, la pintura dorada de la cúpula en forma de cebolla se había descolorido hasta un amarillo pálido. El estado de abandono del edificio irritaba a Ghani; apenas había dinero para las mezquitas en aquel Bali hinduista, pensó furioso, solo para los cientos de templos que plagaban la isla. Ghani se quitó las sandalias y se lavó las manos, los pies y la cara bajo un grifo en el muro exterior de la mezquita. Era una purificación ritual, y se sintió limpio por dentro y por fuera. Entró respetuosamente en la mezquita, encontró la flecha que indicaba la dirección de La Meca, se arrodilló y tocó el suelo con la frente.

Era el momento de dar gracias a Alá por mostrarle el objetivo.

Nuri comenzó a hablar y los policías la escucharon sin interrumpir; hablaba bajo pero con la voz firme, en un tono casi monótono, como si estuviera repasando la lista de la compra. Tanto Singh como Bronwyn podían detectar la pasión que había bajo esa fachada; era evidente que Nuri solo podía relatar su triste historia distanciándose de ella, contándola como narradora en lugar de protagonista.

—Conocí a Richard cuando vino un día con Ramzi —dijo suavemente en indonesio—. Yo no sabía quién era, me parecía raro que mis hermanos tuvieran amigos occidentales, pero no habría estado bien que lo preguntase. —Nuri se arregló el pañuelo de la cabeza, apretó el nudo y continuó:

»Sentía curiosidad por él. En parte, supongo, porque estaba aburrida con la rutina de aquí. Yo no salía mucho; mi marido, Ghani, decía que Bali era un lugar perverso. Las pocas veces que salí, pude ver que tenía razón. Había tantas cosas que son *haram*, tanto pecado… —Se llevó las manos a las mejillas como una doncella victoriana—. Yo no hablaba con Richard, mi marido y mis hermanos no lo habrían aprobado. Yo solo lo miraba, era tan alto, con la piel tan blanca y esos

ojos azules como el cielo en mi pueblo cuando está despejado. Sabía que era musulmán porque le llamaban Abdullah, y eso me alegraba: era extranjero y era diferente, pero también era un hermano.

La chica entrelazó los dedos y se quedó abstraída. Singh confiaba en que volvería por sí misma al presente, prefería no tener que decirle que continuase. Se daría cuenta de que estaba hablando con ellos y eso restaría franqueza a sus declaraciones. De momento les estaba contando toda la historia sin exagerar ni omitir nada: el sueño de un policía. Se removió en la silla sin terminar de decidirse a hablarle, pero ella captó el ligero movimiento y abrió la boca para continuar.

—Yo le servía la comida y la bebida cuando venía de visita. A veces, al mirarlo, lo encontraba mirándome a mí. Era como si estuviéramos conectados: nuestras miradas se atraían al mismo tiempo… y cuando nuestros ojos se encontraban, yo sentía como si hubiéramos hablado de cosas importantes… ¿No es extraño? —añadió casi sonriendo.

Singh recordó lo joven que era la chica; tenía poco más de veinte años y estaba casada con un hombre mucho mayor. Esa repentina atracción física por Abdullah le habría resultado desconcertante. De hecho, Singh no creía que ella fuese consciente de que se trataba de atracción física. Nuri era joven y romántica, seguramente pensaría que eran almas gemelas. Singh dio un suspiro en sus pensamientos, una bocanada de aire imaginario que despejó las telarañas de su mente. Todo el drama y la magia de la juventud estaban concentrados en ese personaje menudo que tenía ante sí, con el pelo escapándose del pañuelo, los labios hinchados y el corazón visiblemente roto.

Nuri continuó:

—Cuando él venía, muchas veces me mandaban a mi cuarto. —Al ver la cara de asombro que ponía Bronwyn, dijo simplemente—: Los hombres tenían que tratar asuntos importantes. Era mejor que las mujeres no se involucraran.

Bronwyn, la feminista, asintió fingiendo comprenderlo para no distraer a la chica de su relato.

—Entonces yo me sentaba en mi cuarto y pensaba en Richard, me imaginaba lo que sentiría si al mirarnos él me sonriera. Hubo un par de veces que le oí reírse, y también le vi sonreír a mis hermanos en más de una ocasión, ¡me daba una envidia!

Hablaba con más ligereza, se notaba su alegría y su ilusión. Singh sabía que además de contárselo, también estaba reviviendo su pasado. Y la pobre ingenua les estaba presentando a su marido como

sospechoso.

—Ghani empezó a dejarme salir más a menudo, no sé muy bien por qué, quizá ellos estaban demasiado ocupados para ir a comprar comida *halal*. O quizá se diera cuenta de que me desesperaba tener que estar siempre en el apartamento. Supongo que confiaba en que no me dejaría influir por las cosas impías que veía.

La chica se encogió de hombros. Singh no podía saber si estaba descartando la confianza de su marido en ella o las dudas que tenía el hombre antes.

—Un día salí a comprar y me encontré con Abdullah en la calle —dijo alegre y sonriente, con un repentino estallido de exuberancia juvenil que iluminó la habitación como un rayo de sol—. Me parece —añadió en tono confidencial— que me había seguido o me estaba esperando, ¡pero entonces pensé que era una coincidencia! Empezamos a hablar y me sonrió como yo deseaba que hiciese. Era como si… —Nuri se dio unas palmaditas en el corazón— cuando él sonreía hubiera un cordón desde mi corazón al suyo, y se ponía tirante y dolía, pero también era algo muy especial.

Los miró desafiante, como retándolos a poner en duda el vínculo que había sentido con Crouch. Ninguno de los agentes dijo nada. Singh se sentía viejo. Esa chica que recorría con ellos su camino hasta la tragedia le estaba afectando. De repente envidió la intensidad de sus sentimientos; él no estaba seguro de haber sentido algo así por nadie, por su esposa desde luego que no. ¿Habría alguien esperándolo en alguna parte con una sonrisa que forjase un vínculo con su alma? Le faltó poco para echarse a reír al imaginarse protagonizando un romance apasionado, demasiado cómico para un cínico como Singh, pero no consiguió arrancar la espinita de envidia que le había atravesado el corazón.

—Después de eso nos vimos muchas veces. Yo no le pregunté por qué estaba esperándome siempre. Lo único que hacíamos era pasear y hablar. Él me ayudaba con la compra, cargaba con las bolsas; cuando estábamos en el apartamento no hablábamos, ni les decíamos a los otros que nos habíamos encontrado. Yo sabía que era un secreto y que lo que hacía estaba mal, pero yo me sentía bien, y me daba igual de todas formas.

Aun siendo leve, su infracción era sancionable, pero los oyentes eran comprensivos y no tuvo que soportar las críticas ni los reproches que ella se temía.

—Él era muy infeliz en su matrimonio. Su esposa era una infiel que

no entendía por qué se había convertido al islam.

Singh se sorprendió por la intolerancia y el desprecio con que se expresaba esa muchachita de rostro amable, y tuvo que recordarse que procedía de un pueblecito de Sulawesi. En cualquier caso, y aunque él fuese la persona con menos tacto de toda la policía de Singapur, su manera de expresarse le parecía detestable, sobre todo porque la chica no hablaba con ironía ni con intención de ofender. Para ella era natural hablar de «ellos» y «nosotros», el lenguaje de la exclusión y la pertenencia. En su entorno y su vida cotidiana, lo habitual era referirse a los que no son musulmanes como «infieles» para degradarlos a dimensiones infrahumanas.

Ajena a la incomodidad de Singh, la chica continuó su relato:

—Por fin, un día me pidió que me marchase con él. Me dijo que tenía un trabajo que hacer, y que cuando lo terminara yo me reuniría con él. Me tomaría como segunda esposa, no quería divorciarse de su primera esposa, decía que tenía una responsabilidad con ella.

Se quedó en silencio otra vez y Bronwyn le preguntó en voz baja:

—¿Eso cuándo fue?

Nuri la miró muy sorprendida, estaba tan perdida en sus recuerdos que casi se había olvidado de los agentes.

—Me acuerdo bien por lo del atentado, eso fue el día anterior —dijo.

—¿Accediste a irte con él?

—¡Pues claro! Yo lo amaba, estábamos hechos el uno para el otro. Fuimos tan felices esa tarde… Paseamos por la playa… Me cogió de la mano… No nos besamos ni nada así, me dijo que habría tiempo suficiente cuando estuviéramos casados. De eso sí que me arrepiento, habría estado mal pero ahora está muerto y ya nunca podré estar con él.

Ahora le tocaba preguntar a Singh:

—¿Esa fue la última vez que lo viste?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Más o menos, porque Ramzi nos vio en la playa y vino a preguntar qué estábamos haciendo. Nos había visto cogidos de la mano, ¿sabe? Estaba muy enfadado.

La chica cerró los ojos; Singh podía notar el miedo que le daba el impulsivo joven que había conocido la noche anterior.

—Richard dijo que no tenía tiempo para explicaciones, que ya era de noche y que tenía que hacer algo muy importante —añadió ella. La tersa frente de la chica se arrugó en un gesto de perplejidad—. Ramzi

me agarró y me alejó de allí arrastrándome, al día siguiente tenía cardenales en todo el brazo. Abdullah me gritó que no me preocupase, que me fuese con Ramzi, que él lo solucionaría después. Ramzi me obligó a volver al apartamento con él. Le pregunté si se lo iba a decir a Ghani, me daba miedo su reacción, aunque habría estado bien si se hubiera divorciado de mí: eso era lo que habíamos planeado Abdullah y yo de todas formas… —Su voz se apagó y se llevó la mano a la mandíbula magullada con aire ausente.

Bronwyn observó el gesto y le preguntó:

—¿Tenías miedo de que te hiciera daño? ¿De que te pegara?

—Supongo que sí —dijo ella vacilante—. Nunca lo había hecho, pero como es soldado me daba un poco de miedo. Aunque creo que me daba más miedo Ramzi.

—¿Es soldado? Creí que trabajaba como peón en la construcción. —Singh estaba confuso y molesto a la vez. No le gustaba estar mal informado.

Nuri no lo miró a los ojos, pero respondió con seguridad:

—Era soldado antes.

—¿Qué pasó al llegar a casa?

—¿Se lo dijo Ramzi a Ghani?

Las preguntas simultáneas de los dos agentes hicieron que Nuri se pusiera instintivamente a la defensiva, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—De camino a casa, Ramzi me dijo que se ocuparía de mí más tarde. No creo que se lo dijera a Ghani…

Se enderezó en la silla y estiró sus delgados hombros.

—Estuve esperando a que Richard viniera a buscarme para llevarme con él. No podía entender por qué no venía, incluso llegué a dudar si habría estado jugando conmigo, divirtiéndose un poco simplemente. Me dolía el alma. Ayer yo seguía esperándolo cuando vinieron y nos dijeron que había muerto.

El dique se rompió. La joven, que había encontrado un delicado amor romántico y lo había perdido violentamente, apoyó la cabeza en el brazo de la silla y comenzó a llorar con largos sollozos apagados que le hacían estremecerse.

Bronwyn se removió incómoda en la silla, afligida por su dolor pero sin saber qué hacer para aplacarlo.

Singh, por su parte, era un hombre feliz. Se levantó orondo y satisfecho, y se dirigió a la puerta, llamando a Bronwyn con gestos imperiosos para que lo acompañara.

Ella señaló en silencio a la chica. Era una pregunta tácita pero fácil de entender: ¿cómo vamos a dejarla así?

A Singh le daba igual, la chica le daba lástima pero era muy joven y se repondría. A él lo único que le interesaba era saber quién había matado a Richard Crouch. La lista de sospechosos se alargaba, no se reducía, pero a Singh no le importaba, no le importaba lo más mínimo. Empezaba a hacerse una idea de cómo era el muerto y su vida, y esa era la única forma segura de encontrar a un asesino.

16

—¿Por qué nos vamos tan deprisa?

—Ya tenemos todo lo que necesitamos —respondió Singh jadeando, aunque ahora iban bajando las escaleras.

—¿Y qué es ese todo?

—¡Más sospechosos!

—¿El marido?

—Sí, y el hermano.

—No lo creo… Sé que estaba enfadado por encontrarla con el novio, ¿pero matarlo?

—Normalmente, no incluiría a un hermano entre los posibles sospechosos —admitió Singh—, pero ya ha oído las palabras que utilizaba la chica. Esta gente son musulmanes muy estrictos, que la hermana deshonrase a la familia sería algo muy grave.

—Quizá tenga razón —concedió Bronwyn. Llegaron a la calle y cruzaron a la carrera—. Nunca había oído hablar de alguien como «infiel» en ese sentido durante una conversación…

—Yo no soporto a los fanáticos, sean del color que sean —objetó Singh, sin acordarse de su anterior simpatía por la chica.

Nyoman se acercó en el Kijang, Bronwyn subió ágilmente y Singh más despacio, contorsionándose con cuidado para meter la barriga, porque Nyoman se había detenido junto a una fila de coches aparcados y la puerta no se podía abrir del todo.

Cuando cerraron las puertas del coche, con el alivio del aire acondicionado después del ambiente cargado del apartamento y el calor de la calle polvorienta, Bronwyn se animó:

—Yo apuesto por el marido.

—¿Ghani? —dijo Singh pensativo—. Puede que tenga razón; según Nuri, estuvo en el Ejército. Sabría manejar un arma de fuego —dijo, y luego se quedó callado mordiéndose una uña.

—¿Qué pasa? —preguntó Bronwyn.

—Que parecía sorprendido de verdad cuando le dijimos que Crouch estaba muerto, y realmente perplejo al escuchar que su esposa tenía información privilegiada sobre él.

—¡A lo mejor fingía!

—A lo mejor fingía… pero, ese tipo de hombre reprimido, de mediana edad, con una imaginación limitada, exsoldado… Yo no creo que pudiera ser un actor convincente.

—Muy bien —dijo Bronwyn sin perder su buen ánimo—. Entonces el hermano.

Singh miró a su compañera frunciendo el ceño.

—¿Pero, a qué viene ese buen humor? —le preguntó sin tratar de ocultar su irritación.

Bronwyn se rio y le dio una palmadita en el hombro, un gesto de camaradería que sorprendió al policía sij y le emocionó un poco.

—No lo sé. Por alguna razón, me estoy divirtiendo. ¡Investigar un crimen es un trabajo fascinante!

Y estuvieron un rato sentados en silencio como buenos compañeros.

Singh se quedó pensando en que le había cogido cariño a la australiana. Le seguía pareciendo irritante, pero tenía buenas cualidades: era paciente, competente y trabajadora. También era capaz de mantener el buen talante con él, a pesar de su genio y sus toscos modales, y eso tenía mucho mérito. A lo largo de toda su carrera profesional había conocido muy poca gente así.

—¿Y ahora qué, jefe?

Singh no puso objeciones al título; aunque no era su jefe en sentido estricto, tenía más experiencia que ella y llevaba la iniciativa en la investigación. Ella no había mostrado ningún resentimiento porque él asumiera el mando, al contrario, hacía de buen grado todo lo que él le pedía, incluyendo tareas que otros oficiales de Policía rehusarían hacer o harían quejándose.

Singh consideró si decirle a Bronwyn que estaba haciendo un buen trabajo. Se imaginaba que, a pesar de su aparente indiferencia, estaba inquieta sobre su futuro en el cuerpo de Policía. Su supuesta insubordinación no había tenido consecuencias serias de momento, pero aquellos comentarios inoportunos seguramente perjudicarían su carrera en Australia. Si él le dijera que lo estaba haciendo muy bien, haría que ella se sintiese mejor.

El inspector se recostó en el asiento y entrelazó las manos sobre la tripa. Decidió no decirle nada halagador, no quería que sus asistentes se volvieran engreídos.

Bronwyn volvió a preguntar, esta vez con cierta impaciencia:

—¿Y ahora qué, jefe?

Él respondió despacio, repasando el camino a través del laberinto

de sospechosos y pistas.

—Bueno, tenemos que hacer unas cuantas cosas: interrogar al marido y al hermano, preguntar a Sarah Crouch por qué no nos dijo que su marido era musulmán y que tenía una amiguita…

Bronwyn asintió.

—¿Qué quiere hacer primero?

—No estoy seguro, quizá volver esta noche y hablar con el hermano y el marido. ¿Dejamos a Sarah Crouch para mañana?

—Me parece bien, pero no olvide que mañana había pensado asistir a esa ceremonia que celebran en el Sari Club en memoria de las víctimas.

Singh ensanchó las fosas nasales con irritación mal disimulada.

—Se me había olvidado. Está bien, veré a Sarah yo solo. Que vaya alguien a Ubud mañana a primera hora para recogerla y llevarla a la comisaría.

—No querrá ir —advirtió Bronwyn.

—No es mi problema —dijo Singh secamente—. Si da problemas, dígales que la arresten.

—¿Con qué cargos?

—La verdad, me da igual. Asesinato, obstrucción de una investigación policial, perjurio…

—No tiene motivos razonables para considerarla sospechosa de nada de eso.

—Verá, querida —dijo, y observó cómo ella arrugaba la nariz, indignada por la expresión de condescendencia paternalista—. Estamos en Indonesia, y tratar de resolver un crimen fuera de la propia jurisdicción tiene pocas ventajas: no conoces la sociedad, no sabes cómo es la gente, ni su cultura…, ese tipo de cosas que pueden ayudar a un policía a reconstruir un crimen. Sin embargo, si las autoridades del lugar no…, cómo lo diría…, no son tan estrictas como cabría esperar con los procedimientos reglamentarios, ¡hay que aprovecharlo para encontrar al asesino! Así que, dígale a alguno de sus esbirros balineses que quiero ver a Sarah Crouch mañana por la mañana. La verdad es que me da igual cómo lo hagan.

Después de soltar el discursito se acomodó de nuevo recostándose en el asiento y al instante se enderezó como impulsado por un muelle.

—De hecho —añadió—, no quiero volver a trepar por esa escalera mugrienta ni pisar ese apartamento pestilente nunca más. ¡Que alguien espere fuera hasta que vuelvan esos hombres y que me los traigan!

—¡A la orden! —dijo al instante Bronwyn.

Singh giró la cabezota y la miró con suspicacia. ¿Estaba siendo sarcástica?

Ella lo miró muy modosa y luego se echó a reír.

Su risa era contagiosa. De repente Singh se encontró riendo a carcajadas también, pensando que seguramente se merecía la burla por ponerse a dar órdenes como un sargento.

Ramzi iba en la moto roja, acababa de encargar unas placas de matrícula en un pequeño taller de coches y estaba dando vueltas por Denpasar y Kuta buscando un vehículo para robar. Las instrucciones de Ghani habían sido muy precisas: Ramzi tenía que encontrar y robar una furgoneta que no destacase en ningún sentido, cambiar las placas de matrícula y luego conducir un rato por ahí para asegurarse de que no lo seguían. Ghani había recalcado que la prudencia era lo más importante: estaban en la recta final.

A Ramzi le dolía la espalda de encorvarse sobre la moto y le escocían los ojos por el polvo. Aceleró irritado la Yamaha, apenas podía creer que hubieran encontrado al artificiero con una bala en la cabeza, era algo rarísimo. Ghani había resuelto con habilidad la intromisión de la policía, su explicación sobre su relación con Richard Crouch estaba ensayada y suponía que había sido convincente. La extraña pareja de policías, el gordo bajito con turbante y la corpulenta mujer blanca, no daban la impresión de sospechar nada.

Por desgracia, su hermana no le había hecho ningún favor a la causa; primero al decir que ella, y todos, conocían a Crouch, y luego al desmayarse de esa manera tan dramática cuando se enteró de su muerte. Ramzi se dio cuenta de que el policía del turbante podía crearles problemas: el hombre parecía tonto, pero la intuición le decía a Ramzi lo contrario: con esa manera de soltar de repente y con tanta crudeza la noticia de la muerte de Abdullah había conseguido causar efecto.

Ramzi sintió una punzada de cólera, estaban a veinticuatro horas de emprender un importante ataque, sería terrible que fallasen debido a la falta de autocontrol de su hermana. Apretó los dientes y tuvo la tentación de acelerar, de dejar atrás su rabia en un arranque de velocidad. Pero seguro que así llamaría la atención; tenía que concentrarse en encontrar una furgoneta, no era el momento de pensar en las inmoralidades de Nuri.

Ramzi decidió salir de la ciudad en dirección a Ubud; llevaba un tercio del camino cuando vio una pequeña furgoneta blanca junto a una tienda que estaba cerrada. Se detuvo para echar un vistazo, un cartel informaba que el establecimiento estaría cerrado varios días. Ramzi miró el escaparate apoyando las manos sobre el cristal para bloquear el reflejo: era una galería de arte. Dio un paseo alrededor del local y comprobó que el lugar estaba desierto. Los balineses suelen vivir en edificios anexos a sus tiendas, pero este artista no, en la parte de atrás no había ninguna vivienda.

Ramzi se acercó al vehículo, era pequeño, pero había espacio suficiente para la bomba. La parte trasera no tenía ventanas; los guardabarros estaban muy sucios y tenía algunos golpes y arañazos en los laterales, nada de particular en un lugar como Bali, donde cada viaje por carretera es una aventura.

Ramzi abrió su mochila, sacó una percha de alambre y le dio forma de gancho largo. Utilizó unos pequeños alicates para arrancar la junta de goma y metió la percha por la puerta, justo debajo de la cerradura. En pocos segundos encontró la palanca y tiró de ella; la cerradura se abrió de golpe. Ramzi guardó las herramientas y se sentó en el asiento del conductor, buscó en la guantera y en el parasol por si había llaves de repuesto. No había, pero no le importó, tampoco esperaba tener tanta suerte. Retiró los paneles alrededor del encendido, localizó los dos cables rojos que necesitaba, quitó el aislamiento, y cuando los empalmó se encendieron las luces del cuadro. Luego encontró los cables del motor de arranque, peló los extremos, los puso en contacto, y escuchó el estertor del motor al ponerse en marcha. Ramzi sonrió de oreja a oreja. Se bajó de un salto, abrió detrás, metió la moto en la furgoneta y cerró la puerta suavemente. Luego desatornilló las placas de matrícula, colocó las que había comprado y escondió las placas originales entre los arbustos. Volvió al asiento del conductor, metió primera y salió a la carretera principal.

Ghani estaba detenido, con las manos esposadas delante. Lo llevaban agarrado por los brazos hasta donde esperaba el coche de policía, y lo hicieron entrar a la fuerza pero sin maltratarle. Para Ghani eso significaba que no sospechaban nada grave de él: si supieran que era miembro de una célula yihadista, no habrían podido resistirse a darle otro tratamiento.

La policía estaba esperándolo, había dos agentes de uniforme

delante de la puerta. Él no llegó a poner un pie en el apartamento, no tenía ni idea de cuál era la situación. ¿Dónde estaba Nuri? ¿Habrían registrado el piso y encontrado su pequeño arsenal? Intentó pensar, trató de mantener la calma. Lo más probable es que su detención tuviera algo que ver con el asesinato del artificiero. Podía jurar sobre el Corán que no tenía nada que ver con eso, pero si decidían retenerlo durante la noche, el juego había terminado.

Ghani echó un vistazo a los policías, que le flanqueaban impasibles. Eran corpulentos, y él estaba encajado entre ellos, con los brazos pegajosos por el contacto humano forzado.

Se armó de valor y preguntó:

—¿De qué va esto?

No hubo respuesta.

Ghani volvió a preguntar:

—¿Por qué me han detenido? Yo no he hecho nada.

Uno de los policías se encogió de hombros, quizá decidiendo que hablar con él no tenía nada de malo, pensó Ghani.

—Ni idea —dijo—, no nos cuentan nada. Solo nos han dicho que te arrestásemos cuando volvieras.

—A ti y al otro —añadió el otro policía.

«Típico de los balineses», pensó Ghani con desprecio. Tenían aspecto de policías profesionales: fornidos, bien afeitados y con el uniforme bien planchado, pero no podían resistir la tentación de cotillear.

—¿Qué otro? —preguntó en tono afable.

—Tu amigo —aclaró el policía más corpulento—. Pelo largo, sin barba, guapo.

Buscaban a Ramzi también, eso no auguraba nada bueno. ¿Por qué querrían ver a Ramzi? No podía tener ninguna relación con la muerte de Abdullah.

—¿Sabes dónde está? —preguntó el policía sentado a la derecha de Ghani.

Ghani negó rotundamente con la cabeza. Sabía por un mensaje de texto que Ramzi había robado una furgoneta y se dirigía al piso franco, pero no pensaba compartir esa información.

El mismo policía murmuró en tono de disculpa:

—Es que los compañeros que lo están esperando tienen hambre, pero no pueden abandonar su puesto hasta que él aparezca.

El coche de policía se detuvo en la comisaría central de Denpasar. Los agentes escoltaron a Ghani hasta el interior del edificio y lo

condujeron a una pequeña sala con una mesa y dos sillas. Uno de ellos le quitó las esposas; Ghani se frotó las muñecas, las tenía enrojecidas por el roce de las ligaduras. Sintió una mano que le apretaba el hombro, lo dirigieron hacia una silla y le dijeron que se sentara. Los policías se marcharon, uno de ellos se despidió con un gesto amistoso. Ghani oyó el sonido del cerrojo: le habían dejado encerrado. Respiró hondo, el aire le pareció viciado; estaba aterrorizado. Sentía el corazón martilleándole el pecho como un animal salvaje lanzándose contra la jaula. Se secó el sudor de las manos en los pantalones. ¿Y si sabían algo? Entonces habría fallado a sus líderes y a su Dios. Tenía que dominarse, mostrarse tranquilo y colaborador, como un hombre inocente implicado de repente en una investigación policial.

La puerta se abrió y el policía gordo del turbante entró seguido por su compañera. Ghani habría llorado de alivio: era por lo de Abdullah, el artificiero. Singh se sentó al otro lado de la pequeña mesa arañada —no había más sillas— y se encaró con Ghani: dos hombres morenos, barbudos y robustos, ambos con cara de determinación. Bronwyn se apoyó en la pared con los brazos en jarras.

Singh comenzó el interrogatorio con una sonrisa superficial y muy poco convincente:

—¿Hay algo que quiera decirnos sobre la muerte de Abdullah?

—Ya les he dicho todo lo que sé.

Singh notó que Ghani parecía aliviado por su gambito de apertura. Eso era muy raro: si al insinuarle que era sospechoso de asesinato se quedaba más tranquilo, ¿qué se esperaba?

—Declárese culpable y cuéntele al juez las circunstancias atenuantes, seguro que ni siquiera le manda a la cárcel —le dijo.

Ghani, que mantenía una expresión de asombro muy poco convincente, lo miró con cara de auténtica perplejidad.

—No le entiendo —murmuró.

—Es comprensible que matase a Richard Crouch —continuó Singh —. La verdad, yo en su lugar, seguramente habría hecho lo mismo. Pero sería mucho más sencillo para todos si usted lo confesara.

—Pero yo no lo maté —protestó.

Parecía decir la verdad, o quizá fuese muy buen actor, pensó Singh.

—Pero se estaba acostando con su mujer…

Ghani se puso muy pálido; tenía las palmas de las manos sobre la mesa y cerró los puños. Permaneció así unos instantes tratando de dominar sus emociones, pero era una batalla perdida. Se levantó y se echó hacia delante apoyado en la mesa con las manos muy abiertas y

los ojos fuera de órbita como pelotas de golf.

—¿Por qué me cuenta esas mentiras? —gritó.

Singh estaba recostado en su silla, no había movido ni un músculo. Bronwyn se mantenía muy erguida, balanceándose ligeramente sobre los talones, preparada para intervenir si Ghani atacaba al veterano policía. Singh confiaba en que supiera artes marciales.

El inspector de Singapur hizo acopio de su valor y le dijo muy tranquilo:

—Entonces, ¿no sabía lo de Crouch y su esposa?

Ghani pegó un puñetazo en la mesa. Singh observó por primera vez una cicatriz larga y estrecha que le recorría el brazo. Parecía una herida de cuchillo.

—¡No es verdad! —gritó Ghani.

Ahora le tocaba a Singh levantarse. Se inclinó hacia delante y sostuvo la mirada de Ghani.

—Oiga, no me lo estoy inventando. Nos lo dijo ella misma.

—¿Qué quiere decir? ¿Quién se lo ha dicho?

—Nuri —dijo y, por si no estaba claro, añadió—: su esposa. Fuimos a verla esta tarde, nos dijo que ella y Crouch pensaban marcharse juntos. Por el estado en que tenía la cara, parece que a usted no le importa recurrir a la violencia para resolver sus problemas conyugales.

Ghani se derrumbó en la silla y se tapó la cara con las manos apoyando los codos en las rodillas.

Singh se sentó de nuevo y comenzó a limpiarse la suciedad imaginaria o real de las uñas, indiferente al rabioso conflicto interior del hombre que tenía enfrente. Aunque de mala gana, había llegado a la conclusión de que él no era el asesino de Richard Crouch. Su conmoción por el asunto entre su esposa y el muerto había sido tan intensa que pareció transformarse en otra persona. El hombre quedaba descartado como sospechoso. Si no sabía que Nuri estaba enamorada de Crouch, no tenía motivos. Como mucho habría sido testigo del crimen, quizá podría decirles algo sobre el carácter de Ramzi.

Singh volvió a preguntarse qué se habría temido Ghani, si no era que le acusaran de asesinato.

Ghani se incorporó en la silla, tenía los ojos enrojecidos pero secos. Enderezó la columna y echó los hombros hacia atrás.

Singh se acordó de que había sido soldado.

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de Abdullah —dijo

Ghani con serenidad—. Lo tenía por amigo pero, si lo que me ha dicho es verdad (y ya le preguntaré a mi esposa), no lamento su muerte.

—Le creo —dijo Singh en tono amable.

—¿Entonces me puedo marchar?

—Cuando nos diga si Ramzi mató a Abdullah.

—¿Ramzi? ¿Por qué iba a matarlo Ramzi?

—Por la misma razón, porque estaba enterado del asunto. Quizá lo hiciera para proteger el honor de la familia.

—¿Él lo sabía? ¿Me está diciendo que Ramzi sabía lo de mi esposa… y ese hombre?

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo —dijo Singh, juntando las manos por la punta de los dedos y mirando al otro hombre por encima.

El inspector pensó que Ghani no debía ser consciente de que su cara reflejaba como un espejo sus emociones. Singh era capaz de leerle el pensamiento observando su expresión mientras le revelaba lo que sabía: la sorpresa porque Ramzi supiera lo de Nuri y no se lo hubiera dicho, luego una incredulidad momentánea, y por último la preocupación, porque si Ramzi lo sabía, no era imposible que hubiese matado a Richard Crouch.

Singh estaba seguro de que Ghani no sabía en realidad si lo había hecho Ramzi; si temía que estuviera implicado, era solo porque conocía muy bien su carácter. En su breve encuentro con Ramzi, Singh pensó que era un joven necio y obstinado con excesiva seguridad en sí mismo, y la cara de preocupación de Ghani le confirmó que su opinión era correcta.

Singh se levantó, abrió la puerta de la sala de interrogatorios y dijo secamente:

—Ya puede irse.

El prisionero, que un rato antes habría echado a correr hacia la libertad si hubiera podido, se dirigió despacio y encorvado hacia la salida. Cuando pasó junto al policía le echó una mirada de reojo, receloso de aquel extraño personaje que conocía tantos secretos.

Bronwyn le dijo unas palabras de despedida:

—Como vuelva a agredir a su esposa, tendrá que pasar mucho tiempo en una cárcel de Bali. Y me ocuparé personalmente, se lo aseguro.

Ghani se había detenido mientras ella hablaba, luego continuó sin mirar atrás.

Singh cerró y se apoyó en la puerta, mirando a su colega.

—¿Qué le ha parecido?

—Ha sido bastante malévolo decirle que Nuri se estaba acostando con Crouch.

—Habría sido absurdo hablarle de los paseos románticos con las bolsas de la compra —gruñó Singh.

—¿Cree que mató a Richard Crouch? —preguntó ella.

Singh se frotó la frente con el pulgar y el índice.

—Qué más quisiéramos.

Bronwyn sacó su móvil y marcó rápidamente.

—El hermano aún no ha vuelto al piso —le dijo alejando un momento el teléfono de su oído—. ¿Quiere que pongamos vigilancia a Ghani?

—No, sería malgastar personal, él no lo hizo. Tendremos que seguir buscando al asesino de nuestro musulmán casanova.

Bronwyn se echó a reír.

—Eso es un poco contradictorio, ¿no?

—¡Ya le dije que los deseos carnales siempre pueden más que Dios!

—Parece que tiene razón. ¿Cree que pegará a Nuri? ¿Enviamos a alguien para protegerla?

—Ya tomó nota de su advertencia.

Singh se rascó la barba. Estaba preocupado y no sabía por qué. Sentía que algo se le escapaba, y no tenía ni idea de qué podía ser. Era inquietante porque la investigación iba bien, solo le quedaban dos sospechosos: Sarah, la esposa, y Ramzi, el hermano de la novia. En realidad no sospechaba de Tim Yardley ni de Julian Greenwood: aunque tuvieran sus motivos, ninguno tenía suficiente carácter para disparar a un hombre en la cabeza. Recordó a Greenwood disimulando nervioso en presencia de su esposa, se lo podía imaginar agrediéndola en un ataque de rabia, pero no atacaría a Richard Crouch. Greenwood era de esos hombres que huyen de sus problemas, no de los que se enfrentan a ellos con violencia. Además, según Agus, todavía debía dinero al matón que amenazaba con vengarse. Si hubiera seguido a Crouch al salir del banco y lo hubiera matado, lo lógico sería que hubiera pagado sus deudas después de vaciarle la cartera.

En cuanto a Yardley, una mujer astuta y manipuladora como Sarah Crouch podría haberlo persuadido para que matase a su rival; esa mujer le recordaba a la esposa de Macbeth. Pero hacía pocos meses que se conocían, era poco tiempo para algo así, y suponía que

tampoco habrían empleado un método tan sangriento. Además, Sarah habría tenido que ayudarlo en todo momento y Singh no había encontrado pruebas de que lo hubieran planeado entre los dos.

La reacción de Nuri al enterarse de la muerte de Richard también la descartaba como sospechosa. Ghani parecía no saber nada de la infidelidad de su esposa, que sin llegar al adulterio le era infiel de corazón, así que tampoco tenía motivos bien fundados. Quedaba Ramzi, que era su mejor apuesta por temperamento y cuestiones prácticas, como tener acceso a un arma de fuego. Pero no estaba seguro del todo; tenía que volver a ver a Sarah y a Ramzi. Confiaba en que después de encararse con ellos sabiendo lo que sabía, sería obvio quién había asesinado a Richard Crouch.

Bronwyn estaba sentada al otro lado de la mesa, tomando notas sobre el interrogatorio de Ghani. El bolígrafo recorría el papel trazando renglones tan paralelos como los surcos del arado en una plantación, pensó, y se quedó extrañado por ese símil agrícola, era raro que se le ocurriera porque siempre había vivido en una ciudad.

Sería por lo que Bronwyn le había contado: que a Wayan le habían despedido del complejo de chalés donde vivía el matrimonio Crouch. No llegaban huéspedes, el sitio solo seguía abierto porque Sarah estaba obligada a quedarse allí, y no podían mantener a todo el personal según estaban las cosas en Bali después del atentado. Como había faltado varias veces a su trabajo por los requerimientos de la policía, el muchacho había sido la primera víctima de la reducción de plantilla. Había ido a hablar con Bronwyn esa misma tarde, casi llorando, para que le ayudase a conservar su empleo o a conseguir otro. Singh le había prohibido presionar al hotel, le había dicho que no tenía sentido: aunque la policía hubiera contribuido a provocar el fulminante despido de Wayan, el motivo principal era la ausencia de turistas. En esas circunstancias, no tenía sentido intimidar a los propietarios.

Bronwyn había puesto muy mala cara.

Singh le había preguntado:

—¿No está de acuerdo conmigo?

—También es culpa nuestra.

—Sí le dijo Singh con paciencia—, pero sobre todo de los terroristas.

—Es que parece tan injusto…

Singh no estaba seguro de si se refería a la difícil situación de Wayan o a la de Bali en general.

—No es justo —respondió—, pero los hay más desafortunados que Wayan. Por toda la isla hay familias que han perdido a algún miembro, además de quedarse sin su medio de vida.

—Lo sé, pero tendría que haberle visto las manos —dijo Bronwyn con la voz quebrada de pena.

—¿Las manos?

—Sí, llenas de cortes y cardenales. Ha vuelto a trabajar en el arrozal de su padre, y no está acostumbrado a trabajar con las manos; las tenía fatal y le dolían bastante.

—Ya se acostumbrará.

—Eso es lo que su padre le ha dicho, que solo tiene que seguir trabajando y se le curtirán las manos.

A Bronwyn le había molestado su respuesta, pero a Singh le parecía que era lo más sensato y práctico: un joven como Wayan se acostumbraría pronto a su nueva vida.

En realidad, más que Wayan, el que le interesaba era Ramzi.

—¿Sabemos algo de Ramzi? —preguntó con un impaciente *staccato.*

El bolígrafo no se detuvo, pero Bronwyn le respondió en tono neutro:

—Lo mismo que sabíamos cuando me ha preguntado hace cinco minutos…

—¿No debería llamar otra vez para asegurarse de que esos agentes no se han ido a cenar o algo así?

Bronwyn se mantuvo firme:

—No, porque saben que si meten la pata, el terrible policía de Singapur les va a quitar la placa.

Singh sonrió mostrando sus dientecillos marrones de fumador.

—¿De verdad? ¡Estupendo! ¿Y qué pasa con Sarah Crouch?

—Agus se la traerá aquí por la mañana.

Cuando llegó al piso franco, Ramzi ya estaba allí.

Ghani fue directamente hacia su cuñado. El joven lo miró sonriente.

—Tengo la furgoneta, jefe. Tal y como me pediste.

Ghani le pegó concentrando la fuerza de todos los músculos de su cuerpo en un puñetazo rabioso dirigido a la barbilla de Ramzi. El joven se tambaleó conmocionado y trató de recuperar el equilibrio pero cayó de espaldas sobre un contenedor de plástico lleno de explosivos.

Abu Bakr gritó:

—¡Cuidado! ¡Lo haréis explotar!

Se quedaron todos congelados como si alguien hubiera pausado el vídeo en mitad de una película de acción. Ramzi estaba inmóvil en el suelo, con el contenedor a su espalda. Ghani, que había dado unos pasos furiosos hacia Ramzi para continuar su asalto, se detuvo con los puños levantados. Yusuf dejó caer su Corán, que había estado leyendo febrilmente, y miró a los demás con la boca abierta.

El silencio y la quietud duraron treinta segundos, aunque a los hombres les pareció una eternidad.

—Ramzi, apártate, pero despacio —dijo Abu Bakr en un tono varias octavas más alto de lo normal.

Ramzi obedeció y se separó poco a poco del dispositivo sin levantarse.

Ghani dejó caer las manos junto al cuerpo; seguía jadeando y su mirada sugería que a Ramzi le convenía tener precaución.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Qué ha hecho Ramzi? —preguntó Abu Bakr, ahora en un tono normal.

A Ramzi le molestó que su hermano asumiera que la furia de Ghani estaba justificada.

—Yo no he hecho nada —dijo malhumorado sujetándose la mandíbula. De repente hizo una mueca de dolor y escupió un diente sobre la mano—. Y mira lo que me has hecho tú —añadió resentido.

Abu Bakr ignoró a su hermano pequeño y preguntó en tono más acuciante:

—Ghani, ¿por qué estás tan furioso? Ramzi lo ha hecho bien, nos ha traído una furgoneta.

Ghani habló apretando los dientes:

—¿Lo mataste tú?

Fue Abu Bakr quien hizo la pregunta que le correspondía hacer a Ramzi.

—¿Matar a quién? ¿A quién crees que ha matado?

—Él lo sabe —dijo Ghani—. ¡Mira que cara pone! Él lo sabe.

Todos miraron a Ramzi.

Ramzi no lo sabía, pero en ese momento era la viva imagen de su hermana Nuri cuando había hablado con la policía unas horas antes: con la mandíbula hinchada, un labio partido y la misma expresión de culpabilidad y rebeldía a la vez.

—Hermano, ¿qué has hecho? —preguntó Abu Bakr con una voz que era casi un susurro.

Ramzi se miró los pies; su relación había sido muy tensa las últimas semanas, pero su hermano seguía siendo el único que lo conocía bien, solo él conseguía que reflexionase con ojo crítico sobre sus acciones. Respondió con un murmullo incomprensible.

Ghani escupió al suelo.

—Ha matado al artificiero, eso es lo que ha hecho: matar a Abdullah y guiar a la policía hasta nuestra puerta.

—Lo hice sin querer —dijo Ramzi hablando con dificultad y la voz pastosa por las heridas de la boca—, lo de guiar a la policía hasta nosotros, quiero decir.

—Pero has matado al artificiero —afirmó Abu Bakr, y continuó en tono sarcástico—: ¿Fue por algo en particular o solo querías que tu hermano mayor improvisase un artefacto explosivo sin tener la formación necesaria?

Ramzi miró un instante a Ghani. Le parecía demasiado difícil explicarle la verdad al marido de Nuri.

—¿Te da miedo decirme que mi esposa tenía una relación con ese Richard Crouch? Al policía gordo del turbante picudo no le importaban tanto mis sentimientos —dijo amargamente Ghani.

En el rincón, Yusuf soltó un quejido como el de un perro cuando lo pisan, aunque ninguno de los otros se dio cuenta.

—Se iban a marchar juntos —dijo Ramzi en tono suplicante—. Me lo dijo ella misma. Yo no pensaba matarle, me llevé la pistola solo para amenazarle.

—¿Qué pasó? —preguntó Abu Bakr.

—Fui a verle.

—¿Dónde? —preguntó Ghani cortante y seco como un disparo.

—Al piso franco de la primera célula.

—¿Y cómo sabías dónde estaba?

Ramzi respondió con un murmullo avergonzado:

—Porque conocía a uno de los chicos de la primera célula, Iqbal, fuimos al mismo colegio. Ya sé que no debíamos tener contacto, pero nos enviábamos mensajes a veces, supongo que por lo emocionante que era participar. Cuando decidí buscar a Abdullah solo tuve que preguntarle a Iqbal dónde estaban, era una casa en Denpasar.

Ramzi sabía que había roto todas las reglas y estaba haciendo un esfuerzo para mantener su habitual sangre fría. Para los otros, lo de matar al artificiero seguramente no era tan grave como tener contacto con la primera célula.

—Continúa —dijo Ghani en tono neutro.

Ramzi lo miró vacilante; la voz sosegada del capitán no se correspondía con su actitud porque seguía con los puños apretados junto a las caderas. Ramzi se acarició la mandíbula, no quería arriesgarse a recibir otro golpe.

—No hay mucho que contar, me encaré con Crouch, pero se negó a dejar a Nuri. Yo me enfadé mucho: estaba profanando el honor de la familia. Le enseñé la pistola, y aun así se negó, dijo que amaba a Nuri y que pensaba casarse con ella. Yo me puse furioso y apreté el gatillo.

Ramzi se encogió de hombros para demostrar que matar a un hombre no había sido difícil, sin mencionar que Iqbal lo había encontrado vomitando entre los arbustos. La visión de Richard Crouch tendido en la hierba sangrando con un agujero humeante en la frente había sido demasiado para el joven yihadista.

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

Ramzi se metió los dedos entre el pelo y tiró tan fuerte que se le saltaron las lágrimas; aún tenía la mandíbula dolorida y palpitante pero necesitaba una punzada de dolor para estar alerta.

—Eso es lo que no entiendo —dijo quejumbroso—, allí solo estaba Iqbal, los demás habían salido. Él tenía que cargar la bomba en la furgoneta, yo le ayudé, y metimos también el cuerpo. Otro hombre llevó la furgoneta al Sari Club y detonó la bomba. No me explico cómo la policía ha podido encontrar suficientes restos del artificiero para averiguar que le habían disparado…; me seguís, ¿verdad? Pensé que con eso estaríamos a salvo.

Como los otros lo miraban con incredulidad, Ramzi insistió:

—¿No lo entendéis? El cuerpo estaba dentro del coche bomba, tendría que haberse desintegrado.

—Pues cuando Ghani te mate por poner en peligro la misión, ya sabemos qué hacer con tu cuerpo —dijo sarcástico Abu Bakr.

17

Yusuf sabía que Ghani le haría desollar vivo si se enteraba de que se había escabullido del piso franco después de decirles que se acostaba pronto para estar bien preparado al día siguiente. Estaba poniendo en peligro el éxito del plan por razones personales, algo imperdonable a ojos de los demás, y quizá también a ojos de Alá, pero confiaba en quedar exculpado con su martirio del día siguiente. Se había dado cuenta de que no podía marcharse sin despedirse de Nuri, simplemente no podía.

Ella estaba en el apartamento de Denpasar, sola. Estaría preocupada, preguntándose dónde andaban todos. O seguiría sumida en la profunda tristeza que él le había notado las últimas semanas, una tristeza que, cuando la policía les informó de la muerte de Abdullah, se había convertido en una angustia tan intensa que Yusuf había temido por su cordura. Había entendido vagamente que se había enamorado del artificiero, y comprendía que era una terrible traición a su marido, pero Yusuf no podía condenarla: sabía que a veces el corazón era difícil de controlar. Él había encontrado la manera de acabar con sus problemas, por suerte con un método a mayor gloria de Dios, pero a la pobre Nuri no le habían dado la opción del martirio como remedio para un corazón roto.

Yusuf sentía un poco de envidia por el afecto que Abdullah había inspirado en Nuri, pero no era su emoción dominante, sobre todo se sentía muy desgraciado porque la chica a la que adoraba desde hacía tanto tiempo estaba sufriendo y él no podía hacer nada para aliviar su dolor. Él nunca había tenido una oportunidad con ella, eso lo entendía perfectamente de manera instintiva, era imposible que una criatura como Nuri sintiera algo más que lástima por un hombre como él, y Yusuf se había contentado con ser su amigo, deseando únicamente su felicidad.

Yusuf se tironeó la barba y recordó que Ramzi se había burlado de él por hacerlo. Se metió las manos en los bolsillos pensando con amargura que era una pena que Ramzi no hubiera sido seleccionado para hacer de mártir. Yusuf parpadeó varias veces tratando de alejar

esos pensamientos de su cabeza, y se recordó a sí mismo que era un privilegio entregar su vida. Tanto el imán de su mezquita en Sulawesi como Abu Bakr le habían explicado que las escrituras valoraban por encima de todo la yihad, la inmolación. Desear a Ramzi ese destino como castigo era malinterpretar deliberadamente todo lo que le habían enseñado.

Yusuf entró en el apartamento, había un olor fétido a humedad que no había notado antes. Todas las luces estaban apagadas, solo se veían sombras y siluetas con el débil resplandor de las lejanas farolas de la calle. Yusuf sintió un vuelco en el corazón —una sensación dolorosa— quizá Nuri no estaba…, quizá Nuri no estaba y él había hecho todo ese camino para nada… y pulsó el interruptor de la luz.

Nuri estaba acurrucada en una esquina del apolillado sofá mirando hacia él, pero Yusuf tuvo la sensación de que miraba a través de él, mucho más allá, y pensó con tristeza que el hombre muerto, Abdullah el artificiero, era lo único que ocupaba sus pensamientos.

La llamó tímidamente:

—¿Nuri? —Y como no respondió, un poco más alto—: ¡Nuri! —Yusuf se mesó de nuevo la barba—. Nuri, he venido a despedirme —susurró.

Ghani y Abu Bakr estaban de pie en el porche del piso franco, Abu Bakr fumando un cigarrillo; no era un fumador empedernido pero después de haber pasado el día manipulando potentes explosivos, y haberse enterado de que su hermano pequeño había matado al artificiero, había decidido que se merecía uno.

—¿En qué estado están los dispositivos? —preguntó Ghani.

Abu Bakr volvió a inhalar y exhaló por la nariz una nube de humo blanco; el intenso aroma del clavo se mezcló con el del jazmín que había en el jardín, era una fragancia embriagadora y romántica que creaba un ambiente perfecto para aquella espléndida noche cuajada de estrellas en la Isla de los Dioses. Ninguno de ellos se dio cuenta, estaban totalmente concentrados en la misión: apenas quedaba tiempo para terminar los preparativos. Ghani sentía la presión como una fuerza aplastante, pero no fallaría.

—La bomba grande está lista para cargarla en la furgoneta. Además de la mezcla de nitrato de aluminio y gasóleo, la he llenado de metralla, la mayor parte son clavos que compró Yusuf en una ferretería de Sanur —dijo con calma Abu Bakr.

—¿Y la detonación?

—El explosivo principal es PETN, lo he cableado para detonarlo con el teléfono móvil, y también he añadido un detonador manual.

Ghani relajó un poco su ceño fruncido.

—Eso suena bien… ¿Y la mochila?

—Había medio kilo de C4 en el material que nos enviaron de Java. Pensaba utilizarlo para la detonación pero, como dijiste que querías un dispositivo portátil, he usado el explosivo plástico para eso.

Ghani asintió conforme.

—Buena idea. Será más ligero y mucho más difícil de detectar. ¿El detonador es igual?

—Sí, un interruptor manual y un teléfono móvil.

—Eso debería ser suficiente —dijo Ghani, y miró al otro hombre sin decidirse a plantear sus dudas. Al final le preguntó—: ¿Y Yusuf?

Abu Bakr entendió la pregunta y suspiró.

—No estoy seguro, su actitud es muy peculiar, apenas habla y se asusta de una sombra. He puesto detonadores alternativos en los dispositivos sobre todo por eso.

—¿Por si se echa atrás?

—Por si se echa atrás, sí.

Ghani lanzó una piedra entre los arbustos con una patada de irritación.

—Se supone que somos guerreros de Dios, pero parece que somos un grupo de cobardes e idiotas.

Abu Bakr no discutió la descalificación de Yusuf y Ramzi, y le habló en tono tranquilizador:

—Ya no falta mucho, Ghani. Mañana daremos un golpe que esta isla no olvidará en mil años.

—¡No te creo!

Yusuf parpadeó varias veces y luego dijo:

—Es verdad, Nuri. Dios me ha elegido para ser un mártir. —Como ella no respondía, él continuó con voz tímida, buscando ansioso algún reconocimiento por su sacrificio, pero demasiado asustado para pedirlo directamente—. No podía dejarte sin despedirme.

Nuri tenía el estómago agarrotado como si estuviera a punto de recibir un golpe, y le temblaban las manos. Qué tonta había sido al creerse todo lo que Ghani le había contado sobre el viaje a Bali. Aunque el proyecto de fundar allí una escuela religiosa era muy convincente. Ella sabía que Ghani estaba dedicado a la causa de los musulmanes oprimidos en todo el mundo, se había pasado años

luchando en Afganistán, pero no se le había ocurrido pensar que quisiera hacer algo así en Bali.

—¿Y mis hermanos? —preguntó con un susurro.

—Estamos todos en esto —respondió Yusuf.

Nuri, que ya estaba pálida y demacrada, se quedó blanca como un muerto, agarrando con sus finos dedos los brazos de la silla como un pasajero nervioso en un vuelo turbulento.

El joven se ajustó las gafas y se inclinó hacia ella hablando atropelladamente:

—Pero no te preocupes, yo soy el único mártir, tus hermanos no corren ningún peligro.

Su exhalación de alivio inicial fue seguida al instante por el temor. No corren peligro, ¿cómo podía decir algo así?

—Pero, ¿por qué nadie me lo dijo? ¿Por qué me trajeron a mí?

Yusuf la miraba inexpresivo. Nuri sintió unas ganas histéricas de reírse y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Su marido no había visto oportuno compartir sus planes con ella, pero no creía que le hubiera dado mucha información a Yusuf. Se imaginó que la habían llevado por el bienestar, la comodidad y el camuflaje, nadie sospecharía que los hombres eran terroristas si llevaban con ellos a su hacendosa esposa y hermana.

«Terroristas», era la primera vez que utilizaba esa palabra para describir las actividades de su familia, incluso en su propia mente. Se zafó de ese pensamiento centrándose en los hechos, en los extraños e impactantes hechos que había relatado nervioso Yusuf con los ojos fijos en ella, intentando leer su reacción en la expresión de su rostro.

Nuri se acordó de que su propio padre había aplaudido y vitoreado el 11 de septiembre. Le recordaba carcajeándose y alardeando: «¡Los infieles han sufrido un golpe que nunca olvidarán!».

Ghani había insistido en que las víctimas del atentado de Bali merecían ser castigadas. «Alabado sea Alá», había dicho él, y ella no había discrepado; después de todo, ella también se había escandalizado por la decadencia inmoral y desenfrenada de Bali.

Yusuf interrumpió su ensoñación.

—¿Nuri?

Ella lo miró; tenía las manos juntas como si estuviera pidiendo perdón, suplicando comprensión o quizá solo un poco de atención.

—¿Cuándo? —susurró Nuri.

—Mañana…

Se quedaron allí sentados en silencio, intentando absorber todo lo

que implicaba su respuesta.

Fue Yusuf quien habló primero aunque en voz tan baja que apenas se le oía.

—Ya sé que en tu corazón solo hay espacio para Abdullah, y lo entiendo. Solo quería que supieras que yo siempre he estado ahí para ti, y que lamento tener que dejarte justo ahora, cuando estás sufriendo tanto.

Era el discurso más largo que Nuri le había oído pronunciar, aunque había dejado de prestar atención en cuanto pronunció el nombre de Abdullah. Las imágenes se agolpaban en su mente: las visitas de Abdullah al apartamento, las numerosas discusiones entre los hombres mientras ella tenía que esperar en el dormitorio, y esa discreta y obsesiva devoción que mostraba su futuro amante, y que tanto la atraía incluso cuando tuvo la certeza de que ella era su única debilidad.

Nuri tomó aire.

—¿Y Abdullah?

Yusuf la miró confundido, con expresión ausente.

Ella le preguntó otra vez:

—¿Y Abdullah? ¿Estaba implicado en ese… ese plan?

Yusuf asintió al instante, contento de haber entendido su pregunta y vagamente consciente de que tenía más posibilidades de ganarse su respeto como compañero de conspiración de su amor perdido.

—Era nuestro artificiero, él construyó los dispositivos para el primer ataque. Tenía que haber construido uno para nosotros también… —Yusuf se interrumpió inseguro.

Nuri se imaginó que no quería recordarle la muerte de Abdullah, eso que el corazón y la mente le gritaban a cada instante todos los días.

—Por suerte, Abu Bakr está capacitado para completar el trabajo que él hacía —añadió Yusuf rápidamente.

Nuri recordó que Abdullah le había dicho que tenía algo importante que hacer la noche antes del atentado, algo que no podía esperar. Ahora entendía por qué la había dejado con Ramzi, insistiendo en que tenía que marcharse y prometiendo que volvería a por ella.

Nuri se rodeó las rodillas con los brazos y comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás…

Enfocó la mirada sobre Yusuf, que seguía mirándola con anhelo en los ojos y tenía en sus manos el legado de su amado.

18

Era una mañana exquisita, pensó Singh. El sol ya brillaba aunque aún era temprano, el frescor de la noche permanecía en el aire, y la abundancia de pájaros y flores salpicaba de vivaces colores la frondosa vegetación. A Singh se le ocurrió de repente que le gustaría saber más sobre pájaros, por ejemplo, ¿cuál era aquel amarillo brillante que volaba con esa trayectoria elíptica tan rara? Podía reconocer a los miná y los gorriones, también había muchos en Singapur, pero había otros que no había visto nunca, como ese pajarillo rojo que entraba y salía de un arbusto de hibisco y era del mismo color que las grandes flores. Eso era lo que él necesitaba, una afición saludable, concluyó Singh, y decidió que empezaría con la observación de aves cuando volviese a Singapur.

Nyoman estaba esperando y Singh se dirigió lentamente hacia él.

—¿Ibu Bronwyn no viene hoy, señor?

—No, hoy iba ese acto de conmemoración que hay en Jalan Legian.

Nyoman asintió.

—Sí, acabo de pasar por allí cerca, la carretera ya está llena de gente que va hacia el lugar del atentado. Hay mucho tráfico, y policías y sacerdotes… ¡Es un desastre!

—Nosotros vamos a la comisaría de Denpasar —dijo Singh—, así que no tendremos que cruzarnos con la multitud. Quiero charlar un rato con Sarah Crouch.

Sonó su teléfono móvil y él contestó secamente con un «diga» imperativo.

—Veo que está de buen humor, como siempre —dijo Bronwyn—. Tiene que tomar menos café, se pone irritable.

—Lo que me pone irritable son las jóvenes que no van al grano.

—¿Joven? Vaya, gracias, inspector. Hacía mucho que nadie me llamaba así.

—Es joven comparada conmigo —gruñó Singh—. No era un cumplido.

La fuerte carcajada de Bronwyn llegó a través de las ondas taladrándole el oído, y le hizo apartar el móvil de la oreja. A veces

escucharla era como limpiarse los oídos con papel de lija.

—Solo llamaba para decirle que estaré en el Sari Club. ¿Seguro que no quiere venir conmigo? Creo que es una buena manera de honrar a las víctimas.

Por un momento, Singh tuvo la tentación de asistir: quizá un acto para conmemorar la tragedia que había ocurrido en esa isla maravillosa merecía respeto, incluso el suyo. Singh era ateo y poco aficionado a los rituales religiosos; las escasas ocasiones en que su esposa le obligaba a asistir a una boda o un funeral hinduista en Singapur, él se quedaba fuera del templo fumando cigarrillos con otros hombres del mismo parecer, mientras las mujeres, engalanadas o discretas según la ocasión, ocupaban los asientos de las primeras filas para no perderse nada del espectáculo. Y es que el ritual era siempre impresionante: sacerdotes vestidos con *sarongs* blancos de algodón, cocos que se partían contra el suelo, incienso, salmodias en sánscrito, aceite sagrado y agua bendita, hogueras ardiendo… A Singh le parecían muy aburridas aquellas complejas manifestaciones religiosas, aunque para los no iniciados eran acontecimientos muy entretenidos.

—Alguien tendrá que ocuparse de resolver este asesinato —le dijo, en un tono más áspero de lo que quería. Luego, lamentando un poco su tosquedad, añadió—: Pero uno de nosotros debería asistir, me alegro de que vaya a ir usted.

Singh se rascó la barba preguntándose si se estaría ablandando. Frunció el ceño, él no era de los que se hacen amigos de sus ayudantes; estaban ahí para hacer lo que él dispusiera y a veces para arreglar sus estropicios, nada más.

Nyoman paró el coche, Singh se bajó y se dirigió a la sala de interrogatorios habitual. Sarah lo estaba esperando; iba muy elegante y bien peinada, con un nuevo corte de pelo y un ligero maquillaje que aportaba algo de color y lozanía a su máscara funeraria habitual. A las mujeres se les notaba más cuando empezaban a recuperarse, pensó Singh, cuidar su aspecto era una señal de que habían superado el duelo. En cambio los hombres tenían el mismo aspecto antes y después: llevar la barba de una semana o la camisa sin planchar era algo tan habitual que no se podía relacionar con su aflicción.

—Pienso marcharme pronto de Bali —dijo Sarah—. Les agradecería que me devolviesen el pasaporte.

—¿Se marcha con el surfista?

Ella ignoró la pregunta y preguntó irritada:

—¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí?

—Tengo curiosidad por saber por qué no me dijo que Richard era musulmán.

Sarah retorció el pañuelo que tenía entre las manos y dijo tímidamente:

—Porque todo eso me daba un poco de vergüenza, nada más. Nunca se lo he dicho a nadie, especialmente después del atentado. Encontró la religión y se puso pesadísimo.

—¿Qué quiere decir?

—Siempre estaba leyendo el Corán, incluso en los restaurantes y cuando salíamos por ahí. —El rubor de sus mejillas demostraba cuánto le mortificaba esa actitud—. Rezaba cinco veces al día, era ridículo… ¡Se levantaba de la cama para rezar al amanecer!

La indignación de Sarah al acordarse de las prácticas religiosas de su marido la volvió locuaz:

—Quería que yo me convirtiera, que me hiciese musulmana. Le dije que ni hablar, que no quería hacer el ridículo, y se puso hecho una furia. —Al acordarse de cuánto había hecho enfadar a su marido, una leve sonrisa le animó las comisuras de los labios.

—Pero dígame, ¿cómo llegó a encontrar a Alá? ¿Fue hace poco?

—Conoció a varias personas en Londres que lo invitaron a algunos servicios, o como se llamen, en la mezquita que hay cerca de nuestra casa, en Finsbury Park. Ya le dije que estaba buscando respuestas después de la muerte de sus padres en aquel accidente de coche. Más tarde su trabajo lo llevó a Afganistán e Indonesia, y acabó muy metido en todo ese rollo musulmán. —Sarah se estremeció—. Hubo un momento en que dejó de afeitarse, y solo se ponía ese vestido largo de color verde que llevan algunos de ellos, como una bata de hospital, ¿se lo puede creer? Le dije que eso ya era demasiado, que lo abandonaría si no se vestía como un hombre normal.

—¿Y le hizo caso?

—A decir verdad, no pareció importarle, aunque dijo que no me daría el divorcio. Pero cuando se le ocurrió que viniéramos a Bali empezó a vestirse normal otra vez.

Singh observó a la mujer que tenía delante, era un ejemplo viviente de intolerancia religiosa. Aunque, por otra parte, también debía ser bastante duro estar casada con un hombre que se ha vuelto religioso de repente; la mayoría de las mujeres solo tienen que transigir con el fútbol.

Había algo que desconcertaba a Singh, y se lo preguntó:

—Me dijo que la intención de su viaje a Bali era tratar de salvar su

matrimonio, pero me da la impresión de que ya era muy tarde para eso, ¿por qué le negaba el divorcio?

Distraída por sus recuerdos, Sarah estaba siendo más sincera que de costumbre.

—Él estaba convencido de que podía convertirme en una buena esposa musulmana, que su deber era salvarme. Me quedé muy sorprendida cuando me propuso trasladarnos a Bali para ver si eso ayudaba a arreglar nuestro matrimonio.

—Pero no funcionó —dijo Singh.

—No, no funcionó —admitió la viuda.

—Entonces usted se buscó un amiguito surfista, y él una bonita y sumisa musulmana.

—¿De qué está hablando?

—Ah, ¿no lo sabía? —preguntó Singh, el gran actor «de método»—. Richard, o Abdullah, como ella lo llamaba, pensaba casarse con una chica indonesia encantadora. Es de Sulawesi, y se conocieron aquí, en Bali. Según ella, fue amor a primera vista.

—¡No le creo!

—Yo mismo entrevisté a la chica; me habló de sus planes y sus paseos románticos junto al mar.

—¡Qué cabrón!

Singh observó con interés que Sarah estaba temblando de rabia; él siempre había pensado que era una exageración. Tenía una línea blanca alrededor de los labios, estaba apretando tanto los dientes que le faltaba riego sanguíneo, y una vena del cuello le latía irritada como una culebrilla entre la maleza.

Singh hizo todo lo posible por empeorar las cosas:

—Richard estaba pensando casarse con ella, tomarla como segunda esposa —dijo en tono frívolo—. Los musulmanes pueden hacerlo, ya sabe, no se considera bigamia.

—¡Por encima de mi cadáver iba a tener una segunda esposa!

—Pues el que ha terminado cadáver ha sido el casanova de su marido —señaló Singh.

Sarah lo fulminó con la mirada.

—Merecía morir.

—¿Lo mató usted?

—¡Claro que no! —Tuvo un arranque de honestidad, y añadió—: Aunque si hubiera sabido lo de esa mujer, quizá lo habría pensado.

—¿Y por qué está tan enfadada? ¡Usted también tenía una aventura!

—Bueno, eso se acabó: Greg Howard se despidió hace unos días.

Lo había dicho con voz débil pero con naturalidad. Singh se dio cuenta de que era capaz de compadecer a esa mujer; sería por pasar tanto tiempo con Bronwyn, pensó, se estaba arriesgando a volverse comprensivo.

Sarah siguió hablando:

—¡Y a pesar de eso no quería que nos divorciásemos! ¿Pensaría que yo me iba a alegrar si aparecía en casa con una segunda esposa? —y bufó de indignación.

Singh adoptó su actitud de buda contemplativo, apoyado en el respaldo de la silla con los dedos entrelazados sobre su barriga cervecera; pensaba que la viuda no había hecho más que empezar.

Como se imaginaba, no tuvo que animar a Sarah a continuar:

—Esa maldita hipocresía, todo el tiempo actuando como un santurrón…, hablando del sufrimiento de sus hermanos musulmanes en Palestina. Me decía que había trabajado con los talibanes en Afganistán, no tengo ni idea de lo que haría, lo que necesitan son soldados, ¿verdad? Dudo que un ingeniero químico les sirviera de mucho. Pero en cuanto una le puso ojitos, se acabó el santo señor musulmán.

La lástima que sentía Singh por Richard Crouch estaba empezando a desvanecerse.

—Es irónico que acabase volando por los aires en un atentado terrorista, ¿no? —comentó.

Sarah asintió y su fino cabello ocultó su rostro como una cortina.

—Es irónico, sí. Recuerdo haber pensado entonces que se habría alegrado del ataque de esos talibanes.

Julian Greenwood había estado esperando a que su esposa se marchara a uno de sus frecuentes tratamientos de masaje; sabía que estaría varias horas con un par de mujeres balinesas que trabajarían sus rollizas carnes como si amasaran pan. Acercó una silla y descolgó el cuadro que el inspector de Singapur había sugerido que podía vender; lo envolvió con papel de periódico y lo selló con cinta de embalar. Con el paquete bajo el brazo, recorrió a grandes pasos el camino hasta la calle, sin reparar en los exquisitos parterres de flores y los arbustos bien podados del jardín. Paró un taxi Bluebird y, en un indonesio rápido, le dijo al conductor que lo llevase a una galería de arte en Seminyak. Julian intentó dejar la mente en blanco y no pensar

en lo que estaba haciendo. Miró por la ventana polvorienta el paisaje de Bali y sus brillantes colores primarios pasando a toda velocidad; llevaba la obra de arte a su lado, sujeta con el cinturón de seguridad.

Media hora después había vendido el cuadro. Había pedido mucho menos de lo que valía, pero era suficiente para pagar a sus acreedores y todavía le sobraba un poco. El galerista le había mirado entrecerrando los ojos: ¿un hombre blanco que llegaba sudoroso intentando deshacerse a toda prisa de un cuadro valioso a un precio tan bajo? Pero había aceptado, como Julian sabía que haría. En Bali corrían malos tiempos después del atentado, y ningún empresario dejaría escapar un buen beneficio solo por unas sospechas. Había muy poca gente como su esposa, ajena a esa búsqueda constante de algo de dinero que acaba influyendo sobre la actitud o la honestidad.

Cogió el mismo taxi hasta el bar de las afueras de Kuta donde esperaba encontrar a su némesis jugando al billar bajo las luces fluorescentes. Entregó el dinero en silencio y fue recompensado con una amplia sonrisa y un apretón de manos.

—¡Bien, bien! No me hubiera gustado tener que dar ejemplo contigo.

Julian no respondió al comentario, tenía prisa; cuando su esposa volviese a casa notaría de inmediato el espacio vacío sobre la chimenea, se notaba tanto como el hueco entre los dientes de un niño de seis años. Estaba seguro de que Emily se imaginaría lo que había hecho y tomaría medidas para recuperar sus pertenencias: el cuadro y él, ambos comprados y pagados para tenerlos en casa como elementos decorativos. Al salir del bar se subió a un autobús, tenía que administrar bien el dinero que le quedaba y además ocultar su rastro. Se apretujó en un estrecho asiento junto a una anciana que llevaba en el regazo una gallina dentro de una cesta. Le recordó a las peleas de gallos y, por eso, cuando ella le sonrió mostrando los dientes manchados de betel que brotaban de sus encías como setas venenosas de color rojo, él le devolvió la sonrisa.

Se mezclaría con el gentío en el ferri que iba a Lombok y luego tomaría otro hacia Java; su esposa no podría seguirle la pista. Se había librado de ella y había saldado sus deudas: Julian sabía que nunca volvería a Bali.

De vuelta en el chalé de Ubud, Sarah Crouch empezó a echar la ropa de cualquier manera en una maleta. Tenía el pelo revuelto y estaba

furiosa, acordándose de lo que le había contado Singh: Richard tenía una aventura, ¡ese maldito santurrón que se negaba a concederle el divorcio tenía una amante! Estaba encantada de que hubiera muerto, ya se había alegrado antes, aunque había sido por razones prácticas como recuperar su libertad y heredar su dinero, pero ahora era algo visceral, se alegraba con todo su ser de que hubiera muerto. Sarah apretó los dientes haciéndolos rechinar.

Escuchó unos tímidos golpes en la puerta y frunció el ceño; se marchaba ese mismo día, no necesitaba que le hicieran la cama; lo último que quería era un ejército de trabajadores balineses armados con fregonas, cubos y toallas limpias correteando por el chalé como hormigas obreras.

Volvieron a llamar a la puerta con golpes todavía inseguros pero un poco más fuertes.

Ella abrió la puerta gritando:

—¡Hoy no hay que limpiar!

Era Tim Yardley, con la misma expresión que un cachorrito perdido: los ojos tristes y hundidos, los labios contraídos en un puchero y las mejillas colgando flácidas.

Sarah reprimió un suspiro.

—Ahora no es muy buen momento, Tim —dijo.

Él echó un vistazo a la habitación, desde la puerta podía ver las maletas abiertas y los montones de ropa y cosas.

—¿Te marchas? —le preguntó en tono ligero.

Ella lo miró con suspicacia, extrañada de que asumiera su marcha con la madurez de un adulto, y le respondió en un tono más amable:

—Sí, Bali me trae muchos recuerdos dolorosos ahora mismo. Espero que puedas entenderlo.

—Entiendo de recuerdos dolorosos, sí, y de dolor también entiendo mucho.

«Hasta ahí la madurez», pensó Sarah y se preguntó si Tim habría sido capaz de matar a Richard. No lo creía, ella había plantado la semilla pero nunca tuvo muchas esperanzas de que germinase. Lo miró con cara de asco, eso no era terreno fértil.

Tim entró en el vestíbulo; ella trató de impedirle el paso pero él aprovechó su tamaño para imponerse. Sarah se vio desplazada físicamente por el roce con su cuerpo, y le cedió el paso para evitar un grosero forcejeo. Olía mal, y tenía cercos oscuros de suciedad en el cuello.

—¿Dónde vas a ir? —preguntó él.

—Vuelvo a Londres…

—¿Te vas con el chico ese?

Sarah se quedó inmóvil como si fuera de piedra, solo giró sus pálidos ojos azules para mirarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Ese surfista…, el policía de Singapur me dijo que era tu amante.

Sarah decidió que Singh merecía compartir con su finado marido el primer lugar de su lista de «personas más despreciables».

—Preferiría no hablar de eso, Tim —dijo ella.

Él cruzó los brazos y ella se fijó en que no tenían pelo y estaban salpicados de pecas y lunares. Recordó los fuertes brazos de Greg cubiertos de fino vello dorado. La pena por la ruptura fue como un golpe en el estómago, y sintió que le faltaba el aliento. Con la voz mucho más débil, volvió a decir:

—De verdad, preferiría no hablar de Greg.

Tim pareció hincharse de ira y se puso rojo como la grana; su corazón bombeaba sangre con una intensidad que no había alcanzado en años.

—¿No quieres hablar de ello? Me ha humillado un policía con turbante en una comisaría de Bali porque me has engañado como a un tonto, ¿y tú no quieres hablar de ello? —dijo, escupiendo cada palabra como un diente suelto después de una pelea.

Sarah dio dos pasitos hacia atrás, de repente tenía miedo de esa criatura enfurecida que había invadido su chalé.

Él continuó:

—Tú querías que yo matase a Richard, ahora está todo claro.

—¿Fuiste tú? —Se le escapó la pregunta; no tenía intención de preguntárselo porque realmente no quería saberlo.

Él negó con la cabeza repetidamente; el pelo extendido sobre la calva sucumbió a la gravedad y le tapó la mejilla.

—No… Todavía te debo un muerto.

Bronwyn se preguntaba qué ropa sería más adecuada para una ceremonia de conmemoración.

Se puso una camisa blanca de manga larga y unos pantalones color canela que se ceñían perfectamente a su trasero. Alargó el cuello para mirarse y observó que la línea de las bragas le marcaba grandes bultos en las nalgas. «Demasiadas cervezas y platos de *curry* con el bueno del inspector» pensó arrepintiéndose, con la cara roja del esfuerzo

mientras forcejeaba para subir la cremallera. Por fin lo consiguió y decidió que cuando finalizase la investigación del asesinato solo iba a comer ensaladas verdes durante un mes. De camino a la puerta cogió un sombrero grande de ala ancha: el ritual de purificación era al aire libre, y el día prometía un calor abrasador, era indispensable protegerse la cabeza con algo.

Hizo señas a un taxi y le pidió al conductor que la llevase a Jalan Legian; él negó con la cabeza, y le dijo indeciso:

—Poder probar, ibu. Pero mucho atasco.

—Vale, entonces lléveme lo más cerca posible. Luego iré andando.

El conductor la dejó en un extremo de la calle y ella le entregó un generoso fajo de rupias indonesias; el hombre iba a tardar mucho en poder pasar a través de la multitud que se dirigía al lugar del atentado. Bronwyn se caló el sombrero y se dirigió muy decidida hacia las estructuras provisionales que veía más adelante.

Era una masa de gente muy heterogénea; había miles de balineses con sus mejores trajes ceremoniales: los hombres vestían *sarongs* de intrincados dibujos combinados con elegantes camisas y pañuelos de seda en la cabeza, y las mujeres también vestían *sarongs*, pero con blusas estilo ajustadas y adornadas con encajes y bordados. Tanto los hombres como las mujeres llevaban largos fajines alrededor de la cintura, y muchas mujeres portaban ofrendas de fruta en la cabeza, equilibrando la carga con naturalidad mientras bajaban por la carretera desnivelada sin perder ni un plátano. También había muchos occidentales; Bronwyn se preguntó si serían residentes de Bali, turistas o familiares de las víctimas del atentado. Seguramente todo lo anterior, pensó. La pareja de ancianos que caminaba delante de ella —la mujer con lágrimas en las mejillas, apoyándose en el brazo de su marido— quizá hubieran perdido a su hijo o a su hija en el atentado. Pero el grupo de jóvenes con ropa de surf y la piel más tostada que los propios balineses, debían ser turistas que no se habían marchado.

Atravesó un control de seguridad formado por vigilantes balineses que apenas le echaron un vistazo, pero registraron la mochila del joven que iba detrás de ella. En ese momento observó que había agentes uniformados de la Policía de Bali mezclados con la multitud, seguramente también habría policías de paisano e incluso agentes de la AFP.

Bronwyn se acordó del programa de noticias que aseguraba que Bali ya estaba en vías de recuperación; observando a la multitud silenciosa pensó que era demasiado optimista. Aún era muy pronto, la

gente de Bali seguía intentando asimilar lo que había sucedido.

Se abrió paso hacia la tribuna instalada frente a la entrada del Sari Club; tenía una cubierta de bambú levantada sobre tubos metálicos que proporcionaba algo de sombra. Los asientos tenían carteles que reservaban el sitio para las personalidades y los familiares de los fallecidos. El lugar ya estaba abarrotado, pero aún quedaban trabajadores con ropa reflectante de color naranja apretando tornillos y montando los últimos elementos de la estructura. Bronwyn se sentó en un montón de escombros —era un asiento incomodísimo pero desde allí lo vería todo bien cuando empezase la ceremonia—, y se dispuso a esperar preguntándose qué estaría haciendo el inspector de Singapur.

Sonó su teléfono, y el sonido estridente la sobresaltó aunque era el tono más común de la era moderna. Bronwyn lo sacó y, como siempre, se pasó el pelo por detrás de la oreja mientras lo abría.

Escuchó un parloteo excitado al otro lado de la línea.

Se tapó la boca con la mano para silenciar su exclamación horrorizada; tenía los ojos desorbitados de espanto.

—¡Dios mío! —murmuró.

Escuchó un rato, colgó y se quedó sentada en silencio sobre el montón de escombros, ajena a la aglomeración de gente.

Por fin, respiró hondo y llamó al inspector de Singapur.

—¿Qué hay? —bramó Singh. Ella apenas podía articular las palabras. El inspector reaccionó rápido—: Bronwyn, ¿es usted? ¿Qué ha pasado?

—Tim Yardley ha muerto.

—¿Qué? —El hombre que decía conocer todas las respuestas se quedó pasmado—. ¿Cómo?

—El sargento Agus me acaba de llamar; Yardley se metió en el mar completamente vestido y no miró atrás. Cuando alguien se dio cuenta de lo que estaba haciendo, ya era demasiado tarde. —Hubo un silencio al otro lado de la línea—. ¿Cree que eso significa que mató a Richard Crouch? —preguntó Bronwyn.

—¿Y no podía vivir con el remordimiento? No, creo que simplemente renunció a la vida, el pobre desgraciado. Sarah Crouch no habrá matado a su marido, pero sin duda ha empujado a Yardley hacia la muerte…

—¿Y nosotros no podemos hacer nada?

—Nada de nada.

Yusuf estaba dentro del perímetro de seguridad, el plan de Ghani había funcionado como un reloj. Había llegado a primera hora de la mañana, vestido con la chaqueta naranja de obrero que Ghani había robado de allí el día anterior. El personal de seguridad le había hecho señas para que entrase mientras intentaba explicar que estaba allí para dar los últimos retoques a la tribuna.

—Como todos los demás —dijo riéndose un guardia somnoliento—. Al acercarse, Yusuf vio a qué se refería el agente: había docenas de obreros que llevaban toda la noche trabajando para preparar el lugar.

Encontró un sitio en el segundo piso de un edificio abandonado al final de la calle del Sari Club; se quitó la mochila cargada con el bloque de explosivo plástico y se tumbó en el duro suelo para descansar. Si alguien lo veía pensaría que era un trabajador escaqueándose.

De alguna manera Yusuf consiguió dormir a pesar de la incomodidad y de lo nervioso que estaba. Se despertó con un rayo de sol que le daba en la cara, se limpió las gafas con la camiseta y se las puso. Pensó que debería haber llevado agua; sentía la boca como si hubiese estado masticando calcetines viejos.

Se quitó la chaqueta naranja, la enrolló para que no abultase y la escondió bajo unos escombros. Luego levantó la mochila con mano temblorosa y se la echó a la espalda. Era ligera, pero sentía el peso del destino sobre sus hombros. Dudó si debería decir sus oraciones; Ghani había dicho que no era necesario, que Alá le perdonaría esa transgresión en particular porque si le pillaban rezando con la cabeza inclinada hacia La Meca, levantaría sospechas inmediatamente. Ghani también había insistido en que dejase su Corán, señalando que los guardias quizá no reconocerían un bloque de C4, sobre todo teniendo en cuenta que Abu Bakr había cosido los cables del detonador por debajo del forro de la mochila, pero sin duda reconocerían un Corán manoseado y darían la alarma. La clave era minimizar el riesgo, le había explicado Ghani hablando muy despacio y con tono de paciencia. A Yusuf le había molestado, todos lo trataban como a un idiota o un niño pequeño y él no era tan estúpido, solo que a veces le costaba poner sus pensamientos en palabras.

Había preguntado si llevarían a Nuri al piso franco.

Ghani había bufado.

—Ya no está con nosotros.

Yusuf intentó protestar, pero le dijeron que se fuese y se preparase para su martirio: Nuri no era de su incumbencia. Como de costumbre,

se sintió abrumado por la fuerte personalidad de los que lo rodeaban. Había hecho lo que le habían ordenado, maldiciéndose a sí mismo por su propia debilidad, pero ahora, mientras se preparaba para caminar entre la multitud con su mochila, volvió a pensar en Nuri. Esperaba que le fuese bien, y agradecía que Alá le hubiera dado la oportunidad de despedirse, de explicarle por qué la dejaba.

Yusuf salió a la calle y parpadeó bajo la deslumbrante luz de la mañana; el cielo estaba despejado y de color azul muy claro, incluso los edificios afectados por las bombas brillaban bajo la luz del sol. Era un día realmente hermoso, daba gusto estar vivo, y Yusuf saboreó el momento mientras caminaba hacia el objetivo.

19

Bronwyn pensó que nunca le había dolido tanto el trasero; llevaba más de una hora sentada en el montón de escombros y estaba segura de poder contar todas las piedrecitas que se le clavaban a través de los pantalones, que además le hacían daño en la cintura. El sol pegaba fuerte; al menos su sombrero la protegía de la insolación, pero la camisa blanca se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

El invitado de honor por fin había aparecido y un séquito de funcionarios y lacayos lo condujo hacia el estrado. Bronwyn observó a las familias, que no prestaban ninguna atención a los dignatarios: la mayoría se limitaban a mirar el cráter frente al Sari Club, incapaces de creer que les hubieran arrebatado a sus seres queridos de una forma tan violenta y aleatoria.

Comenzó el acto oficial, que más que un homenaje a los fallecidos parecía un exorcismo: habían rociado con pétalos rojos y amarillos la calle Jalan Legian, el aire estaba cargado de incienso, y los músicos de un gamelán, una especie de orquesta con instrumentos autóctonos de percusión y de viento, tocaban ruidosamente sentados sobre esterillas en el asfalto. Había cientos de sacerdotes hinduistas cantando a lo largo de la calle, vestidos solo con *sarongs* blancos de lino y desnudos de cintura para arriba, mostrando símbolos trazados con ceniza y pigmento rojo en distintas partes del cuerpo. Los clérigos de alto rango, vestidos con túnicas blancas y doradas, rociaban agua bendita alrededor de la zona, y había comenzado el sacrificio de animales —cabras, pollos y búfalos— cuya sangre salpicaba el suelo. Muchos de los sacerdotes habían entrado en trance y tenían convulsiones por el esfuerzo de purificar el lugar del atentado.

Aunque los cánticos y el sacrificio ritual daban un aire sombrío a la ceremonia, Bronwyn veía que la mayoría de los presentes, excepto los familiares de los fallecidos, ahora estaban muy animados, como si creyeran que desde ese momento Bali superaría el pasado. Estaban convencidos de que el mayor ritual de purificación jamás realizado limpiaría su isla de influjos malignos.

Bronwyn contempló maravillada a las jóvenes bailarinas con trajes

de color azafrán que ejecutaban una complicada danza sobre la polvorienta calzada mientras los narradores de historias relataban cuentos ancestrales en los que el bien triunfa sobre el mal.

Intentó imaginarse qué habría pensado del espectáculo el inspector Singh, y tuvo que reprimir una sonrisa; le habría venido bien la compañía, pero se alegró de no haber conseguido convencerlo de que asistiera.

A Singh le sonó el móvil y contestó de mala gana; era uno de los policías que vigilaban el apartamento. A Ramzi no le habían visto, pero había vuelto el otro hermano, Abu Bakr. ¿Qué debían hacer? Singh lo pensó un momento y dijo:

—Tráiganlo, y a la chica también.

Guardó el teléfono; quizá los otros supieran dónde se escondía el hermano. Era extraño que ninguno de ellos, excepto Yusuf, hubiera regresado al piso la noche anterior. En Bali no ocurría como en Singapur, donde se trabaja día y noche en la construcción, aquí la jornada terminaba al caer la tarde.

Echó de menos a Bronwyn, se había acostumbrado a intercambiar ideas con la australiana; aunque él solía rechazarlas sin más, sus sugerencias le hacían pensar. Sería por eso que Hércules Poirot trabajaba muchas veces con ese inglés simplón: una caja de resonancia era crucial en una investigación de asesinato. De todas formas, no faltaba mucho para cerrar la investigación. Aunque Sarah Crouch hubiera matado a su marido en un ataque de furia por su novia indonesia, o incluso para asegurarse la estabilidad económica en su futura vida junto al surfista, sería difícil poder demostrarlo. Aunque a Singh tampoco le parecía verosímil: ella quería que su marido muriese, seguramente le había sugerido a Tim Yardley que eso solucionaría sus dificultades, y en parte era responsable de que Yardley se hubiera quitado la vida, pero estaba casi seguro de que Sarah era demasiado prudente como para haber participado activamente en la muerte de su marido.

Su otro principal sospechoso, Ramzi, no aparecía por ninguna parte. Lo había notificado a los aeropuertos y las terminales de ferris, pero Singh se imaginaba que un joven decidido podría encontrar la manera de atravesar las porosas fronteras de Bali.

Singh se dirigió a la cantina y pidió una taza de café solo; necesitaba el estímulo de la cafeína. Se lo bebió de un trago y se

quedó mirando los posos, pensando que si hubiera pedido un té quizá podría leer las hojas del fondo de la taza para confirmar que el joven Ramzi había matado a Crouch, porque parecía haberse quedado sin alternativas racionales para llegar a una conclusión. Singh volvió a pensar en Richard Crouch y su curiosa elección de amistades; incluso para un musulmán converso que solo quisiera relacionarse con musulmanes, no eran gente agradable. Singh comprendió que estaba cometiendo un error de principiante al atribuir cualidades positivas a Richard Crouch solo porque le compadecía como víctima de un brutal asesinato. Las víctimas de los asesinatos pueden ser tan desagradables como cualquiera. Además, según dijo Sarah Crouch, Richard se habría alegrado del ataque de esos talibanes contra el Sari Club; sus nuevos amigos parecían tener opiniones igualmente extremistas.

Al inspector Singh le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse de golpe. Sintió una fuerte punzada en el pecho seguida de náuseas, y sacudió la cabeza intentando expulsar el pensamiento que le había retorcido el estómago. Recordó lo aliviado que parecía Ghani cuando lo interrogaron sobre la muerte de Abdullah; entonces se había preguntado qué podía preocuparle más que ser sospechoso de asesinato. Singh se puso pálido a pesar de su piel oscura: ahora sabía la respuesta.

Ramzi notaba dolorosas pulsaciones en la mandíbula donde Ghani le había pegado. Quizá se lo merecía, había puesto en peligro la operación al contactar con la primera célula, y había sido una imprudencia matar al artificiero. Aunque nadie lamentaba la muerte de Abdullah, nadie excepto la tonta de su hermanita.

Estaba preocupado por su mandíbula: el arco iris de cardenales y el labio hinchado destacaban entre la multitud. Ramzi se unió a la riada de gente que se dirigía a Jalan Legian, un policía lo paró, lo registró, y lo despidió con una palmadita; su aspecto de joven que se había peleado no le pareció sospechoso y, como solo llevaba la cartera y el teléfono móvil, lo dejaron pasar.

Se abrió camino entre la gente hasta las proximidades del lugar del atentado y miró a su alrededor, tratando de localizar a Yusuf. No lo vio por ningún sitio, pero eso no era razón para alarmarse: Yusuf era un tipo menudo y corriente, de esos que suelen pasar desapercibidos, y él tampoco necesitaba ver a Yusuf para cumplir las órdenes. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, si a las doce en punto Yusuf no

detonaba la bomba que llevaba en la mochila, él la haría estallar con su teléfono móvil. Ramzi sonrió y luego respingó del dolor que sintió en la boca. La única razón por la que necesitaba localizar a Yusuf era para asegurarse de que estaba lo bastante lejos cuando detonara la bomba, Ramzi no estaba dispuesto a convertirse en mártir involuntario.

Singh recorrió rápidamente el pasillo con el corazón marcando el ritmo de sus pasos desesperados. Abu Bakr y Nuri estaban ya en una celda; el policía que vigilaba los calabozos empezó a revolver las llaves, Singh le gritó que se diera prisa y el balinés dejó caer las llaves sobresaltado. Singh inspiró profundamente; tenía que mantener la calma, ser profesional. Pero nunca se había enfrentado a una situación similar, era un pensador lento y metódico, no un hombre de acción; se dedicaba a resolver asesinatos, a veces mucho después de los hechos.

Lo que nunca había hecho era intentar impedirlos.

El policía consiguió abrir la puerta y Singh entró en la celda empujándolo al pasar. Abu Bakr estaba sentado junto a su hermana en un banco de madera contra la pared cubierta de grafitis, y los dos se giraron para mirarlo cuando entró como una tromba.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Abu Bakr.

Singh no respondió a su pregunta y le preguntó secamente:

—¿Dónde están los demás?

—¿Qué quiere decir?

—¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está Ghani y ese otro, el de las gafas? —preguntó Singh con la voz crispada de pánico.

Abu Bakr esquivó su mirada y dijo:

—No sé, supongo que estarán trabajando.

—¿Por qué no volvisteis ninguno al piso anoche?

Abu Bakr se cruzó de brazos pero no respondió.

—¿Por qué has vuelto al piso esta mañana?

Fue Nuri quien respondió:

—Ha venido a buscarme, volvemos a Sulawesi. Mi marido me ha dejado, pero Abu Bakr no quería abandonarme en Bali —y añadió poniéndole una mano en el brazo—: es un buen hermano.

Singh detectó una debilidad.

—Ramzi mató a Richard Crouch —dijo brutalmente.

El rostro de Nuri se desencajó de espanto.

Singh se lo explicó con detalle:

—Has deshonrado a la familia. Y por eso ha muerto tu novio. Fue culpa tuya.

Los hombros de Nuri empezaron a temblar.

Abu Bakr gritó enfadado:

—¡Basta! ¡Usted qué sabe! Nuri, solo está tratando de alterarte. No le hagas caso. —Nuri no escuchaba a su hermano. Los ojos se le llenaron de lágrimas y las retiró impaciente con el dorso la mano.

—¿Es verdad eso? ¿Fue Ramzi? —preguntó.

—Tú sabes que fue él.

Ella asintió lentamente: tenía que ser Ramzi. Su voz sonaba ronca y dolida cuando dijo:

—Quiero que lo castiguen, quiero que lo castiguen por lo que le hizo a Abdullah.

—Entonces tienes que decirme dónde está.

Nuri observó al corpulento policía: se estaba mordiendo el labio inferior con tanta energía que parecía que se iba a hacer sangre, y estaba moviendo el pie —con un zapato blanco que recordó haber visto antes— golpeando el suelo de cemento de la celda con un ritmo impaciente y silencioso. En ese instante, al ver el ceño fruncido y los afligidos ojos oscuros clavados en ella, se dio cuenta de que el inspector de Singapur sospechaba lo que habían planeado Ghani, Ramzi y Yusuf.

Comprendió el proceso mental del policía: lo había adivinado, pero no se podía creer sus propias conclusiones. Ella había sentido lo mismo cuando Yusuf fue a despedirse y le dijo lo que iba a hacer. Singh la miraba fijamente, ahora con una expresión casi suplicante, como rogando que le dijera que sus sospechas eran absurdas, infundadas o producto de una fértil imaginación.

Nuri recordó haber estado contemplando su imagen partida en dos en el espejo rajado del dormitorio, poco después de la desaparición de Abdullah; entonces le había parecido que reflejaba el estado de su corazón, y ahora pensó que la fisura se había hecho más profunda porque estaba desgarrada tratando de decidir entre contarle a ese policía lo que sabía, destruyendo así el legado de Abdullah, el hombre al que había amado, o guardar silencio y permitir que Ramzi se saliera con la suya… otra vez.

Nuri se humedeció los labios resecos; notó la piel agrietada y el sabor salado de la sangre. Cerró los ojos. La devastación que había

visto en Jalan Legian pasó por su mente como una película muda. Intentó comprender, intentó creer que Abdullah tenía razón, que esa gente del Sari Club merecía morir. Eran infieles, enemigos del islam igual que el policía que tenía delante, que no era creyente a pesar de su turbante. Y sin embargo, el inspector se había esforzado por encontrar al asesino de Abdullah. Él, que no era musulmán, había trabajado sin descanso para que se le hiciera justicia al hombre que ella amaba.

«No puedo creer que alguien haga esto en nombre de Alá». Las palabras de la mujer javanesa que había conocido en el lugar del atentado resonaron de repente en su cabeza, y fue como si la estuviera viendo, con los ojos llenos de lágrimas sin derramar, escudriñando a ciegas la estrecha calle, rezando para que su hermano estuviera bien, sabiendo en el fondo que había sido víctima de la violencia.

Nuri enderezó sus delgados hombros.

—Están en Jalan Legian —dijo.

Abu Bakr gritó:

—¡Cállate, hermana, no les digas nada!

Ella no pareció notar la interrupción y continuó:

—Es una ceremonia hinduista para recordar a las víctimas del atentado.

Ghani había aparcado a varias manzanas de Jalan Legian y estaba dudando si dejar el motor en marcha o no. Era un día tan caluroso que realmente le daba miedo que los explosivos detonaran espontáneamente. Necesitaba el aire acondicionado para sentirse más seguro, pero no quería arriesgarse a quedarse sin gasolina. Ramzi había robado la furgoneta el día anterior, ni siquiera sabían si los indicadores funcionaban bien. No era una sensación agradable estar sentado sobre 500 kilos de explosivos preguntándose si estaba a punto de convertirse en una enorme bola de fuego. No es que le importara morir, de hecho, había muy pocas probabilidades de que sobreviviera a ese día. Él lo sabía y estaba en paz, haría lo que tenía que hacer: utilizar su coche bomba para provocar la máxima devastación entre los miles de infieles reunidos en esos actos sacrílegos.

Ghani se preguntó si Yusuf les fallaría. Era muy posible, pero también tenía a Ramzi sobre el terreno. El joven Yusuf, el elegido para el atentado suicida, lo ignoraba pero había otras alternativas por si cambiaba de opinión.

Yusuf estaba sentado en el suelo, entre un gran grupo de gente que observaba el desarrollo de los rituales. Llevaba a la espalda la mochila bomba y estaba sudando a chorros; tenía la camiseta empapada y temblaba cada vez que una ráfaga de viento llegaba hasta él a través de la multitud. Se le habían mojado las gafas con el sudor que le goteaba del pelo y al secarlas con la camiseta había embadurnado las lentes de plástico. Ahora Yusuf veía el mundo borroso y difuminado por una nube de mugre, aunque era suficiente para saber que estaba rodeado de balineses. Eran infieles entregados a sus impíos rituales, de eso no había duda, pero no eran el auténtico enemigo. Él estaba decidido a matar americanos; eso era lo que habían hecho los mártires del 11 de septiembre y por ello eran venerados entre los yihadistas.

Incluso se había disgustado por la muerte de los australianos en la primera explosión, pero Ghani, apoyado por Abu Bakr, le había explicado que los australianos estaban ayudando a los americanos en su guerra contra los musulmanes. Yusuf miró a su alrededor; había algunos occidentales, claro; estaban mezclados con los balineses contemplando a los sacerdotes, las bailarinas y los narradores de historias. En la tribuna cubierta por un entoldado de bambú era donde había más blancos, los familiares de los que habían muerto. A Yusuf se le ocurrió por primera vez que era injusto atacar a esas personas; ya habían perdido a sus seres queridos, seguramente habrían aprendido la lección y entenderían que no debían financiar la guerra contra los musulmanes. Volvió a limpiarse las gafas y miró el reloj: faltaban diez minutos para las doce. Se levantó; era el momento de acercarse un poco más.

Bronwyn vio a Yusuf cuando él se levantó; se quedó mirándolo, tratando de decidir si era realmente el muchacho silencioso del apartamento, el que se había preocupado tanto cuando Nuri se desmayó. Esa chica era muy interesante: estaba casada con un hombre, enamorada de otro y tenía a un tercero, aquel joven un poco patético con las gafas enormes y la barba rala, chiflado por ella.

Se preguntó si debería ir a hablar con Yusuf, quizá supiera dónde estaba Ramzi, pero le parecía de mal gusto abordarlo en mitad de la ceremonia. Aunque si esperaba hasta el final, era muy probable que lo perdiese de vista entre el tumulto cuando la gente se fuera. La verdad es que estaba ya un poco aburrida, el ritual de purificación parecía interminable, ¿cuánto tiempo se puede entretener uno viendo cantar y

lamentarse a un grupo de sacerdotes? Pensó en la cara que pondría el inspector si consiguiera localizar a su principal sospechoso. Se alegraría, pero también se enfadaría por no haber sido él quien lo encontrase. A Bronwyn le parecía conocer lo suficiente al irritable policía de Singapur como para predecir correctamente sus reacciones.

Bronwyn decidió en ese momento que iba a solicitar el traslado a una brigada de homicidios cuando volviese a Sidney; si insinuaba que eso compraría su silencio, era muy posible que se lo concedieran. Después pensaba llamar a algunos periodistas y contarles cómo la habían apartado de la investigación por decir la verdad; cuando estuviera en su nuevo puesto no se atreverían a marginarla otra vez. Era un plan muy astuto, el inspector Singh estaría orgulloso.

Yusuf había llegado hasta la tribuna. Bronwyn se decidió: lo abordaría y le preguntaría dónde estaba Ramzi; si era necesario, lo detendría. Eso le daría una excusa para abandonar la ceremonia.

Se puso de pie y notó los pantalones pegados a los muslos y las ingles; la humedad era realmente indescriptible. Bronwyn se abrió paso entre la muchedumbre, murmurando disculpas al tropezar con las piernas de la gente sentada en el suelo.

Yusuf no estaba mirando hacia ella, miraba a los sacerdotes que estaban cantando. Vio que avanzaba un poco, se detenía y miraba otra vez su reloj.

Bronwyn oyó sonar su teléfono y miró alrededor para ver si alguien se había dado cuenta, avergonzada de haber olvidado silenciarlo, aunque no era como si sonara en una iglesia porque había mucho ruido: la música, las narraciones, los cánticos de los sacerdotes, los chillidos de los animales, las oraciones que murmuraba la gente… Sacó el móvil del bolso y vio que era el inspector; dudó si debía contestar. Él sabía dónde estaba, aunque no llamaría a menos que fuera importante. Por otra parte, conociendo a ese viejo cabrón imprevisible, no tendría reparos en interrumpir una ceremonia religiosa para encargarle cualquier tontería. El teléfono dejó de sonar, pero volvió a hacerlo al instante. Era Singh otra vez, tendría que contestar.

Nyoman llevaba al inspector Singh a toda velocidad hacia Jalan Legian. Singh había salido corriendo de la comisaría, dando instrucciones a gritos al oficial que estaba al mando: iba a haber un atentado en el ritual de purificación; tenían que avisar al personal de

seguridad; él se dirigía hacia el Sari Club. «Quizá pueda usted hacer algo», le había dicho el hombre. ¿Hacer algo? Singh no sabía en qué estaría pensando, ¿qué podía hacer él? Su mente, tan fiable normalmente a la hora de resolver problemas, era una herramienta ingobernable en ese momento: sus pensamientos revoloteaban por todas partes. Singh se acordó de Bronwyn: estaba allí, en la ceremonia. Cogió su móvil y golpeó la pantalla con los dedos rechonchos entorpecidos por el pánico.

—¿Por qué no responde? —gritó rabioso y frustrado.

—¿Qué ha pasado, pak? —Nyoman lo estaba mirando por el retrovisor.

—Otra bomba, en el mismo sitio, el Sari Club —dijo Singh, llamando de nuevo a Bronwyn.

Nyoman se puso blanco como el papel.

—¿En la ceremonia?

Singh asintió.

Bronwyn contestó al teléfono:

—¿Es que no puede estar ni un día sin mí?

Singh solo pudo articular incoherencias gritando con pánico:

—¡Son terroristas! ¡Un atentado donde está usted!

Bronwyn se apretó el teléfono contra la oreja y se tapó la otra oreja para intentar oír mejor; las oraciones estaban llegando a una especie de clímax cacofónico que le embotaba los tímpanos.

—No le he entendido, perdone, ¿lo puede repetir? —dijo ella y, fijándose de nuevo en Yusuf, añadió—: No se imagina a quién acabo de ver, me estoy acercando para hablar con él…

A Singh se le heló la sangre en las venas.

—¡¿A quién? ¿Quién es?! —gritó.

Hubo una pausa en la ceremonia y Bronwyn consiguió oírle.

—Yusuf —respondió—. Ya sabe, el flaquito con gafas del apartamento.

—¿Lleva una mochila?

Bronwyn miró a Yusuf.

—Sí, ¿por qué?

—Es una bomba.

—¿Qué?

—Ya me ha oído, es una bomba. Avise a seguridad para que se lo lleven; los otros también están por ahí, búsquelos.

Singh escuchó a Bronwyn balbucear preguntas inconexas pero las ignoró y colgó. Nyoman había detenido el coche detrás de las barreras que bloqueaban Jalan Legian.

—No puedo seguir. ¿Ahora qué, jefe?

Singh recorrió la calle con la vista; no había nada de particular.

Le dijo a Nyoman:

—Voy a pasar. Si ves una furgoneta blanca, es un coche bomba, llámame.

El obeso policía se bajó del Kijang, les mostró su identificación a los guardias y se dirigió a toda prisa hacia el Sari Club.

Bronwyn escudriñó la multitud buscando al personal de seguridad; había unos cuantos policías balineses vigilando cada ciertos metros. Si se lo decía a ellos, ¿qué harían? Yusuf detonaría la bomba si algún policía uniformado intentaba acercarse a él. De repente Bronwyn se fijó en las mujeres y los niños pequeños que había entre la gente y se le revolvió el estómago: tenía que impedírselo.

Decidió que lo mejor sería aprovechar el factor sorpresa.

Se dirigió rápidamente a Yusuf y le dijo:

—Yusuf, me alegro de verte por aquí. Estamos buscando a tu amigo, Ramzi. ¿Sabes dónde está?

Yusuf la miró inexpresivo, no parecía haber registrado sus palabras. Bronwyn se fijó en sus gafas manchadas y su mal olor. Yusuf estaba petrificado y ella podía oler su miedo: el hedor almizclado de una bestia salvaje atrapada en una trampa del bosque.

Le habló en su tono más afable, con una parte de su mente admirándose de su capacidad para sonar tan indiferente:

—Yusuf, estamos buscando a Ramzi.

Las manos caídas de Yusuf se crisparon y Bronwyn se preparó para saltar sobre él. Ella era el doble de grande, pensó sombría. Quizá consiguiera mantener sus manos lejos del detonador hasta que llegasen los refuerzos.

—Usted es policía, ¿verdad? —preguntó Yusuf con la voz estropajosa.

—Sí, soy policía.

—No quiero hacerlo.

Bronwyn se quedó helada.

—¿Qué es lo que no quieres hacer? —le preguntó cautelosamente sin dejar de vigilar sus manos.

Yusuf abrió los brazos trazando un gran arco y susurró:

—Matar a toda esta gente.

«Ojalá hubiera recibido formación para una situación como esta», pensó Bronwyn. Estaba segura de que era posible disuadir a Yusuf, convencerlo para que no siguiera adelante, pero no sabía si sería capaz de guiarlo hacia ese objetivo.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo—, puedes cambiar de opinión.

—Es que no son americanos, mire.

No era el momento de defender el carácter sagrado de la vida humana en general, pensó Bronwyn con amargura, y miró alrededor de manera teatral.

—La mayoría son balineses —dijo.

Él la miró fijamente.

—Ellos también son infieles.

Bronwyn asintió al instante.

—¡Claro que sí! Pero no son tan perversos como los americanos. Yusuf asintió.

—¡Exacto! Eso es lo que yo les decía a los demás… —Se quedó callado tirándose de la barba.

—Creo que deberías pensártelo —dijo Bronwyn en tono firme—. ¿Por qué no me pasas la mochila y vemos cuál es la mejor solución?

Yusuf miró su reloj: eran las doce y cinco minutos.

—Se supone que tenía que explotar a las doce —dijo con voz quejumbrosa.

—Bueno, pues ya es tarde de todas formas.

Extendió la mano pidiéndole la mochila. Yusuf se la descolgó de los hombros y se la tendió. Bronwyn sintió tanto alivio que se le llenaron los ojos de lágrimas.

A cien metros de allí, Ramzi pensó que Yusuf había desperdiciado su gran oportunidad para hacer lo correcto por su dios; decidió que el asunto ya no se podía dejar en sus manos y marcó un número en su móvil.

20

Bronwyn y Yusuf oyeron el teléfono que sonaba en la mochila. Yusuf se quedó perplejo pero Bronwyn lo adivinó inmediatamente: los terroristas habían dudado del compromiso de Yusuf y lo habían planeado todo. «Qué listos, los cabrones», pensó mientras le arrebataba la mochila al pasmado Yusuf, daba dos zancadas y se lanzaba al cráter de la bomba frente al Sari Club, abrazando la mochila contra su cuerpo.

Singh oyó la explosión y sintió que se le paraba el corazón; Bronwyn no había conseguido evitar que Yusuf detonase la bomba. Al instante, todos los demás sonidos quedaron ahogados por fuertes gritos. Singh podía ver hordas de gente corriendo hacia él, huyendo de la explosión cegados por el pánico, y tuvo una horrible sensación de *déjà vu*. ¿No era eso lo que había ocurrido en el Paddy's Bar? Muchos de los que habían corrido hacia el Sari Club murieron por la explosión de la segunda bomba, que era más potente. La primera oleada de gente que venía gritando aterrorizada ya estaba a unos cuatrocientos metros.

Singh se dio la vuelta despacio. Estaba a trescientos metros de la barrera de policía; Nyoman estaba aparcado junto al bordillo. Mientras observaba la estrecha calle, Singh vio una furgoneta blanca saliendo de una calle lateral.

Ghani lo oyó: el sonido de una explosión lejana; pronto habría cientos de personas corriendo por Jalan Legian hacia él. Salió despacio a la calle principal y giró la furgoneta en dirección a la barrera de policía: había llegado el momento de la verdad.

Singh supo de inmediato que la furgoneta blanca era el coche bomba, no tenía ninguna duda. Empezó a correr hacia la barrera con la avalancha de gente casi encima de él; iba gesticulando y gritando a los vigilantes, pero ellos lo miraban estupefactos, a él y a la multitud que se acercaba corriendo.

Uno de los policías empezó a tirar de las piezas de la barrera, separándolas para que la gente pudiera pasar. Singh le gritó que se detuviera, iba a dejar paso libre a la furgoneta que se dirigía hacia la multitud.

Ghani, que avanzaba lentamente, no podía creer su suerte. Los guardias estaban abriendo la barrera, iba a poder pasar y detonar el coche bomba en mitad de los infieles. Su plan anterior había sido abandonar el vehículo, ponerse a cubierto y detonar la bomba a distancia. Pero Alá le estaba mostrando ahora una forma de engrandecer su divina gloria y la de Ghani también. Pensó en Nuri por un momento: ella era la razón por la que un combatiente estaba dispuesto a convertirse en mártir. Luego cogió velocidad.

Singh estaba justo en medio de la tragedia y no podía detenerla: la furgoneta blanca se precipitaba calle abajo. Los policías se fijaron en el vehículo cuando su velocidad dejó claro que tenía intenciones hostiles, y empezaron a arrastrar las pesadas barreras para cerrarle el paso. Singh vio que no les daría tiempo; en cualquier caso, si la furgoneta no llegaba hasta la gente, la gente iba corriendo hacia la furgoneta sin imaginar que huyendo de lo que había pasado se dirigían hacia una catástrofe.

Lo único que podía hacer era presenciar el desastre: no tenía forma de evitarlo. En esa misma fracción de segundo, Singh pensó que seguramente él tampoco sobreviviría a la explosión y se sorprendió un poco al darse cuenta de que no quería morir.

Uno de los policías sacó la pistola y empezó a disparar. La furgoneta blanca zigzagueaba de un lado a otro tratando de presentar un blanco más difícil. La multitud no tardaría en engullir como una ola al policía de Singapur; estaban tan decididos a alejarse de allí que aún no se habían dado cuenta de lo que les esperaba.

Ojalá se le hubiera ocurrido intentar hacerles retroceder, pensó, aunque seguramente habría sido imposible, como parar un tren, pero podría haberlo intentado.

Singh se giró para ver la furgoneta.

Vio a Nyoman en el Kijang, dándole la vuelta; Singh se imaginó que querría ponerse a salvo, y le deseó suerte: el sitio donde había aparcado Nyoman era una butaca de primera fila para ver un hongo nuclear. El Kijang empezó a acelerar.

Singh se dio cuenta de que no estaba huyendo: iba directo hacia la furgoneta blanca, que todavía estaba a varios cientos de metros de la gente que huía. Si Nyoman conseguía interceptar el coche bomba se salvarían muchas vidas, pero no la suya: él seguía estando demasiado cerca.

Ghani había captado la amenaza del decidido conductor del Kijang y trató de esquivarle; Nyoman había estado esperando su maniobra y tiró del freno de mano mientras torcía el volante, haciendo derrapar el Kijang para bloquear el paso del coche bomba, que seguía acelerando.

Ghani dio otro volantazo para evitarlo, gritando de frustración ante el inesperado obstáculo en sus planes y aullando furiosos insultos que su oponente no podía oír. Pero ya era demasiado tarde, y chocó contra la aleta trasera del Kijang. La furgoneta derrapó inclinándose hacia un lado y siguió avanzando sobre dos ruedas con las otras dos en el aire. El Kijang hizo un giro de trescientos sesenta grados y se detuvo chocando contra las barreras.

Ghani trató desesperadamente de controlar la furgoneta ladeada; chocó con un bordillo, y el impacto hizo que el vehículo cayese de nuevo sobre las cuatro ruedas. Ghani notó el reventón de los neumáticos pero no le importó: estaba triunfante, había vencido al enemigo del Kijang.

Entonces vio la pared de la tienda frente a él; giró frenético el volante y clavó los frenos hasta que oyó chirriar los neumáticos y olió la goma quemándose. Demasiado tarde: la furgoneta chocó contra el muro, Ghani salió volando a través del cristal y se partió la cabeza contra el hormigón.

Singh se aplastó contra el suelo. Había puesto cuerpo a tierra esperando la inevitable explosión cuando el coche bomba chocó contra el Kijang. Sabía que estaba demasiado cerca para escapar, pero no pensaba recibir a la muerte de pie, como si fuera un amigo: podía llevárselo a rastras si quería, que él seguiría aferrándose a la vida mientras tanto. No podía verlo, pero oyó el chirrido de los neumáticos y el crujido del metal cuando la furgoneta se estrelló contra el muro. Aun así, no se movió. Pasaron los segundos y no hubo ninguna explosión. Levantó la cabeza; la multitud que huía de la bomba de Yusuf había dejado de correr. Singh se puso de pie; la furgoneta estaba empotrada contra una pared, con la parte delantera arrugada

como un acordeón. Parecía increíble que no hubiera estallado la bomba: el explosivo primario utilizado en el detonador debía ser bastante estable, y el impacto no había sido suficiente para provocar una reacción en cadena. Ghani se había distraído tratando de esquivar el Kijang de Nyoman y no había detonado manualmente la bomba. El peligro seguía siendo enorme, sobre todo si la humeante furgoneta empezaba a arder.

Singh se dio la vuelta y corrió hacia la multitud.

—¡Una bomba! —gritó—. ¡Una bomba en la furgoneta!

No estaba seguro de si lo oyeron o simplemente su actitud les pareció un ejemplo a seguir; la gente se dio la vuelta presa del pánico y echaron todos a correr por donde habían venido. Singh los persiguió en solitario, un extraño individuo bajito que corría jadeando y resoplando, decidido a ponerse a sí mismo y a toda la gente fuera del alcance de la furgoneta blanca cargada de explosivos.

Empezó a oír las sirenas detrás de él: habían llegado los refuerzos.

Epílogo

Bronwyn Taylor había muerto; al tirarse al cráter cubriendo la bomba con su cuerpo había protegido a todos de la explosión. La bomba que llevaba Yusuf en la mochila no había matado a nadie más, ni siquiera a Yusuf. Cuando el inspector Singh se enteró de lo sucedido (había ido el capitán Atkinson a contárselo en persona) cerró los ojos durante largo rato, casi deseando haberle dado la razón a Atkinson semanas atrás, cuando sugirió que sería mejor ignorar el asesinato de Richard Crouch. Sabía que Bronwyn, que no estaba de acuerdo entonces, tampoco estaría de acuerdo ahora, y no dudaba que habría elegido salvar otras vidas antes que la suya aunque hubiera conocido su destino.

Singh volvió a mirar a Atkinson y trató de ocultar su pena rezongando:

—¡Típico de ella! ¿Por qué no tiró al cráter al renacuajo ese en vez de hacerse la heroína?

Nyoman había sobrevivido y solo tenía lesiones leves. El cinturón de seguridad lo había mantenido sujeto cuando el Kijang chocó contra las barreras. Singh pensó que era la primera vez que Nyoman se molestaba en ponerse el cinturón de seguridad; le parecería una medida prudente considerando lo que se proponía hacer, y le había salvado la vida. En toda Indonesia lo aclamaban como el valiente ciudadano que había salvado de una muerte segura a los asistentes al ritual de purificación; además, le había dado a la prensa algo sobre lo que escribir, aparte del fracaso del propio ritual para alejar a los demonios de las costas de Bali. Pero Singh no envidiaba el protagonismo de Nyoman; había salvado muchas vidas, incluida la suya.

A Ramzi lo habían detenido cuando intentaba subir a un ferri hacia Java. El arco iris que adornaba su barbilla no podía pasar desapercibido, ni siquiera para la policía balinesa. Como Amrozi antes que él, Ramzi estaba encantado de hablar y alardeó de su participación detonando la mochila bomba con su teléfono móvil. Dijo que lo único que lamentaba era haber matado únicamente a una

mujer policía australiana.

Singh estaba escuchando con gran interés su confesión del asesinato de Crouch. Ramzi se enorgullecía de haber defendido el honor de la familia, y se mostraba especialmente satisfecho de su astucia al ocultar el cadáver en el coche bomba que dejó el cráter frente al Sari Club.

—¿Cómo supieron que lo habían asesinado? —preguntó Ramzi a Singh con auténtica curiosidad.

—Por un trozo de cráneo así de grande —Singh se señaló la palma de la mano—, que tenía un agujero de bala.

Ramzi se echó a reír a carcajadas golpeando la mesa como si aplaudiera.

—Los policías sois listos de verdad, ¿no?

Singh no respondió. Salió de la sala de interrogatorios dejando a Ramzi en manos de la AFP y la policía de Bali. Esperaba que el fiscal pidiera la pena de muerte para ese cabrón… y para los demás también. Dedicó un momento a pensar en Nuri preguntándose si la imputarían como cómplice o la dejarían en libertad. Él había intercedido por ella, explicando que si no les hubiera contado lo que sabía, no habrían podido impedir el atentado. Singh se sorprendió a sí mismo deseando que la vida le diera a Nuri otra oportunidad para ser feliz.

Tenía que estar en Singapur dentro de veinticuatro horas, en Bali ya había cumplido su misión. Había resuelto un asesinato y había descubierto un complot terrorista, aunque hubiera sido más por suerte que por otra cosa. Los medios hablaban mucho de la participación de los países miembros de la ASEAN en la lucha antiterrorista, y sobre todo de Singapur, cuya colaboración había sido decisiva para frustrar el segundo atentado. Sus superiores estarían satisfechos, quizá lo dejasen en paz durante algún tiempo.

Pero había algo más que tenía que hacer.

Cogió un taxi y le pidió al conductor que lo llevase al puerto de Legian; se bajó y saludó desde lejos a un hombre calvo de mediana edad acompañado por dos chicos adolescentes: era el exmarido de Bronwyn con sus dos hijos, dos jóvenes desconsolados intentando asimilar que su madre fuese una heroína… y hubiera muerto. El hombre sujetaba una urna. A instancias de Singh, el exmarido había accedido a que se la incinerase en cuanto terminase la identificación del ADN; Singh pensaba que sus hijos no necesitaban saber lo poco que había quedado de Bronwyn después de recibir todo el impacto de

la explosión. El doctor Barton había agilizado las pruebas diciendo que era lo mínimo que podía hacer; era consciente de haber puesto en marcha la cadena de acontecimientos que había desembocado en la muerte de la agente de Policía australiana.

Ninguno de los cuatro habló mucho.

Querían esparcir las cenizas en el mar y le habían pedido a Singh que se uniese a ellos, pensaban que a Bronwyn le habría gustado. Singh no estaba muy seguro de eso, pero accedió de inmediato; sabía que Bronwyn hubiera querido que hiciera cualquier cosa que le pidiera su familia. Subieron a un pequeño barco pesquero y el patrón los llevó fuera del puerto, hasta el agitado mar abierto. Se estaba poniendo el sol; Singh observó el templo de Tanah Lot —uno de los lugares más sagrados de Bali— que resplandecía con la luz del crepúsculo. Un águila marina planeaba sobre ellos, graznando en el viento. Los dos chicos levantaron la urna torpemente entre ambos y se inclinaron sobre la borda del barco; su padre y Singh observaron en silencio cómo arrojaban las cenizas al mar. La fina ceniza gris se extendió de inmediato por la superficie del agua. El pequeño tenía las mejillas llenas de lágrimas, pero expresaba su dolor en silencio. El mayor observaba estoicamente las cenizas de su madre, que se diluían atrapadas por los remolinos y la corriente mientras el sol desaparecía tras el horizonte.

—A mamá le habría gustado —dijo.

A Singh le vino a la mente la imagen de Bronwyn Taylor sonriendo con ese hoyuelo que le salía.

Asintió pensando lo mismo: «seguro que le habría gustado mucho».

Agradecimientos

Para las mujeres fuertes que hay en mi vida: Emma, que me obliga a seguir en el tajo; Socks, que traza las líneas que no me atrevo a cruzar; Trudy, que me da mil vueltas; Kristine, que arregla el estropicio; Sharon, que no se inmuta; Watanan, que intenta ayudarme con la puntualidad; Rhonda, que me asesora sutilmente; y mi madre, ¡que me advierte de las consecuencias!

Sé el cambio que quieres ver en el mundo.

MAHATMA GANDHI

Serie *El inspector Singh investiga*
Próximo caso: *Una pandilla de villanos en Singapur*

V.1 Jul. 2023

Notas

[1] Arroz frito. (*N. de la T)*.

[2] Carne marinada con especias. (*N. de la T)*.

[3] Árbol del género Plumeria. Sus flores se utilizan habitualmente en las ofrendas y rituales hinduistas. (*N. de la T)*.

[4] Célebes. (*N. de la T)*.

[5] Los ceibos (o árboles del coral) son árboles del género *Erythrina*. En Indonesia se llaman dedap. (*N. de la T)*.

[6] «Sí, señora». En Indonesia, ibu se utiliza como título para las mujeres. También significa «madre». (*N. de la T)*.

[7] «Sí, señor». En Indonesia, pak (o bapak) se utiliza como título para los hombres. También significa «padre». (*N. de la T*)

[8] Los cigarrillos *kreteks* o cigarrillos de clavo de olor son originarios de Indonesia y se componen de tabaco y clavos de olor, principalmente. (*N. del E.)*.